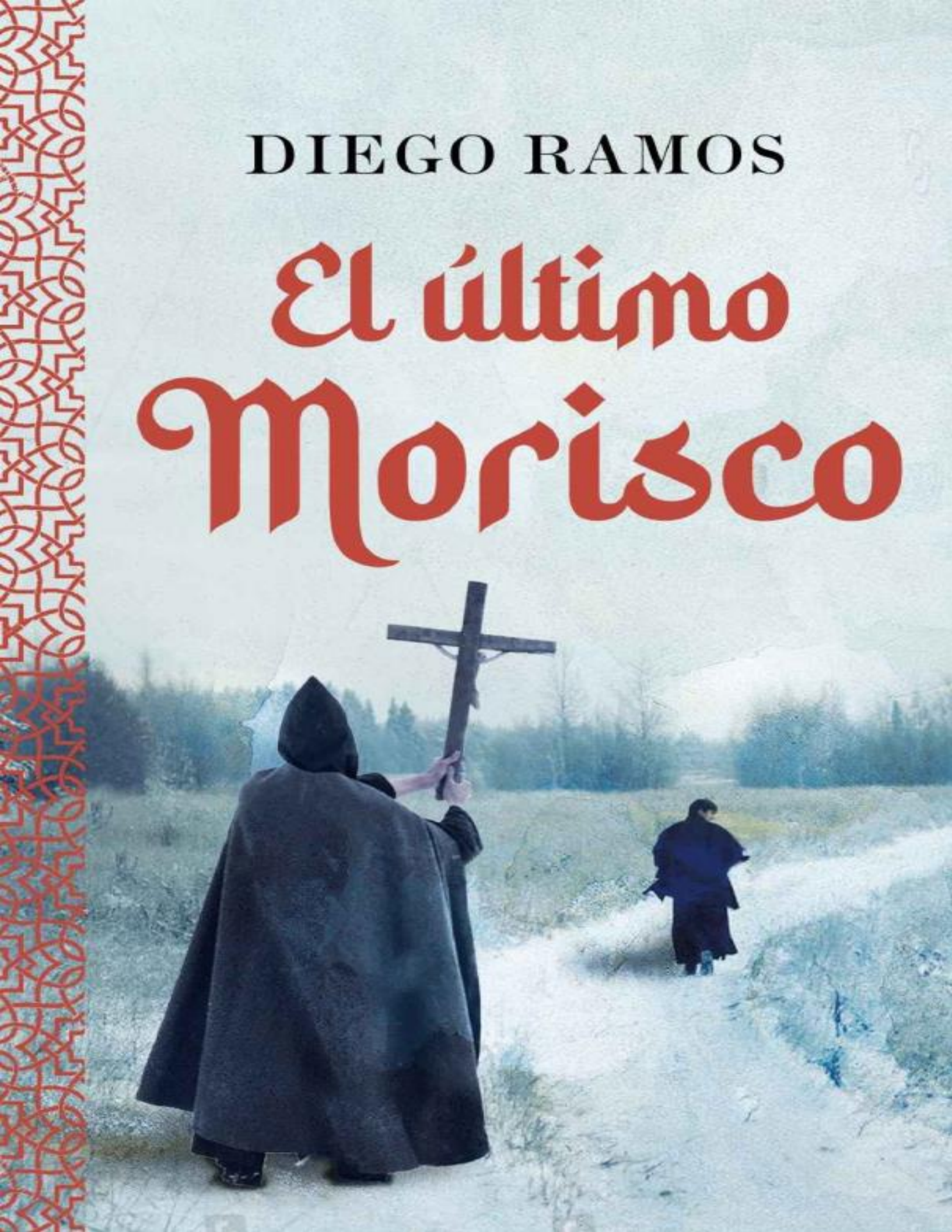
DIEGO RAMOS

El último Morisco



El último morisco

Diego Ramos

© 2022 Diego Ramos

El último morisco
Primera edición: noviembre 2022

Ilustración de cubierta
Pedro Viejo

Corrección, edición y maquetación
Fran Zabaleta

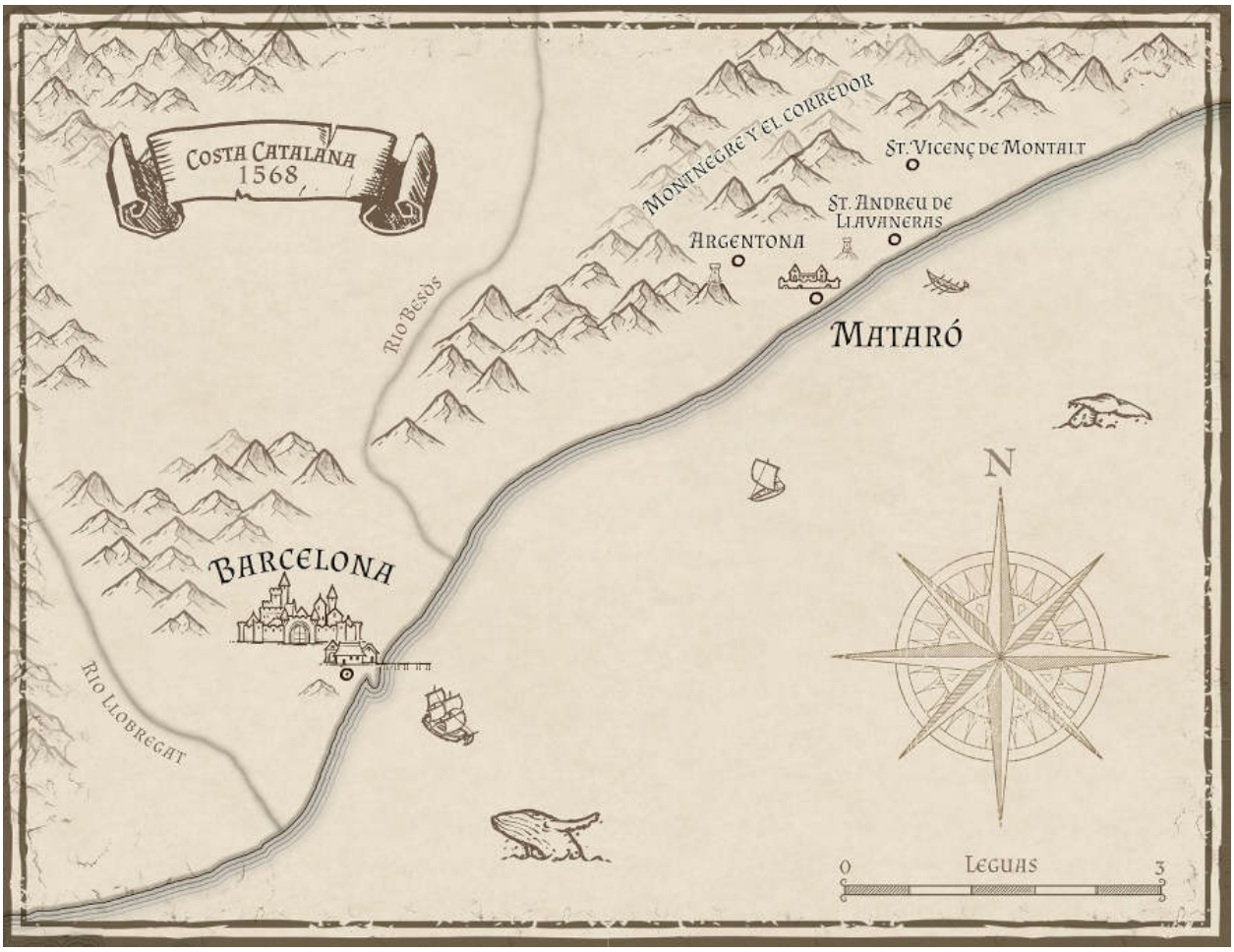
Revisión histórica y lingüística
Mabel Villagra

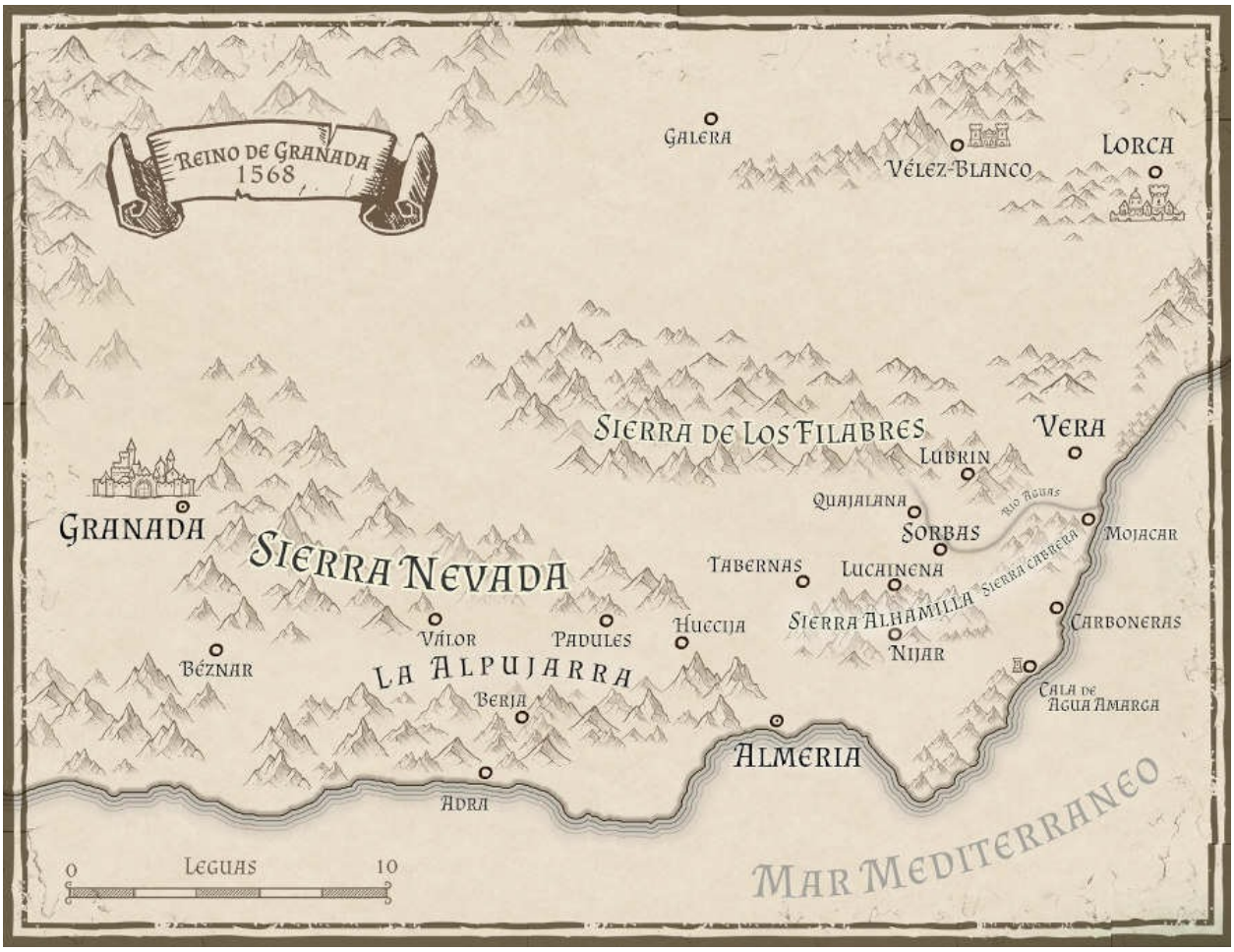
Edición ePub
Valentina Truneanu, 2022

ISBN edición ePub 978-84-09-43560-9

Prohibida la copia o reproducción, total o parcial, sin permiso expreso del autor. Todos los derechos reservados.

A Diego y Margarita.


Costa Catalana
1568
Montnegre y el Corredor
St. Vicenç de Montalt
St. Andreu de Llavaneras
Argentona
Mataró
Rio Besòs
Barcelona
Rio Llobregat
N
0
Leguas
3


Reino de Granada
1568
Galera
Vélez-Blanco
Lorca
Sierra de los Filabres
Vera
Lubrin
Quajalana
Río Aguas
Sorbas
Mojacar
Granada
Sierra Nevada
Tabernas
Lucainena
Sierra Cabrera
Sierra Alhamilla
Carboneras
Válor
Padules
Huecija
Nijar
Béznar
La Alpujarra
Cala de Agua Amarga
Berja
Almeria
Adra
0
Leguas
10
Mar Mediterraneo

Índice

Nota del autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Sobre el autor
Antes de que te vayas
Notas

Nota del autor

Con el objetivo de facilitar la fluidez de la lectura, he minimizado en lo posible las notas a pie de página. No obstante, aquí tienes un enlace que te llevará a la web de *El último morisco*. Allí podrás consultar la lista de personajes de la novela, con la indicación en cada caso de si es real o de ficción. También tendrás acceso a una amplia información sobre los personajes históricos, los lugares mencionados y las costumbres de la época. Si estás interesado en profundizar sobre la cuestión de los moriscos, en la web también tienes a tu disposición una nutrida bibliografía y textos relacionados.

Capítulo 1

5 de julio de 1556, cala de Agua Amarga, reino de Granada

Antes de que el último vestigio de luz desapareciera por detrás de la sierra, el vigía apoyó las manos en el parapeto de la atalaya y escrutó la inmensidad del mar frente a él. El calor de las piedras, el vino agrio y el tufo a algas podridas le revolvieron las tripas.

—¡Baja ya, Pascual! —gritó alguien.

Volvió a mirar hacia el abismo. En aquella noche sin luna, pronto apenas se podría distinguir la espuma de las olas rompiendo en la playa.

—¡Quién me mandaría venir a esta tierra! —rezongó para sí, olvidando que si había abandonado su Cartagena natal era por culpa de unas deudas de juego. Muchos de los que llegaban a aquella región, reconquistada a los musulmanes menos de un siglo antes, lo hacían huyendo de alguien o de algo, pero también, a menudo, atraídos por privilegios que en Castilla gozaban exclusivamente nobles e hidalgos.

—¿Bajas o no?

Con una brisa algo más fresca quizás se hubiese quedado en su puesto, y tal vez habría visto las velas que se acercaban. A lo largo del verano, los pillajes en el litoral almeriense habían sido continuos. Los piratas desembarcaban en algún lugar poco accesible y, al amparo de la noche, se metían tierra adentro hasta dar con algún poblado que saquear.

La Corona española basaba la protección de la costa en una red de atalayas que, en caso de avistamiento de naves hostiles, daban aviso a los fortines del interior. Esa primitiva línea de defensa fallaba una y otra vez en su cometido. Las caletas eran innumerables y los efectivos destinados a vigilar aquellos solitarios parajes, insuficientes. En los aislados torreones no solía haber más que un par de hombres que se turnaban de día y de noche. El peligro era altísimo, el trabajo tedioso y las pagas insuficientes, por lo que era habitual que los guardas costeros descuidaran sus obligaciones y pasaran más tiempo trabajando en sus huertos que oteando el horizonte.

Pascual, reclamado por su compañero para que se uniera a la partida de cartas, chasqueó la lengua y descendió por la escalera de caracol que comunicaba la azotea de la torre con la planta inferior.

Aquella decisión le costaría la vida y arruinaría la de muchos inocentes.

~

En cuanto las proas rozaron el fondo arenoso, un centenar de sombras saltaron a tierra. Vestían ropas oscuras y llevaban las armas envueltas en telas negras para evitar brillos delatores. Todos venían ávidos de botín y algunos, los que habían nacido en el reino que se disponían a saquear, estaban sedientos de venganza.

Siguiendo una coreografía silenciosa y bien estudiada, se formaron dos columnas de hombres. Tras un breve intercambio de órdenes, la primera se dirigió a las montañas y la segunda, algo menos numerosa, se encaminó hacia la torre vigía.

~

Ajenos a la amenaza sigilosa que se cernía sobre ellos, los vigías tenían todos sus sentidos puestos en la partida de naipes.

—¡Son tres reyes!

Pascual tiró las cartas sobre la mesa y, después de dedicarle a sus compañeros una sonrisa desdentada, arrastró las monedas hacia él.

—¡Me cago en Satanás! Si lo sé, no te llamo.

—Venga, Cano, ¡no seas mal perdedor! —replicó el tercer vigilante, un mozo de barba rala que respondía al nombre de Lorenzo.

Pascual se disponía a barajar las cartas de nuevo cuando un fuerte golpe contra la puerta los hizo dar un respingo. Tras un breve momento de vacilación, dejó las cartas sobre la mesa, prendió una antorcha y se precipitó escalera arriba.

Asomó la cabeza por encima del pretil y echó un vistazo hacia la base de la torre. A la vacilante luz de la antorcha distinguió un montón de figuras armadas hasta los dientes. ¡Berberiscos! Su corazón comenzó a palpitar alocadamente.

—¿Quién va? —La pregunta sonó como un graznido.

—¡Entregaos, no os pasará nada!

En ese instante, sus compañeros irrumpieron en la plataforma. Lorenzo se quedó petrificado. Cano, en cambio, acercó el hachón que portaba a la pila de leña seca.

—¡No lo hagas! ¡Nos matarían! —exclamó Pascual, alarmado.

—¡Ya estamos muertos! —replicó Cano con gesto decidido—. Demos la alarma y mandemos a cuantos podamos al infierno.

—¡Si salís ahora, os dejaremos ir! No tenemos intención de haceros daño —gritó uno de los berberiscos. Alto, de buen porte, se cubría la cabeza con un casco envuelto en seda negra. Hablaba un castellano correcto, aunque el marcado acento delataba su procedencia.

—El socorro no llegará a tiempo —razonó Pascual, volviéndose hacia sus compañeros—. Nuestra única posibilidad de salir con vida de esta es entregarnos y confiar en que esos malnacidos se contenten con pedir un rescate.

Lorenzo, que ya tenía la cara del color de la cera, empezó a temblar. Había oído relatos sobre los esclavos cristianos hacinados en las galeras berberiscas. Siempre había pensado que una muerte rápida era preferible a permanecer encadenado a un remo, recibiendo latigazos hasta que un día lo mandaran a uno al fondo del mar.

Los piratas hicieron rodar un barril de pólvora contra la base de la atalaya. Sin embargo, antes de que prendieran la mecha, la portezuela de la torre se abrió. Estaba situada a unas tres varas de altura, por lo que los vigías descolgaron una escalera de mano. Después dejaron caer sus espadas, que emitieron un sonido metálico al llegar al suelo.

Uno tras otro, los ocupantes fueron saliendo, enarbolando un trapo blanco en señal de rendición.

El primero en morir fue Pascual, el corazón atravesado por una lanza. Cano, al ver lo que sucedía con su compañero, intentó regresar a la torre, pero el virote de una ballesta le entró por la

nuca y le salió por la boca. Peor suerte tuvo Lorenzo: lo apresaron vivo.

Después de ocultar los cadáveres, los argelinos se metieron tierra adentro, guiados por un renegado morisco oriundo de la comarca. Fueron avanzando por veredas empinadas en una fila apretada. En la oscuridad, a menudo tropezaban los unos con los otros; así y todo, en menos de tres horas culminaron la ascensión.

Antes de volcar por la ladera de poniente, el jefe de la expedición, al que sus hombres llamaban Al-Sawád, el Negro, por el color de su tez, echó un último vistazo al lugar donde habían quedado las falucas.

El guía de la expedición se movía con agilidad entre las grietas del terreno y las rocas sueltas, gracias a unas piernas cortas que le habían granjeado el apodo de «El Chiqui». La zona estaba despoblada, pues, por orden real, y precisamente para prevenir pillajes, nadie habitaba a menos de una legua de la costa.

De madrugada, la escarpada ladera dio paso a eriales de pendiente más suave. Cuando el cielo tras ellos adquirió un tinte morado, los sigilosos guerreros extremaron las precauciones.

Al salir de una pequeña hondonada, el Chiqui echó el cuerpo a tierra. Al verlo, los que lo seguían se dispersaron entre la maleza. El jefe de la expedición reptó hasta él y lo interrogó con la mirada.

—¡Sorbas! —exclamó el Chiqui, señalando con una mano al frente.

El incipiente resplandor del amanecer reveló un altiplano erizado de casas y rodeado por el tajo de un río seco. Al-Sawád enfocó la vista hacia el castillo que defendía el único acceso al pueblo.

—¿Cuántos hombres guardan la fortaleza?

—Unos diez —susurró el Chiqui.

—¿Alguaciles?

—Un viejo y un par de ayudantes, aunque, como son moriscos, no pueden llevar armas.

El cabecilla pirata siguió arrastrando la mirada por encima de los tejados hasta identificar una torre cuadrada coronada por una cruz. El objetivo principal de las incursiones era la captura de rehenes, y los rescates más valiosos siempre eran los de nobles y clérigos.

—¿Y los cristianos?

—Doce familias, además del cura y el sacristán. Viven todos en una misma calle, en la parte alta. Para llegar allí tendremos que atravesar el pueblo.

—¿Algún hidalgo?

—No. El señor de la villa tiene una casona, pero no viene nunca.

El Chiqui había pasado su infancia en la localidad que iban a asaltar. Aunque había escapado a África unos años atrás, mantenía su información al día gracias al flujo incesante de granadinos expatriados que llegaban al puerto de Orán.

El pirata volvió a examinar la fortaleza. Esta vez localizó una silueta en el adarve.

—¿Estás seguro de que no hay más de diez soldados en la villa?

—Puede que incluso menos. La costa está a seis leguas; no temen ataque alguno.

En ese instante, el sol superó las cimas de levante y tiñó las casas de un suave color dorado. Apenas los gallos empezaron a celebrar la llegada del nuevo día, las puertas bajo la fortaleza se abrieron y dos centinelas tomaron posiciones a ambos lados del arco de piedra.

A un gesto de Al-Sawád, los bandidos reanudaron la marcha.

~

A una legua de allí, en la aldea de Quajalana, Khalíl oyó la llamada de su padre, pero, indiferente al habitual revuelo de bostezos y estiramientos de sus hermanos, se quedó remoloneando sobre el jergón.

—¡Arriba, gandul! —le ordenó Rashíd, el primogénito—. Como venga padre a buscarte, te vas a enterar de lo que es bueno.

Aunque tan solo tenía siete años, Khalíl supo que debía obedecer. Se puso en pie sin dejar de restregarse las legañas, estiró la sábana sobre el camastro que compartía con Hasan, mayor que él, y se dirigió al patio. Su progenitor lo recibió con el ceño fruncido y no le quitó la vista de encima hasta que se hubo salpicado los pies y la cara con agua del abrevadero. Después, el chiquillo corrió a ocupar el lugar que le correspondía por edad en la fila formada por los hijos varones de Yúsuf Ben Ammár: Rashíd, Hasan y Mas'úd.

El cabeza de familia, nervudo, con la piel del rostro pegada a los huesos y el pelo casi rapado, se encaró con el resplandor que despuntaba por encima de la tapia y volvió las palmas de las manos hacia arriba. Se prosternó y levantó varias veces mientras recitaba una oración en el idioma de sus ancestros. Los hijos imitaron los gestos y repitieron sus palabras. Algunos varones jóvenes comprendían el castellano, pero todos en la aldea seguían expresándose en árabe.

Hacía más de setenta años que estaba prohibido enseñar el islam en el reino. No obstante, si bien los infractores eran castigados con dureza, en las aldeas más remotas muchos cristianos nuevos seguían profesando el credo de sus ancestros.

Una vez concluida la breve ceremonia, Yúsuf y sus hijos se sentaron sobre las esterillas extendidas en una esquina de aquel espacio a cielo abierto e invocaron el nombre de Alá. Mientras la hija mayor, Zahra, servía leche de cabra recién ordeñada, Salmà, la madre, depositó frente a su marido una bandeja con tortas humeantes y un plato de brevas. Una niña llegó corriendo y, risueña, se puso a repartir cuencos vacíos entre los comensales. No tendría más de tres años. Khalíl quiso atraparla por un brazo y hacerle un arrumaco. En su precipitación por escabullirse, la cría metió el pie en las brevas.

Yúsuf se puso en pie. Asió a su hija por las axilas y la alzó a la altura de sus ojos.

—¡Amína, Amína! ¿Qué voy a hacer contigo?

Entonces, para sorpresa de todos, hizo voltear a la chiquilla y le mordisqueó el piececillo manchado de jugo. Karíma, la más pequeña, quiso unirse a la fiesta y gateó a toda prisa hasta su padre, volcando varios cuencos en el camino.

Tan pronto las risas se apagaron, Salmà y Zahra recogieron el desaguisado y se llevaron a las crías. Ellas comerían después de que los varones hubieran salido a los huertos.

El desayuno transcurrió en silencio. Yúsuf era parco en palabras, y en su presencia solo se hablaba si era estrictamente necesario. Cuando hubo acabado de comer, dio una palmada y se puso en pie con más agilidad de lo que su apariencia hubiera hecho suponer. Sus hijos volvieron a formar una línea, ansiosos por saber qué tarea les iban a asignar.

—Hoy iremos al Fructuoso a segar, pero tú, Khalíl, te quedarás aquí y sacarás el estiércol de los corrales. Los demás agarrad cada uno una hoz y seguidme.

Khalíl, flacucho y de pelo ensortijado, se quedó mirando cómo sus hermanos recogían los aperos y, bromeando entre ellos, salían a la calle.

~

Los piratas llegaron al borde del cauce seco y se apostaron a un tiro de ballesta del castillo. Dos de ellos extrajeron de sus zurrones unas ropas parecidas a las de los lugareños y, vestidos con ellas, se dirigieron a la puerta de la villa. Cuando la alcanzaron, intercambiaron una mirada y, aparentando despreocupación, dedicaron un sonriente saludo a los que iban a matar.

—¿Adónde vais tan temprano? —les preguntó uno de los soldados que guardaban el acceso.

—Nosotros, comprar harina —replicó uno de los piratas, en un castellano dificultoso, señalando el saco que portaba al hombro.

El soldado se volvió hacia su compañero.

—¿Los conoces?

—¡Yo qué sé! ¡Todos se parecen!

Los guardias se carcajearon y se echaron a un lado. Todavía estaban riéndose cuando en las manos de los falsos labradores aparecieron dos gumías. Sus risas se trocaron en alarma, pero fue demasiado tarde. Con un hábil movimiento, los piratas seccionaron sus gargantas.

En ese instante, el centinela apostado en el adarve vio a una horda que corría hacia la entrada. Sin acabar de creerse lo que sus ojos le mostraban, agarró su arcabuz, pero se dio cuenta de que tenía la mecha apagada. Se puso a dar gritos de alarma, pero ya era demasiado tarde: los asaltantes habían franqueado las puertas y se esparcían por el interior de la población.

~

En el patio de armas, el capitán a cargo de la fortaleza no podía creer lo que el sargento Peñarroja, con el rostro alterado, le acababa de explicar.

—¿Cómo que bandidos?

—Son unos treinta. Farceto y Camacho están muertos, los han degollado en la entrada. ¡Mandemos aviso a Mojácar!

—¡Por Dios, Peñarroja! Solo nos quedan seis hombres, no podemos dejar el castillo indefenso.

—¿Vamos a tolerar que esos malnacidos campen por el pueblo a sus anchas, capitán?

—¡Desde luego que no! —Pedro Ramírez de Arellano se pasó los dedos por la espesa mata de pelo negro mientras trataba de tomar una decisión—. Deja dos arcabuceros aquí, los demás que me sigan.

Unos minutos después, el capitán salió de la fortaleza en compañía de un reducido número de hombres. Nada más poner un pie fuera, unos disparos de ballesta los obligaron a volver a cubierto.

~

Al-Sawád sabía lo que se hacía. Había apostado a unos hombres frente a las puertas del castillo para evitar que salieran sus ocupantes mientras él se dirigía con el resto de sus hombres a la iglesia. En menos de lo que se tarda en rezar un padrenuestro, el cura, el sacristán y su hermana fueron sacados a rastras del templo y obligados a seguir a los asaltantes.

—No os detengáis a coger nada —ordenó Al-Sawád—. Hemos venido a por esclavos, nada más.

Los piratas siguieron al Chiqui hasta el callejón de los cristianos viejos, cuya entrada guardaban tres hombres armados con bastones.

—La paz sea con vosotros —exclamó el jefe de los berberiscos, dirigiéndose a los guardianes con sarcasmo.

—¿Paz? ¿De qué paz habláis? ¡Marchaos por donde habéis venido! —replicó el más veterano de los alguaciles mientras a sus espaldas se oía cómo los postigos de las ventanas se cerraban con precipitación

—No os queremos ningún mal, hermanos.

El viejo alguacil plantó su garrote en el suelo frente a él, como si este poseyera el poder de detener a aquella cuadrilla sanguinaria.

—No soy vuestro hermano. Aquí soy la ley. Os ordeno abandonar el pueblo ahora mismo. —Antes de contestar, Al-Sawád paseó la mirada por los alguaciles más jóvenes. No podían ocultar el temblor de sus manos.

—Lo haremos, no os quepa la menor duda, pero antes nos llevaremos a los infieles.

—¡Tendréis que pasar por encima de mi cadáver!

Cansado de la tozudez del anciano, el Chiqui dio un paso al frente.

—¡Quítate de en medio, lacayo de infieles!

—¡Tú! ¡Tú los has traído, malnacido! —escupió el alguacil al reconocerlo.

Sin mediar palabra, Al-Sawád desenfundó su alfanje y, con un rápido movimiento, le abrió la cabeza al viejo. Al verlo caer, el poco valor que les quedaba a sus compañeros se volatilizó. Desaparecieron en un parpadeo.

El sacrificio del alguacil no resultó del todo inútil, pues dio tiempo a que los cristianos viejos se refugiaran en sus casas. Aun así, los asaltantes la emprendieron a hachazos con la primera casa del callejón.

No tardaron en echar abajo la puerta. Entraron en la vivienda vociferando. Momentos después se oyeron unos gritos de pánico. Tras unos instantes de confusión, los piratas salieron arrastrando a dos mozas y una anciana.

Estaban a punto de penetrar en la casa siguiente cuando un disparo sonó cerca de la entrada del callejón. El pirata que empuñaba el hacha cayó al suelo fulminado.

Al-Sawád se volvió con presteza hacia el origen del disparo. Localizó a varios soldados, con morriones y corazas, parapetándose tras una tapia.

—¿De dónde han salido esos?

El Chiqui, que estaba a su lado, lo miró con ojos desorbitados.

—No… No lo sé… —De niño había oído hablar de un paso subterráneo que, decían, conectaba el castillo con la atalaya situada al otro extremo del pueblo. Pero siempre había creído que era una leyenda.

Al-Sawád comprendió que, pese a su superioridad numérica, corrían el riesgo de quedar atrapados entre los militares y unos civiles dispuestos a vender caras sus vidas. Se volvió hacia los suyos y ordenó la retirada.

~

—¡Vive Dios! —gritó el sargento Peñarroja al ver que los bandidos escapaban por el otro extremo del callejón—. ¡Bajemos a bloquear la salida, capitán!

—¡Detente! —aulló Ramírez de Arellano.

—¡Por Dios, se llevan a la gente!

—¡Piensa, maldita sea! De verse encerrados, esos hideputas matarían a los rehenes…

~

Los berberiscos cruzaron las murallas y, una vez fuera de peligro, Al-Sawád mandó hacer un alto.

—¿Qué ves ahí? —le preguntó al guía, señalando a los prisioneros que sus hombres llevaban a rastras.

Sin comprender a qué se refería, el Chiqui miró al cura con el rostro ensangrentado, al sacristán, cuyos dientes castañeteaban de forma incontrolada, y a las mujeres que lloraban implorando a Dios y a la Virgen.

—En Argel juraste que volveríamos cargados de esclavos. ¿Cuántos ves ahí?

El morisco agachó la cabeza y contestó de forma casi inaudible.

—Cinco…

—¿Cinco? —repitió el pirata, acercándosele amenazador.

—¡Sí, pero no es culpa mía!

—Está visto que los cristianos, viejos o nuevos, sois unos infieles mentirosos.

—¡Yo he cumplido con mi palabra! Os he llevado al lugar convenido…

—Maldito seas tú y todos los de tu raza bastarda. Vas a pagar por esto…

Al-Sawád desenfundó su gumía. Cogió al Chiqui por el pelo y lo obligó a arrodillarse.

—¡Espera! —suplicó este a la desesperada—. ¡Espera! Sé dónde podemos encontrar a más rehenes.

Al-Sawád, que se disponía a cortar la garganta del infeliz, detuvo su movimiento.

—¡Habla de una vez!

El Chiqui tosió, presa del pánico. Con voz queda, consiguió murmurar:

—A menos de una legua de aquí hay una aldea… Gente sin circuncidar.

Al-Sawád se lo quedó mirando un instante. Después tomó una decisión.

—¡Llévanos allí! —le ordenó.

El Chiqui se levantó con dificultad. Sus piernas se habían vuelto de gelatina.

~

Khalíl vació la última carga de estiércol en el muladar y entró en su casa. Era la última de las doce viviendas que componían Quajalana, una pequeña aldea blanca, ribereña del río seco que, una legua al sur, rodeaba la villa de Sorbas.

—¡Puaaah! ¡Apestas! —se quejó Zahra, su hermana mayor, en cuanto cruzó el umbral.

El niño pellizcó la tela de su camisa y se la llevó a la nariz.

—¡No es para tanto!

—Hueles peor que un castellano. —La muchacha frunció el ceño— ¡Ve ahora mismo a lavarte!

Khalíl salió a la calle e, indiferente al sol que caía a plomo, echó a correr. Poseedor de una energía inagotable, no comprendía por qué las personas mayores caminaban cuando era tan divertido ir de un lado a otro dando brincos.

Atravesó la aldea en un santiamén y llegó a la balsa en la que había previsto darse el chapuzón. En ella estaba la mula de Tomás Palomino sacando agua de la noria. El dueño del animal descansaba tumbado bajo una higuera y con el sombrero sobre la cara. Como era un

cascarrabias que no permitía a los niños meterse en la pileta, Khalíl cambió de idea y decidió acercarse a un lugar de la rambla donde se habían formado unos aljibes naturales.

Al pasar por la fuente, situada en un recodo del río seco, se encontró con su madre llenando un cántaro. Con ella se hallaba la pequeña Amína. A pesar del sofocante calor, Salmà vestía una camisa y una marlota de lino, unos zaragüelles ceñidos a los tobillos y se cubría la cabeza con un velo, como hacían todas las moriscas. Al verlo, Amína corrió hacia él con los brazos abiertos, pero no llegó a abrazarlo.

—¡Qué peste! —exclamó con su vocecilla infantil, tapándose la nariz con la mano.

—Voy a darme un baño

—Yo también quiero bañarme —suplicó la niña. Su madre negó con la cabeza.

—¡Mamá, por favor!

—¡No!

Salmà alzó la vasija de barro del suelo, la apoyó en su cadera y, ayudándose con un impulso de los riñones, la colocó sobre la cabeza. Después le tendió una mano abierta a su hija. Esta, enfurruñada, cruzó los brazos, escondiendo las suyas bajo las axilas.

—Déjela, madre, yo me hago cargo de ella —sugirió Khalíl al ver que su hermanita reprimía a duras penas las lágrimas.

—Está bien, pero no la pierdas de vista y vigila que no se moje la ropa.

Mientras Amína obsequiaba a su hermano con una sonrisa luminosa, Salmà echó a andar con el cántaro en equilibrio y una mano apoyada en la cintura.

Un poco más allá, arrodilladas frente a las piedras que les servían de tablas de lavar, tres vecinas charlaban animadamente mientras sus hijas extendían las prendas recién lavadas sobre unos arbustos. Al ver a las chiquillas, Amína perdió todo interés por el baño y empezó a tironear la mano de Khalíl.

—Ya has oído a mamá. ¡No te alejes! —le recordó este antes de dejar que fuera con las demás niñas.

—¡Qué guapo estás, Khalíl! —exclamó una de las lavanderas al verlo—. Ven, acércate a que te dé un beso como cuando eras pequeñito…

Avergonzado por las carcajadas, el chiquillo echó a correr y no paró hasta llegar al humedal. Vio a unos críos de su edad que chapoteaban alegremente con el agua hasta el pecho. Sin perder tiempo en saludarlos, se quitó la ropa apresuradamente. Estaba a punto de zambullirse cuando reparó en un sapo de ojos saltones. Le tiró una piedra, pero falló y el sapo desapareció de un salto en un cañaveral. Los chiquillos, que habían visto el lanzamiento, se burlaron de su mala puntería

Contrariado por las mofas, Khalíl se metió en el cañaveral para tratar de localizar al sapo. Avanzaba despacio, procurando no hacer ruido, cuando un crujido cercano llamó su atención. Al mirar a través de los juncos para localizar la fuente del sonido entrevió a un personaje que se movía con sigilo por un lateral de la rambla.

Se quedó inmóvil, observándolo con atención. Su piel era casi negra. Ya había visto antes a hombres de esa raza, pero aquel era distinto: todo en él era temible. De la cabeza rapada sobresalía un mechón de pelo trenzado y sujetaba una espada curvada con la mano.

No estaba solo. Con creciente alarma, se percató de que tras el africano más personas se movían con la misma cautela mientras sostenían redes en las manos. Pese a su corta edad, Khalíl comprendió que algo terrible estaba a punto de suceder. Quiso gritar y salir corriendo, pero tenía la garganta atenazada y sus pies se negaron a moverse. Alguien ladró una orden y los forasteros

echaron a correr mientras proferían alaridos. Presa de un temblor incontrolable, Khalíl cerró los ojos.

De lo que sucedió a continuación solo recordaría los sonidos. Primero, las exclamaciones de sorpresa de los niños que chapoteaban en la charca cercana, después sus gritos de terror al verse capturados.

~

A poca distancia de allí, Yúsuf detuvo el movimiento de su hoz y enderezó el torso. Al hacerlo sintió un pinchazo en los riñones, pero sonrió al ver que sus hijos habían quedado atrás. Aquí y allá, pequeños montones de cebada recién cortada daban testimonio del intenso trabajo desarrollado a lo largo de la mañana. Las cigarras parecían celebrarlo llenando el aire caliente con su canto.

Arrastró la mirada por la llanura de espigas ondulantes y, tras limpiarse el sudor de la frente, echó un trago del botijo. En ese momento se oyó un estampido lejano.

Sus hijos interrumpieron la siega.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rashíd.

—No parece un trueno… —replicó Hasan, el hermano mediano—. El cielo está limpio de nubes.

Un poco después sonó otra detonación. Yúsuf buscó el lugar de donde procedía.

—¡Que Alá me maldiga! —aulló, antes de salir corriendo hacia la aldea con la hoz en la mano y perseguido por sus hijos.

~

El primer disparo fulminó a Tomás Palomino, el vecino al que Khalíl acababa de ver en la noria con su mula. Había bajado a la rambla alertado por los alaridos que daban las lavanderas y las niñas al ser apresadas por los piratas. Su bastón poco pudo hacer contra el arcabuz de uno de los malhechores que perseguían a su mujer y a su hija.

~

Desde lo alto de un cerro cercano, el sargento Peñarroja y el soldado que lo acompañaba vieron cómo los piratas acorralaban a sus víctimas y las golpeaban salvajemente antes de amordazarlas. El sargento se mordió el puño, pero las órdenes del capitán habían sido claras: «Seguidlos, pero no intervengáis bajo ningún concepto. Limitaos a avisar si vuelven a Sorbas».

~

Las mujeres de Quajalana salieron de sus casas preguntándose que había sido aquel estallido. Algunas se asomaron al borde del acantilado sobre la rambla, pero la fuente quedaba oculta tras un recodo del río seco. Cuando una banda de chiquillos, haciendo caso omiso de las advertencias de sus madres, bajó a curiosear al lavadero, el sargento Peñarroja se dio cuenta de que el drama que se desarrollaba bajo sus ojos estaba a punto de tomar un giro a peor. Su compañero vio sus mandíbulas apretadas y los ojos como dos rendijas y supo lo que iba a suceder.

—¡Sígueme! —El sargento espoleó su caballo y lo lanzó cerro abajo. Dieron un rodeo para evitar la fuente y, tras entrar al galope por la parte alta de la aldea, alcanzaron a las madres justo antes de que se metieran en la rambla.

—¡Volved a vuestras casas! —como no entendían sus palabras en castellano, Peñarroja sujetó el arcabucillo de pedernal que colgaba del arzón de su silla y lo armó. Bastó un solo disparo al aire para que las confundidas mujeres dieran la vuelta y corrieran a refugiarse en sus casas.

~

Los piratas acababan de aherrojar a sus presas y se disponían a subir a la aldea para completar el rapto cuando oyeron el disparo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Al-Sawád al Chiqui, que regresaba a la carrera a la fuente.

—¡Hay jinetes en la aldea!

—¿Cuántos?

—He visto a dos.

A Al-Sawád se le escapó una mueca. Esos soldados podían ser la avanzadilla de una hueste. Tenía que mandarles un mensaje, hacerles comprender que no les convenía amenazarlo.

Se volvió en dirección a la fila de presos y buscó con la mirada cuál tendría menos valor en el mercado de esclavos de Argel. Vio a una cría que, pese a su corta edad, se debatía como una fiera, mordiendo la mano enguantada que la sujetaba.

Ordenó que le trajeran a la chiquilla y la arrastró por la rambla hasta asegurarse de que sus enemigos lo pudieran ver bien. Entonces extrajo un cuchillo de su faja, lo alzó al cielo, y sin despegar sus ojos de los jinetes, le rebanó la garganta a la inocente criatura.

~

Era de madrugada cuando el capitán Ramírez de Arellano oyó ruido de cascos contra el empedrado del patio de armas. Salió al exterior a tiempo de ver cómo el sargento Peñarroja bajaba del caballo y le tendía las riendas a uno de los centinelas. Estaba ojeroso y, por la seriedad de su cara, el capitán supo que traía malas noticias.

—Los seguimos como ordenasteis, capitán —explicó en cuanto se hubo acercado—. En Quajalana mataron a un campesino y a una niña y se llevaron diez prisioneros, entre mujeres y niños. —Peñarroja vio las mandíbulas de Ramírez marcarse bajo la piel—. Unos aldeanos los hostigaron con aperos de labranza, pero esos hideputas mataron a otro rehén y los lugareños abandonaron la persecución. Después siguieron hasta Lucainena, donde se unieron a una segunda partida de piratas aún más numerosa que había encadenado a todos los cristianos viejos de la villa. Juntos, los dos grupos cruzaron la sierra y zarparon sin que nadie les molestara.

A medida que asimilaba la información, el rostro del capitán se fue ensombreciendo. Había pasado la noche en vela, preguntándose si la decisión de quedarse en el castillo había sido la correcta. Ahora tenía la respuesta.

~

Al día siguiente, en Quajalana, entre lamentos por los muertos y los seres queridos que nunca volverían a ver, enterraban a tres cuerpos envueltos en sudarios blancos.

Uno de ellos, el más pequeño, era el de Amína.

Capítulo 2

Octubre de 1557, Quajalana, reino de Granada

Había pasado algo más de un año desde la *desgracia*, como se referían en Sorbas al ataque de los piratas. En ese tiempo el obispado había nombrado un nuevo beneficiado de la parroquia y el señor de la villa, don Diego López de Haro, mandó reforzar la guarnición con media docena de soldados venidos de sus dominios cordobeses. En Quajalana, donde la mayoría de las familias habían perdido algún ser querido, las mujeres vestían ropas blancas de luto, y la ausencia de críos correteando por las calles evidenciaba la pena que los lugareños no habían podido sacudirse de encima.

Unos días después del asalto, el sargento Peñarroja y el nuevo alguacil habían ido a la aldea con el fin de tomar declaración a los testigos. Ambos confiaban en que los frailes trinitarios pudieran rescatar a los cautivos, pero, con el tiempo, se supo que los caudales disponibles eran insuficientes. Solo quedaba aceptar lo inevitable: las esposas e hijos apresados no volverían.

Desde la muerte de Amína, un manto de tristeza envolvía a su familia. Ya no se oían risas en el hogar y los hermanos no canturreaban al regresar del campo. Para Khalíl, al dolor por la pérdida de su hermana se añadía el injusto resentimiento demostrado por su padre a diario. El chiquillo no podía saberlo, pero de alguna forma Yúsuf lo culpaba del asesinato de su hija. Por eso, aquella mañana de otoño le sorprendió que le pidiera aparejar la burra y acompañarlo a las moreras.

El chiquillo bajó por la calle guiando a Babucha con la cabeza alta. Lamentablemente, no quedaba en la aldea ningún zagal de su edad al que impresionar. Quien sí reparó en él fue una mujer enjuta de ojos torcidos y mejillas caídas que hacía ganchillo sentada a la puerta de su casa.

—¿Adónde vais? —preguntó la vecina sin levantar la vista de su labor.

Yúsuf emitió un gruñido difícil de interpretar y siguió caminando. Su hijo, en cambio, se detuvo.

—Buenos días, Maryam. Vamos a por comida para los gusanos.

—¿A cuánto los van a pagar esta temporada? —El crío encogió los hombros y echó a correr detrás de su padre.

En la rambla se encontraron a un aldeano que cargaba con una espuerta repleta de hojas de morera. Yúsuf se paró y, como si su apremio hubiera desaparecido, descansó las dos manos en el bastón.

—*As-Salám ‘Alaykum*. Mucha prisa te has dado hoy, Taufíq.

—W*a-´alaylku as-salám*. Ya sabes, a quien madruga, Alá le ayuda. —Taufíq Bargah tenía la misma edad que Yúsuf, pero su mata de pelo era negra y tupida como un cepillo. Señaló al serón vacío que cargaba la mula de su vecino—. ¿Ya se han zampado la carga de ayer?

—Sí, van fuertes. Han comenzado a cocer y están tomando el color de la carne.

En esa época del año, los únicos temas de conversación en la aldea eran los relacionados con la cría de los gusanos de seda.

—Siete días llevan los míos en freza —afirmó Taufíq—. Andan de hocico largo y con la panza tan hinchada como la de don Jesús.

Yúsuf visualizó la figura regordeta del sacerdote y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—¡Qué vida tiene los condenados! Solo pensando en comer y cagar.

—¿Te refieres a los curas? —preguntó Taufíq, y cuando su vecino, fingiendo temor, levantó el índice al cielo sonrió de oreja a oreja. Después acarició la testuz de Babucha, y, antes de alejarse, le guiñó un ojo a Khalíl.

~

El bancal de las moreras era un terreno de apenas cuatro fanegas, elevado lo justo para quedar a salvo de las crecidas de la rambla. El niño ató la burra a una retama y, mientras su padre decidía por cuál de los arbustos empezar, descargó las redes de recolección. Después de extenderlas alrededor del tronco elegido, se lavaron cuidadosamente las manos en la acequia, ya que cualquier impureza en el alimento de los gusanos podría echar a perder la cosecha entera.

—Desprende únicamente las de color oscuro —le explicó su padre—. Así, con la uña, sin prisa, una a una. ¿Lo entiendes?

Impaciente por ser digno de la confianza depositada en él, Khalíl empezó a arrancar las hojas tal y como se lo habían indicado. Sin embargo, cuando iban por la tercera morera, consumido por el aburrimiento, ideó un nuevo método de recolección, consistente en arrancar un puñado de un solo tirón. Cuando Yúsuf vio la malla cubierta de brotes quebrados, le propinó a su hijo un coscorrón que lo lanzó de bruces contra el suelo.

—¿Qué has hecho, animal? ¡Como vuelvas a tronchar un solo tallo, te…!

Khalíl se levantó, dolorido, y volvió a la faena. A partir de ese momento, se cuidó de no enfurecer más a su progenitor.

Unas horas más tarde emprendieron el camino de regreso. Babucha era dócil, pero asustadiza. Quizás viera una culebra, el caso es que, llegando a la altura de la noria, se arrancó bruscamente y desparramó la mitad de la carga por el suelo.

—¡Maldita sea mi estampa! —estalló Yúsuf—. ¿No habías asegurado el serón?

—Sí, lo hice, lo juro.

Khalíl se alzó sobre los talones y, evitando cruzar la mirada con la de su padre, enderezó el capacho. A continuación, tiró con todas sus fuerzas de la cincha y la tensó tanto como pudo.

—Ahora está fuerte —dijo, colgándose del cestón para comprobar su sujeción.

Yúsuf lo apartó de un empujón. Agarrando el extremo de la correa, dio un violento puntapié en la panza del animal. Babucha soltó de golpe el aire retenido y la cincha avanzó tres agujeros más. Avergonzado, el chiquillo fue al corral a buscar una espuerta y, tras recoger las hojas caídas, bajó a la fuente a lavarlas.

Al regresar, se encontró a su padre acuclillado frente a la puerta de la casa. Al ver la fusta apoyada en la pared, la espuerta le resbaló de entre los dedos. El rostro severo de Yúsuf se ensombreció aún más y, con un gesto seco, conminó a su hijo a acercarse. El niño dio unos pasos, pero se detuvo fuera del alcance de la vara.

—¡Ven para acá! — Khalíl tragó saliva —¡Extiende las manos!

Buscando alguna señal de clemencia, el chiquillo clavó sus ojos color miel en los de su progenitor, pero este lo sujetó del brazo y le azotó con la vara en las palmas y los muslos. Su

padre se quedó mirando cómo, aullando de dolor, caía sobre el empedrado del zaguán. Dando por terminado el castigo, recogió las hojas de morera y entró en la casa. Atrancó la puerta tras él.

Khalíl se quedó acurrucado, sintiéndose el más infeliz de los niños, hasta que unas cabras rompieron la quietud del atardecer con sus balidos y campanillas. Levantó la cabeza y vio que se acercaba la pastora. Se incorporó. Con el dorso de la mano, trató de borrar los surcos húmedos de sus mejillas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te duele mucho? —preguntó la joven.

Khalíl negó con la cabeza, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Ven conmigo. Te voy a poner un bálsamo —le dijo con voz dulce.

Leonor lo llevó al corral donde su abuelo guardaba las cabras y le aplicó un ungüento; después, le entregó un cubilete con un poco de pócima.

—Mañana, nada más levantarte, úntate las marcas —le explicó, dando por acabada la cura—. Ea, ahora debo ordeñar las cabras.

La joven colocó un balde bajo las ubres de una chiva y empezó a exprimirlas. Al cabo de un rato se dio cuenta de que Khalíl seguía allí, relamiéndose ante la visión de la espuma blanca.

—No has comido, ¿verdad? —Sin esperar la respuesta, llenó un cazo de leche y se lo pasó al crío.

Este bebió con avidez. Cuando hubo terminado, sonrió, exhibiendo una marca blanca en el bigote. Leonor le dio un sonoro beso en la frente y volvió a hundir la cazuela en el cubo. A sus diecisiete años, una edad a la que las moriscas solían estar casadas, no se le conocía pretendiente. Si bien sus ojos negros, almendrados, y los labios carnosos no dejaban a ningún mozo indiferente, su abuelo Alí ahuyentaba a quienquiera que la rondara. Ella, en retorno, sabedora de la devoción del viejo por las tradiciones, se negaba a ocultar su rostro tras un velo y se limitaba a cubrir su cabeza con una toquilla que dejaba sus cabellos en parte descubiertos.

Enero de 1558, Quajalana, reino de Granada

En las soleadas tardes de invierno era común ver a los habitantes de Quajalana sentados a la puerta de sus casas, manipulando los gusanos de seda. Pero aquel día de principios de enero un viento helado soplaba de la sierra y la gente había buscado refugio en el interior de las viviendas.

Khalíl llevaba toda la tarde limpiando los capullos, previamente hervidos por su madre.

—¡Esta es la última carga por hoy! —dijo Salmà entrando en el patio.

Vació el contenido de la olla en el lebrillo y Khalíl sumergió mecánicamente las manos en el agua. En ese momento, los hermanos llegaron y, con mucho alboroto, fueron a dejar sus aperos en el corral.

—¿Dónde está vuestro padre? —le preguntó Salmà a Mas’úd.

—Ahí fuera, hablando con don Miquele, el marchante de seda.

En la mente de Khalíl se formó la imagen del mercader genovés que cada año por aquellas fechas recorría la comarca, perseguido por un aluvión de niños que le tironeaban las alforjas pidiendo golosinas a gritos.

Rashíd y Hasan salieron del corral con unas cadenas y unas sábanas blancas al hombro.

—¿Qué vais a hacer con eso? —preguntó Salmà.

—Hemos visto a uno del pueblo caminando hacia aquí, vendrá a rondar a Leonor. Lo esperaremos en la cuesta del barranco de Estrechaculos. Cuando regrese se habrá hecho de noche, le vamos a dar el susto de su vida. —Entre risas, se pusieron a agitar las sábanas y sacudir las cadenas, gimiendo como almas en pena.

—¡Un día os vais a llevar un disgusto!

A pesar de la protesta, Salmà sonrió para sus adentros. Después de todo, los jóvenes debían entretenerse de algún modo.

—¡Quiero ir con vosotros! —exigió Khalíl

—Eres demasiado chico —replicó Hasan.

El niño no tuvo tiempo de quejarse, porque de súbito se oyó un alboroto procedente de la calle. Sus hermanos salieron en tromba.

La yegua del mercader había resbalado sobre el empedrado del zaguán y descabalgado a su dueño, que yacía en el suelo inconsciente. Atendieron al cristiano, pero cuando volvió en sí se dieron cuenta de que no podía mover las piernas. Yúsuf y sus hijos lo acarrearon entonces al cuarto donde guardaban los aperos de labranza, pensando que en poco tiempo estaría recuperado.

Al día siguiente, el médico que vino de Sorbas para examinarlo prohibió que lo movieran hasta que la peligrosa inflamación que presentaba en la columna vertebral se redujera. A Yúsuf no le hizo ninguna gracia tener que alojar a un cristiano y alimentar una boca más, pero las leyes de la hospitalidad de los moriscos no le dejaban otra alternativa.

Don Miquele mandó cartas para que sus hijos vinieran a buscarlo, pero por culpa de fuertes temporales la navegación entre Génova y el reino de Granada estuvo interrumpida hasta bien entrada la primavera. Como no era cuestión de que las mujeres tuvieran contacto con el mercader, Khalíl fue encargado de los cuidados del enfermo y acabó pasando muchas horas a su lado. Don Miquele, por su parte, disfrutaba de la compañía del inquieto niño y se entretuvo enseñándole los rudimentos del alfabeto y de la lengua castellana, que, si se exceptuaba el fuerte acento genovés, dominaba a la perfección. Poco a poco, sin siquiera percatarse, Khalíl fue capaz de entenderla, luego hablarla y, finalmente, deletrear algunas palabras.

Con ayuda de las cataplasmas de hierbas formuladas por el medico morisco, el mercader se fue recuperando. A mediados de marzo ya podía sentarse con la espalda apoyada contra una pared. La paciencia de Yúsuf, sin embargo, se estaba agotando.

—¡Este oso tiene un apetito insaciable! —se quejó un día al ver a Khalíl dirigirse al cuarto de los aperos con una escudilla humeante entre las manos.

—Esposo mío, sabes muy bien que estamos obligados a socorrerlo, así lo manda la tradición.

—Claro, pero no sé qué esperan sus hijos para venir a buscarlo… —dijo, asqueado, Yúsuf—. Además, nos va a malear al chiquillo, andan todo el día cuchicheando en esa lengua del demonio.

—Pero le está enseñando a leer —respondió su mujer.

—¿Leer para qué? ¿Acaso lo he necesitado yo? —Salmà era consciente de que los tiempos estaban cambiando, y a su hijo le podría favorecer conocer la lengua de los que mandaban, pero guardó silencio para no irritar a su marido.

La primavera y la paciencia de Yúsuf se estaban agotando cuando el primogénito de don Miquele llegó a Quajalana para buscarlo. Antes de irse, el marchante ofreció a su benefactor una bolsa con monedas más que suficientes para compensar todas las molestias, pero el morisco, obligado una vez más por la costumbre, la rechazó.

Yúsuf suspiró aliviado cuando el carro que se llevaba a don Miquele se perdió en el

horizonte, pero Khalíl correteó detrás de él hasta caer agotado. Durante semanas siguió yendo al cuarto de los aperos. Sentado en el suelo, leía en voz alta las letras que el cristiano había escrito con un tizón sobre la cal de la pared.

Capítulo 3

Diciembre de 1558, Sorbas, reino de Granada

Con las últimas luces de la tarde, una carreta llegó bajo el imponente peñón coronado por el castillo de Sorbas. Una semana antes, el hombre a las riendas y el niño sentado a su lado habían abandonado Munera, un pueblo cercano a Albacete, donde ya nada ni nadie los retenía. La esposa y madre les había sido arrebatada en la flor de la vida por culpa de un parto complicado y de una comadrona inexperta que tampoco pudo salvar a la criatura recién nacida. Después de un periodo al borde de la locura, Francisco Calderón decidió empezar de nuevo en algún lugar que no le recordara a cada instante su infortunio. Aceptó la primera oferta que le hicieron por su molino, sin regatear un maravedí, y al día siguiente, bajo una fría lluvia otoñal, acompañado por su hijo y el perro de este, puso rumbo al sur. Mecidos por el traqueteo de las ruedas y los resoplidos del buey, atravesaron la extensa llanura manchega y, tras transitar por un terreno salpicado de pinedas y monte bajo, se adentraron en la campiña murciana.

Llegando cerca de la villa de Mazarrón, las temperaturas y la humedad del aire eran tales que Calderón decidió pasar la noche en una fonda. Allí, rodeados por efluvios de guisos y sudor, oyeron a unos arrieros mencionar un pueblo del reino de Granada donde estaban vendiendo a precio de saldo propiedades abandonadas por los musulmanes.

Tres días después llegaban a Sorbas. A los pies de la fortaleza, una agrupación de casuchas de color rojizo ocupaba la estrecha franja entre la peña y el río seco. Frente a una de aquellas casas vieron a un individuo empujando una carretilla con barro.

—¡A la paz de Dios! ¿Podría decirme cómo se llama este lugar? —preguntó Calderón desde el pescante.

El individuo negó con la cabeza en señal de incomprensión.

—¿No habla castellano, buen hombre?

El sujeto miró a aquel extranjero fortachón y, con el ceño fruncido, soltó un torrente de palabras incomprensibles para los manchegos.

—¡Por Dios! —exclamó Calderón—. ¿Aquí habla alguien en cristiano? Ni que Boabdil siguiera reinando.

—¡Ah, Bú‘Abdíl! —dijo una voz a sus espaldas—. El último rey de Granada, apodado Al-Zugábí, el Desdichado.

Calderón se dio la vuelta y vio a un anciano que salía de una de las humildes viviendas. Tenía los párpados cerrados y apoyaba la mano en el hombro de un niño cuya edad era parecida a la de su hijo.

—¡Alabado sea el señor! Por fin alguien que habla nuestro idioma… Me llamo Paco Calderón y este es Juanillo —dijo, revolviendo la cabellera cobriza del chiquillo.

—¿Qué os trae por Sorbas, Baco?

—¡Paco! Es Paco.

—Sí, Baco, eso he dicho.

Padre e hijo se miraron perplejos.

—De momento, estamos buscando hospedaje.

El ciego percibió la reserva del forastero y no insistió.

—Soy Alonso Alfacar, alfarero, y aquí está mi nieto, Melitón. —El zagal le dedicó una mirada desafiante al niño pelirrojo—. Las puertas de la villa ya están cerradas, no podréis cruzarlas hasta mañana.

—Dormiremos en la carreta, no será la primera ni la última vez.

—Hacedme el honor de ser mis invitados esta noche.

En ese instante, el perro de los manchegos se puso a gruñir y enseñó los colmillos a unos chiquillos que se acercaban a curiosear.

—No os preocupéis por vuestras cosas, nadie las tocará. —El alfarero acompañó sus palabras con una sonrisa franca—. ¡Venga! Pasad, mi hija Zaynab está preparando cordero, no habéis probado nada igual.

Calderón aceptó la invitación, pero antes de entrar en el alfar se detuvo y levantó la vista hacia la fortaleza.

—Ese castillo parece inexpugnable.

—Impresionante, ¿verdad? Os voy a contar su historia, pero primero pongámonos cómodos.

El anciano asió la manaza del cristiano. Este, sorprendido, se liberó de un tirón.

—Disculpadme Baco, debería haberos avisado. Aquí no es extraño, entre los hombres, ir cogidos de la mano.

Avergonzado por su reacción, el huésped se dejó conducir a una estancia cubierta por esterillas en la que un brasero caldeaba el ambiente y arrojaba una tenue luz contra las paredes. El ciego los invitó a sentarse sobre unos cojines esparcidos por el suelo y empezó a explicar que Sorbas no había sido rendida por las armas.

—Mi padre, Dios lo tenga en el paraíso, contaba que estando Fernando el Católico frente a las murallas de la villa, una niebla sobrenatural bajó del cielo y engulló a su hueste. El rey, preso de un mal presentimiento, ordenó levantar el sitio y acampar detrás de la sierra, en un lugar invisible desde la fortaleza. —Calderón miró de reojo a su hijo. Tenía la boca abierta y no se perdía una palabra del relato—. Dos días después llegó la reina Isabel. Ella tampoco fue capaz de convencer a su esposo de asaltar la fortaleza. Sus majestades despacharon mensajeros a la Alhambra y esperaron, pacientemente, a que les entregaran las llaves de la villa.

El manchego dudó de la veracidad de la historia, aunque, antes de expresar cualquier reparo, llegó la hija del artesano con una cazuela humeante.

—Zaynab, este alcuzcuz huele de maravilla. Venga, ¡comamos!

Calderón y Juanillo se revolvieron sobre sí mismos, buscando una cuchara o una escudilla. Melitón, que no le quitaba el ojo de encima a Juanillo, juntó los dedos, índice, corazón y pulgar para mostrarles la forma de comer.

Durante la cena, el molinero contó divertidas anécdotas del viaje y acabó desvelando su intención de establecerse en la zona. Por su parte, el anfitrión fue desgranando detalles sobre Sorbas y las costumbres de sus moradores. Explicó que los cristianos viejos estaban al frente de las instituciones, aunque la gran mayoría de los habitantes eran cristianos nuevos, como él mismo. Mencionó la importancia de la industria de la seda y de la alfarería y enumeró los cultivos más comunes, el trigo, la cebada, la almendra y la oliva. Así continuaron hasta dar cuenta del contenido de la cazuela.

—Teníais razón. Este es el cordero más delicioso que he comido en mi vida. —Calderón

acompañó sus palabras con unas palmaditas sobre la barriga.

—¡Pues esperad a probar los dulces!

Zaynab volvió de la cocina con una bandejita de pastelitos de miel. El manchego aprovechó para abordar una cuestión espinosa.

—Perdonad, Alonso, ¿podríais aclararme la diferencia entre moriscos y moros?

El alfarero, que había estado esperando la pregunta, sonrió.

—Una de las condiciones que Bú‘Abdíl puso antes de entregar su reino a los Reyes Católicos fue que sus habitantes pudieran mantener las tradiciones y seguir ejerciendo su religión libremente. Sin embargo, influyentes personajes convencieron a sus majestades de la necesidad de incumplir las promesas. De esa forma, apenas veinte años después de la rendición del Desdichado, los habitantes de estas tierras fueron obligados a abdicar de su fe y convertirse al catolicismo.

—¿No pudieron negarse?

—Era eso o salir del país, querido Baco. Mis padres no quisieron abandonar la tierra de sus antepasados, así que optaron por bautizarse. Ese día dejaron de ser moros y se convirtieron en cristianos nuevos, o moriscos, como nos llaman algunos.

—¡Comprendo! Vuestra merced, entonces, es tan cristiano como yo.

El ciego chasqueó la lengua.

—Desde las conversiones forzosas no quedan seguidores de Mahoma en el reino. Los súbditos de su majestad somos todos cristianos, aunque a los descendientes de muslimes ciertos derechos nos están vedados. Os daré un ejemplo: a diferencia de los cristianos viejos, nosotros tenemos prohibido portar armas o poseer esclavos.

Muchas preguntas rondaban por la cabeza de Calderón, pero no quiso abusar de la amabilidad del anciano. Además, debía levantarse temprano para indagar sobre las propiedades puestas a la venta. Agradeció a Alonso Alfacar la hospitalidad, tomó en sus brazos a Juanillo, que se había quedado dormido a su lado, y con cuidado de no despertarlo, volvió al carro para pasar la noche.

~

Por la mañana, tras esperar más de una hora en la gélida antesala del despacho del funcionario encargado de la venta de los bienes de los moriscos huidos, el manchego y su hijo consiguieron ser recibidos.

Lucas Martel era un hombre de unos cuarenta años. Su barba conservaba un tono castaño oscuro y vestía un jubón negro que contrastaba con la gola blanca y unos puños rizados.

—Mirad, Francisco, aquí el dueño de todo es don Diego López de Haro y Sotomayor, marqués del Carpio, quien, además de señor de Sorbas, también lo es de la vecina villa de Lubrín —explicó Lucas Martel sin dejar de rebuscar entre los legajos amontonados sobre el escritorio—. De las ciento cuarenta familias que habitan la villa, menos de una décima parte son cristianos viejos. En cuanto a la guarnición del castillo, está formada por un puñado de soldados. En resumen: somos pocos y apenas podemos mantener la seguridad intramuros.

Calderón escuchaba al funcionario mientras su hijo, indiferente a la conversación, tenía la vista puesta en una lagartija que correteaba entre los desconchones de la pared.

—¿Estáis seguro de no preferir el pueblo? —inquirió Lucas Martel—. Hay muchas viviendas vacías, y algunas son muy lujosas. En la alquería, donde se ubica el ingenio harinero, seréis los

únicos cristianos viejos.

—Eso me da igual, aunque me gustaría ver el molino antes de decidirme.

El funcionario sacudió la cabeza y volvió a mirar a la lista de las propiedades en venta, con cuidado de que su interlocutor no pudiera ver la cifra anotada en el margen.

—Esto no funciona así. Por este precio no hay visita que valga.

Calderón clavó sus ojos en los de Martel. Por lo que acababa de oír, el molino llevaba más de cincuenta años parado, y con toda seguridad iba a necesitar reparaciones. Aun así, traía consigo suficiente dinero para subsistir durante más de un año en el caso de que las obras se alargaran.

—Si no estáis interesado —Martel dobló el documento y lo guardó en un cajón.

Sin decir una palabra, Calderón dejó una bolsa encima de la mesa. Después de contar las monedas, Martel estampó su firma en el documento de venta.

Apenas los manchegos hubieron abandonado su despacho, el funcionario se frotó las manos antes de retirar veinte escudos de plata del saquito. Sin abandonar una sonrisa maliciosa, los guardó en su faltriquera.

Capítulo 4

Quajalana, reino de Granada

No había pasado ni una hora desde que Calderón y su hijo salieran del despacho de Lucas Martel cuando el carro de los manchegos se detuvo a la entrada de Quajalana. A Francisco Calderón enseguida le gustó la aldea, aunque no hubiera sabido decir si era debido a la blancura refulgente de las casas, el verdor de su vega o el olor a leña quemada que flotaba en el aire, mezclado con el aroma de los guisos.

En un momento determinado, el perro de Juanillo salió en persecución de unas gallinas que se acercaban cacareando. Pese a algunos fugaces movimientos tras los ventanucos, nadie salió a la calle. «¡Igualito que en Munera!», pensó el manchego mientras una sonrisa nostálgica se dibujaba en su cara.

El chucho no tardó en regresar. Cuando subió a la carreta, Calderón vio unas plumas blancas entre sus fauces. Hizo restallar el látigo para salir de allí cuanto antes.

Una vez hubo atravesado la aldea, intentó recordar las instrucciones del regidor. «Al final de la cuesta os toparéis con una rambla, la propiedad se encuentra a unos trescientos pasos a la izquierda. ¡No tiene pérdida!», había dicho.

En efecto, no le costó dar con ella. La vereda que conducía al molino rebosaba de maleza y la entrada al edificio se hallaba obstruida por zarzales. El suelo se veía cubierto de tejas rotas y las raíces de un olmo habían resquebrajado una de las paredes.

«¡Vaya desastre!», pensó, sin dejar de sonreírle a su hijo. Empezaba a preguntarse si no habría cometido un error al adquirir aquella ruina cuando una paloma se posó sobre el tejado. Una segunda se le unió, y al poco se pusieron a gorjear. A pesar de los desperfectos, la fachada de piedra mantenía el porte de una recia casona. El trino alegre de los gorriones que se perseguían en el cielo, la caricia de los rayos del sol invernal y el aroma del tomillo lo transportaron a otro tiempo y lugar. Cerró los párpados y volvió a ver las delicadas flores moradas que adornaban el pelo de su amada en el día de la boda. Sus últimas dudas se disiparon.

—Alabado sea Dios, hijo. Hemos llegado a casa.

~

A la mañana siguiente, espoleado por el deseo de ver el perro de los forasteros, Khalíl bajó a la rambla. Con quien se topó, sin embargo, fue con el niño pecoso que jugaba junto a la vereda del molino. Se agazapó detrás de unas zarzas y, desde la distancia, se quedó observando cómo el pelirrojo modelaba un castillo de arena. El chucho llegó al cabo de un rato, meneando la cola. Reclamó una caricia de su dueño, y, olfateando el aire, se fue para el intruso. Asustado, Khalíl solo acertó a cubrirse los ojos. El animal se limitó a dar un par de vueltas a su alrededor y soltar cuatro ladridos, tras lo cual regresó junto a su amo.

Juanillo desdeñó al fisgón de cabellera rizada y siguió con la labor de compactar la arena, pero los muros se le caían una y otra vez. Decidido a ayudarle, Khalíl enrolló una hoja de caña para formar un capirote que llenó con agua de la acequia. Después lo vació sobre la base del castillo, con tan mala fortuna que una parte se derrumbó.

Tras un instante de perplejidad, el hijo del molinero se puso en pie y acabó de demoler su obra a patadas. Acto seguido, se encaró con el culpable del siniestro. Los niños intercambiaron miradas retadoras. Dando vueltas a su alrededor, el perro ladraba furiosamente.

Juanillo se hartó pronto del jueguecito y le propinó un empujón a Khalíl, que le devolvió el empellón. Tras un breve forcejeo, rodaron por la arena. Juanillo, más fornido, logró inmovilizar a su contrincante, que terminó de espaldas contra el suelo.

—¡Ríndete! —demandó.

Khalíl se retorció, pero no logró descabalgar a su oponente.

—Pide clemencia o te escupo.

—¡Jamás! —exclamó Khalíl, viendo cómo un hilo de baba le apuntaba a la cara. Juntando todas sus fuerzas, sacudió el cuerpo, pero con ello solo consiguió desprender la flema.

—Perdón, perdón, perdón —exclamó Juanillo, que no había tenido la intención de humillar a su oponente. Hizo ademán de limpiarle la frente con la manga de su camisa, pero recibió un manotazo.

Los zagales se quedaron sentados el uno frente al otro, respirando agitadamente, con las caras rojas por el esfuerzo. Percibiendo la congoja de su dueño, el chucho se alzó sobre las patas traseras y le lamió las mejillas. Juanillo se limpió la baba y miró a su adversario. Ambos estallaron en una sonora carcajada.

—¿Cómo se llama tu perro? —preguntó Khalíl.

—Comotú.

Los ojos del chiquillo se abrieron como platos.

—¿Se llama Khalíl?

—¡Nooo! Se llama Comotú.

—Pero…

—Es su nombre: Como… tú.

El semblante de Khalíl se iluminó y las risas infantiles volvieron a resonar por la rambla.

Febrero de 1559, Quajalana, reino de Granada

Las pocas semanas, que Calderón llevaba en Quajalana, habían sido suficientes para simpatizar con Taufíq Bargah. El manchego estaba agradecido por la ayuda que le había prestado desde el primer momento aquel hombre que, además, era uno de los pocos adultos con quien podía conversar en castellano de manera más o menos fluida.

—Mira, Baco. Aquí tienes la noria. —Taufíq señaló la gran rueda de madera que, a medio camino entre la aldea y la rambla, extraía el agua para regar la vega. Calderón se estaba preguntando por qué todos los moriscos pronunciaban mal su nombre cuando vio a su hijo acercarse al pozo—. ¡No te arrimes más! —exclamó. Después se volvió hacia su interlocutor—. ¿Es muy hondo?

Taufíq se pasó la mano por la cabellera hirsuta antes de contestar.

—Unas veinte varas.

—¿Cómo funciona?

—¿Ves los recipientes de barro atados a las cuerdas? Se hunden en las profundidades de la tierra y sacan el agua a la superficie… —Taufíq interrumpió la explicación para saludar con un amplio gesto de la mano a un hombre que se acercaba llevando a una burra del ronzal. El sujeto le correspondió con un gruñido.

—Simpático. ¡Sí, señor! —comentó Calderón con sorna.

—No te esfuerces, Baco. El pobre diablo es sordo y mudo.

El recién llegado ató la burra a la pértiga de arrastre de la noria y le cubrió los ojos con unas orejeras de esparto. Después le dio una palmada en los cuartos traseros. El animal inició el recorrido circular y los cangilones emergieron de las profundidades, vaciando su carga de agua sobre el canalón de madera que la conducía hasta una alberca.

—Vaya artilugio tan ingenioso.

Taufíq asintió y hundió su bastón en la superficie verdosa de la balsa.

—Ahora hay dos palmos de agua. Esta noche, el nivel habrá subido una vara.

Aburrido por tanta palabrería, Juanillo tironeó el jubón de su padre.

—¿Puedo ir a jugar con Khalíl?

—Sí, pero no se te ocurra acercarte al pozo o al borde del cortado sobre la rambla.

Cuando el chiquillo salió dando brincos, Taufíq continúo su explicación.

—A cada regante nos toca un día de agua por semana.

—¿Yo también tengo parte?

—No, tu molino tiene suministro propio.

—Si te refieres a la pileta del bancal de arriba, está más seca que la mojama.

—Echémosle un vistazo a la acequia.

—No quiero que eches a perder la jornada por mi culpa, tendrás mucho que hacer, Taufíq.

El morisco miró a Calderón como si acabara de decir algo sin sentido y lo cogió del brazo.

—Anda, vamos, Baco.

Por el camino, Taufíq fue contándole al manchego la historia del vecino con el que se acababan de encontrar.

—Juan Axer era un niño como los demás hasta que descubrió a su padre colgando de una viga. Según los que acudieron a socorrerlo, la cuerda era tan larga que el desgraciado solo pudo asfixiarse doblando las rodillas. A la madre la hallaron en la alcoba, desangrada. En el cuerpo le contaron más de veinte cuchilladas. Nicolasa, la hija recién nacida, seguía aferrada a su pecho, ilesa.

—¡Vaya drama! Con razón se ha quedado sin habla…

—La hermana es mucho más tratable. Conoce las propiedades de las hierbas curativas y es muy buena sanando animales. —Mientras charlaban se fueron adentrando en un humedal de la rambla donde crecían cañas y juncos en abundancia. Taufíq dejó de hablar y se abrió camino apartando con cuidado unas zarzamoras—. ¡Aquí está! Vamos Baco, arranquemos todas estas matas…

Apenas habían comenzado a limpiar el canal de riego cuando un grito desgarrador los sobresaltó. Calderón se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo una sombra caía desde lo alto del acantilado y, con un espeluznante chasquido de ramas, se estrellaba contra el suelo.

—¡Juanillo! —gritó el manchego, petrificado.

El morisco corrió hacia el cuerpo, que yacía inmóvil tras unos juncos a unos pasos de ellos.

—¡Es una mujer! —gritó Taufíq. La sangre volvió a circular por las venas de Calderón—. Ayúdame, Baco. Démosle la vuelta.

La víctima tenía una pierna doblada en un ángulo imposible. Al tratar de enderezarla, la mujer emitió un quejido.

—¡Está viva! —El morisco le apartó un mechón de pelo ensangrentado—. ¡Dios todopoderoso, es la nieta de Alí! Voy a por ayuda, tú quédate con ella. —Y, sin esperar respuesta, echó a correr pidiendo auxilio a voces.

Con el corazón en un puño, Taufíq llegó frente a la casa contigua a la suya, la del abuelo de la accidentada. Sin detenerse a recuperar el aliento, golpeó la puerta con urgencia.

—¡Alí, ha sucedido una desgracia! —Durante unos segundos, nada se oyó en el interior de la vivienda—. ¡Alí, abre! ¡Leonor ha sufrido un percance!

Al fin, tras varios golpes, alguien respondió. La voz sonó fría como el hielo.

—Vete. Déjame en paz.

Taufíq se quedó con el puño suspendido en el aire, desconcertado, pero pronto reanudó sus golpes.

—¿Qué burrada dices? ¡Abre, por lo que más quieras! ¡Maldita sea, se trata de tu nieta!

—Yo no tengo nieta.

Incapaz de asimilar lo que acababa de oír, Taufíq comprendió que allí no iba a conseguir nada y, tras unos instantes de duda, se dirigió a su casa a buscar a su mujer. Cuando regresó a la rambla con ella, el manchego había limpiado la cara de la accidentada.

Nada más verla, Catalina Bargah reparó en el abultado abdomen.

—¡Pobre niña! La han matado…

—¡Por la Virgen de la Fuente! ¡Aún no está muerta! —dijo Calderón.

—Es como si ya lo estuviera. ¿No ves de qué se trata? No puede volver a su casa, la han repudiado —explicó la mujer de Taufíq.

—Eso no importa ahora. ¡Venga, llevémosla al molino, yo la cuidaré!

~

Leonor estuvo varios días al borde de la muerte. Todo ese tiempo, Calderón permaneció a su lado, con el temor constante de que algún órgano interno se hubiera desgarrado en la caída. Le aplicaba paños húmedos en la frente abrasada por la fiebre y vigilaba el entablillado de la pierna. Taufíq pasaba a diario por el molino, traía leche, miel o algún caldo que, con infinita paciencia, el manchego le hacía tragar a la muchacha.

Por suerte, ninguna de las heridas se acabó infectando. Pasado un tiempo, cuidando de no apoyar la pierna fracturada en el suelo, Leonor pudo levantarse de la cama. Al cabo los huesos acabaron por soldarse, aunque la joven caminaría con una fuerte cojera por el resto de su vida.

Una mañana, pasadas dos semanas desde el suceso, Calderón vio que Leonor fruncía el ceño tras palparse el vientre a través de la sábana. Su rostro amoratado se iluminó y gruesas lágrimas de felicidad descendieron por sus mejillas cubiertas de costras.

—¡Mi pequeño está vivo! ¡Alá sea loado! —susurró en la única lengua que conocía.

La niña, una preciosidad de pelo rubio y ojos negros, a la que pusieron de nombre Angelina, nació en la madrugada del dos de marzo de 1559. Catalina Bargah y Nicolasa Axer, la curandera hermana del sordomudo, asistieron a la madre en el parto, que, dadas las circunstancias, fue menos complicado de lo esperado.

Capítulo 5

Primavera de 1560, Quajalana, reino de Granada

En el tiempo transcurrido desde la llegada de Juanillo, Khalíl y él se habían vuelto inseparables. Aunque ambos tenían once años, no se desarrollaban de forma pareja: el manchego era corpulento y aparentaba tener mayor edad. El morisco no destacaba por su físico, pero, en cambio, poseía una picardía innata.

Paco Calderón tardó más de lo esperado en reparar la maquinaria del molino. Sin embargo, gracias a su paciencia y minuciosidad, fue resolviendo uno a uno todos los contratiempos. El dinero que les había permitido subsistir hasta entonces se estaba agotando, pero, por fin, en aquella fresca mañana de abril, todo estaba listo para que las viejas piedras volvieran a moler.

Al ver a Leonor y Angelina salir del molino con vestidos nuevos y envueltas en aromas de lavanda, Juanillo y Khalíl las recibieron con una sarta de piropos que hicieron enrojecer a la madre y provocaron las agudas risas de la chiquilla.

Calderón se quitó el sombrero y todos callaron.

—Padre nuestro que estás en los cielos, no he vuelto a hablar contigo desde… Me conoces bien. En mi corazón no hay maldad y no suelo exigir nada para mí, pero hoy quiero pedir que bendigas este molino. Te lo suplico humildemente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amén!

El manchego se persignó y se puso a dar órdenes.

—Hijo, sube a la balsa y avísame cuando hayas sacado el tapón. Khalíl, tú baja al cárcavo a ponerle más grasa al cojinete. *¡Yal-á, Yal-á!* —apremió en árabe, idioma del que había aprendido algunas palabras.

Leonor se sentó en el poyo de la entrada con su hija en la falda, mirando cómo Calderón iba de un lado para el otro. El hombretón reparó en que estaba siendo observado y la obsequió con una reverencia exagerada, que arrancó unas risitas de Angelina. En ese momento llegó el aviso de la pileta y Khalíl apareció con la cara tiznada.

—¡Vamos allá! Y que sea lo que Dios quiera —exclamó Calderón.

Se limpió las manazas en los muslos y, de nuevo, hizo la señal de la cruz. Abrió una trampilla, pegó la oreja al piso y esperó a detectar el sonido del agua saliendo por el saetín. Juanillo entró en tromba en la estancia e interrogó a su padre con la mirada. En ese instante se oyó un chasquido. Con un rechinar de ejes y correas, la pesada rueda comenzó a girar. Calderón liberó la trampilla de la tolva. Acompañado por el golpeteo de la manecilla, el grano empezó a caer entre las muelas.

La primera muestra de harina resultó demasiado basta. Con un mohín de disgusto, el molinero redujo la separación de las piedras y esperó un momento antes de recoger otro puñado. Después de examinarlo con detenimiento, se volvió hacia los demás, que lo miraban expectantes, y se dejó caer de rodillas para darle gracias a Dios. Los chiquillos lanzaron vítores y, mientras Angelina se descolgaba del regazo de su madre para dar saltitos de júbilo, Comotú se unió al

jolgorio con un estruendo de ladridos. Contagiado por la alegría circundante, el manchego rodeó a Leonor con sus brazos y la hizo girar en el aire hasta que, mareados y ebrios de risas, se tuvieron que sentar en el suelo.

~

Los zagales aprovecharon el alboroto para escabullirse. Perseguidos por Comotú, bajaron a la rambla a lomos de unos caballos imaginarios. Corrieron, hendiendo el aire con espadas ficticias y luchando a brazo partido con feroces enemigos hasta llegar al pie de unas casas encaramadas sobre un pequeño promontorio.

—¡Vámonos, Juanillo! ¡Rápido!

—¿Por qué?

—Eso es Góchar. Los niños de ahí son muy gallitos —explicó Khalíl sin despegar los ojos del angosto camino que conducía a las casuchas.

—¿Tienes miedo de esos bellacos?

—No, pero será mejor irse… —insistió, parpadeando de forma descontrolada.

—Mira lo que les hago yo a esos patanes… —Juanillo desató el cordel de sus calzones y, apuntando el trasero en dirección a la aldea, dejó escapar una ventosidad.

Desternillándose de risa, Khalíl se disponía a hacer lo mismo cuando un grupo de cuatro chiquillos desarrapados hizo su aparición.

—¡Eh, vosotros! ¿Quién os ha dado permiso para venir aquí? —grito el zagal que venía al frente. Aunque sus compañeros eran más jóvenes que Khalíl, él tendría su misma edad.

—¡Uy! ¡Ese es Mahmúd El Gazi! —dijo Khalíl antes de volverse en dirección a Quajalana para evaluar las posibilidades de salir corriendo. Adivinando sus intenciones, su amigo lo sujetó por el brazo.

—¡Siempre de frente! Un soldado español nunca le da la espalda al enemigo.

—¡Tú, *pelopanocha*! —espetó el tal Mahmúd cuando llegó frente a Juanillo—. ¡Contesta! ¿Qué hacéis aquí?

—¡No te entiende! —replicó Khalíl. Solo habla castellano.

—¿Te he preguntado a ti, acaso? Maldito bujarrón, amigo de infieles. —El de Góchar escupió a los pies de Khalíl. Luciendo una mirada feroz, se encaró con el cristiano—. ¿Qué has venido a buscar aquí, cristiano apestoso?

—¡Dale su merecido, Mahmúd! —le animó uno de los pandilleros.

Juanillo no entendía las palabras, pero la mueca de desprecio de su interlocutor hablaba por sí sola. Comotú, percibiendo la amenaza, empezó a gruñir. Era un perro pequeño, pero ante sus colmillos afilados, los más jóvenes de Góchar dieron un paso atrás.

—Ahora me vas a entender, maldito hijo de puta… —Mahmúd, que había proferido el insulto en castellano, se regodeó al ver el rostro del forastero enrojecer.

La furia de la embestida lo pilló desprevenido. Juanillo se le echó encima con tal violencia que ambos acabaron rodando por el suelo. Pasada la sorpresa inicial, los otros gamberros se arrojaron sobre el pelirrojo y lo royeron a patadas. Khalíl titubeó un instante, pero finalmente se lanzó en la reyerta, que, gracias a la fiereza de Comotú, resultó de corta duración.

Los dos grupos quedaron enfrentados, intercambiándose insultos hasta que, protegidos por los furiosos ladridos de Comotú, los de Quajalana, sin darse la vuelta, se retiraron del campo de

batalla y emprendieron el regreso al molino con los cuerpos magullados y las narices ensangrentadas, pero con el amor propio intacto.

—¡Vaya tunda nos han dado! —jadeó Khalíl.

El manchego dejó de contarse los moratones y asintió.

—¡Normal! Eran cuatro contra dos.

—Tres —corrigió el morisco al ver un trozo de tela asomar entre las fauces del perro.

—Nosotros por lo menos salimos con los calzones intactos.

Rieron con ganas a pesar del cansancio y los chichones. Cerca del molino vieron un montón de paja en un bancal y se sentaron.

—Gracias —dijo Juanillo

—¿Por qué?

—Por salir en mi defensa.

—¡Qué va! Comotú hubiera podido con ellos él solo.

Volvieron a carcajearse.

—Ahora somos más que amigos, ¿no? —preguntó Khalíl.

—¿Algo así como hermanos?

—Sí.

—Seguramente.

Se quedaron en silencio, mirando al frente mientras las sombras de los árboles se iban estirando.

—Cuando sea grande, quiero ser soldado del rey —declaró Juanillo, al cabo de un rato.

—¿Soldado? ¿No has tenido bastante con la paliza de hoy?

—Quiero una espada de verdad, llevar un vistoso uniforme. Y tú, Khalíl, ¿qué quieres ser de mayor?

El morisco se quedó pensando unos instantes, con la mirada fija en el disco rojizo del sol.

—Me gustaría viajar, ver el mar.

—Los tercios recorren todo el mundo. Alístate conmigo. —El manchego se puso en pie—. Cabalgaremos por tierras lejanas, luchando en mil batallas.

—¡Eso es! —Se entusiasmó Khalíl—. ¡Navegaremos hasta los confines del mundo, al descubrimiento de nuevos continentes!

Juanillo apuntó la espada ficticia hacia el cielo y, con toda la fuerza de su joven voz, lanzó el grito de guerra más temido por los enemigos de su patria.

—¡Santiago y cierra España!

—¡Santiago! —aulló Khalíl.

Echaron a correr, caracoleando e imitando los relinchos de unos corceles.

Capítulo 6

Finales de primavera de 1560, Sorbas, reino de Granada

El párroco de Sorbas se subió el capote por encima de la cabeza para protegerse del súbito chaparrón que lo acababa de sorprender de camino al castillo. Así y todo, unas gotas resbalaron por la calva y se le colaron por la nuca. El centinela debió de leerle el enojo en el rostro, porque lo dejó pasar sin hacer ninguna pregunta.

El sargento Peñarroja, que practicaba esgrima con el capitán de la guarnición bajo un cobertizo, reconoció la oronda silueta del clérigo.

—¡Vaya! Mira quien viene por ahí.

Ramírez de Arellano no pudo evitar un mohín de disgusto y enfundó su espada, dando la sesión de entrenamiento por concluida. El sargento aprovechó para tocarse respetuosamente el ala del sombrero y salir por el lado opuesto.

—¿Qué os trae por aquí, padre? ¿Venís a alistaros en la milicia?

Don Jesús Zapater, un individuo grueso y de tez rosada, soltó un bufido y se sacudió el agua de la capa.

—Pues no creáis, capitán, un poco de disciplina eclesiástica no les vendría mal a sus hombres. —El cura vio que la sonrisa se borraba de la cara del oficial y, al recordar el objetivo de la visita, continuó con voz aterciopelada—. Mi querido amigo, no he venido a importunaros, sino a tratar un asunto de la máxima importancia. —El sacerdote miró por encima del hombro, como si le incomodara hablar—. ¿Podríamos ir a un lugar algo más reservado?

Ramírez de Arellano se tragó las ganas de mandar el religioso al diablo y lo condujo al cuartucho que le servía de despacho. Una vez allí, se acomodó detrás de una mesa polvorienta y ofreció a su interlocutor una pequeña banqueta, que crujió bajo su peso.

—¿Cómo puedo ayudaros, don Jesús?

—Verá, ha llegado a mis oídos que vuestros hombres han vuelto a hacer de las suyas.

El militar se removió incómodo sobre la silla. El día anterior, dos ballesteros habían dado un bochornoso espectáculo peleándose a puñetazos por acceder al carromato de unas meretrices.

—Ya sabe vuestra paternidad cómo son esas cosas…

—¡Pues no! A fe mía, no lo sé.

—Son soldados, no corderitos.

—Pues si necesitan acción, podrían ser más eficaces en las rondas.

—No estamos aquí para averiguar quién reza a qué, sino para mantener la paz.

—¿La paz? ¿La que lograron los Reyes Católicos al culminar la gloriosa reconquista? ¿Para qué sirvió tanto sufrimiento? ¡Decídmelo! Esa gentuza sigue como si nada… Circuncidan a los recién nacidos, sacrifican a los animales con el rito moro, celebran fiestas, mantienen los baños y otras costumbres de moros.

Ramírez de Arellano cerró los ojos y echó la cabeza para atrás.

—¿Os aburro? ¿Os da igual que en este pueblo se blasfeme por las calles y entre los muros de las casas recen a Mahoma mientras no hacéis nada? —El clérigo vio que los nudillos de su interlocutor se aferraban al pomo de la espada y alzó una mano regordeta en señal de paz—. Disculpad si he dicho algo que haya podido molestaros, nada más lejos de mi intención. No he venido a discutir, sino a proponeros una nueva estrategia. —El oficial se echó hacia atrás, intentando mostrase relajado—. Como muy bien sabéis, la política de atraer colonos castellanos no ha dado los resultados esperados.

Ramírez se preguntó adónde quería ir el cura a parar, pero mantuvo la boca cerrada.

—Estoy convencido de que, aunque no sean los más disciplinados, vuestros hombres son buenos cristianos. Algunos ya no son tan jóvenes y podrían querer sentar cabeza, formar una familia.

—¿Y de qué iban a vivir? Todavía nos deben seis meses de paga.

Don Jesús entrelazó sus dedos regordetes antes de continuar.

—Querido capitán, en este pueblo hay decenas de fincas abandonadas que no producen nada. Si jugáis bien vuestras cartas, hasta podríais libraros de alguna manzana podrida.

Ramírez de Arellano se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre el escritorio.

—¿El marqués aceptaría algo así?

—Eso déjelo en mis manos.

~

Paulo Serrano había nacido en Elvas, un pequeño pueblo luso cercano a la ciudad de Badajoz. Siendo todavía mozo, después de un turbio asunto en el que la virtud de la hija de un poderoso mercader se vio mancillada, escapó de la justicia, cruzando a nado el río Caya, que separa el reino de Portugal del de Castilla. Se cambió el nombre por Pablo y, haciéndose pasar por gallego, se alistó como peón de infantería bajo la bandera del marqués del Carpio, don Diego de Haro y Sotomayor.

La milicia le permitió dar rienda suelta a sus pasiones más bajas con total impunidad. Durante las campañas que la hueste del marqués llevó a cabo en el norte de África, Serrano se las había arreglado siempre para quedarse en la retaguardia, aunque a la hora del reparto del botín era el primero en acudir. Cuando tras el ataque pirata don Diego de Haro mandó reforzar la pequeña guarnición de su señorío almeriense, algunos soldados fueron destinados a Sorbas. Pablo Serrano fue uno de ellos.

Con el tiempo, el hastío y el alcohol acabaron por corromperlo del todo. No pasaba una semana sin que sus superiores recibieran alguna queja del alguacil de la villa. Por eso, cuando el gobernador de don Diego decidió ceder las propiedades de los moriscos huidos a Berbería, el capitán tuvo claro a quién se debía ofrecer la primera.

A los pocos días, vestido de civil, con la espada colgando de la silla de montar y una ballesta en las alforjas, Serrano entraba en Quajalana. No había dudado ni un instante en saltar sobre la oportunidad de hacerse con una finca, que de cumplirse sus planes le permitiría vivir el resto de su vida holgadamente.

Conocía la aldea por haber patrullado la región al poco de llegar del Carpio y sabía que su nueva morada había pertenecido a una acomodada familia de criadores de gusanos de seda que, en lugar de convertirse al catolicismo, prefirieron empezar una nueva vida al otro lado del mar.

Ató la rienda del caballo a una anilla empotrada en la pared, levantó el gancho de hierro que suplía la cerradura y dio un empujón a la cancela. La madera estaba hinchada y no la pudo abrir. Probó de nuevo, aplicando todo su peso con el hombro. En esa ocasión logró desprender un listón carcomido del marco. Fue a buscar la espada, la introdujo por la rendija abierta y, apoyando un pie en la jamba, echó el cuerpo atrás. Los goznes chirriaron, pero el batiente siguió atascado. El portugués soltó una maldición, dejó el arma apoyada contra la pared y acabó de abrir la puerta de una fuerte patada.

Un olor rancio a excrementos de rata y el crujido de las hojas secas esparcidas por el suelo le dieron la bienvenida. Golpeó los tabiques con el puño para comprobar su solidez y subió al piso superior. Aunque las vigas albergaban decenas de nidos de golondrinas, la techumbre seguía intacta.

De vuelta a la planta baja, asomó la cabeza por el hueco de la chimenea y vio que el tiro estaba obstruido. Chasqueó la lengua, pensando en lo mucho que iba a costar adecentar todo aquello, cuando un relincho lo alertó de una presencia fuera. Fue a echar mano a su espada, pero la había dejado en la calle. Cruzó el umbral, maldiciendo su descuido, y casi choca con el hombre que merodeaba delante del edificio.

—¿Qué quieres? —le espetó, desabrido.

—Yo vivo ahí al lado. ¿Quién eres tú?

—El propietario de esta casa.

Taufíq se quedó mirando para el extraño sin comprender. Negó con la cabeza.

—El dueño está muy lejos.

El exsoldado miró disimuladamente al lugar donde había dejado su arma y se cercioró de que seguía allí. También vio a un par de tipos acechando unos pasos más atrás.

—No tengo por qué darte cuentas, pero hoy estoy de buen humor y te voy a enseñar algo. —Extrajo un documento de su jubón y lo agitó en el aire—. Que os quede bien claro a ti y a tus amiguitos… Aquí pone que esta propiedad es mía. ¡Mía! —repitió, golpeándose el pecho con la palma de la mano.

—¡Entiendo! Yo… pensábamos… Bienvenido a Quajalana.

Pablo Serrano se dio la vuelta, cogió la espada y, sin molestarse en contestar, entró en la casa.

Taufíq sacudió la cabeza; de alguna forma intuía que con aquel sujeto en la aldea los problemas no tardarían en llegar.

~

Aquella misma noche, en el molino, hacía rato que los niños dormían cuando Leonor apareció por la escalera del cuarto de las muelas con un cuenco de sopa en una mano y un trozo de pan en la otra. Calderón se levantó de un salto y se hizo cargo de la escudilla mientras ella descendía los peldaños con la dificultad propia de su cojera.

Después de apartar los aperos esparcidos sobre el banco de trabajo, le acercó un escabel a la muchacha y se sentó a comer. Ella se quedó mirando cómo soplaba sobre la superficie humeante antes de empezar a sorber la sopa ruidosamente. Cuando terminó de comer se acomodó sobre la silla y se apoyó contra el respaldo con los brazos cruzados ante sí. Bajo la luz temblorosa del candil, Leonor lo vio bostezar un par de veces.

—Baco, ¿tú no dormir? — preguntó en un castellano rudimentario.

—No puedo. Debo estar atento y evitar que la balsa rebose.

—Acuéstate. Yo quedar.

—No, mujer, es mi tarea…

Pese a su negativa, los párpados se le cerraron. La muchacha cogió un manojo de esparto, acercó el taburete al corpachón del manchego.

—Tú dormir, yo hacer una guita. —susurró Leonor, y se puso a trenzar la cuerdecita. El molinero emitió un gruñido indescifrable—. Si agua salir, yo llamar.

Ya no hubo respuesta. Con el transcurrir de las horas, la temperatura fue descendiendo. Sin darse cuenta, llevada por el rítmico sonido de la respiración de su benefactor, Leonor fue acercándose a él, buscando su calor, hasta acabar descansando la cabeza sobre su hombro.

~

Calderón, tendido en la hierba, oía el murmullo de un arroyo cercano mientras su esposa jugueteaba con él, haciéndole cosquillas con una espiga de trigo. Se volvió hacia ella y quedó deslumbrado por su sonrisa: estaba tan hermosa como el día en que se conocieron. Quiso acariciarla, pero la visión se desvaneció en el aire.

Abrió los ojos. Estaba amaneciendo. En lugar del rostro amado, se encontró a Comotú lamiéndole los dedos. Comprendió, horrorizado, que el borboteo lo producía el agua que se desperdiciaba por la acequia. Salió precipitadamente a la calle.

A su regreso, Leonor, que acababa de despertarse, lo vio dirigirse hacia ella con paso decidido. La muchacha alzó las manos por encima de su cabeza en un gesto de protección instintivo.

—¿Qué haces, chiquilla? —El manchego le bajó los brazos—. ¡No te preocupes! No ha pasado nada que no tenga remedio… ¡Venga, vamos a desayunar!

Si se hubiera atrevido a despegar la mirada del suelo, la morisca habría descubierto una sonrisa bondadosa.

Durante toda la mañana, Calderón se esforzó en subir el ánimo de la muchacha con frases atentas y gestos amables. Sin embargo, cuanto más afectuoso se mostraba él, más sollozaba ella.

Al mediodía, agotado su repertorio de palabras tranquilizadoras, salió a medir el nivel de la pileta. De regreso se encontró con un desconocido en el sendero.

—Santos y buenos días nos dé Dios —exclamó el visitante, acercándose a él—. Me llamo Pablo Serrano. Acabo de instalarme en la aldea.

—Bienvenido —replicó el molinero, tendiéndole una mano amistosa e intentando al mismo tiempo recordar dónde había visto aquella cara. El portugués le correspondió con un apretón excesivo.

—¡Qué calor hace aquí! —comentó Pablo Serrano.

—Sí, vayamos adentro —ofreció Calderón.

Leonor acababa de salpicar agua sobre el piso, por lo que un agradable frescor acogió a los dos hombres al entrar. El manchego cogió un botijo de la cantarera y se lo ofreció al invitado.

—¡Tomad! Echad un trago.

En lugar de sujetar el piporro, el nuevo vecino arrimó una silla a la mesa y se sentó.

—¿No tienes tinto? —demandó.

—¿Vino? Claro, claro —balbuceó Calderón, sorprendido por la desfachatez de su invitado—. ¡Leonor, tenemos visita! Tráenos vino, por favor —añadió, alzando la voz.

—¿Llevas mucho tiempo entre los moros? —preguntó Serrano, sin dejar de mirar en derredor.

—¿Os referís a los moriscos? Un par de años.

—¿Esto da para vivir? —preguntó el exsoldado con expresión calculadora.

—Pues, en verdad, no me puedo quejar. El molino aún no está a pleno rendimiento, pero la vega…

El estrépito de una jarra haciéndose añicos interrumpió la frase. Calderón se precipitó a la cocina. Se encontró a Leonor con la cara lívida, poseída por un temblor incontrolable.

Capítulo 7

Principios de julio de 1561, Quajalana, reino de Granada

El sol estaba fijado en esa parte de su arco en que el aire se espesa y las chicharras enloquecen. El sacerdote, que no había dejado de quejarse del calor, de las moscas y de tantas penalidades que soportaba en el cumplimiento del deber, se detuvo. Cuando lo vieron apuntar con la fusta a la primera casa de la aldea, sus dos escoltas desmontaron y lo ayudaron a bajar de la mula.

En el interior de la morada, Yúsuf había claudicado al calor bochornoso y cabeceaba levemente, con los párpados entreabiertos. Khalíl, deseoso de escaparse a jugar con Juanillo, esperaba a que su madre dejara de trastear en la cocina y viniera a sentarse con Karíma, la menor de las hermanas, que ya tenía seis años.

Se escucharon unos golpes en la puerta.

—¡Abrid en nombre del marqués!

Salmà se asomó a un ventanuco y cruzó una mirada inquieta con su esposo.

—Es el cura —le informó—. Vienen hombres armados con él.

Yúsuf esperó a que su esposa y su hija desaparecieran antes de descorrer el pestillo. Los soldados irrumpieron en la vivienda y barrieron la estancia con la vista. Uno de ellos apartó la cortina que daba al resto de las habitaciones y echó un ojo al interior. Después, sin mediar palabra, regresó a la calle.

—¡Todo en orden, padre!

—¡Menos mal! Me estaba achicharrando aquí fuera.

Maryam, la vecina que se pasaba el día sentada en el portal de su casa, posó sus ojos torcidos sobre el clérigo. Cuando lo vio enjugarse la calva con un pañuelo mugriento, no pudo contenerse y le soltó una pregunta en árabe.

—¡Qué gordo estás! ¿Adónde vas con estos calores?

—¿Qué dice, buena mujer? —replicó el cura —. No la entiendo.

Uno de los guardias que lo acompañaban, un veterano con años de rondas a sus espaldas, se tocó la sien con un dedo.

—No le haga caso, padre.

Don Jesús Zapater, que así se llamaba el cura, trazó una cruz en el aire y entró en la vivienda.

—¿Qué día es hoy? —espetó, nada más traspasar el umbral.

Yúsuf clavó unos ojos furibundos en el intruso, pero mantuvo la boca cerrada.

—¡Viernes! Puerta abierta, ¿comprendes? —exclamó el religioso, como si se dirigiera a un niño—. Veamos, ¿alguien aquí sabe hablar en cristiano?

—¡Yo! —respondió Khalíl, que observaba la escena desde un rincón.

El orondo sacerdote pidió una silla y se preguntó dónde había visto esa cara de pilluelo.

—Traduce lo que voy a decir, y ni se te ocurra inventarte nada —exigió en cuanto hubo acomodado su trasero en el escabel que le trajo el chiquillo.

—Veamos, Alonso… —Yúsuf se sorprendió al oír su nombre de bautismo—. ¿Dónde está el resto de tu gente?

Khalíl tradujo las palabras del cura.

—Han ido a Lubrín a visitar un familiar —mintió Yúsuf. El día de descanso para los muslimes, él y sus hijos holgaban, aunque lo hacían más por costumbre que por fervor religioso

Cuando el niño explicó la respuesta de su padre, el cura frunció el ceño y volvió a preguntar:

—¿Por qué no estás trabajando en los campos hoy?

—Tengo dolor de espalda.

—¡No me digas! —exclamó el sacerdote tras la correspondiente traducción—. Los viernes, desde el alba hasta el ocaso, tu puerta, como la de todos los cristianos nuevos, debe permanecer abierta. ¿Lo sabes, ¿verdad? —Esta vez, el cura no esperó a que le tradujeran y, acompañando sus palabras con gestos, insistió—. No cerrar puerta, no rezar, no bañar.

—¿Cómo vamos a hacer eso, maldito perro?

Aunque Khalíl omitió los insultos, el tono utilizado por Yúsuf no había pasado desapercibido.

—¡Así es la ley, y mi obligación es denunciarte! El castigo asciende a diez ducados.

Don Jesús vio que el morisco palidecía. Acto seguido, se dirigió a los guardias que lo acompañaban y les indicó que fueran a inspeccionar las otras viviendas. Cuando se hubieron quedado a solas, prosiguió:

—Quizás haya una manera de arreglar este embarazoso asunto… Imaginemos que poseyeras uno de esos libros escritos en lengua arábiga. A veces ocurre que, en algún rincón olvidado… —Cuando Khalíl tradujo sus palabras, Yúsuf sacudió la cabeza, mirando para el suelo. El cura supo que había mordido en hueso y redobló su presión—. Es una pena, porque, en ese caso, se podría arreglar lo de la sanción…

Don Jesús vio un destello cruzar por los ojos de su interlocutor. Tras un prolongado silencio, se encogió de hombros, con expresión comprensiva.

—Si obrara en tu poder un ejemplar de esos, bastaría entregarlo para que todo quedara olvidado. La multa también…

Khalíl contemplaba la escena con expresión asustada. Tras traducir las palabras del cura, vio que su padre apretaba los puños con rabia. Después, Yúsuf se puso en pie y abandonó la estancia.

El cura se volvió hacia Khalíl y lo escrutó unos instantes.

—¡Vaya, ahora caigo! Eres el respondón…

Khalíl forzó una sonrisa al rememorar las tediosas lecciones de catecismo. Había hecho lo posible por comprender los rudimentos de la doctrina cristiana, pero su curiosidad innata había acabado por enfurecer al clérigo.

«Deberías mostrar más humildad, Gabriel —le había recriminado don Jesús, usando su nombre de pila—. Estoy harto de tus preguntas impertinentes. Eres el único que no se entera, los demás escuchan y callan. Te lo digo por última vez: antes de recibir la comunión, confesarás tus pecados, y punto».

«Padre, cómo voy a acusarme de algo que no he hecho…», se había defendido Khalíl.

«¡Todos pecamos, hasta yo! ¡Reconoce haber mentido a tu madre!».

«Pero, si miento al confesarme, ¿no estaría pecando?».

Aquello había acabado de exasperar al sacerdote.

«¡Ya basta, descarado! No vuelvas a abrir la boca hasta el día de la comunión, y hazlo solo para recibir la hostia consagrada».

Al cabo de un rato, Yúsuf retornó a la habitación con un paquete bajo el brazo.

—Bueno, bueno, veamos qué llevas ahí… —El cura se restregó las manos regordetas mientras el morisco retiraba el envoltorio de aquel objeto que había pertenecido a su familia durante siglos.

—¡Un Corán! ¡Dámelo! —Yúsuf titubeó, pero el cura redobló sus exigencias—. ¡Que me lo des! —dijo, arrancándole el libro de las manos. Lo sopesó, le dio la vuelta y examinó los arabescos dorados grabados en el cuero de las tapas. Después lo abrió por la mitad y se detuvo a observar la preciosa caligrafía. Finalmente, envolvió el volumen y, cuando la patrulla regresaba, lo ocultó entre los pliegues de su hábito.

—¡Que sea la última vez que encuentro esa puerta cerrada en viernes! —exclamó don Jesús en voz bien alta. A continuación, se levantó pesadamente, hizo la señal de la cruz y, con una sonrisa de triunfo adornando su cara rechoncha, salió de la casa.

A Khalíl le pareció oír cómo rechinaban los dientes de su padre.

Capítulo 8

Finales de julio de 1562, Quajalana, reino de Granada

Juanillo y Khalíl jugaban con sus peonzas a la sombra de una carrasca cuando vieron pasar a Mas'úd y a Álvaro Almadaque con aires de tramar algo.

—¡Queremos ir con vosotros! —le rogó Khalíl a su hermano.

—Ni hablar. Lo que vamos a hacer no es cosa de niños —respondió Mas'úd, negando con la cabeza.

—¡Ya tenemos once años!

—Sois muy críos todavía… —Mas'úd y Álvaro se rieron.

—¡Venga, por favor!

Juanillo decidió intervenir.

—Si nos dejáis acompañaros, le escamotearé un azumbre de vino a mi padre.

Mas'úd consultó a Álvaro con la mirada. Después le dio un cariñoso coscorrón al pelirrojo.

—Está bien… ¡Pero haced caso de lo que os digamos!

Para evitar encontrarse con sus eternos rivales de Góchar, los cuatro muchachos se adentraron por una estrecha cañada y, tras media hora de caminata, llegaron ante un claro con una casa solitaria. En su fachada eran visibles las huellas de un incendio.

Una mujer vestida de negro estaba sentada en el zaguán. Llevaba las mangas de la camisa enrolladas por encima del codo y hundía los antebrazos en un lebrillo de barro cocido.

—Ahí está Jerónima —les informó Mas'úd en voz baja—. A partir de ahora, no quiero oír ni una mosca.

Mientras los muchachos acechaban desde la linde del claro, la viuda extrajo dos puñados de una masa blanca y los dejó en un molde de esparto trenzado.

—¡Mmm, cuajada! —Juanillo se relamió.

Mas'úd lo mandó callar de un empujón, pero la mujer había percibido algo y miraba hacia donde se ocultaban los zagales. Tras unos instantes, apartó con la muñeca un mechón de pelo de su cara y volvió a centrar su atención en el queso. Después de rociarlo con sal, lo cubrió con una tabla. Satisfecha con el resultado, se limpió las manos en el delantal y entró en su morada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Khalíl—. Si vais a robar algo, yo me voy…

—¡Shhh! —Mas'úd acompañó el siseo con un sonoro pescozón.

Jerónima no tardó en reaparecer. Dejó sobre el borde de la alberca un paño blanco y un trozo de jabón. A continuación, sujetándose el vuelo de la falda a la cintura, se metió en la pileta con el agua hasta las rodillas, de espaldas a los mirones. Tras refrescarse la cara, la nuca y los pechos, se volvió para coger la pastilla. Al hacerlo, dejó a la vista de los muchachos unos senos blancos por los que chorreaba el agua.

Los chavales reprimieron expresiones de sorpresa, salvo Álvaro, a quien se le escapó un gruñido. Jerónima enderezó la espalda y escrutó la maleza. Por un instante pareció que iba a salir

de la balsa, pero al poco relajó las facciones y siguió echándose agua por encima. Ya no era una moza, pero su figura mantenía sensuales redondeces.

Oculto a menos de un tiro de piedra de distancia, Khalíl sintió la mirada de la viuda clavada en él mientras, con movimientos lentos, restregaba el jabón por cada rincón de su piel. Empezó a experimentar un extraño y placentero cosquilleo en el bajo vientre. Incapaz de apartar los ojos de la negrura de la entrepierna de la mujer, oyó a Juanillo a su lado jadear. Ese fue el momento que eligió Álvaro Almadaque para salir del escondite.

—¡Jerónima, putaaa! —gritó a pleno pulmón.

—¡Putaaaaaa! —repitieron los demás, y echaron a correr detrás de él.

Khalíl fue el último en escapar. Desconcertado, tropezó y fue a darse de narices contra el suelo, a solo unos pasos de la mujer. Esta no hizo nada por ocultar su desnudez. Solo en ese momento reparó Khalíl en las quemaduras que le afeaban un lado de la cara. Se levantó a toda prisa, rojo de vergüenza, y salió sin fijarse en que el camino que tomaba lo llevaba a la rambla de Góchar. Allí se topó con Mahmúd El Gazi y un muchacho algo mayor.

—¡Eh, mira quien tenemos aquí, Moxarrafe! Este es el bujarrón de Quajalana del que te he hablado…

El tal Moxarrafe le dirigió una mirada cargada de desprecio a Khalíl.

—Así que tú eres el amigo de los cristianos.

Todavía jadeando por la carrera, el muchacho apretó los puños.

—¡Dejadme en paz, yo no os he hecho nada!

Mahmúd El Gazi se volvió hacia Moxarrafe con una mueca de burla.

—¿Ves, primo? Como está solo, ahora no se hace el gallito. ¿Dónde has dejado a pelopanocha?

De repente, Moxarrafe se adelantó un paso y le dio un empujón a Khalíl. Su cuerpo estaba desarrollado como el de un hombre. Los rasgos de su cara, en cambio, eran delicados como los de un niño.

—¡Contesta! —le ordenó.

—¡Yo qué sé! ¡Estará en el molino!

Moxarrafe sacó un cuchillo y apuntó a Khalíl con él. Mahmúd El Gazi aprovechó que el de Quajalana se había quedado petrificado para rebuscar entre sus ropas.

—No lleva nada —declaró al poco, decepcionado.

Su primo chasqueó la lengua y, sin despegar sus ojos de los de Khalíl, hizo resbalar lentamente la punta de la faca por su torso.

—La próxima vez que nos veamos, más te valdrá tener algo de dinero encima. Si no, te haré una cruz en la frente. —Moxarrafe acercó tanto la cuchilla a la cara de Khalíl que este estuvo a punto de orinarse encima—. ¡Venga, largo de aquí!

No hizo falta que Moxarrafe repitiera la orden.

Cuando Khalíl llegó a la cueva donde le esperaban los demás, las sombras del atardecer se deslizaban ya por la vega, las ranas croaban en los charcos y la garrafa que el manchego había sisado a su padre estaba vacía.

—¿De dónde sales tú? —le preguntó Mas'úd.

—Se ha quedado enjabonando a la viuda —afirmó Juanillo, riendo y haciendo obscenos movimientos de pelvis.

—Yo más bien diría que se ha parado a sacudirse el pepino… —zanjó Álvaro Almadaque, agitando la mano en un gesto que desató la hilaridad de los demás.

—Sois todos muy graciosos. ¡Ahí os quedáis! —exclamó Khalíl, furioso, antes de dar media vuelta y salir corriendo.

Al pasar por delante del molino, recordó que Calderón guardaba unas monedas para los negocios del día en una cajita. Una idea le atravesó la mente e hizo que se detuviera en seco.

Se convenció a sí mismo de que en cuanto le fuera posible devolvería lo tomado y que, por lo tanto, lo que se disponía a hacer no sería un robo. Llamó a la puerta, pero nadie le contestó. De la planta baja subía un golpeteo rítmico. Supuso que el molinero estaba picando las muelas junto a Leonor y Angelina.

Atento al menor sonido, se acercó a la caja de madera escondida tras la cantarera y la abrió con cuidado. En el fondo había cinco reales, bastante menos de los que había imaginado. Antes de coger una moneda, tuvo que apretarse los ojos con los dedos para controlar el espasmo de sus parpados.

Salió pensando que todo había resultado mucho más fácil de lo esperado. Entonces, a un lado del camino vio, tirado sobre la tierra, el mango de una de las espadas de madera que Calderón les había tallado a Juanillo y a él unos años antes. Un regusto amargo le subió por la garganta. La plata, como si fuera el ojo del infierno, empezó a quemarle la palma.

Volvió sobre sus pasos y, tras asegurarse de que no había nadie a la vista, abrió la caja para devolver el dinero. En ese instante notó que una mano se posaba en su hombro. Un fogonazo de calor incontenible le ascendió desde la planta de los pies hasta la cara.

—¡Hombre, Khalíl! Has encontrado la pieza que se me cayó esta mañana. ¿Dónde estaba? ¿Debajo de la cantarera?

Calderón simuló no darse cuenta de que el muchacho se había quedado petrificado. Tiró de la moneda, pero los dedos de Khalíl eran como dos tenazas.

—Pensándolo bien, prefiero que te la quedes tú. La amistad no tiene precio y creo que te hace más falta que a mí.

Capítulo 9

Agosto de 1562, Sorbas, reino de Granada

El capitán Ramírez de Arellano había hecho formar a la mitad de la tropa frente al castillo. El resto estaba desplegado a lo largo del recorrido hasta la iglesia.

Los soldados llevaban dos horas sudando bajo la canícula cuando el vigía apostado en lo alto de la torre de poniente avistó una nube de polvo por el camino de Granada. Al ser informado, don Jesús Zapater, el sacerdote, revisó la pulcritud de su hábito. A su lado, ordenados conforme a la relevancia de sus cargos, los principales notables de la villa ocultaban su nerviosismo conversando sobre temas intrascendentes.

Al cabo de un rato, un grupo de jinetes apareció por la cuesta que llevaba a la entrada del pueblo. Abría la comitiva un oficial joven, de buena planta, sombrero emplumado y ropa acuchillada, todo de cuidada factura. Por encima de los jinetes ondeaba una bandera negra con el emblema del Santo Oficio bordado en plata: una cruz, una espada y una rama de olivo.

Más atrás, montado sobre una mula cubierta por una gualdrapa oscura, venía don Juan Beltrán, el inquisidor. Cerraban el lúgubre cortejo un pífano, dos tambores, seis arcabuceros y diez infantes armados con picas.

Cuando el inquisidor llegó hasta él, el párroco dio un paso al frente y declamó un breve discurso de bienvenida. Sin bajarse de la montura, el juez eclesiástico le correspondió con un leve cabeceo. Cuando el alcalde, un morisco de edad avanzada, intentó recitar el texto ensayado durante la mañana, el inquisidor azuzó a su mula y lo dejó con la palabra en la boca. La comitiva enfiló por la cuesta del castillo. Tras atravesar la parte baja del pueblo, llegó a la plaza Mayor.

Pocos vecinos habían salido a recibir a tan temible visitante. Frente a la iglesia lo esperaban un par de beatas enlutadas y algunos chiquillos curiosos. El inquisidor desmontó al pie de la escalinata del templo y se sacudió el polvo de la túnica. Era un hombre alto, delgado y de espalda encorvada. La piel cetrina y la nariz aguileña le conferían un aire siniestro muy acorde con su cargo. Nada más cruzar la puerta, fue a santiguarse con agua bendita, pero la pila se había convertido en el panteón de un puñado de moscas muertas.

Seguido por su secretario, atravesó la nave dando largas zancadas. Amagó una genuflexión frente al altar y se metió en la sacristía. Cuando don Jesús entró apresuradamente tras él, se encontró las dos sillas ocupadas. Mientras recuperaba el resuello, se revolvió buscando algún mueble robusto donde descansar el trasero.

—Percibo gran relajación en esta parroquia —dijo el inquisidor sin más preámbulos.

El cura bajó la vista con sumisión.

—Tiene razón, don Juan, en esta villa hay una gran mayoría de cristianos nuevos, y a esos no hay quien los lleve por el buen camino…

—No me refería al rebaño, sino al pastor. —Don Jesús ladeó la cabeza, aparentando no entender—. No hay más que ver el deplorable estado de este templo.

Transpirando por cada poro de su grueso corpachón, el sacerdote puso una voz meliflua.

—¡Ay, válgame, Dios! Reverendísimo señor, si supierais las veces que he pedido ayuda al obispo…

—Monseñor Corrionero asiste al concilio de Trento, tiene otras prioridades que atender a vuestros problemas de limpieza —zanjó sus excusas el inquisidor—. Por cierto, hace unos días arrestaron a un mercader holandés en el puerto de Almería. Entre su equipaje encontraron una caja con libros prohibidos. ¿No os habíais enterado?

—N… No —balbuceó don Jesús, hurtando la mirada por los rincones.

—El comerciante confesó que quien le había vendido los ejemplares era un clérigo. —El sudor caía ya a chorros por la frente del sacerdote—. Por desgracia, el infame pecador entregó el alma en el potro antes de revelar el nombre de su proveedor.

—¿Por qué me contáis todo eso? —Trató de recuperar la voz don Jesús—. ¿Acaso alguno de esos volúmenes procedía de mi parroquia?

—Yo no he dicho tal cosa. Solo quiero recordaros que los ministros del Señor, además de adoctrinar a nuestros feligreses, debemos ser un modelo de comportamiento para nuestra congregación. ¿Cómo devolver al redil a tantas ovejas descarriadas si no cumplimos con las más elementales reglas de orden y disciplina?

—Esos corderos son lobos disfrazados. Rezan al falso profeta a escondidas, no ayunan en Semana Santa, descansan en viernes y cuecen pan en domingo, se burlan de la cruz llamándola, Dios me perdone, «el palo ese»… —El sacerdote se persignó ostensiblemente—. Los peores son los de las alquerías, hacen vida de moros con total impunidad. No hablan castellano y a duras penas lo entienden a uno.

—¿Y qué pensáis hacer, don Jesús? —continuó el inquisidor, lanzándole una mirada implacable.

El cura se retorció las manos con aprensión.

—Bueno, multo a los que faltan a misa y…

—¡Está bien! —Don Juan Beltrán juntó las yemas de los dedos en un intento de sofocar la indignación que crecía en él. En aquella tierra de frontera era habitual tener que lidiar con sacerdotes incompetentes, pero aquel se llevaba la palma—. Os alegrará saber que vamos a centrar nuestras investigaciones en los cristianos nuevos.

El sacerdote se golpeó la palma de la mano con el puño, claramente aliviado.

—¡Alabado sea Dios! Ya era hora de apretarles las clavijas a esos apóstatas…

—Me complace tanto entusiasmo, don Jesús, porque vamos a necesitar vuestra colaboración. —A una indicación de su superior, el secretario le tendió un pliego al párroco—. Mirad los nombres y decidme si falta alguien.

El sacerdote hizo lo que le ordenaban. A medida que recorría la lista, sus ojos fueron abriéndose cada vez más.

—¡Que Dios se apiade de sus almas! —murmuró al leer el último apellido.

Al día siguiente empezaron las detenciones. Los interrogatorios se prolongaron por meses, durante los cuales, alimentados por el secretismo del procedimiento, innumerables rumores circularon por la comarca.

La gente vivió aquellos días angustiada, con el temor permanente de caer en manos de los secuaces de la Inquisición. En Quajalana, conocedores de la nefasta opinión que el cura de Sorbas tenía de ellos, esperaban ver aparecer a los esbirros del Santo Oficio en cualquier momento.

Khalíl también se contagió del miedo colectivo. Creía que el inquisidor poseía el poder

sobrenatural de averiguar quién había obrado mal y temía que, por culpa de cualquier travesura, vinieran a prenderlo a él o a algún miembro de su familia.

Diego El Haduz, en cambio, no estaba preocupado. Aunque seguía siendo más o menos fiel a los dictados de Mahoma, el alcalde morisco de Sorbas era hombre acaudalado y no le cabía en la cabeza que alguien tuviera interés en buscarle las cosquillas.

Aquella mañana, como cada día, había acudido al establecimiento de Ventura, el barbero. Este retiró la toalla caliente de las barbas de su distinguido cliente y, tras enjabonarlas, le levantó la punta de la nariz con el índice. Justo cuando le acercaba el filo de la navaja a la piel, unos soldados irrumpieron en la estancia con sus espadas desenfundadas.

Medio pueblo fue testigo de cómo se llevaban al cristiano nuevo más respetable de la villa cargado de cadenas para arrojarlo en las mazmorras del castillo.

El aislamiento al que sometieron a los investigados perseguía dos objetivos: evitar la fuga del reo y doblegar su ánimo con el fin de facilitar la siguiente fase procesal, llamada cínicamente «el riguroso examen» aunque, en realidad, era una cruel sesión de tortura.

La cárcel no tardó en llenarse. Cuando la comida resultó insuficiente y las condiciones de detención se tornaron inhumanas, el capitán Ramírez de Arellano fue a quejarse al jefe de la guardia del inquisidor.

Don Álvaro Flores, con su ropa de cortesano y la espada cubierta de adornos dorados, le escuchó con aparente atención, pero cuando hubo terminado le habló con el tono usado con un subordinado.

—Dejad de lloriquear. ¿Cuál es el problema? Si alguno de esos moros herejes muere en las mazmorras, será porque Dios así lo ha querido. Además, cuantos menos sobrevivan, antes nos iremos de aquí.

Ramírez de Arellano se quedó un instante decidiendo si le daba un guantazo a ese mequetrefe engreído que no debía de haber pisado un campo de batalla en su vida. Como ese gesto no iba a ayudar a los desgraciados encerrados en el castillo, desistió. Aun así, fue a hablar con don Jesús. Tenía pocas esperanzas de que el sacerdote mostrara alguna sensibilidad por los reos, pero su conciencia no le permitía quedarse de brazos cruzados.

—¿Qué sugerís, capitán?

—Aunque esos pobres diablos hayan ofendido a nuestro señor Jesús Cristo, las condiciones en el presidio son inhumanas.

—Ramírez, Ramírez… —El sacerdote meneó la cabeza, como si hablara con un niño travieso—. Me sorprende vuestro atrevimiento. ¿Sois consciente de que si don Juan Beltrán supiera de esta conversación seríais el siguiente en probar el potro?

Ramírez de Arellano regresó al castillo y, como muchos aquella noche, no pudo conciliar el sueño.

~

El día del auto de fe amaneció triste y nublado. Con las primeras luces del alba, las rejas de la fortaleza se abrieron y, acompañado por un redoble de tambores, un individuo salió del castillo portando una cruz envuelta en un velo negro. Detrás apareció un personaje enmascarado que tiraba de dos borricos, uno cargado con una burda efigie de Alonso El Lagueli, quien la noche anterior se había estrellado los sesos contra la pared de la celda, y otro con el ataúd donde se encontraban los restos del fallecido. A continuación, escoltados por la guardia del inquisidor y

acogidos por los lamentos de sus familiares, fueron saliendo los reos. Primero los penitentes de cabeza descubierta, con una vela en la mano y sogas al cuello, señal de que iban a ser azotados. Detrás venían otros que llevaban sobre la cabeza unas caperuzas de papel, en las cuales se habían escrito sus delitos. Estos últimos se cubrían los cuerpos maltrechos con sambenitos amarillos en los que, delante y detrás, habían pintado una gran aspa roja. Una decena de hombres que unas semanas atrás eran esposos llenos de vigor y padres de familia entregados, ahora avanzaban con las mentes paralizadas por el miedo. Los lanceros tuvieron que contener a las mujeres y los chiquillos llorosos que forcejaban para arrojarse a los brazos de sus esposos, padres o hijos.

Cerrando el cortejo, precedidos por el estandarte del Santo Oficio, avanzaba a caballo el inquisidor don Juan Beltrán, y, caminando tras él, su camarilla de amedrentadores.

Una muchedumbre expectante se agolpaba a lo largo del recorrido y abarrotaba la plaza Mayor, en cuyas esquinas, como en un día festivo, unos vendedores ambulantes ofrecían dátiles, higos y pasas. Calderón hubiera preferido no ser testigo del acto, pero la asistencia era forzosa para los mayores de doce años.

Juanillo y Khalíl acudieron también, aunque solo para ver de cerca a los soldados de la Inquisición. Cuando llegaron, la ceremonia estaba a punto de empezar y los hombres del capitán Ramírez les impidieron el acceso a la plaza. Para ver la los reos, los muchachos tuvieron que trepar por la fachada de una casa y encaramarse a una reja.

Un nuevo redoble señaló la entrada del cortejo. Los miembros del tribunal ocuparon sus lugares sobre una tarima frente a la que situaron a los encausados. Acto seguido, el secretario del Santo Oficio, un hombrecillo de figura frágil y voz aguda, leyó la declaración de fe e hizo, en nombre de los presentes, el juramento de defensa del catolicismo. Después, obedeciendo a un gesto del inquisidor, abrió un libro de tapas negras y dio comienzo a la lectura de las sentencias.

—En Sorbas, a diecinueve de agosto de 1562, yo, Pedro Maurilla, bachiller y secretario de este tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, en presencia de don Juan Beltrán, inquisidor; de don Gonzalo de Posada Nuncio… —Llegado a ese punto, un sujeto tradujo al árabe las palabras del bachiller. Hacía ya rato que el frescor matutino había dado paso a un sol abrasador cuando, acabada la introducción, comenzaron a llamar a los condenados al estrado—. A Diego El Haduz, alcalde de esta villa, por mantener la puerta cerrada en viernes y haberse lavado repetidamente de cuerpo entero, se le impone misa mayor y noventa mil maravedíes de multa…

Al oír la enorme cuantía de la sanción, un murmullo se elevó de entre la multitud. El acusado cayó de rodillas y tuvo que ser retirado por la guardia.

—¡Vaya, se ha librado de la hoguera! —exclamó Pablo Serrano desde la puerta de la taberna.

—Sí, pero su fortuna se ha volatilizado —precisó otro parroquiano.

Las cajas volvieron a tronar. El siguiente acusado dio un paso al frente.

—Fíjate qué traje tan vistoso llevan los tambores —comentó Juanillo, ajeno a la gravedad del momento.

—¡Parecen generales! —confirmó Khalíl, aferrado con fuerza a la verja.

Con sus jubones acuchillados, las calzas abombadas y los sombreros de colores, los dos tamborileros eran la envidia de todos los niños de Sorbas.

—Imagínate cuán engalanados irán los veteranos de los tercios… —replicó el hijo del molinero mientras la cantinela de las sentencias seguía.

—Luis El Fuleile, alguacil de Sorbas. Se enviará preso a Granada por alojar unos moros en su casa y preguntarles cosas del Corán.

Cuando se tradujo la sentencia, un lamento de mujer quebró el silencio.

—Diego El Zurgeni será llevado a Granada por haber rezado oraciones a Mahoma…

El drama que se desarrollaba ante los ojos de Juanillo no le impidió reparar en una muchacha.

—¡Mira! Ahí está la hija de Florentino, el tabernero —le susurró a su amigo.

El interés de Khalíl por los uniformes desapareció en cuanto vio a la joven.

—Diego de Baena, por declararse moro. A Granada y secuestro de bienes. Gabriel El Beyri, por haber partido su hacienda según costumbre de muslimes, secuestro de bienes…

La voz monótona continuó desgranando nombres y condenas que eran acogidas con lamentos hasta que la imagen de Alonso El Lagueli se subió a la tarima. El secretario tomó la palabra de nuevo para acusar al fallecido de renegar de Dios y de la fe verdadera y condenar sus restos a la hoguera.

«Ni siquiera muriendo escapa uno de las garras de la Inquisición», pensó Calderón.

De repente, se escuchó una voz cargada de autoridad.

—¡Abrid paso! ¡Haceos a un lado!

Justo bajo la reja donde estaban encaramados Khalíl y Juanillo, el capitán Flores, tieso como una vara, con una mano apoyada en la cadera, azuzó a su caballo para abrir un pasillo entre la gente.

—¡Atentos, esto está acabando! —avisó a los arcabuceros que venían tras él.

Juanillo estaba fascinado por las botas de cuero brillante y la parlota de terciopelo azul con la que el capitán se cubría la cabeza, pero sobre todo por la espada ropera que colgaba de su talabarte. Khalíl, en cambio, miraba en otra dirección. Acababa de ver a Mahmúd El Gazi en una esquina de la plaza, con otros chiquillos.

Supo que el de Góchar lo había localizado a él también cuando, después de señalarlo a sus compañeros, El Gazi se pasó el pulgar por el gaznate. Khalíl tragó saliva. Al desviar la vista, se tropezó con la hija del tabernero. La muchacha se había acercado al capitán Flores y, en un despliegue de osadía, recogía su larga melena, exponiendo la piel blanca de su cuello.

Khalíl quedó hechizado por la mirada pícara e insinuante que la joven dedicaba al oficial y deseó que algún día galantearan con él de la misma forma.

Acabada la lectura de las sentencias, el inquisidor dio la absolución a dos reconciliados, librándolos de cualquier pena, y se puso en pie.

—¡Viva el Santo Oficio! —gritó alguien.

—¡Viva la Santa Inquisición! —replicaron otros—. ¡Castigo divino para los herejes!

Calderón se volvió hacia el lugar de donde procedían los clamores. Vio que Pablo Serrano era uno de los que gritaban, pero lo que de verdad lo dejó perplejo fue comprobar cuántos de los que jaleaban a aquella implacable camarilla eran cristianos nuevos.

Previendo el final del acto, el capitán Flores dejó de pavonearse y ordenó a los arcabuceros que encendieran las mechas de sus armas.

Un redoble de tambores señaló el regreso de los inculpados a las mazmorras. Sabedores de que no volverían a ver a sus seres queridos, los condenados a penas de reclusión a perpetuidad intentaron aprovechar los últimos instantes buscando retener los rasgos de esposas e hijos. Un estruendo ensordeció a los espectadores y una nube de humo se elevó por encima de las cabezas.

Para alivio de muchos, aquella trágica función, mezcla de fanatismo religioso y curiosidad morbosa, había concluido. Para los reos, sin embargo, apenas comenzaba el calvario.

Capítulo 10

Marzo de 1563, costa del Maresme, Principado de Cataluña

Dídac y Jaume Martí salieron de la cabaña cargados con sus herramientas. Pronto se haría de día. El aire olía a mar. A lo lejos se podían distinguir los faroles de las barcas que regresaban de faenar y se dirigían a la playa de Mataró, una villa situada diez leguas al norte de Barcelona.

Padre e hijo atravesaron huertos y viñedos y ascendieron por la margen de la riera de Valldeix. Tenían por delante una larga caminata hasta la cima del Montnegre, donde se ganaban la vida talando árboles, por lo que antes de atacar el escarpado tramo final pararon en la Font del Pericó para beber un trago de agua fresca.

Un perro ladró en la distancia. Al instante, los de las masías cercanas se le unieron en un coro de ladridos. El joven Dídac apretó el mango de su hachuela y se arrimó a su padre adoptivo. Jaume notó el gesto y lo atrajo hacia sí. Lo acontecido en la escalinata de la ermita de Sant Simó trece años antes seguía incrustado en algún rincón de la memoria del muchacho…

~

Aquel día, la víspera de Navidad de 1549, unos efluvios de sangre casi imperceptibles guiaron al perro hasta un pequeño y solitario edificio de piedra. El animal olfateó el aire y acabó clavando los ojos en la canasta de mimbre que descansaba sobre el último escalón de la entrada. Era un chucho vagabundo de tamaño mediano y de raza irreconocible. Su instinto y las múltiples palizas recibidas a manos de los humanos le hacían desconfiar de un botín tan fácilmente al alcance. Estuvo un rato yendo y viniendo, jadeando con el morro a ras de suelo, pero al final el hambre pudo más que la prudencia. El recién nacido sintió la presencia cercana y empezó a berrear. El perro dio un respingo, volvió a bajar los peldaños y se quedó agazapado con los ojos clavados en el canasto. Cuando se hubo asegurado de que no había peligro, volvió a acercarse. La criatura rompió de nuevo a llorar y alzó sus manitas hacia el hocico babeante. Esta vez el perro no huyó.

Jaume Martí salió a la calle. Soplando en sus manos ahuecadas, esperó a que su esposa atrancara la puerta antes de alejarse. Su cabaña estaba situada en el arrabal de la villa de Mataró, donde unas treinta casuchas construidas con barro y cañas se alineaban a un lado del camino real. En aquella zona desprotegida, situada a un tiro de piedra de la playa, moraban las familias más desfavorecidas.

La fina capa blanca que cubría el suelo crujió bajo sus esparteñas. La nieve no solía cuajar tan cerca del mar, pero aquel invierno estaba siendo especialmente duro. Jaume oyó a lo lejos las campanas de Santa María dar el toque de alba y apresuró el paso. Tenía menos de una hora para cubrir la legua de distancia que le separaba del cerro donde iba a cortar un pino negro para los astilleros.

Jaume caminó sobre la nieve. Ayudándose con el mango de su hacha, cruzó los charcos helados que empezaban a reflejar las primeras luces de la mañana. Avanzó con cuidado de no tropezar con los surcos endurecidos por el frío. Cerca de la ermita de Sant Simó vio a un perro alejarse con lo que parecía un muñeco de trapo entre las fauces. No había dado más de tres pasos cuando se detuvo bruscamente.

—¡Un canasto!

Al ver la cesta volcada ante la puerta del pequeño templo, la piel se le erizó.

Escondido entre la maleza, el perro vio llegar al hombre y de forma instintiva empezó a sacudir frenéticamente la cabeza para desgarrar a su presa. Lejos de achantarse por los gritos de Jaume, el animal dejo caer el cuerpecillo entre sus patas delanteras y, con un gruñido grave, levantó los belfos dejando a la vista unos afilados colmillos amarillos.

Jaume alzó su hacha. Temiendo alcanzar al recién nacido, titubeó un instante. El perro aprovechó para lanzarle una dentellada que falló por muy poco, pero antes de que recuperara su presa el mango de la herramienta se estrelló en su cabeza. Mientras el perro se alejaba aullando de dolor, Jaume Martí recogió al pequeño del suelo y salió corriendo hacia su casa.

Agnés salió a la calle alarmada por las voces de su marido

—¡Ángela María! ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver el bulto ensangrentado entre sus brazos.

—Un perro, le ha atacado un perro —replicó Jaume.

Agnés tumbó a la criatura sobre la mesa y fue retirando con cuidado la gruesa capa de ropa empapada en sangre que la encorsetaba. Examinó el cuerpecillo y descubrió que, además de las marcas de los colmillos, tenía el hombro derecho dislocado.

—La herida del brazo es fea, trae un balde de agua de mar.

Mientras su esposo corría a cumplir el encargo, recortó el muñón umbilical que aún no se había desprendido. Antes de ceñir una fajita de lienzo alrededor del minúsculo abdomen, depositó una moneda sobre el ombligo para forzarlo hacia adentro. Después, con delicadeza, vertió el agua salada sobre la piel recubierta de pelusilla. El crío reaccionó con un quejido apagado. Su palidez extrema y falta de vitalidad no hacían presagiar nada bueno.

—Tenemos que llevarlo a Santa María. —propuso Jaume cuando su esposa acabó la cura—. Mosén Guillem sabrá cómo proceder.

Agnés se quedó mirando a aquel ser tan indefenso y adorable. Jaume y ella llevaban más de diez años casados y se habían acostumbrado a la triste idea de envejecer solos.

—Tienes razón —reconoció finalmente. Su bello rostro, maltratado por el viento y el sol, se contrajo en una mueca de dolor—. Pero démosle algo de comer primero.

Empapó un trapo en un cuenco de leche e introdujo un pico en la boca de la criatura. El bebé se aferró a la mano de la mujer y empezó a chupar con fruición. Los ojos azules y transparentes de Agnés se llenaron de lágrimas.

Por una razón u otra, al llegar la noche la criatura seguía entre los brazos de la esposa de Jaume. Al día siguiente llevaron al bebé a Santa María para ser bautizado. El párroco no se tragó la historia del embarazo tardío, pero como el convento estaba abarrotado de huérfanos no hizo nada para quitarles la criatura. En el registro bautismal, sin embargo, inscribió al matrimonio como padrinos y anotó que al recién nacido no se le conocían progenitores ciertos.

~

Tras beber agua de la fuente, padre e hijo continuaron la ascensión a través de una naturaleza frondosa, en la que los arroyos se abrían paso entre rocas recubiertas de musgo y tajaban surcos en el suelo alfombrado de agujas de pino.

Estaban cerca de la cima cuando, a lo lejos, las campanas de Santa María dieron el toque de alba. Jaume y Dídac se santiguaron y dejaron sus hachas en el suelo antes de sentarse sobre un peñasco para dar cuenta del pan con tocino que Agnés les había preparado la noche anterior.

Sin dejar de masticar, el muchacho enfocó la vista en el horizonte teñido de rojo. A sus trece años tenía casi el cuerpo de un adulto. Aun así, Didaquet, como lo llamaba su madre, seguía maravillándose ante cualquier circunstancia fuera de lo común. Por eso, cuando el disco solar emergió en el horizonte y empezó a arrojar reflejos dorados sobre un mundo que parecía irreal, el joven no pudo reprimir una exclamación.

Jaume lo miró con ternura y le agradeció a Dios haberlo puesto en su camino.

—¿Te das cuenta, *fill*, del privilegio de vivir en este trocito de tierra bendecida por el Señor?

Dídac asintió y siguió la línea de la playa con la vista. Primero se topó con la desembocadura de la riera por la que habían ascendido y, un poco más allá, con los relucientes tejados de su ciudad, que parecía una miniatura. Hacia el sur localizó el castillo de Burriach, y lo hizo desaparecer tapándolo con el dedo pulgar. Repitió la operación con el cerro de Onofre Arnau y su torre recortada contra el vasto fondo azul.

—*Pare*, ¿cómo de grande es el mar?

—Es inmenso.

—¿Y eso es mucho?

—Si pudieras andar por encima, tardarías toda tu vida en cruzarlo. —Jaume se levantó y, sin dar oportunidad para más preguntas, echó a andar—. ¡Venga!, ¿acaso hemos venido a ver el paisaje?

El zagal se sacudió unas migas de pan de la ropa y, mientras el calor avivaba los olores a resina del bosque, siguió caminando montaña arriba.

Media hora después llegaron frente al pino negro que iban a talar. Tras decidir por qué lado lo haría caer, Jaume se escupió en las palmas y las frotó antes de arremeter contra la base.

Pasado un rato empezó a sentir agarrotamiento en los músculos y le cedió el hacha a su hijo. El joven estaba deseando emular a su padre, pero el hombro descoyuntado no le permitía imprimir potencia a los hachazos.

—¿Por qué no lo intentas con la izquierda?

—Va a ser peor.

—Tú prueba…

Dídac se cambió el hacha de mano, pero al primer golpe el filo resbaló sobre la corteza.

—¿Ves?

—¡Sigue probando!

El muchacho apretó los dientes y obedeció. Al cabo de un rato, fragmentos de madera volaban en todas direcciones. Cuando el majestuoso árbol cayó al fin, Jaume se santiguó, dando gracias al Señor.

Entre los dos desprendieron las ramas y aserraron el tronco a la medida requerida por el astillero. A continuación, fueron clavando unas cuñas de hierro a lo largo para dividirlo en dos mitades.

—Es muy basta —dijo Dídac, tras acariciar la superficie del tajo.

—La madera aserrada es vistosa, pero se pudre antes.

Continuaron turnándose con la hachuela y los tacos hasta desgajar el último tablón. Entonces recogieron las herramientas y, con el más recio de los maderos al hombro, bajaron de la montaña.

—Tendremos que hacer tres o cuatro viajes.

—No sufras, padre. Cuando sea mayor, te compraré un borrico.

Jaume sonrió. Llevaba años trabajando para juntar los cien sous que costaba una acémila. Según sus cálculos, todavía habrían de acarrear muchos maderos antes de poder permitírsela.

El sol estaba alto en el cielo cuando llegaron a la explanada de la ermita de Sant Martí de Mata, donde dos peones colocaban la carga de otros leñadores sobre el carromato del astillero. Jaume aceleró el paso y pilló a su hijo desprevenido. El muchacho cayó al suelo y el madero golpeó a su padre en la mejilla, lo que provocó las risas del carretero y los braceros.

Jaume, furioso, se fue contra Dídac con el brazo en alto, pero al ver que el chiquillo no hacía ningún intento de protegerse bajó la mano y se la tendió para ayudarlo a levantarse.

En ese momento oyeron unas campanas tañer con toques muy seguidos.

—¿Qué sucede? —preguntó uno de los jornaleros.

—Llaman a rebato. ¡Regresemos al astillero!

Apenas los peones se hubieron subido a la plataforma del carro, el conductor arreó a las bestias. Jaume decidió dejar el tablón en el cerro y volver a casa sin más demora.

Agnés los esperaba sentada en el portal. El chiquillo fue corriendo a darle un beso y sintió que las mejillas de su madre ardían.

—¿Qué os ocurre, *mare*? ¿Estáis enferma?

—No es nada, me habré resfriado. ¿Habéis oído el arrebato?

—Sí, por eso hemos bajado tan pronto. ¿Qué ha ocurrido? —La mujer contó cómo, estando en la playa del Varador remendando redes con las compañeras del tinglado, vieron a un grupo pasar a matacaballo en dirección a Francia. Uno de los jinetes entró en Mataró y, al poco, las campanas se volvieron locas.

—Si fueran piratas, ya habrían atacado —concluyó Jaume—. De tratarse de algo grave, bajarán a avisarnos.

~

Durante la noche, la fiebre de Agnés fue en aumento. Alarmado por el bulto que vio en la nuca de su esposa, Jaume mandó a su hijo a buscar al médico.

—¿Dónde está *mestre* Joan? —gritó una hora más tarde cuando vio que Dídac regresaba solo.

—No he podido hablar con él, hay guardias en el Pou d'Avall y no dejan pasar a nadie. También he probado por el portal de Argentona y el de Francia. Están todos cerrados.

Jaume se puso a soltar maldiciones.

—Esposo mío, cálmate, por favor —trató de tranquilizarlo su mujer. Después se volvió hacia el joven—. ¿Por qué no te han dejado, Didaquet?

—Dicen que se ha producido un brote de peste en Barcelona y que nadie entrará en Mataró hasta que el peligro haya pasado.

El muchacho vio a su padre palidecer y comprendió que la situación era peor de lo imaginado.

En cuanto fue capaz de organizar sus pensamientos, Jaume lo envió a por una botella de aguardiente. Con manos temblorosas, desvistió a su esposa.

—¡Alabado sea Dios! No se ven bultos oscuros. —Ya con más sosiego, escudriñó la hinchazón de la nuca con ayuda de una vela.

—¡Tienes algo ahí! Parece una espina.

El leñador intentó extraer el cuerpo extraño, pero sus dedos eran demasiado gruesos. Dídac volvió con el aguardiente y le sirvió un vasito a su madre. Jaume calentó la punta de un alfiler a la llama del candil. Después lo frotó con un trapo para eliminar el hollín y se puso a hurgar en la piel de su mujer. Al cabo de unos minutos, triunfante, exhibió el aguijón.

Al día siguiente, como Agnés no había ido al tinglado, dos compañeras vinieron a verla. En cuanto averiguaron su estado de salud, se marcharon apresuradamente.

Padre e hijo, que habían subido a la montaña a por los maderos, llegaron a casa temprano y la encontraron en la cama, muy decaída.

Se turnaron a su cabecera, aplicándole paños empapados en agua de mar. Así y todo, conforme la noche avanzaba, la fiebre fue aumentando. Por la mañana intentaron darle de comer, pero vomitaba cualquier alimento que conseguía deglutir.

A media tarde empezó a delirar. En un arrebato, Jaume cogió el poco dinero que guardaban en una lata junto a los cacharros de cocina y salió a la calle.

Cuando se quedaron solos, Dídac tomó la mano de su madre y, después de besarla, la pegó a su mejilla.

Recordó el atardecer en que, sentado en el portal de casa, esperaba el regreso de su padre mordisqueando un cacho de pan. Tenía por entonces diez años y, si se exceptuaba la limitación de movimientos del brazo, crecía fuerte y sano.

Un ruidoso grupo de críos que regresaba de la playa pasó por delante de la cabaña.

«Gabatx!» —gritó uno de ellos, señalándolo con el dedo.

Dídac se había vuelto sobre sí mismo, buscando a quién iba dirigido el insulto.

«¡Sí, tú, *gabatx*!», repitió el muchacho, de mirada altanera y ropas sin remendar.

«Yo no soy francés».

«¿Ah no? Entonces, ¿por qué vives con ellos?».

En la última década, centenares de familias habían ido llegando a la comarca huyendo del reino de Francia, devastado por una guerra de religión. Con el tiempo, el arrabal de la playa se había convertido en un enclave en el que el occitano era la lengua dominante.

Los chiquillos rodearon a Dídac y le quitaron su merienda. Se fueron pasando el mendrugo uno al otro hasta que, cansado del juego, el cabecilla le escupió encima y lo lanzó al aire. Dídac estuvo a punto de atraparlo, pero al final había acabado en un charco.

«¡Mirad, está lisiado!», exclamó uno de los alborotadores.

«¡Tullido, tullido!», corearon los demás, hasta que Agnés salió a la calle y los puso en fuga a escobazos.

«No les hagas caso, Didaquet. Esos niños son tontos», le explicó a su hijo, que, con los ojos anegados, limpiaba la corteza con la manga de la camisa.

«Mamá, ¿qué es un tullido?».

La mujer sintió que se le desgarraba el corazón y, para disimular sus lágrimas, estrujó al chiquillo contra su pecho.

~

Mientras su hijo recordaba aquel episodio del pasado, Jaume corría de una entrada a otra de la villa con el rostro desencajado por el esfuerzo y la desesperación. De vez en cuando tenía que detenerse para recuperar el resuello y le suplicaba a Dios que lo llevara a él en lugar de a su compañera. Pero todas las puertas estaban cerradas. En el portal de Barcelona vio que los alguaciles enrollaban una cadena a las rejas. Ofreció todo su dinero al piquete, pero el temor a la peste de los guardias era superior a su codicia y le negaron el paso.

A la mañana del tercer día, Agnés pareció encontrarse mejor. Tomó algo de caldo y después pidió ayuda para levantarse.

—Tengo que vestirme y adecentar la habitación.

—¿Por qué, cariño? —le preguntó Jaume con dulzura.

El rostro de la enferma enrojeció por un momento.

—No quiero irme así, en una casa sucia y desordenada.

—No digas tonterías, mujer. Te vas a poner bien.

—*Per l´amor de Déu!* —Jaume tuvo la certeza de que, si trataba de contestar, no podría contener el llanto. Calló—. Didaquet, *fill meu*, pídele prestada a la señora Joanna la mecedora y ponla cerca de la entrada.

A pesar de su corta edad, Dídac comprendió que su madre quería evitar que nadie descubriera la pobreza de su alcoba. Con los ojos inundados, salió a cumplir su deseo.

Los habitantes del arrabal estaban tan acobardados por la plaga como los de la villa y nadie quiso atenderle. Volvió a su casa con los puños ensangrentados de tanto aporrear puertas y encontró a su padre con la cabeza hundida entre los brazos y a su madre con los ojos cerrados. Un sudor frío le recorrió el espinazo.

Agnés abrió los párpados y le sonrió.

—*Fill*, ya has vuelto.

Dídac la besó en la frente para ocultar las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Entre su padre y él la sacaron del dormitorio y la acomodaron sobre una silla de cáñamo. Respiraba cada vez con más dificultad. Aun así, se esforzó por alisar las arrugas del camisón e intentó enderezar la postura.

—Ya no me queda mucho tiempo —dijo con un hilito de voz mientras su esposo y su hijo le sostenían las manos.

—No digas eso, *mare*. La fiebre te está haciendo desvariar —protestó Dídac, sin poder contener las lágrimas.

—Dios, te lo ruego, cuida de ellos… —El chiquillo notó que los dedos de su madre se aferraban a los suyos y contuvo la respiración—. Pobrecitos míos…

El muchacho trató de encontrar un rescoldo de vida en los ojos abiertos, pero el brillo se había extinguido. Comprendió que nadie volvería a llamarlo Didaquet.

La tierra se abrió bajo sus pies.

Capítulo 11

Septiembre de 1565, Sorbas, reino de Granada

Dos años después del auto de fe, la convivencia no había vuelto a la normalidad en la villa de Sorbas. Los cristianos viejos se relacionaban casi exclusivamente entre sí y evitaban en lo posible que sus hijos simpatizaran con los de los moriscos. Estos, por su lado, andaban crispados, amparándose en cualquier excusa para faltar a misa. Los que hasta entonces no habían mostrado reparos en beber vino, evitaron la taberna de Florentino cuando circuló el rumor de que echaba huesos de jamón en las tinajas. Las mujeres establecieron turnos en el lavadero: un día hacían la colada las moriscas, y al siguiente, las otras. Así, de forma imperceptible, la fisura abierta entre las dos comunidades se convirtió en una brecha insalvable.

Diego El Haduz continuaba ejerciendo de alcalde, sin jurisdicción sobre los cristianos nuevos, aunque tras arruinarse su ánimo y autoridad quedaron irremediablemente mermados. García El Forai sucedió en el puesto de alguacil a Luis El Fuleile, quien seguía pudriéndose en la cárcel.

Para los moriscos, la creciente intromisión de la Iglesia católica en sus vidas cotidianas representaba una opresión angustiosa. No fueron pocas las familias que, hartas de tanta intolerancia, se marcharon a Berbería. Al hacerlo corrían grandes riesgos, pues la huida se castigaba con penas de galera. Pero la situación no mejoraba cuando lograban alcanzar tierras africanas: allí, muchos eran asesinados por bandidos despiadados que los consideraban extranjeros.

En Quajalana, la vida continuaba sin cambios perceptibles, pero, cuando aquella mañana de otoño un redoble de tambor retumbó en la aldea, los vecinos salieron a la calle temiendo lo peor. El pregonero, bajito y barrigudo, guardó las baquetas y, con gesto mil veces repetido, echó la caja hacia atrás. A continuación sacó un pliego de su estuche, lo desenrolló y dio lectura al anuncio.

—En Sorbas, a veintiocho días del mes de septiembre del año mil quinientos y sesenta y cinco desde el nacimiento de nuestro salvador Jesucristo, Nos, el concejo de esta muy noble y leal villa…

Maryam abandonó el portal de su casa y, con sus ojos bizcos clavados en el heraldo, se puso a tironearle el jubón. —¿Qué dices de Jesús Cristo?

El pregonero, impertérrito, continuó con su cantinela.

—… hacemos saber que, a mediodía del próximo domingo, ante todas las autoridades locales, cofradías penitenciales y pueblo fiel congregado…

—¿Qué ha pasado con el hijo de Dios? —insistió la mujer.

El pregonero siguió a lo suyo.

—… se celebrará misa de acción de gracias por la gloriosa victoria sobre las escuadras turcas que el Señor ha querido conceder en la isla de Malta, en el día once de este mismo mes, a los ejércitos de su gloriosa majestad, el rey don Felipe II.

Juanillo, que se hallaba entre los oyentes, soltó una exclamación de júbilo a la que al instante se unió Khalíl.

—¡Santiago! ¡Santiago! —gritaron, provocando miradas de reproche.

El pregonero, inmutable, siguió leyendo.

—Mándase asimismo a los habitantes de la población y aldeas correspondientes asistir a la misa, en muestra de gratitud por la victoria.

~

El día indicado, la recién estrenada campana de la iglesia de Sorbas estuvo tocando a gloria a lo largo de toda la mañana. El ambiente era festivo, las calles bullían de efervescencia. Bandadas de chiquillos corrían por los callejones jugando a turcos y cristianos mientras los mayores compartían lo que habían oído sobre la batalla.

—Hijo, ¿vienes conmigo a la bodega a echar un trago? —preguntó Calderón al salir del templo. A sus quince años, Juanillo era más alto que la mayoría de los hombres del pueblo, aunque lo que, sobre todo, le distinguía de los demás muchachos eran su cabellera rojiza y las pecas.

—Gracias, padre, pero debo hablar con Khalíl.

—¡Tú te lo pierdes!

El molinero entró en la bodega y fue a pedir un vaso de vino. El tabernero y los parroquianos que abarrotaban su local escuchaban absortos el relato del sargento Peñarroja.

—Nunca se había visto una escuadra tan formidable. El sultán juntó más de doscientas naves y en la boca de los cañones que bombardeaban el fuerte de San Telmo podría haber entrado un caballo. —Un murmullo de asombro recorrió la taberna—. Aun así, los cristianos lucharon con gallardía. No solo impidieron que tomaran la ciudadela, sino que mataron a doscientos mil jenízaros y al infame pirata Dragut. Cuando el visir se enteró de la masacre, mandó crucificar a todos los cautivos católicos y lanzarlos al agua con dos tajos cruzados en el pecho.

—¡Malditos turcos! ¡Pudríos en el infierno! —gritó uno de los concurrentes. Los demás lo secundaron con insultos al visir y vivas al rey.

Buscando a Juanillo, Khalíl se metió en un callejón que desembocaba en la plaza Mayor y se topó con un grupo de jóvenes que comentaban una versión menos triunfalista de la misma historia. Al ver entre ellos a Mahmúd El Gazi y a su primo Moxarrafe se dio la vuelta, pero el de Góchar lo interpeló antes de que pudiera eclipsarse.

—¡Mira quién tenemos aquí, primo! Sabía que tarde o temprano lo volveríamos a ver —dijo Mahmúd, interponiéndose en su camino.

—Ya no somos niños —replicó Khalíl, tratando de mantener la calma—. Dejemos a un lado las diferencias del pasado.

—¿Te acuerdas de lo que te dije aquel día en la rambla? —le preguntó Moxarrafe.

—A decir verdad, no… —Khalíl mentía. Durante meses había acarreado la moneda que le diera Calderón. Aun así, había evitado acercarse a Góchar por temor a encontrarse con aquellos dos.

Moxarrafe tiró de la empuñadura de su navaja para hacerla sobresalir de la faja. Después le dio un empujón en la espalda a Mahmúd para que se enfrentara a Khalíl.

—Este perro lacayo de infieles y tú vais a resolver este asunto ahora mismo.

Mahmúd alzó los puños y empezó a girar en torno a Khalíl. Este no deseaba pelear, pero tampoco iba a dejarse golpear impunemente.

Se movieron en círculos, con los ojos trabados, sin que ninguno se decidiera a atacar.

—¡Le vas a dar su merecido o no!

Al oír a Moxarrafe, Mahmúd hizo un amago con el hombro. De forma instintiva, Khalíl reaccionó estrellándole el puño en el rostro. Mahmúd se echó las manos a la cara para intentar contener la sangre que le chorreaba de la nariz.

La expresión de incredulidad de Moxarrafe se transformó en una mueca de desprecio. Sujetando a su primo por el brazo, se lo llevó a coscorrones.

Juanillo llegó justo a tiempo de ver cómo se alejaban calle abajo.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó al reparar en la lividez de su amigo—¿No eran esos los de Góchar?

Khalíl asintió. Aún seguía aturdido por lo ocurrido.

—Tenemos que hablar —dijo Juanillo cuando su amigo le hubo explicado lo sucedido—. Parece que tras derrotar al turco en el Mediterráneo su majestad va a ajustar las cuentas a los herejes luteranos. Los tercios van a levantar muchas banderas y no tardarán en venir a reclutar voluntarios.

—Esa es la oportunidad que estábamos esperando… —replicó Khalíl.

—¡Sí! —La voz de Juanillo sonó pesarosa.

—¿Qué pasa?

—Es que… No puedo dejar a mi padre solo. Me necesita. Alístate tú.

—¡Ni hablar, los dos o ninguno!

Se quedaron rumiando su mala suerte. Una ocasión como aquella no volvería a presentarse en mucho tiempo. Al cabo de un rato, Khalíl se irguió. Una sonrisa burlona le adornaba la faz.

—¡No estaría solo! ¿Acaso no te has percatado?

—¿De qué?

—Leonor…

—¿Qué pasa con ella? —Khalíl arqueó las cejas de forma teatral. Su amigo, finalmente, comprendió a qué se refería—. ¡Nooo! ¿Qué dices? Si es como una hija para… —La palabra se le quedó atascada. De golpe lo vio todo claro: el excelente humor de su padre, los canturreos, las risas.

—¡No puede ser! ¿Lo dices en serio?

Su amigo sacudió la cabeza vehementemente. Juanillo le echó un brazo alrededor del cuello y ambos cayeron al suelo, riendo a mandíbula suelta.

Capítulo 12

Noviembre de 1566, Real Alcázar de Madrid, corona de Castilla

El duque de Alba atravesó con paso decidido el patio del alcázar. A punto de cumplir los sesenta años, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel seguía disfrutando de una energía y una fortaleza envidiables. Aunque era de estatura media y figura delgada, imponía respeto. El porte rígido y la mirada feroz se ajustaban a la perfección con su fama: la del mejor estratega, pero también la del soldado más despiadado de la cristiandad.

El gentilhombre del rey que debía guiarle por el palacio correteaba detrás de él, intentando no quedar rezagado. A su paso, los guardias se iban cuadrando. Como grande de España, gozaba del privilegio de libre entrada hasta dos estancias de la regia cámara. Ruy Gómez, el sumiller de corps, que lo esperaba delante de la puerta del salón del trono, lo saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Excelentísimo señor, su majestad os recibirá en su despacho personal. Tened la bondad de seguirme.

A diferencia de la parte pública del palacio, los aposentos privados del monarca consistían en unas habitaciones pequeñas, amuebladas con austeridad. El sumiller llamó a la puerta del despacho real y, sin esperar respuesta, abrió los batientes.

Felipe II se levantó, rodeó la sencilla mesa que le servía de escritorio y tendió la mano al general. Consciente de que se trataba de un honor reservado a muy pocos, el duque se inclinó antes de corresponder a su soberano.

A diferencia del militar, el físico del rey no era nada intimidante: el pelo pajizo con profundas entradas, los ojos de color azul tirando a gris y la palidez del rostro que contrastaba con la negrura de sus ropas hubieran hecho pensar en un escribano, y no en el monarca más poderoso del orbe.

—Don Fernando, antes de que partáis para Flandes necesito conocer vuestra opinión sobre un negocio de vital importancia. —Álvarez de Toledo asintió—. La junta sugiere aplicar a los cristianos nuevos las provisiones que mi señor padre, Dios lo tenga en su gloria, mandó suspender en su día. Si no me equivoco, en aquella época vuestra merced intervino en la cuestión.

—Es cierto, majestad. Recuerdo muy bien aquel asunto. Tal y como sucede ahora, la junta de Granada, soliviantada por el comportamiento de los muslimes conversos, preparó una serie de prohibiciones, pero por aquel entonces los conflictos devoraban los recursos de la Corona. Cuando los moriscos granadinos ofrecieron ochenta mil ducados a las arcas imperiales, las medidas quedaron en suspenso.

—¡Así es! —confirmó el rey—. El Emperador todavía confiaba en que acabarían abrazando nuestra fe y costumbres, aunque, lamentablemente, la situación no ha mejorado. La opinión del cardenal Espinosa es que se trata de una raza inasimilable que debe ser extirpada de estos reinos.

El duque de Alba se cercioró de que el rey había completado la reflexión antes de tomar la palabra.

—Sin embargo, esos cristianos nuevos son también súbditos de su majestad. Son gente hacendosa, dotada de saberes y habilidades muy valiosas. Algunos llegaron a ocupar cargos relevantes en la corte y fueron fieles al Emperador.

—Dais en el clavo, don Fernando. Mis consejeros están divididos: unos son partidarios de una política agresiva; otros, en cambio, opinan que debemos obrar con tacto, en aras de una asimilación progresiva. Las prohibiciones exacerbarían los ánimos, y los más beligerantes no dudarían en reavivar un conflicto latente durante casi un siglo. —Álvarez de Toledo asintió calladamente—. ¿No habría alguna manera de ganárnoslos por las buenas, garantizar su lealtad y mantener la paz en el reino? —El rey levantó la vista al techo. Sus dudas parecían sinceras.

—Majestad, la Corona tiene, en lo relativo a la religión, consejeros mucho más doctos que mi humilde persona.

Felipe II sonrió ante el despliegue de modestia del noble.

—Ceñíos a lo militar, entonces.

El viejo general se irguió sobre la banqueta y carraspeó antes de contestar.

—Las naves de Selim II husmean cada vez más cerca de nuestras costas y, por si fuera poco, en el norte de África los jerifes están armándose. —El rey puso los codos sobre el escritorio y apoyó la barbilla en sus dedos—. Los enemigos del reino acechan. Los turcos aprovecharán cualquier ocasión para debilitarnos, apoyando a los rebeldes con armas y tropas. Protestantes y hugonotes esperan un solo titubeo para subírsenos a las barbas. Majestad, con tantos adversarios amenazando las fronteras, no podemos correr el más mínimo riesgo.

—¡Por eso mismo! ¿No sería imprudente abrir un frente en el corazón del reino?

—¡Mi señor, esa chispa va a saltar, lo queramos o no! El tiempo no juega a nuestro favor. La población morisca crece de forma desmedida mientras los castellanos perdemos la flor y nata de nuestra juventud en las batallas contra los herejes y los súbditos más emprendedores embarcan para las Indias. —Fernando Álvarez de Toledo se quedó mirando al rey con atención. Le pareció que seguía indeciso, pero él no era hombre de medias tintas—. Majestad, la forma de evitar que la mecha prenda en el momento menos oportuno es encenderla.

—¿Prender la mecha? —El monarca frunció el ceño.

—Sí, cuanto antes.

—Don Fernando, ¿sugerís provocar un alzamiento?

—Así es. Debe haber guerra. Una contienda larga y sangrienta, que legitime suprimir una nación entera y acabar para siempre con su cultura.

Felipe II contempló la representación de los siete pecados capitales colgada de la pared frente a él. La inscripción, *Cave, Cave, Dominus Videt,* en el bajo de la pintura, le recordó que Dios todo lo veía y un escalofrío le recorrió la espalda.

Apartó la mirada y la clavó en el brillo acerado de los ojos del duque de Alba. Este no parpadeó. En ese momento, Felipe II le dio gracias a Dios por tener a semejante varón de su lado.

Diciembre de 1566, Quajalana, reino de Granada

Leonor se despertó sobresaltada. Tiritaba, pero no a causa del frío, sino de la horrible pesadilla en la que un apestoso soldado la aplastaba bajo su peso. Se dio la vuelta y se quedó observando a Angelina hasta convencerse de que su pecho se movía.

Un resplandor azulado atravesó los postigos e iluminó la cara de la niña. Un segundo después estalló el trueno. Acarició el cabello trigueño de su hija, preguntándose cómo esa criatura angelical podía ser el fruto de un acto tan asqueroso como el sufrido cinco años atrás. Sintió que le faltaba el aire y se levantó para abrir el ventanuco de la alcoba. Otro relámpago culebreó por el firmamento, seguido por un estampido que sacudió el molino sobre sus fundamentos.

Sobrecogida por la violencia de las ráfagas de viento, la mujer no atinó con los postigos. El manchego se levantó y acudió a la alcoba de Leonor.

—¿Estás loca? —masculló mientras cerraba la ventana—. Un rayo podría matarnos a todos.

—Lo siento, Baco.

Calderón le puso una mano en el hombro para tranquilizarla, y al hacerlo percibió la calidez de la piel bajo la tela húmeda del camisón. Sin poder evitarlo, su vista descendió hacia las redondeces de las caderas, que la cojera no afeaba. Turbado, habló más bruscamente de lo que hubiera deseado.

—¡Venga, acuéstate! En esta casa no hay quien duerma.

Mortificada por haber enojado a su benefactor, la mujer permaneció un largo rato sentada en el borde de la cama. Rememoró los días de su convalecencia, los cuidados que Calderón le había dispensado y su generosidad al acogerla en su hogar junto a la pequeña. No pudo contener el llanto.

Tumbado en el catre de la habitación contigua, Calderón tampoco podía pegar ojo. Cuando los ahogados sollozos llegaron a sus oídos, se maldijo a sí mismo por su falta de tacto.

Por la mañana el vendaval había amainado, pero como seguía lloviendo copiosamente Calderón fue a inspeccionar la rambla, por si existía algún peligro de desbordamiento.

—¡Baja mucha agua y la corriente es demasiado fuerte! —comentó al regresar.

Mientras colgaba su capa, miró de reojo a Leonor, pero no fue capaz de averiguar su estado de ánimo. Angelina, en cambio, corrió hacia él y le rodeó el cuello con sus bracitos.

—¡Al mal tiempo, buena cara! Como no se puede ir a ningún sitio, empezaremos el día desayunando tostadas con miel —dijo, para regocijo de la concurrencia.

Juanillo dispuso unas yescas en el hogar e intentó prenderlas. Después de varias tentativas fallidas, su padre sujetó las muñecas de Angelina y le hizo batir las palmas.

—¡Juanillo no sabe! ¡No sabe!

Divertida por el canturreo del molinero, la niña se animó a su vez.

—¡Juanillo no sabe!

Finalmente, el fuego comenzó a crepitar y todos aplaudieron la hazaña. Calderón pinchó una rebanada de pan con la punta del cuchillo y se lo entregó a la cría.

—Acércala al fuego, cariño.

Leonor vio que una radiante sonrisa se dibujaba en el rostro de su hija y pensó que no podía existir mayor dicha: sus seres queridos compartiendo juntos el pan al calor del hogar. Unas lágrimas, esta vez de felicidad, le resbalaron por las mejillas sonrosadas.

Enero de 1567, Sorbas, reino de Granada

La casa de Miguel El Haduz se había levantado con los beneficios del próspero comercio de esclavos de sus antepasados. La fachada principal de la vivienda daba a la plaza Mayor, el lugar donde, un siglo atrás, se celebraban las subastas de los cautivos cristianos, aunque también existía una entrada de servicio a la que se accedía a través de un angosto callejón.

Aquella fría noche de invierno, varios individuos entraron discretamente por esa puerta. Los primeros en llegar fueron Diego El Filauxiri, dueño de la almazara, y Jerónimo El Guahled, un anciano que para los moriscos era la máxima autoridad en lo relativo a asuntos morales. A los pocos minutos, llegaron el nuevo alguacil, García El Forai y, en representación del influyente gremio de los alfareros, Alonso Alfacar.

Un sirviente los condujo por un largo pasillo hasta una habitación cubierta de esterillas desgastadas en cuyas paredes desnudas eran visibles los contornos de los tapices vendidos para pagar la multa del Santo Oficio. El dueño de la casa esperaba sentado frente a un brasero demasiado pequeño para una sala tan grande.

Cuando los últimos invitados se hubieron acomodado, tomó la palabra.

—Hermanos, disculpad tanta urgencia, pero maese Andrés trae una información muy preocupante —declaró, volviéndose hacia el mentado.

El médico asintió y empezó a hablar con el semblante serio.

—Acabo de regresar de un viaje a Guadix. Por allí circula un pasquín según el cual el rey habría mandado recortar nuestras libertades. —Los asistentes intercambiaron miradas de incredulidad—. Van a desposeernos de los derechos garantizados, en su día, por el emperador Carlos.

—¡Pero, si ya no queda nada que prohibir!

—¡Eso es ridículo!

—Debe tratarse de un malentendido…

El médico alzó la mano para detener las exclamaciones de los presentes. Cuando se hubieron acallado, sacó un papel y lo mostró a la concurrencia.

—Esta es la transcripción de la pragmática firmada por el rey. —Un manto helado cayó sobre los reunidos—. Según se lee aquí, no podremos hablar en algarabía, tendremos que vestir a la castellana, se castigarán los baños, los bailes, las zambras…

Maese Andrés continuó desgranando la lista de interdicciones, aunque ya nadie pudo oírlas debido al griterío.

—Algo se podrá hacer para detener este sinsentido —sugirió El Forai cuando retornó la calma.

El médico sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Unos nobles granadinos, de los linajes más ilustres, han ido a la corte, pero don Felipe se ha mostrado inflexible.

—¡Maldito perro rabioso! —aulló el alcalde, poniéndose en pie—. Ese tirano malnacido nos quiere arrastrar a la fría oscuridad de su amarga tristeza.

Sorprendentemente, no se oyó ninguna queja más. Uno tras otro, los asistentes se levantaron, y, cabizbajos, regresaron a sus hogares.

Capítulo 13

Junio de 1567, Sorbas, reino de Granada

El otoño del año anterior había sido bastante tormentoso, pero después no volvió a llover. Durante meses, el suelo permaneció seco y las nubes apenas se dejaron ver en el cielo azul. A la llegada del verano, los campos de Quajalana estaban tan sedientos que la tierra se cuarteaba. La vega perdió su verdor habitual y los cañaverales de la rambla adquirieron el color de la paja. Así y todo, la noria permitió mantener los huertos con vida.

La pragmática que tanto soliviantara a los moriscos llevaba seis meses en vigor. Las autoridades se estaban encontrando con dificultades para garantizar su cumplimiento, pues muchos vecinos se resistían a dejar de lado sus costumbres. Otros, abandonando toda esperanza de mejora, emprendían la huida a Berbería. El primer vecino de la aldea en hacerlo fue Alí el Viejo, el abuelo de Leonor, aunque su partida no entristeció a nadie.

El goteo de fugitivos, unido a la sequía, acabó afectando a las rentas del marqués del Carpio. El señor de las villas de Sorbas y Lubrín exigió intensificar el control de la costa. El capitán Ramírez de Arellano, en cambio, estaba más preocupado por la escalada de la tensión en el pueblo, que se manifestaba en reyertas cada vez más frecuentes entre las dos comunidades.

Aquella mañana, Leonor sopesaba las habas recogidas en la doblez de su mandil en el bancal. Estaba tirando de la pierna inválida para salvar un desnivel cuando Comotú levantó la cabeza y se puso a gruñirle a un hombrecillo de piel oscura que acababa de aparecer por la vereda.

—¿Adónde vas, Roque? —preguntó la mujer al reconocer al recién llegado, un esclavo del gobernador.

—Ba… Baa… cc…

—¿Buscas a Baco?

—S… Sí.

—Está picando las muelas. ¿Quieres…? —Roque echó a correr, dejando a la mujer con la palabra en la boca.

Pasado un rato, Leonor retornó al molino y encontró al esclavo sentado frente a Calderón con un vaso de vino en la mano. El tufo a sudor rancio que llenaba la estancia le provocó una mueca de disgusto. El manchego correspondió a su fruncimiento de ceño con un encogimiento de hombros.

—¿Adónde hay que ir a buscar la molienda? —preguntó Calderón.

—Sss… aaa… ttt…

—¿Dónde?

Roque tomó aire e hizo un nuevo intento.

—Sss…aaa… aaa… tador.

—¿Tú lo entiendes? —le preguntó Calderón a Leonor, renunciando a cualquier intento de comprender aquel galimatías.

—El Saltador es un lugar cerca de la costa. —aclaró la mujer, que se había sentado y estaba empezando a desgranar las habas.

Calderón se quedó rumiando. No deseaba contrariar al gobernador, pero el viaje sería largo y peligroso.

—Paa… aaga… oble.

Roque levantó el cubilete vacío.

—¿Paga doble has dicho?

El esclavo esperó a tener el vaso lleno antes de asentir.

—Son cuatro costales, eso significa… un celemín por el transporte y dos más por moler —concluyó Calderón, frotándose las manos.

En ese momento, Juanillo y Khalíl entraron en la estancia y soltaron unos sacos de grano en el suelo.

—Déjame ir a mí —sugirió Juanillo al enterarse del encargo.

—¡Ni hablar! Es demasiado peligroso.

—Ya tengo diecisiete años, sabré cuidar de mí mismo —insistió el muchacho.

—¡He dicho que no!

—Khalíl podría acompañarme. —Este asintió, entusiasmado.

—¡No insistas!

Juanillo se mordió la lengua. Calderón vio en los ojos encendidos de su hijo la misma determinación que él tenía a su edad y comprendió que no podría impedirle ir.

~

Quajalana seguía sumida en la oscuridad cuando Juanillo salió del corral con la mula que, tiempo atrás, su padre trocara por el viejo buey. Al ver a Comotú corretear a su lado, se agachó y le rascó la frente.

—No puedes venir, vamos demasiado lejos.

El perro alzó las patas delanteras y, agitando el rabo frenéticamente, intentó lamerle la cara.

—Debes quedarte y cuidar de Angelina.

El animal torció la cabeza. Antes de volver sobre sus pasos, le dedicó una mirada triste a su dueño.

En ese instante, Khalíl llegó con el rostro iluminado por la excitación. Una pequeña talega y un pellejo le colgaban del hombro. Juanillo reparó en las cachas nacaradas que le asomaban por la faja.

—¡Es para cortar el queso! —exclamó Khalíl, riendo.

—Yo también llevo algo «para el queso» en mis alforjas. —Metió la mano en ellas y exhibió el pistolete de pedernal de su padre.

Ambos se echaron a reír.

El verano justo comenzaba y el aire de la madrugada era fresco. Ansiosos por iniciar la aventura, los jóvenes echaron a caminar con paso alegre. Aun teniendo edades semejantes, sus presencias eran muy diferentes. Khalíl era esbelto, de mediana estatura. El pelo oscuro y ensortijado, la piel tostada y unos labios carnosos conferían a su rostro un aire racial. Juanillo, en cambio, era tan alto como su progenitor. Los hombros anchos y la mandíbula cuadrada le otorgaban una estampa varonil que no pasaba desapercibida entre las mozas del pueblo.

A las afueras de Sorbas, un tímido resplandor se recortaba contra la silueta gris de la serranía. Mientras los gallos empezaban a cantar, se detuvieron en la fuente para abrevar al animal. Después, acompañados por los rebuznos de unos asnos madrugadores, rodearon el barrio alfarero y dejaron el castillo atrás.

—¿No iríamos más rápido monte a través? —preguntó Juanillo cuando el astro rey empezaba a hacer sentir su presencia.

—Sí, aunque es más seguro continuar por la rambla. Estas lomas se tragan a la gente…

—¡Parece mentira que te creas esas necedades! —rio Juanillo. Sin más, tiró del ronzal y sacó a la mula de la vereda.

—¡Espera! No es superstición. ¿Ves esa arenilla brillante? ¡Es yeso!

—¿Y?

—Debajo, la tierra está hueca. Si la pisas, te hundes.

Juanillo soltó un bufido de descrédito, pero, por si acaso, regresó al camino.

A media mañana ya no corría ni una brizna de aire y las chicharras anunciaban un calor implacable. Se sentaron a la sombra de unos perales para reponer fuerzas. Tras echar un trago de vino, Juanillo le ofreció la bota a Khalíl.

—Prefiero el agua.

—No sabes lo que te pierdes…

—¡Sí, lo sé! Cuando era pequeño vivió con nosotros un comerciante. Entre sus cosas, escondía un barrilito de vino. Yo, al menor descuido, bebía un poco.

—¿Te gustó?

—¡No, para nada! Lo hacía porque estaba prohibido.

Poco después iniciaron la ascensión de la montaña bajo un sol implacable. No encontraron ningún sendero ni vieron huellas de rebaños, solo peñascos, bojas y arbustos espinosos. Por allí no se aventuraban ni las alimañas.

Llegando a la cumbre, los aromas de tomillo y flores silvestres fueron reemplazados por un soplo húmedo. La línea de la costa apareció a lo lejos.

—¡El mar! —exclamó Khalíl, mirando con embobada atención al frente.

—¿No lo habías visto antes? —Khalíl sacudió su cabellera rizada—. Yo tampoco hasta el viaje que nos trajo de mi pueblo.

Los dos amigos se quedaron un rato disfrutando de la espectacular inmensidad azul antes de reemprender el camino.

A media tarde se adentraron en un bosque de pinos y, al cabo de una hora, llegaron a un claro ocupado por media docena de cabañas ennegrecidas. El humo de tres enormes pilas de madera volvía el aire irrespirable.

—¡Espera! —Juanillo retuvo por el brazo a su amigo, que seguía adelante sin detenerse—. Eso debe ser el Saltador. Mientras estemos aquí, será mejor usar tu nombre de bautismo.

—¿Por qué?

—Nunca se sabe…

Apenas hecho el comentario, unos individuos salieron de la arboleda. Uno de ellos los encañonaba con un arcabuz.

—¡Vaya! ¡Nos envían un comité de recepción! —exclamó Juanillo sin amilanarse.

—¿Quiénes sois? —preguntaron los recién llegados.

—Venimos a recoger la molienda.

—¿Molineros? —masculló el del arcabuz. El blanco de los ojos destacaba en la cara tiznada

de negro.

—¡Sí! ¿Es esto el Saltador?

—¿Te parece la Alhambra de Granada? —Los carboneros estallaron en carcajadas. El hombre se colgó el arma del hombro y sonrió a su vez—. Perdonad el recibimiento, aquí no es raro tropezarse con berberiscos. Soy Nicolás, el capataz. El amo nos avisó de que vendrían a recoger el trigo para la boda, pero no dijo cuándo.

—¿La boda?

—Don Rodrigo, el dueño de todo esto, quedó viudo hace unos meses, y va a casarse de nuevo. El convite se va a celebrar en su casa. Es allí donde os esperan.

—¿El grano no está aquí?

—¡No! Está en la cañada, a media legua.

Una hora más tarde, los dos amigos divisaron una casona de paredes recias y ventanas estrechas como troneras que la hacían parecer una fortaleza en miniatura. El mayoral de la finca, un hombre afable llamado Salustiano, los persuadió de esperar al día siguiente para llevarse la carga. Después los acompañó a una sala con fogones y ordenó que les dieran algo de comer.

La cocinera, regordeta, de pelo claro y piel rosada, llenó dos platos de guiso y los dejó sobre la mesa. Acto seguido se sentó frente a los forasteros.

—¿Venís a por la molienda?

Juanillo asintió con la boca llena.

—Yo soy Fina. Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿Yo? Juan. Este es mi compadre, Gabriel.

En ese momento, otra sirvienta entró en la cocina con un pan bajo el brazo.

—¿Y qué le ocurre al tal Gabriel? ¿No tiene lengua? —exclamó la recién llegada.

—Ay, Milagros. ¡Qué cosas tienes! —rio la cocinera. Cogió la hogaza, le dio la vuelta y trazó una cruz con el cuchillo en la corteza. Después cortó una rebanada y se la dio al pelirrojo.

—¿A mí no me das? —protestó Khalíl.

—¡Vaya, Gabrielito tampoco tiene manos!

Acabado su plato, Juanillo paseó la vista por el busto de Fina y la posó sobre el humeante caldero que se calentaba al fuego.

—Guardad un poco de apetito, hoy es víspera de San Juan y esta noche celebramos una morga. —Milagros captó el desconcierto de los forasteros—. Habrá hogueras, juegos y baile en la playa de la Carbonera.

Llegaron a la orilla del mar al ocaso. Khalíl se quedó embelesado mirando el vaivén de las olas mientras su amigo se desvestía y se lanzaba al agua de cabeza.

—¡Está buenísima! ¡Métete, venga, no seas gallina!

Cuando Khalíl, temeroso, se acercó a la orilla, Juanillo le salpicó la cara.

—Tiene un gusto raro. Sabe a sal.

—Pues claro, tontorrón. Está salada.

—¡Mis hermanos no se lo van a creer!

Aprovechando el momento de confusión, Juanillo lo arrastró dentro del agua. Así, entre juegos, las tinieblas se apoderaron de la playa. Entonces vieron el resplandor de unas antorchas aproximarse y reconocieron la voz de Fina.

—¡Venga, la fiesta va a comenzar!

Los jóvenes del Saltador encendieron una hoguera sobre la arena a la que Khalíl se acercó para secar sus ropas. Todavía tiritaba cuando una moza menuda, con cara de ángel, pasó por su

vera y fue a situarse detrás de la fogata.

Permaneció un rato en pie, observándola de reojo y armándose de valor para abordarla, pero llegó Milagros y de un tirón lo obligó a sentarse con ella. Pronto, una bota de vino fue pasando de mano en mano. Juanillo echó un largo trago y le tendió el pellejo a su compañero. Algo en su mirada convenció a Khalíl de no rechazarla. Después de darle un tiento, le pasó el cuero a Milagros y volvió a clavar la mirada en la muchacha de rostro cándido.

—Gabrielito, a esa ni la mires —le soltó la sirvienta al devolverle el recipiente.

—¿A quién? —Khalíl se hizo el distraído.

—Lo sabes muy bien. Déjala en paz, si no quieres tener problemas con el amo.

En ese momento, una de las jóvenes se levantó y, con las faldas arremangadas, echó a correr por la arena. Las demás la siguieron. Envueltas en un torbellino de chillidos y risas, se pusieron a salpicarse mientras los mozos se esforzaban para entrever las blancas pantorrillas. Uno de ellos agarró una viola. De pronto, una alegre melodía animó la cálida noche.

Milagros regresó a la hoguera y se dejó caer tan cerca de Khalíl que sus cuerpos se rozaron.

—¡Venga, a ensartar las sardinas!

Khalíl cogió una caña e intentó torpemente imitar a los demás.

—¡Así no! —le regañó Milagros entre risas. Le sujetó la mano con la que sostenía la espita y lo miró a los ojos, insinuante—. Debes introducirla con suavidad…

Khalíl percibió la calidez del cuerpo femenino pegado al suyo y notó un cosquilleo creciente en la parte baja de su vientre.

—Eso es… Empuja —susurró la joven, con voz entrecortada, mientras la caña atravesaba el pescado.

En ese momento, Juanillo le dio un codazo a su amigo y volvió a ofrecerle la bota.

—Es una jota, un baile típico de mi tierra —explicó Fina cuando el de la viola atacaba una nueva copla.

A Khalíl, tanto la música como la danza le parecieron bastante toscas, sobre todo en comparación con las zambras de su gente, pero se guardó de hacer ningún comentario.

—¿Qué os parecen las sardinas? —preguntó alguien desde el otro lado de la lumbre.

—¡Viva el Saltador y viva la playa de la Carbonera! —gritó Juanillo, achispado.

—¡Viva! —corearon todos menos un individuo de rostro serio que no despegaba la vista de Khalíl y hasta entonces solo había abierto la boca para regarse el gaznate.

—¡Calleja, canta una malagueña! —pidió alguien.

Tras hacerse rogar un poco, el aludido, un grandullón de más de seis pies de altura, se levantó y, acompañado por unos sencillos acordes, entonó una copla.

—Tápate María, tápate…

Nada más reconocer la letra, una joven regordeta ocultó el rostro detrás de su mandil.

—Tápate María, que el culo se te ve…

Los carboneros, desternillados por la risa, intentaron repetir el estribillo.

—Tápate María, tápate… Como te asome lo demás, ya verás a dónde vas…

El repertorio de canciones del tal Calleja se agotó pronto. Aun así, a la concurrencia le dolía el vientre de tanto reír.

En ese momento, el tipo de aspecto lúgubre alzó una mano. Paseó su mirada por los que estaban sentados alrededor del fuego y cuando hubo conseguido que se quedaran en silencio comenzó a hablar con voz gutural.

—Cuando el rey moro aún reinaba en Granada, en el mismísimo lugar donde estamos ahora

se alzaba una modesta cabaña en la que vivía una familia muy humilde. Cada madrugada, el padre y el hijo mayor se echaban a la mar en una vieja barca. La madre y las dos hijas menores cultivaban un huerto diminuto situado justo allí, detrás de aquellos matorrales. A pesar de la pobreza, eran felices. Trabajaban duro y nunca les había faltado el alimento. Al final de cada jornada, después de trabar la puerta de la choza, con los suyos a salvo de los muchos peligros, el pescador le daba gracias a Dios. Pero, una noche, el demonio guio a unos piratas hasta la playa… —El narrador hizo una pausa para beber, durante la cual solo se oyó el suave crepitar de las brasas y el rumor de las olas. Había conseguido captar completamente la atención de los presentes—. Al primero que traspasó el umbral, el padre le clavó un arpón en el corazón; al segundo, su esposa le saltó los ojos con unas tijeras, y al tercero, el hijo le cortó el brazo de un hachazo. Furiosos, los forajidos apilaron unos haces de leña contra la puerta de la choza.

«¡Dejadnos salir!», exigió el pescador.

«Habéis derramado sangre. No viviréis», objetó el cabecilla de los bandidos.

«Es mi culpa, dejad que se salven los míos».

«Tu esposa ha cegado a un hombre. Pagará por ello con su vida».

«Perdonad a mis hijos, ellos son inocentes».

«Eso te lo concedo. Serán mis esclavos».

«¡Antes muertos!», exclamó el primogénito. Las niñas lo secundaron.

Conforme el relato iba avanzando, Fina fue pegándose a Juanillo. El manchego la sintió temblar y supuso que era debido a la historia.

—Las llamas empezaron a consumir la barraca. Los miembros de la familia, abrazados unos a los otros y con los rostros bañados en lágrimas, se encomendaron al Supremo Hacedor.

«¡Vais a morir como ratas!», aulló el capitán pirata.

«¡No, te equivocas! —contestó desde el interior una voz serena—. Nosotros abandonaremos este mundo rodeados de amor y, juntos, subiremos al paraíso. Vosotros, en cambio, viviréis como gusanos y os pudriréis en el infierno, porque en esta hora fatídica yo os maldigo a todos. A vosotros y a vuestros descendientes, hasta el fin de los tiempos…».

En la playa no se oía ni el sonido de las respiraciones. Todas las miradas estaban fijas en el rostro del narrador iluminado por las brasas.

—Cuando el incendio hubo devorado la cabaña por completo, cinco luces brillantes como soles se elevaron de entre las cenizas. Describieron un amplio arco por el cielo y después se adentraron en el mar. Los malhechores, aterrados, subieron a su falúa y nunca más regresaron.

Durante unos instantes todos guardaron silencio, impresionados por lo que acababan de oír. De repente se oyó una voz.

—Esos bandidos eran unos cobardes. —El llamado Calleja se puso en pie y exhibió unos bíceps abultados—. Yo no temo a los vivos, mucho menos a los fantasmas.

—¡Siéntate y déjame proseguir! —exigió el de la cara sombría. Cuando el otro lo hubo hecho, prosiguió—: En noches como la de hoy, las almas de aquellos mártires reaparecen para atormentar a los descendientes de los maleantes.

Llegados a ese punto, un aullido desgarrador interrumpió la narración.

—¡Allí! —chilló alguien.

Todos volvieron la mirada hacia el mar y vieron acercarse unas bolas de fuego que parecían flotar sobre las aguas. Khalíl sintió que se le erizaba el vello. Los demás, Calleja el primero, echaron a correr gritando despavoridos.

Juanillo aprovechó la ocasión para empujar a Fina detrás de unos espesos matorrales y se

apretujó contra ella. El narrador, al ver la desbandada, se levantó tranquilamente y desapareció en la oscuridad.

Khalíl permaneció sentado, anclado al suelo, sin poder despegar los ojos de Milagros, que se acercaba con dos antorchas en sus manos. Absorto en la narración, ni siquiera se había percatado de que la muchacha se había alejado.

Al llegar junto al morisco, la moza dejó caer llos hachones al suelo y pegó su cuerpo al de él.

—Eres valiente, Gabriel…

Las ropas mojadas se ajustaban a su figura como una segunda piel. Preso de un deseo irrefrenable, Khalíl la tomó de la mano y, sin saber ni lo que hacía, echó a andar. Ella, en cambio, lo tenía muy claro. Lo había sabido desde el mismo instante en que lo vio sentado en la cocina.

La muchacha lo condujo hasta un pajar cercano. Una vez allí, lo atrajo hacia sí y Khalíl la besó con toda la dulzura de la que fue capaz. El contacto con sus labios lo enardeció más allá de lo que nunca había imaginado.

Temió que ella se hubiera dado cuenta del entumecimiento que sentía en la entrepierna. Milagros dejó escapar una risita ahogada y apretó aún más las caderas contra las suyas. Después le guio las manos hasta sus senos. La muchacha sonrió al notar el temblor de los dedos inexpertos, como si Khalíl temiera causarle algún daño. Entonces se tumbó sobre un montón de paja y se subió la saya, ofreciéndole su piel lechosa y un pubis cubierto de vello rizado.

Khalíl notó que el corazón se le aceleraba y se arrodilló sin saber muy bien qué hacer. Empezó a desnudarla, pero no estaba familiarizado con la ropa femenina y Milagros se echó a reír. Avergonzado, hizo ademán de separarse, pero ella le clavó las uñas en las nalgas y le bajó el calzón hasta las rodillas.

Un escalofrío de placer recorrió el cuerpo de Khalíl cuando lo atrajo hacia ella y sintió el roce de los pezones erectos contra su pecho. La muchacha le acarició el miembro y guio sus movimientos torpes hasta conseguir que sus cuerpos se fundieran.

—No tengas prisa, disfruta… —le susurró Milagros al oído cuando se dio cuenta de que empezaba a jadear.

No sirvió de nada. Un fuego súbito ascendió desde la planta de los pies hasta la raíz del cabello de Khalíl. Las piernas le flojearon y, con dos estertores, se vació.

Sin saber que decir, se dejó caer a un lado. Entonces, ella le cogió la mano y la guio por su cuerpo ardiente.

~

Cuando el portalón se abrió a la mañana siguiente, inundando el pajar de luz, Khalíl se enderezó para cubrirse con la camisa. El movimiento brusco le provocó un punzante dolor entre las sienes. Juanillo apareció en el umbral.

—Venga, carguemos el trigo y salgamos de este condenado lugar —le dijo su amigo, desabrido.

Khalíl, todavía confuso, lo observó con curiosidad.

—No pareces muy contento… Pensé que tú y Fina… Ya sabes.

—¡Quia, maldito vino! Ahí estábamos, agazapados detrás de un matorral. Ella quería guerra y yo estaba dispuesto a dársela, pero en el momento crucial me vinieron unas arcadas…

—¡No! ¿Le vomitaste encima?

—Hasta los últimos calostros. La muy zorra me llamó puerco y se fue, dejándome para partir piedras.

Khalíl se llevó las manos a la cabeza y soltó una carcajada.

—A ti te hace gracia, ¿eh? —Juanillo le tiró de la camisa, dispuesto a que se le pasaran las ganas de burla—. ¿Qué haces así, desnudo?

El morisco recuperó la prenda de un tirón y se cubrió las vergüenzas como pudo.

En ese momento el manchego comprendió.

—Espera, no me digas… ¡Caaabrón!

~

Media hora más tarde, los dos jóvenes habían cargado los costales de trigo sobre la mula y todo estaba listo para la partida, pero Juanillo iba y venía nerviosamente, sin decidirse a salir. Khalíl miró la posición del sol.

—¡Vámonos ya, se nos va a hacer tarde!

—Sí, claro. Tú, como vas *descargado*, tienes prisa.

Justo en ese instante, Fina cruzó el patio con un cántaro apoyado en la cadera.

—Ve adelantándote, yo tengo que concluir un asunto —murmuró el pelirrojo antes de salir en pos de la muchacha.

Khalíl sacudió la cabeza. Echó un último vistazo a la puerta de la casona, por si aparecía Milagros y echó a andar. Intentó rememorar cada momento de la noche anterior, pero los recuerdos eran algo confusos. En cualquier caso, se sentía como nunca: con los sentidos a flor de piel, percibía los olores de la naturaleza y el canto de los pájaros le sonaba a música celestial.

A media mañana, Juanillo le dio alcance. Cuando vio el brillo de sus ojos y la sonrisa bobalicona que le adornaba la cara, no le hizo falta preguntar por la razón del retraso.

Capítulo 14

Quajalana, reino de Granada

Aquella calurosa mañana de finales de junio, le habían asignado a Khalíl la tarea de lavar los cajones de los gusanos, que debían quedar listos para la temporada siguiente. Era una labor tediosa, aunque, por otra parte, las gruesas paredes aislaban al criadero de los feroces rayos del sol.

Estaba quedándose dormido cuando unos gritos procedentes de la calle lo despabilaron. Salió y vio a Juanillo, jadeando por la carrera y doblado sobre sí mismo, con las manos apoyadas en las rodillas.

—¡Están ahí! ¡Han llegado!…

—¿Quiénes?

—¡Los tercios! Han levantado una bandera en el pueblo. ¡Vayamos!

—¿Ahora mismo? Todavía no he acabado de limpiar las cajas.

—¡Al diablo con los gusanos!

El hijo del molinero echó a andar con paso decidido. Tras un ligero titubeo, Khalíl arrancó tras él. Subieron por la cuesta del castillo, sorprendidos de no ver a soldados por doquier. Cuando llegaron a la plaza, en lugar de encontrarla abarrotada de aspirantes solo vieron a un tambor que dormitaba a la sombra de un olmo y unos niños que correteaban en torno a una mesa de campaña sobre la que descansaba una enseña blanca con la cruz de San Andrés.

—¿Dónde están todos?

Uno de los chiquillos señaló la taberna. Juanillo se peinó los cabellos con los dedos y Khalíl bajó las mangas de su camisa. Después se miraron el uno al otro, como para darse valor, y empujaron la puerta que los separaba de su futuro.

Dos forasteros comían en silencio en una de las mesas, aunque ninguno coincidía con la idea que los muchachos se habían hecho de un oficial de los tercios. El primero, casi un anciano, iba desarmado y la mano con la que sostenía la cuchara estaba manchada de tinta. El otro, algo más joven, lucía un rostro curtido y bigote con perilla. Unos mechones de pelo le caían sobre los hombros. Su presencia debía haber sido gallarda en alguna etapa de su vida, pero en aquel momento lo único intimidante en él era la espada colgada del respaldo de su silla.

Los dos candidatos se acercaron tímidamente a los comensales y esperaron. El de la pinta de escribano levantó la cabeza. Tras mirarlos con ojos mortecinos, siguió saboreando el potaje como si nada. El otro ni siquiera despegó la vista de su plato.

Khalíl interrogó con la mirada a su amigo, quien, con un gesto de la mano, le rogó paciencia. Al cabo de un rato, el de la espada pidió más vino. Al oír su voz de pito, Juanillo esbozó una sonrisa.

—¿De qué te ríes, bribón?

—¿Yo? ¡No me he reído!

—Escucha, muchachito. El alférez Juan García de Barnechea ni está ciego ni es mentecato. Gallitos de corral como tú desplumo yo una docena cada día.

Khalíl dio un paso atrás. El hijo del molinero, en cambio, no se movió.

—¿Qué andas buscando?

—Venimos a alistarnos, señor.

—Habla más fuerte, maldita sea.

—¡Queremos ser soldados!

—¡Soldado, eh! ¿Cómo te llamas?

—Juan Calderón.

—No eres de aquí, ¿me equivoco?

—De la Mancha.

El militar se retorció el mostacho y, mientras el tabernero dejaba una jarrilla sobre la mesa, repasó al aspirante de arriba abajo.

—La milicia no es para lerdos. ¿Qué te hace pensar que tienes lo necesario?

Khalíl intervino con decisión.

—¡No le tememos a nada y queremos servir a nuestro rey!

El oficial ladeó la cabeza y miró al morisco como si lo viera por primera vez.

—¿Y este? ¿Qué hace aquí?

—Es mi camarada K… Gabriel. Se quiere enrolar conmigo.

—¿Él también es manchego? —Juanillo no percibió el sarcasmo del alférez.

—No, vuestra merced, soy de Sorbas —respondió Khalíl.

—Me cago en la puta madre que lo parió. —Los muchachos se miraron sin comprender—. Toda mi cochina vida luchando contra los herejes, y ahora pretenden alistarse. ¡Hasta aquí podíamos llegar!

Khalíl, estupefacto, empezó a parpadear descontroladamente.

—¡Sacad a este moro de mi vista! —Barnechea se levantó hecho una furia y estrelló la jarra contra el suelo—. ¡Lárgate, he dicho!

Mientras Juanillo se quedaba petrificado, llegó Florentino, el bodeguero, y con la excusa de barrer los trozos de cerámica, interpuso su corpachón entre el reclutador y el muchacho. Después posó su única mano en el hombro de Khalíl y se lo llevó con él. Este salió a la calle aturdido y se tuvo que apoyar en la pared para no derrumbarse. Quería luchar contra los enemigos del reino, estaba dispuesto a verter su sangre por la patria. ¿Por qué lo trataban de aquella forma? Cuando comprendió las consecuencias del rechazo, su rabia se desbordó y, hecho una furia, quiso volver a la taberna, pero Florentino lo esperaba en la entrada. Forcejeó con el manco hasta que, convencido de la inutilidad de su acción, se dejó caer al suelo y sollozó amargamente.

~

Media hora más tarde, Juanilo salió de la taberna y, exultante, fue a besar la bandera.

—¡Flandes, tiembla! Juan Calderón va a tu encuentro. ¡Santiago! ¡Santiago!

Los críos se pusieron a gritar imitando al pelirrojo, pero al tambor no le hizo ninguna gracia que lo sacaran de su modorra.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Deja de dar voces, mentecato!

—Gracias por tu bienvenida, camarada —contestó el flamante recluta sin perder su buen humor. Entonces se acordó de su amigo y lo buscó con la mirada.

En ese preciso instante, Khalíl entraba en su casa. Yúsuf lo recibió con un golpe de vara. Después, lo empujó al criadero de los gusanos, donde las cajas de morera seguían sucias.

El muchacho encajó los golpes sin defenderse. Las maldiciones resonaban en su cabeza como un zumbido de avispas, pero nada podía acrecentar su dolor. Lo habían insultado, ninguneado y, lo que era mucho peor, habían destrozado sus sueños.

Capítulo 15

Octubre de 1568, Sorbas, reino de Granada

Había pasado más de un año desde la partida de Juanillo. Hasan, uno de los hermanos de Khalíl, se había desposado en primavera con una muchacha de Níjar, y unos meses después, su hermana Zahra se casó con un joven de Lubrín. Cuando se fueron a vivir a las localidades de sus respectivos consortes, la casa, siempre tan bulliciosa, pareció quedarse vacía y Khalíl acabó sintiéndose terriblemente solo.

Como cada vez que la tristeza le oprimía el pecho, subió a la escarpadura que dominaba la vega de Quajalana y se sentó en el borde del precipicio, con las piernas colgando en el vacío. El disco del sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Bajo aquel firmamento enrojecido el mundo se veía armonioso, y las muchas dudas sobre el futuro parecían tan insignificantes como las pequeñas figuras que regresaban a sus hogares. Arrancó una brizna de albahaca, la estrujó entre los dedos y, mientras arrastraba la mirada por los meandros de la rambla, la olió. Vio humo salir de la chimenea del molino y cayó en la cuenta de que su amigo del alma debía de haber llegado a Flandes. Posiblemente, habría entrado ya en combate. Apesadumbrado, volvió la vista y las palmas hacia el cielo.

—No sé si llamarte Dios o Alá, pero si eres tan misericordioso como dicen, eso no importará. En estas horas inciertas, te suplico extender tus manos poderosas sobre la cabeza de Juanillo e impedir que le hagan daño. —Se santiguó y, con el ánimo algo recobrado, decidió averiguar si Calderón tenía noticias de su hijo.

Cuando llegó a la rambla, la luz casi se había desvanecido y el cauce presentaba un aspecto lúgubre. Los charcos secos, los tocones de moreras ennegrecidos y las cepas retorcidas eran testimonio de la persistente sequía.

Llegando al molino, oyó unas voces cargadas de odio y se detuvo. Poco después sonó un disparo de arma de fuego. Su primer impulso fue darse media vuelta y salir corriendo, pero, tras un momento de vacilación, recogió dos cantos rodados del suelo y se arrancó en dirección al molino.

Encontró al padre de Juanillo plantado en el camino, con el puño en alto y echando maldiciones. El cañón de su pistolete humeaba todavía.

—¡Malditos ladrones! ¡Ojalá lo robado corrompa vuestras barrigas y os revienten las tripas!

Khalíl no había visto nunca al manchego en tal estado. Tenía el pelo revuelto y unas venas hinchadas le surcaban la piel de la garganta.

—¿Qué ha sucedido, Paco?

—Ese hatajo de mocosos desagradecidos… —dijo, señalando en dirección a Góchar—. Pues no han tenido la desfachatez de amenazarnos. Ven, vayamos al molino, Leonor y Angelina están solas.

Recogieron unas sillas volcadas y, sorteando fragmentos de tarros rotos, se acercaron al edificio. Encontraron a madre e hija abrazadas en una esquina. El molinero las ayudó a

levantarse.

—Eran tres. *Na*, unos críos… Yo estaba abajo, picando las muelas, cuando se han presentado mendigando comida. Leonor se ha compadecido de ellos y les ha entregado unas rebanadas de pan. ¿Y qué crees que han hecho esos malnacidos en lugar de dar las gracias y marcharse? Por suerte, he subido para afilar el pico…

Al sentir que la rabia se le desbordaba de nuevo, Calderón interrumpió el relato. En ese momento llegó Comotú. Le sangraba una oreja y evitaba apoyar una de las patas traseras en el suelo.

—Ven aquí, mi valiente. —El molinero le examinó las heridas y se tranquilizó al comprobar que eran superficiales—. ¿Has mordido a alguno de esos hijos de puta? —El perro dio dos cortos ladridos—. ¡Tu amo habría estado orgulloso de ti!

~

Esa misma noche, al llegar a casa, Khalíl se encontró a su hermano Mas'úd en el zaguán.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Estoy esperando a padre.

—¿Qué ocurre?

—Llevo días intentando hablar con él, pero no me da baza.

—Ya sabes cómo es…

—Zahíd y los suyos salen mañana para África… y yo me voy a ir con ellos.

A Khalíl se le hizo un nudo en la garganta. Hubiera querido seguir haciendo preguntas, pero no fue capaz.

—Escucha bien, hermanito. Cuida de madre y no dejes que el viejo os avasalle. ¡Prométemelo! —Khalíl asintió—. Te voy a echar mucho de menos.

Se abrazaron temblorosos, sin avergonzarse por su llanto.

~

Al amanecer, Yúsuf vio a Mas'úd esperándolo en el patio. Vestía ropas de viaje y un abultado zurrón descansaba a sus pies.

—Padre…

—Apártate y déjame salir.

—¡Me voy!

—No vas a ningún lado. Te crees que no me había enterado de tus tejemanejes con el hijo del rico…

Mas'úd suspiró ruidosamente.

—No estoy pidiendo permiso. Tan solo quiero recibir vuestra bendición antes de partir.

—¡No! No se te ha perdido nada en Berbería. Es aquí donde haces falta.

—¡Padre, por favor!

La voz de Mas'úd se quebró. Con los ojos nublados, dio un paso en dirección a su progenitor, pero en lugar de abrazarlo este le dio la espalda. Mortificado, recogió la talega y, tras enjugarse las lágrimas, abandonó el que hasta entonces había sido su hogar.

~

Dentro de la casa, Salmà y Karíma lloraban con aflicción y Rashíd, el mayor de los hermanos, no despegaba la vista de sus albarcas. El rostro de Khalíl, en cambio, revelaba la furia contenida. Yúsuf podría haber pasado sin decir palabra, pero eligió hablar.

—¡Ahora ya lo sabéis! Quien no esté contento, puede irse —dijo, con la dureza de una piedra.

Salmà le suplicó a su esposo que se tranquilizara, pero solo consiguió enfurecerlo más.

—¡Maldita sea mi alma! ¡Dejad de gimotear! —Los lamentos de Karíma se redoblaron—. ¡Cállate! ¡No me mires así!

Alzó el brazo para golpear a la chiquilla, pero una mano firme se lo impidió. Su asombro se transformó en ira al comprobar quién osaba enfrentarlo. Cuando fue a abofetear a Khalíl, este le sujetó las muñecas.

—¿Vas a pegarle a tu padre? —aulló Yúsuf, presa de una rabia incontenible.

—¡No, no lo haré! Pero vos tampoco volveréis a tocarme, ni a mí ni a ellas. —A Khalíl le sorprendió la serenidad de su propia voz. Por primera vez en su vida fue capaz de sostener la mirada de su progenitor.

Yúsuf forcejeó con él, inútilmente, hasta que las pupilas se le anegaron. El gigante que tanto respeto y temor le había inspirado quedó convertido a sus ojos en un anciano derrotado. En ese instante, sintió lástima de él.

~

—Te puedes quedar con nosotros, si lo deseas —sugirió el molinero cuando Khalíl le contó lo sucedido—. No te faltará plato en la mesa y un jergón donde dormir.

Khalíl sabía que, debido a la sequía, la molienda se había vuelto muy escasa, y de ninguna manera iba a convertirse en una carga adicional para el bueno de Calderón.

—Te agradezco mucho el ofrecimiento, Paco, pero solo pasaré aquí esta noche. Algunos mozos de la alfarería han huido a África y podrían necesitar gente.

No se equivocaba. Al día siguiente empezó a trabajar en el taller regentado por Alonso Alfacar, el ciego. A cambio de techo y comida, se levantaba al alba, barría suelos, cargaba leña, batía arcilla y no se acostaba hasta bien entrada la noche. Durante siglos, aquella comunidad de ceramistas había logrado sobrevivir extramuros, convirtiéndose en una gran familia cuyos miembros se ayudaban mutuamente. Quizás por eso, a pesar de la dureza del trabajo y de las bromas pesadas de sus compañeros, Khalíl se encontró muy pronto a gusto entre ellos.

A mediados de octubre, el propietario de la almazara cercana a la fuente, Diego El Filauxiri, se presentó en el alfar muy alborotado. Después de conversar un rato con él, Alonso Alfacar mandó llamar a los maestros de los otros talleres para que les contara las terribles noticias que traía.

—Lucas Martel me ha hecho una oferta por unas tierras. Estando cerca de llegar a un acuerdo, ese cagatintas ha pedido ver las escrituras de la finca. Cuando le he explicado que los terrenos pertenecen a mi familia desde hace generaciones, ha mencionado que la pragmática promulgada a principios de año deja bien claro que, si un cristiano nuevo no dispone de documentos, su propiedad puede confiscarse.

—Esa patraña se la ha inventado ese hijo de Sataná —exclamó uno de los artesanos.

—Eso creía yo, pero fui a ver al alcalde y, tras consultar con el alguacil, resultó no solo que Martel tenía razón, sino que los documentos no son válidos si están escritos en árabe.

—¡Que Alá todopoderoso les seque el corazón en el pecho!

El aullido fue secundado por gritos llamando a la rebelión, al asalto al castillo y a la quema de la iglesia. Alonso Alfacar esperó a que las voces se atenuaran antes de intervenir.

—Todos tenemos motivos para estar furiosos, y entiendo vuestros deseos de castigar tantas afrentas. —Khalíl recordó al alférez que había rechazado su solicitud para entrar en los tercios, y sintió el odio renacer en él—. Ahora bien, ¿qué sucede si un ratón muerde la cola de un león?

—¡Haced como os plazca! —espetó Diego el Filauxiri—. Yo no voy a quedarme de brazos cruzados mientras me roban. Quienes quieran lavar sus ofensas, que se unan a mí.

Al ver a dos alfareros salir detrás de El Filauxiri, Khalíl sintió el impulso de seguirlos, pero sus ojos tropezaron con los de Melitón, quien, como si le hubiera leído la mente, sacudió la cabeza.

Acabada la reunión, el nieto de Alonso Alfacar le explicó que para cambiar las cosas iba a ser necesario actuar con frialdad. El comentario dejó a Khalíl intrigado, aunque pronto siguieron más charlas en las que el joven alfarero, además de compartir su visión sobre la situación de los moriscos, fue calibrando a su interlocutor. Sus opiniones debieron satisfacerle, pues una noche lo invitó a una reunión secreta.

~

Las finas ropas y la señorial presencia del orador contrastaban con el aspecto desharrapado de la docena de jóvenes que, sentados en el suelo de la caverna, lo escuchaban, embelesados.

—En aquella época, todos en el reino de Granada eran muslimes, hablaban árabe y tanto pobres como ricos sabían escribirlo. Hasta en las aldeas más recónditas se leían los textos sagrados y la llama del islam se mantenía viva. El Corán guiaba nuestras acciones, y el Altísimo nos bendecía generosamente con cosechas abundantes. Los hijos respetaban a los padres, las esposas obedecían a sus maridos. Nuestros antepasados vivían en el paraíso, aquí, en la tierra. —La voz de Arún El Seniz encandilaba a los oyentes—. Todos los fieles tenían derecho a portar espada, poseer esclavos y vestir como querían; celebraban el Ramadán sin tener que esconderse y circuncidaban a sus hijos en el nombre de Alá.

—*Al-lahu Ákbar!*[1] —gritó uno de los jóvenes.

—*Subhána-l-láh*[2] —replicó Melitón.

—Entonces, por culpa de unos gobernantes traidores y cobardes, los cristianos nos lo arrebataron todo. Los infieles escupieron en la cara de los alfaquíes y construyeron iglesias sobre las mezquitas con las piedras funerarias de nuestros antepasados. Cuánto dolor, cuánta vergüenza, qué triunfo para el demonio… —El Seniz agachó la cabeza y su voz se tornó profética—. Un día, los muslimes de corazón se alzarán. La sangre infiel correrá por las acequias, las cruces arderán y el islam reinará de nuevo en al-Ándalus. —Los ojos del orador brillaron a la luz de los candiles. El vibrante tono se elevó hasta acabar en un auténtico aullido. Los oyentes manifestaron su enardecimiento a gritos.

—*Lá haula wa-lá quwwáta il-lá bi-l-láhi l-aaliyyí il-aazím*[3].

Khalíl se dejó arrastrar por las emociones y empezó a repetir las consignas con los demás.

Concluida la reunión, Melitón se acercó a él y lo retuvo mientras el orador despedía a los asistentes.

—¿Quién es ese? —preguntó Khalíl, señalando a un joven de rostro serio que flanqueaba a El Seniz.

—Es Abdalá El Fueile, el organizador del encuentro.

—Me suena su cara…

—Cómo no, es el hijo del alguacil encarcelado por la Inquisición.

Khalíl cabeceó. El recuerdo era borroso. No sabía que, a la muerte de su padre, Abdalá El Fuleile se había unido a unos bandoleros de la sierra conocidos como los monfíes, ni que el joven estaba de vuelta en Sorbas para organizar un grupo subversivo.

En ese instante, el orador y el hijo del alguacil se les acercaron.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó El Seniz, mirando para Khalíl.

—Me llamo Khalíl Ben Yúsuf, señor.

El Fuleile clavó en Khalíl una mirada tan penetrante que este lo creyó capaz de escarbar en su mente.

—¿Y qué te hace digno, hijo de Yúsuf, de formar parte de nuestra secreta y sagrada hermandad?

Khalíl se quedó pensando una respuesta, pero Melitón intervino.

—Es mi aprendiz —explicó.

El Seniz no pareció impresionado.

—¿En qué puedes resultarnos útil? —preguntó.

—Sé leer y escribir en castellano, señor.

—¡Ah! Eso puede servirnos. ¿Qué opinas de la disertación de esta noche?

Khalíl pensaba que el trato dado a los moriscos era injusto, aunque no veía cómo un enfrentamiento contra el rey más poderoso del orbe podía acabar bien. Sin embargo, se inclinó por una respuesta diplomática.

—Estoy totalmente de acuerdo. Esta tierra es nuestra y ningún forastero tiene derecho a decirnos lo que podemos o no hacer en ella.

El Seniz sonrió e intercambió una mirada con Abdalá El Fuleile. Después se volvió nuevamente hacia Khalíl.

—Nos volveremos a ver muy pronto, si Alá lo quiere.

Melitón se quedó en la cueva, pero Khalíl regresó a la alfarería bajo una luna llena resplandeciente. Las palabras de El Seniz le habían hecho tomar conciencia de la injusta opresión a la que estaba sometido su pueblo y había reavivado el dolor por la afrenta del alférez. Por otra parte, seguía pensando que nada justificaba verter la sangre de inocentes. Se preguntó quién más habría detrás de aquella hermandad y cuáles serían sus objetivos. De momento, las únicas armas disponibles eran las palabras, pero intuía que no tardarían en pasar a los actos. Así, sin darse cuenta, llegó al taller que se había convertido en su hogar.

Cuando estaba a punto de entrar, una voz hizo que se sobresaltara.

—¡Buenas noches! —Khalíl entrevió a su maestro Alonso Alfacar sentado en una esquina del zaguán—. ¿Cuántas necedades has oído hoy? —Sorprendido por la pregunta, Khalíl no supo que contestar—. Guárdate mucho de los que se escudan en las palabras de Alá para justificar sus fechorías. Por sus bocas habla el demonio.

—No os preocupéis por mí, maestro, sabré cuidarm —comentó Khalíl antes de meterse en el taller.

El ciego sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro. Llevaba semanas percibiendo cambios en el comportamiento de su gente. Por una u otra razón, los viernes ya no trabajaba prácticamente nadie. A menudo se formaban corrillos, aunque los cuchicheos cesaban cuando él se acercaba. Al principio se había esforzado en prevenir a los más jóvenes para que no

sucumbieran al canto de sirenas de los monfíes, unos bandoleros a quienes el islam y las injusticias sufridas por el pueblo morisco importaban bien poco, pero por lo visto estaban cayendo en sus redes.

Ajeno a esos sombríos pensamientos, Khalíl se estiró en el jergón, cerró los ojos y se imaginó galopando a lomos de un brioso corcel blanco.

Capítulo 16

Noviembre de 1568, costa del Maresme, Principado de Cataluña

Desde el fallecimiento de su esposa, cuatro años antes, Jaume Martí no había vuelto a sonreír. Dídac sentía idéntica tristeza, y a ella se le sumaba la pena de ver cómo su padre se consumía. La villa de Mataró seguía prosperando, entre otras cosas gracias a su designación como punto de abastecimiento de vino para la flota real. Aun así, y a pesar de que el muchacho usaba cada vez con más destreza su brazo izquierdo, los Martí no habían sabido aprovechar la bonanza económica.

A lo largo de aquel día de Todos los Santos de 1568, Jaume había exhibido un malhumor especial y sometido a su hijo a un sinfín de regañinas injustificadas. Tras una jornada extenuante, Dídac vio a su padre soltar sus herramientas en el portal de la casa y encaminarse a la taberna del arrabal. El muchacho se guardó los reproches inútiles y se limitó a encender el hogar para preparar la cena que, como tantas noches, acabaría tomando fría y en solitario.

Jaume empujó la puerta de la bodega y fue recibido por un tufo a humo, sudor y vinagre. Después de pedir una jarrilla de vino, se sentó en un rincón. La sala estaba más llena que de costumbre y un grupo de occitanos discutían acaloradamente. Su lengua era parecida al catalán, por lo que no tuvo problemas en entender lo que decían.

—El rey ha mandado amurallar la villa —explicaba uno de los parroquianos.

—Llevan años con esta historia —replicó otro—. ¿Qué más le dará a ese bellaco este pueblucho de mierda?

Jaume torció el gesto. No le gustaba que hablaran mal de su ciudad, mucho menos si quienes lo hacían eran forasteros.

—Por lo visto, ahora que han terminado las fortificaciones de Barcelona el virrey de Cataluña quiere reforzar las defensas del litoral.

Prats, el bodeguero, dejó una jarra frente al padre de Dídac y se metió en la discusión.

—No sé de qué os quejáis. La obra os dará trabajo a todos. ¡A ver si de esa forma pagáis lo que me debéis!

—Según comentan, el muro solo rodeará la peña —afirmó uno de los occitanos, haciendo caso omiso del tabernero.

—No puede ser, nuestras casas quedarían indefensas.

Un viejo pescador entró en la taberna y fue a sentarse al lado de Jaume.

—¿Qué les pasa a los *gabatxos*? Se los ve alborotados…

—Van a levantar la muralla, pero el barrio quedará fuera del recinto —le explicó Jaume.

El anciano se encogió de hombros. Durante toda su vida había vivido expuesto a los piratas sin que tal cosa le quitara nunca el sueño.

Los ánimos se fueron encrespando a medida que corría la indignación.

—¡Hagamos algo! ¡Subamos a protestar frente a la casa del alcalde! —propuso alguien a gritos.

—No nos escucharán. Somos extranjeros, únicamente nos buscan para los trabajos que no quieren hacer. Necesitamos a uno de aquí, alguien con un par de cojones. —Jaume decidió que había oído lo suficiente y apuró el vino de un trago para largarse. Pero las voces seguían—. ¿Os acordáis de la última peste? Los del concejo estaban dispuestos a dejarnos morir como ratas. Suerte que la plaga no pasó del Masnou.

Jaume recordó a los guardias barrándole el paso y volvió a sentir la desesperación de no poder salvar a su esposa. Entonces, como impulsado por un resorte, se levantó.

—*Per la capa foradada de foc del dimoni!*[4] —exclamó, resuelto—. ¡Yo iré! Les diré a esos hijos de puta lo que pueden hacer con su muro. Os lo juro por la gloria de mi amada esposa.

El Consell de la Universitat de Mataró, órgano de gobierno de la villa, se reunió dos días después en la capilla de Santa Elena, en la riera de Cirera, para tratar el polémico asunto. El edificio estaba lleno de curiosos, por lo que, tras pedirle a Dídac que se quedara fuera, Jaume se abrió paso a empujones hasta un lugar desde donde podía ver a los jurados.

El alguacil pidió silencio y el alcalde, Bernat Moret, tomó la palabra.

—Como sabéis, los recios muros de la parroquia de Santa María son la base del sistema defensivo de nuestra localidad. Desde tiempos inmemoriales, mujeres y niños se han refugiado allí en momentos de peligro mientras los varones acudían a los portales para repeler a los enemigos. Sin embargo, los tiempos cambian. Nuestra población ha crecido y el litoral se ha convertido en un lugar clave para el aprovisionamiento de las galeras reales. Por todo ello, su majestad ha mandado construir la muralla que llevamos tanto tiempo exigiendo. —Los asistentes aplaudieron la noticia con entusiasmo—. El virrey requiere iniciar su construcción sin demora.

—¿Quién la va a pagar? —gritó alguien.

El alcalde se volvió hacia el que había intervenido.

—En su misiva, don Diego Hurtado de Mendoza deja claro que los costes irán a nuestro cargo. —Un murmullo de descontento recorrió la estancia—. Os comprendo, a nadie le gusta echar mano de la bolsa, pero llevamos noventa años sin pagar tributo real alguno precisamente por el retraso de la obra. —El alcalde esperó a que las quejas remitieran antes de seguir—. Estimados vecinos, ya hemos mareado bastante la perdiz. Debemos empezar ya.

Ignorando las voces discrepantes, señaló al desconocido que se sentaba a su lado, un hombre flaco, de unos sesenta años, perilla atusada y bigote puntiagudo.

—Permitid que os presente a don Giovanni Giorgio de Settala, eminente cartógrafo e ingeniero militar de su majestad, que se ha hecho cargo del proyecto. ¡Don Giovanni, por favor!

El aludido asintió a modo de saludo y empezó a hablar pausadamente, en castellano, aunque con un fuerte acento extranjero.

—*Grazie, signor* alcalde. Señorías, vecinos de Mataró, con vuestro permiso iré al grano. El objetivo de la Corona es construir la mejor defensa posible, en el mínimo plazo y a un coste razonable. —El ingeniero esperó un instante antes de seguir, pues era consciente de que lo que venía a continuación iba a provocar enardecidas discusiones—. El primer tramo de la muralla se iniciará en el portal de Barcelona y remontará en dirección a poniente, bordeando los edificios a una distancia tal que permita el paso de una carreta. Al llegar al camino de Argentona, la obra girará hacia la puerta de Valldeix y, desde allí, bajará al Pou d'Avall.

Mientras don Giovanni hablaba, los asistentes intentaban hacerse una idea del recorrido, por lo que nadie reparó en el hombre que se abría paso hacia la tarima de los jurados.

—El tramo más expuesto, por su cercanía a la playa, es el del *migdia*. Ahí, construiremos un baluarte encima de la peña…

—¡Eso es inaceptable! —gritó Jaume, pero el ingeniero no se dejó amilanar.

—Un proyecto militar no puede hacerse a gusto de todos… —replicó.

—¡No se trata de un capricho, señoría! El trazado mencionado deja las casas del camino real expuestas.

—¡Las de la playa también! —clamó un pescador.

—No querrás que construyan la muralla en el agua… —replicó alguien, provocando carcajadas entre los presentes.

—¡Orden en la sala! —exigió el alcalde Moret—. Los habitantes tienen derecho a exponer sus dudas, y es deber de los jurados de esta Universitat escucharlos.

—*Signori* —intervino el ingeniero—, permitidme señalaros que el trazado aprovecha los desniveles naturales del terreno y asegura la máxima eficacia en lo tocante a la seguridad.

—¿Seguridad? ¿Para quién, maldita sea? —aulló Jaume, fuera de sí.

Algunos occitanos empezaron a dar voces. Tras una serie de empujones e intercambios de insultos, se mandó desalojar la sala. Antes de que el padre de Dídac saliera, Moret hizo un gesto y el alguacil se acercó al estrado.

—No pierdas de vista a ese hideputa —le ordenó el alcalde—. El virrey ha sido muy claro: la construcción no puede demorarse.

El alguacil asintió y le dedicó a Jaume una mirada agria, acentuada por la profunda cicatriz que le cruzaba el rostro y que le había granjeado el apodo de Caratallada.

Capítulo 17

Lubrín, reino de Granada

Noviembre agotaba sus días y el sol, timorato, no había logrado traspasar la fina neblina suspendida encima de la garganta del Cuervo. El funcionario de la villa de Sorbas, Lucas Martel, se arrebujó en la capa anticipando la calidez del cuerpo de la joven viuda que le esperaba en Lubrín. En su función de recaudador, solía desplazarse acompañado por dos soldados. Sin embargo, en aquella ocasión, por motivos obvios, había prescindido de la escolta armada.

Le faltarían apenas cien pasos para llegar a la salida del desfiladero cuando, a través de la bruma, distinguió tres siluetas en medio de la vereda.

—¡Abrid paso! —ordenó al ver que no se movían—. ¡Apartaos, en nombre del marqués del Carpio!

Martel sintió que el vello de la nuca se le erizaba al comprobar que no le obedecían. Sin posibilidad de dar la vuelta, y carente de la valentía necesaria para desenfundar la espada, dejó que sujetaran las riendas de su caballo y no opuso resistencia cuando lo obligaron a desmontar.

—¡El dinero!

El funcionario palideció al reconocer al jefe de los bandidos. Controlando a duras penas el temblor de su brazo, le dio la pequeña bolsa que escondía entre sus ropas.

—¿Eso es todo? —preguntó El Filauxiri tras sopesar las monedas.

—No llevo nada más. Lo juro por Dios.

—¡Maldito perro! ¿Crees que te vas a burlar de nosotros impunemente?

El Filauxiri le arrancó la goleta y los adornos de los puños. Esa fue la señal para que Martel recibiera una lluvia de golpes. En lo que se tarda en decir un padrenuestro, quedó tendido en el suelo con la ropa hecha jirones.

—¡Misericordia! No me peguéis más —imploró desde el suelo.

El Filauxiri se acuclilló y acercó su cara a la de Martel.

—Dime una cosa… ¿De verdad voy a necesitar escrituras para mis tierras?

El funcionario, con los ojos desorbitados, maldijo para sus adentros el día en que se ocurrió extorsionar a sus administrados.

—¡No, claro que no! Encontraré una forma, ya veréis…

El Filauxiri se volvió hacia sus compinches con una mueca de sorna.

—En el fondo, no es mala persona. Deberíamos mostrarle nuestra compasión. ¡Eso es! ¡Démosle la oportunidad de alcanzar el paraíso! —El regidor, aterrado, se puso a lloriquear—. ¡Repite! No hay otro dios sino Alá y Mahoma es su profeta… Reniega de tu fe o te arranco el corazón aquí mismo.

Los ojos desorbitados de Martel saltaron de un rostro al otro, pero no encontró el menor signo de misericordia.

—¡Jura he dicho! —El Filauxiri acompañó su demanda con una patada en el vientre.

—No hay otro dios sino Alá… —balbuceó el cristiano con la faz bañada en lágrimas.

—¡Sigue!

—… y Mahoma es su profeta.

El Filauxiri desplegó una sonrisa lobuna y se deslizó detrás de su víctima.

—¡No me matéis! ¡Os lo suplico! —imploró Martel mientras su verdugo le sujetaba la cabellera con una mano y con la otra extraía una faca.

El recaudador aún gritaba pidiendo clemencia cuando la cuchilla se hundió en su papada flácida, seccionándole la garganta.

~

Al día siguiente, Sorbas era un hervidero de rumores. Florentino, el posadero manco, repitió a sus clientes lo que el médico le había contado un momento antes, en la plaza.

—Lo han desollado como a un conejo y le han arrancado el corazón.

Los parroquianos compusieron muecas de asco. Uno de ellos salió con premura a vomitar en la calle.

—Deben de haber sido los monfíes, ojalá atrapen a esos demonios y les hagan pagar caro su crueldad —exclamó el sacristán.

—¡Ya se sabe quién es el asesino, es del pueblo! —Todos se volvieron hacia Pablo Serrano, que entraba en el local—. No puedo hablar de la sed que traigo. —El portugués sonrió con malicia y esperó a que le trajeran una jarra. Cuando el tabernero lo hizo, dio un tiento al vino antes de seguir—. Han apresado a una mujer. La vieron lavar una camisa ensangrentada en la fuente.

En ese preciso instante, en la alfarería se comentaba el mismo suceso.

—Si le han dado tormento a ese perro, será por algo —afirmaba Melitón.

Sus compañeros asintieron ruidosamente.

—¡Que se pudra en el infierno! Ese hideputa pretendía robarnos nuestras haciendas.

El maestro Alfacar entró en el taller y dio dos palmadas, pero antes de que el corro se disolviera un estruendo hizo temblar el suelo. Khalíl salió del alfar justo a tiempo para ver los reflejos de las corazas y yelmos que pasaban por la rambla a matacaballos.

~

El capitán Ramírez de Arellano saltó de su montura y, mientras sus hombres rodeaban la almazara, se acercó a la entrada.

—¡Entregaos y no sufriréis perjuicio!

Tras unos instantes, dos jornaleros salieron con los brazos en alto. Los soldados los obligaron a arrodillarse y les ataron las manos a la espalda.

—¿Hay más gente ahí dentro? —Como no obtuvo respuesta, el capitán agarró por la pechera a uno de los detenidos y lo zarandeó sin miramientos—. ¡Por las llagas de Jesús crucificado! ¿Queda alguien?

El morisco, aterrado, asintió.

—¿Cuántos?

El hombre alzó un único dedo. Ramírez de Arellano hizo un gesto con la cabeza y el sargento Peñarroja se metió en el edificio espada en mano.

Antes de que sus pupilas tuvieran tiempo de acostumbrarse a la penumbra, un fogonazo a bocajarro lo dejó ciego y sordo. Guiado por su instinto guerrero, se echó hacia delante con decisión y su acero traspasó una masa mórbida. Le pareció oír una exclamación de sorpresa y arremetió por segunda vez. La sombra frente a él se desmoronó, arrastrando en su caída la hoja de su arma. Solo entonces advirtió Peñarroja la sangre que le brotaba de la sien.

~

La noticia de la muerte de El Filauxiri corrió como la pólvora. Alguien lanzó el rumor de que había sido ejecutado a sangre fría, a pesar de ir desarmado y no ofrecer resistencia. La versión de los testigos era opuesta, aunque eso no significó ninguna diferencia. A las pocas horas, un grupo de jóvenes recorrió las calles del pueblo exigiendo justicia a gritos.

En previsión de males mayores, los cristianos viejos se recogieron en sus casas y los militares se encerraron en el castillo. Hacia el final de la tarde, una horda de alborotadores, armados con horcas y antorchas, se apiñaba al pie de la fortaleza. El alguacil encontró a Abdalá El Fuleile plantado ante la muchedumbre y se encaró con él.

—Abdalá, no sé qué vienes a buscar aquí, pero esta insensatez debe cesar.

El joven lo enfrentó, desafiante.

—Este pueblo es tan mío como tuyo, y lo que hago no es de tu incumbencia. En cuanto a los perros infieles, deberían haberlo pensado antes de matar a un inocente.

El alcalde llegó desfallecido y se interpuso entre Abdalá El Fuleile y el alguacil.

—Vuestras horcas no tienen posibilidad alguna frente a las armas de fuego. ¡Por Alá, ayúdanos a convencer a esta gente de regresar a sus casas!

Por toda respuesta, Abdalá se volvió hacia la multitud y se puso a dar gritos.

—¡Asesinos, asesinos!

La turba, enardecida, retomó la consigna y la repitió hasta la saciedad.

—¡Asesinos, asesinos!

A diferencia de sus compañeros, Khalíl había rehusado unirse a las protestas y se había quedado en el taller. Recordaba las palabras de El Filauxiri el día de la reunión en el alfar y no dudaba de su implicación en el asesinato de Martel.

Melitón entró en la sala y se sorprendió de ver al de Quajalana.

—¿Qué haces aquí?

Khalíl alzó los hombros, sin saber qué contestar.

—Va a haber acción esta noche. —explicó el nieto del ciego mientras sacaba una ballesta cochambrosa de debajo de unas cajas—. ¡Vamos, Abdalá nos quiere ver a todos en la cueva

~

En el interior de la caverna, una hoguera arrojaba una tenue luz sobre una docena de rostros expectantes. Khalíl arrugó el entrecejo al reconocer a Mahmúd El Gazi y a un par de jóvenes de Góchar entre los asistentes, pero este no le prestó atención.

—¡Dios es testigo de que la ocasión esperada ha llegado! —clamó Abdalá El Fuleile con voz potente—. Gracias a Alá, los cristianos acaban de cometer un grave error: la población está indignada, y vamos a explotar esta circunstancia. Los adoradores de la cruz van a comprobar cómo por cada uno de los nuestros mueren diez de los suyos.

La cueva se llenó de insultos a los seguidores de Cristo y de exaltaciones al Profeta. El Fuleile estaba a punto de retomar su discurso incendiario cuando se oyó un tumulto. Un instante después, un desconocido, escoltado por varios hombres armados, entró en la caverna.

—Hermanos —dijo Abdalá—, os presento a Abén El Gorri.

Los asistentes emitieron un murmullo al oír el nombre del cabecilla monfí, al que le bastó levantar una mano para que se hiciera el silencio. Nada en aquel personaje vestido como un campesino castellano hubiera hecho pensar en el temido bandolero que asolaba la sierra de Filabres.

—No hay más verdad que Alá está con nosotros, y lo mejor sería golpear sin demora. No obstante, han llegado nuevas órdenes de Granada —explicó con voz profunda y bien modulada—. Una acción muy importante se está preparando y no debemos ponerla en peligro con una intervención aislada. —Todos en la caverna seguían sus palabras en completo silencio—. No os puedo explicar más por ahora, pero necesitamos conocer los movimientos del enemigo, los detalles de las idas y venidas de los cristianos principales y, sobre todo, que os preparéis para actuar en cualquier momento. ¡Tened fe! La victoria está cerca.

—¡Alá es el más grande! ¡Muerte a los infieles! —gritó Abdalá El Fuleile

—¡Muerte a los infieles! —replicaron los presentes, aunque Khalíl lo hizo entre dientes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Melitón un rato después, mientras regresaban a la alfarería—. Te noto falto de entusiasmo.

El joven guardó silencio unos instantes. Tenía miedo de que su camarada no comprendiera sus motivaciones.

—Lo siento, pero no quiero verme involucrado en ninguna rebelión, y mucho menos en una matanza —dijo al fin.

—Mira, Khalíl, las muertes van a ocurrir. No te conviene ponerte del lado de los perdedores.

—¡Eso es problema mío!

—Pues es uno muy grave, porque de la hermandad solo se sale con los pies por delante.

Khalíl supo que hablaba en serio.

Diciembre de 1568, Vélez-Blanco, reino de Granada

A veinte leguas de Sorbas, en la fría sala de audiencias del castillo de Vélez-Blanco, seis hombres esperaban nerviosos a don Luis Fajardo de la Cueva, marqués de los Vélez y adelantado mayor del reino de Murcia. Eran los cristianos nuevos más influyentes del señorío. Así y todo, no habían dudado en abandonar sus quehaceres para acudir al llamamiento del noble.

Oyeron el sonido metálico de las espuelas golpeando el suelo de piedra del pasillo y se pusieron en pie antes de que el hombre, cuyo linaje pesaba tanto como los cimientos de la fortaleza, entrara en la sala.

Don Luis Fajardo, que a sus sesenta años mantenía una formidable presencia, se situó frente a los moriscos y fue arrastrando una mirada escrutadora sobre cada uno de ellos.

—¿Os habéis enterado de lo sucedido en Sorbas? —Los convocados asintieron—. ¿No tenéis nada que contarme? —Vio que uno de los notables trasladaba el peso de una pierna a la otra y se encaró con él. —¿No estaréis tramando una revuelta aquí también?

El aludido negó con vehemencia, y sus compañeros se mostraron escandalizados por la acusación.

—No me malinterpretéis. Soy consciente del descontento creado por las últimas decisiones de la Corona. Mi padre, que en gloria esté, y yo mismo os hemos mostrado siempre tolerancia y comprensión. ¿No es así? —Los moriscos emitieron un murmullo de aprobación—. Por eso quiero dejar muy claro que al más mínimo alboroto en mis tierras no me limitaré a disparar al aire. Ahora os diré lo que vamos a hacer. Utilizaréis vuestra influencia para neutralizar a los alborotadores y asegurar la paz en mis dominios. Yo, por mi lado, me comprometo a protegeros de los monfíes.

El aristócrata cruzó los brazos, esperando una respuesta.

—Señoría, agradecemos vuestra consideración —dijo uno de los sujetos—, pero nos gustaría debatir el asunto entre nosotros.

—Eso no va a ser posible. Quiero una respuesta ahora.

El morisco miró sucesivamente al noble y a sus compañeros.

—Don Luis, no podemos tratar una cuestión tan importante sin tomar en cuenta todos los aspectos.

Fajardo enderezó la espalda. Parecía un oso a punto de atacar.

—¡No! ¡Decidíos! ¿Estáis conmigo o contra mí?

Capítulo 18

Sierra de la Alpujarra, reino de Granada

Nunca habían visto en Béznar un ajetreo como el de aquella víspera de la Navidad de 1568. Desde primeras horas, decenas de hombres armados estaban apostados en el camino de Granada impidiendo el paso a aquella aldea del valle de Lecrín.

A media mañana, un pequeño grupo de jinetes llegó escoltando a un joven caballero de noble aspecto. Se detuvieron frente a una casa señorial de cuya fachada colgaban unos vistosos pendones con leyendas en árabe y el dignatario, alto, esbelto, bajó de su montura y se introdujo en el palacete, seguido por un escudero y cuatro lanceros.

El mayordomo que abrió la puerta del salón principal anunció al recién llegado y todos los presentes se inclinaron ante el último descendiente de los Omeyas.

Hernando de Córdoba, o Abén Humeya, como lo llamarían a partir de ese momento, rechazó el sillón que le ofrecían y se plantó frente al grueso leño que ardía en la chimenea.

—¡Malta ha caído! —exclamó, provocando un murmullo de satisfacción en la asistencia—. La flota turca tiene el paso despejado para apoderarse del Mediterráneo. Con el duque de Alba y su ejército atascados a miles de leguas de aquí, nadie va a poder impedir el desembarco de nuestros aliados. —Hablaba con una energía desbordante y su entusiasmo se contagió a los asistentes, pero, aunque él no lo sabía, la noticia era falsa: la isla seguía en manos cristianas. Acto seguido, Abén Humeya se dirigió a un individuo mayor, de tez morena y nariz pronunciada.

—Ahora, querido tío, ¡a lo que hemos venido!

El aludido, Fernando El Zaguer, asintió y, envuelto por un aire de innegable autoridad, le presentó un antiguo libro.

—Muhammad Ben Umayya, ¿juráis sobre el sagrado Corán defender el islam y, si fuera necesario, derramar hasta la última gota de sangre en defensa de la fe verdadera?

Abén Humeya, con gran solemnidad, asintió.

—Lo juro ante Alá, el que todo lo ve.

—¿Juráis acaudillar la guerra santa hasta la completa aniquilación y expulsión de todos los infieles del reino de Granada?

—Lo juro por Alá, el Misericordioso, señor del universo.

Un anciano entró en la sala portando una bandera descolorida y se la acercó para que la besara.

—A Alá se debe el origen de los cielos y de la tierra, y a Él pongo por testigo de que te elegimos libremente como nuestro soberano. Que Él, a quien solo adoramos, inspire vuestras decisiones y os guíe en la batalla. ¡Viva el rey! —concluyó El Zaguer,

—¡Viva! —repitieron los conjurados y, de uno en uno, fueron a besar la enseña.

~

El flamante monarca se quedó en aquel palacete amueblado a la castellana esperando noticias del alzamiento que debía iniciarse aquella misma noche en el Albaicín de Granada. Pasó la mañana del veinticinco de diciembre, cual león enjaulado, acosando a los sirvientes, exigiendo informes y conferenciando con sus consejeros sin descanso.

Al final del almuerzo, Fernando El Zaguer le anunció que la persona esperada había llegado. Abdalá Abén Aboo penetró en la cámara e hizo una reverencia a su primo hermano. Era un hombre en la treintena, de mediana estatura y hombros anchos. Su calva reluciente contrastaba con una poblada barba negra.

—¿Qué ha sucedido? —demandó Abén Humeya.

—Abén Farax y yo hicimos todo lo posible, pero no se han alzado.

—¿Cómo?

—Los notables del Albaicín, temerosos de las represalias del marqués de Mondéjar, no estuvieron por la labor. Cuando logramos convencerlos, ya era tarde. Gracias a Alá, Farax y yo pudimos escapar justo antes de que la hueste cristiana completara el cerco al barrio.

Abén Humeya descargó un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar platos y copas por los aires.

—¡Cobardes! Se arrepentirán, ¡lo juro por el Profeta! Los haré ahorcar a todos y no dejaré piedra sobre piedra de esa madriguera de traidores.

—No te sulfures, Hernando…

—¡No me vuelvas a llamar así! Se terminaron esos nombres impuestos. A partir de hoy, para ti y para el mundo, soy Muhammad Ben Umayya. —El rey de los moriscos acabó de despejar el tablero de un manotazo y extendió un mapa encima de las manchas—. ¡Este contratiempo lo cambia todo! Con apenas cuatro mil hombres en armas y la capital bajo control cristiano, debemos replantear la estrategia.

En ese instante, un sirviente penetró en la estancia y susurró algo al oído de El Zaguer.

—¿Qué sucede ahora? —demandó Abén Humeya.

—Han llegado noticias del marquesado de Cenete, majestad.

A un signo del rey, el mensajero, que aguardaba fuera de la estancia, entró e hincó una rodilla en el suelo.

—¡Habla!

—Mi señor, los monfíes han interceptado en Cádiar un convoy con una importante carga de arcabuces destinada al presidio de Adra. —La sala se llenó de alabanzas al Todopoderoso—. Tras aniquilar a los cincuenta soldados de la escolta y subir a la taha de Ferreira, han degollado a todos los infieles. Al cura lo han crucificado contra la puerta de la iglesia. Después han quemado el templo hasta los cimientos.

Los presentes retuvieron la respiración, con los ojos puestos en su soberano.

—¡Loado sea Alá! Ya no hay marcha atrás. Levantaremos los pueblos y sembraremos el terror, aquí, aquí y aquí. —Fue clavando la daga en el mapa. La certeza de la victoria iluminaba su rostro—. Esos perros no sabrán dónde concentrar sus fuerzas. ¡Avisad a los generales!

Sorbas, reino de Granada

Tras los altercados de los días anteriores, y aunque no se había llegado a verter sangre, Ramírez de Arellano mantuvo a la guarnición de Sorbas en alerta. Por eso, cuando el mensajero descabalgó el capitán ya lo esperaba en el patio de armas.

—¿Qué te trae aquí a estas horas de la noche?

—Un mensaje del marqués de los Vélez.

—Y, por lo que parece, es urgente —comentó al ver el animal bañado en sudor.

—¡Así es! Ayer, sin ningún respeto por las celebraciones del nacimiento de Nuestro Señor, se produjo una rebelión en la Alpujarra. No se sabe con certeza cuántas poblaciones se han sublevado, pero allí donde ha sucedido los cristianos viejos son asesinados sin importar si se trata de ancianos, mujeres o niños. —Un relámpago helado cruzó por las pupilas negras de Ramírez—. Don Luis quiere salir a dar batalla. Mientras hablamos, está concentrando una hueste y desea que la tropa de Sorbas se le una.

—No puedo tomar esa decisión. El gobernador de la villa se encuentra ahora mismo en el Carpio y pasarán varios días antes de que me lleguen las órdenes.

—¿Qué respuesta le transmito a mi señor, capitán?

Ramírez de Arellano sabía que la fortaleza de Sorbas era inmune a ataques externos, pero las posibilidades de repeler una revuelta desde el interior de la villa eran nulas.

—¿Cuáles son los requisitos del marqués?

—Abandonar el pueblo inmediatamente y dirigirse a Vélez-Blanco con armas, municiones y… nada de civiles.

El oficial se masajeó las sienes. Le repugnaba dejar a la población a su suerte, pero él y sus hombres debían vivir para luchar cuando llegara el momento.

—Capitán —insistió el emisario—, ¿cuál es vuestra respuesta?

—Saldremos antes del alba.

En cuanto se hubo quedado solo, Ramírez de Arellano sintió un frío repentino en la osamenta. Se acercó a la fogata del cuerpo de guardia, pero el calor no le reconfortó.

~

Hacía rato que la taberna había cerrado cuando Pablo Serrano se acercó al castillo para echar un trago con los custodios. En esa ocasión, sin embargo, no lo dejaron pasar.

—¿Qué te ocurre, Facundo? Con la de patrullas que nos hemos chupado tú y yo.

—Tengo órdenes.

—¡Me cago en las barbas de Judas ahorcado! ¿Así tratas a un compañero? Déjame entrar de una puta vez.

Alarmado por los gritos, el sargento Peñarroja se presentó en la entrada.

—¿Qué es esa escandalera?

—¡Sargento, gracias a Dios! —exclamó el portugués. Intentó cuadrase, pero su cuerpo se inclinó a un lado.

—¡Viva el rey! ¡Viva el ejército! ¡Viva la tropa del marqués del Carpio y la madre que los parió!

Temiendo que el alboroto despertara a algún vecino, el sargento dejó entrar al borracho. Serrano, a quien el alcohol no había borrado el entendimiento por completo, se extrañó de la actividad frenética que sus antiguos camaradas desarrollaban en el patio de armas. Más raro aún

le resultó verlos con petos y morriones, cuando lo único que hacían era cargar barriles de pólvora y armas en unas carretas.

—¡Por el pellejo de los cojones de Poncio Pilatos! ¿Qué está pasando aquí?

—Pues que vienen los moros, ¡mentecato! —le espetó Peñarroja.

Cualquier signo de borrachera se volatilizó.

—¡Soy uno de los vuestros! No me podéis dejar aquí.

—¡Entonces, ayuda y no te quedes ahí embobado!

En ese mismo instante, al otro extremo de la villa, dos sombras se adentraban sigilosamente en un callejón. Tras comprobar que nadie los observaba, se pusieron a pintar unas cruces blancas en las puertas de algunas de las casas.

Capítulo 19

27 de diciembre de 1568, Sorbas, reino de Granada

García El Forai se coló bajo el rastrillo entreabierto y, deslumbrado por los primeros rayos de sol, echó un vistazo al patio de armas.

—¡Se han ido! —gritó el alguacil, desconcertado.

—¡No puede ser! —exclamó el alcalde.

Don Jesús llegó resoplando por el peso de su gruesa humanidad. Le acompañaban el sacristán y el escribano.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Los soldados se han marchado!

El enrojecimiento de la cara del sacerdote desapareció como por ensalmo.

—¿Cómo que se han ido? ¿Adónde? ¿Por qué?

Diego El Haduz se encogió de hombros.

—¿Qué puede ser tan terrible para hacerlos huir en plena noche? —preguntó Pérez de Mesa, el escribano.

—A mí solo se me ocurre una explicación: un repliegue en previsión del ataque de una fuerza superior.

La conjetura del alguacil dejó a todos horrorizados.

—¡Santa María, ampáranos!

El cura se persignó. El sacristán, en cambio, se puso a soltar exabruptos.

—¡Hideputas! Cuando más los necesitamos, se van. ¡Cobardes, traidores! Dios los embadurne de azufre y los haga cocer en el infierno.

—Los cristianos viejos deberían refugiarse en la iglesia —sugirió Garcia El Forai.

Don Jesús lo miró de una forma extraña. Repentinamente, sin decir una palabra, se marchó.

El escribano no tardó en darle alcance.

—¡Padre! Voy al callejón, a avisar a los nuestros para que vengan al templo.

—¡No! Deben hacerse fuertes en sus casas.

—Pero… El alguacil ha dicho…

El párroco agarró al funcionario por los brazos y lo zarandeó.

—¡Cómo puedes ser tan necio! ¿No ves que nos quieren juntos para degollarnos a placer?

—Dios, apiádate de nuestras almas… —musitó Diego Pérez de Mesa antes de echar a correr.

Los curiosos, en búsqueda de noticias, no tardaron en llenar la plaza Mayor, dificultando inadvertidamente el avance de las carretas de aquellos que optaban por abandonar la población.

—¡Qué hacéis insensatos! —les gritó el alcalde, abriéndose paso a empujones—. No llegaréis a ningún sitio. Los monfíes deben de estar al acecho. En cuanto salgáis del pueblo, os apresaran.

El escribano apoyó la sugerencia de El Haduz.

—¡Volved a vuestras casas y atrancad las puertas!

Como a él tampoco le hacían caso, el alguacil se plantó delante de la primera carreta y se puso a agitar un papel. El conductor no tuvo más remedio que tirar de las riendas.

—¡Escuchad! Acaban de traer un mensaje del marqués de los Vélez.

A la sola mención del temido aristócrata, la explanada quedó en silencio. Un individuo que hasta el momento había estado apoyado contra la fachada de la taberna ladeó su sombrero y aguzó el oído.

—Don Luis ordena amasar dos mil panes —dijo el alguacil—. También nos exige juntar cincuenta arrobas de aceite y treinta sacos de garbanzos.

—Eso significa que el ejército del marqués viene hacia aquí —gritó alguien.

El escribano arrancó la carta de las manos de El Forai y descubrió que se trataba de un vulgar documento mercantil. Clavó unos ojos desorbitados en los del alguacil, pero este le sostuvo la mirada sin parpadear. Entonces comprendió.

—No hay duda. Esta es la firma de don Luis Fajardo —gritó—. ¡Estamos a salvo!

El tipo del sombrero se eclipsó. Los cristianos viejos se pusieron a celebrar la noticia con palmas y vivas al marqués de los Vélez.

Pérez de Mesa se guardó el papel en el jubón y le dedicó al alguacil una sonrisa agradecida. El ardid era genial. Hasta los más beligerantes se lo pensarían dos veces antes de alzarse en armas contra el Faxardo, el diablo Cabeza de Hierro con el que las madres amenazaban a los críos revoltosos.

Convencidos de estar fuera de peligro, los conductores maniobraron las carretas para regresar a sus hogares, pero antes de que dieran la vuelta un grupo de jinetes penetró en la plaza con gran estruendo de cascos, arrollando a los que no pudieron apartarse a tiempo.

—¡Los monfíes! —exclamó un joven morisco al ver que portaban una bandera verde con letras arábigas.

Todos se quedaron petrificados mientras los bandoleros tomaban el control del lugar. El cabecilla bajó de su montura y le entregó las riendas a un escudero. Después, echó para atrás su capa de seda azul, dejando a la vista una coraza reluciente. Con parsimonia, subió los escalones de la iglesia.

Abén El Gorri había recorrido las calles de Sorbas en muchas ocasiones, embozado y temeroso de que le reconocieran, pero a partir de ese momento, serían los cristianos los que inclinarían sus cabezas ante él.

Barrió lentamente la explanada con la mirada, saboreando su poder absoluto sobre las vidas de los presentes.

—¿Dónde están los idólatras? —preguntó en árabe—. ¿Dónde se esconden los infieles?

En ese momento, la campana empezó a tocar a rebato. A la orden de su capitán, un guerrero enorme se abalanzó contra la puerta del templo y, de cuatro hachazos, la echó abajo.

El campanario no tardó en enmudecer. Al cabo de unos minutos interminables, el gigante del hacha reapareció. Llevaba a don Jesús sujeto por el pellejo de la nuca. El monfí empujó al cura y lo hizo caer a los pies de su jefe.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un capón bien cebado? ¡Vaya, pero si es un hombre de Dios! —dijo El Gorri con fingida admiración—. Hablando de Dios, dime… ¿Cómo se llama el verdadero? —El religioso sintió que un sudor frío le recorría la espalda—. ¿Te has quedado mudo, adorador de cruces?

El párroco se enderezó y, juntando las rodillas en el suelo, se puso a rezar.

—Señor rey omnipotente, en vuestras manos están puestas todas las cosas…

—¿Qué dices?

—Señor, ten misericordia de tu pueblo, perdona nuestras culpas y aleja de nosotros…

El Gorri le descargó una sonora palmada en el cogote.

—¿Quién es el Dios verdadero? —rugió, con la cara convulsionada por el odio.

Seguro de que su hora había llegado, el sacerdote continuó rezando.

—Bendito Padre celestial, os encomiendo mi alma, que redimisteis con vuestro sacrificio, pues quiero morir profesando vuestra fe.

—¡Cállate, maldito cura! —Un violentísimo puñetazo le reventó el tímpano—. ¡Oh, Señor! Cuánto me pesa haberos ofendido en tantas ocasiones… —Don Jesús alzó la cabeza. Sus feligreses pudieron ver una asombrosa serenidad en su mirada—. ¡Santa María, madre de Dios! Rogad por mí ahora, en la hora de mi muerte.

El Gorri, exasperado, sacó su daga y, de un tajo, le rebanó el cuello.

Un clamor de horror recorrió a los presentes. El asesino guardó la daga y desenfundó su espada. La muchedumbre se echó para atrás atropelladamente.

—¿Dónde está el alcalde?

Diego El Haduz dio un paso al frente.

—Ordena a los infieles ponerse aquí. —El jefe de los bandoleros señaló el lugar donde había quedado el cuerpo del cura, pero El Haduz lo miró y se limitó a elevar el mentón, desafiante—. ¡Haz como te digo!

Supo que el anciano no iba a obedecerle y lo abofeteó. García El Forai intentó arrojarse sobre el agresor, pero uno de los escoltas de El Gorri lo golpeó con el astil de su lanza y lo dejó sin sentido.

Los integrantes de la banda se movieron entre la multitud y fueron identificando a los cristianos viejos. Melitón y Mahmúd El Gazi, que se encontraban entre los monfíes, buscaron a Khalíl, pero este, por fortuna, se hallaba a dos leguas de allí.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas? —preguntó Mahmúd a un mozo de piel lechosa y ojos claros.

—¿Yo?… Alonso —respondió el interpelado, temeroso. El Gazi le cruzó la cara de un guantazo—. No me interesa conocer tu mote de cerdo, sino tu nombre verdadero, el de tu raza.

—Ahmed… Ahmed Ben Daud.

Mahmúd sonrió satisfecho y palmeó el hombro del muchacho.

—Quédate a este lado, el de los fieles —ordenó, antes de reparar en un joven que disimulaba el rostro bajo el ala de su sombrero.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre? —Le levantó el capelo y, al hacerlo, descubrió un flequillo de color castaño claro.

—Juan, señor.

—¿Juan? ¿Qué más?

Abdalá El Fuleile se acercó y reconoció al sujeto.

—Se llama Jiménez. Es el hideputa que denunció a mi padre a la Inquisición. No te imaginas cómo me alegro de volver a verte, Juanico. —Escupió a la cara del delator y, acto seguido, sacando con presteza un puñal de su cintura, le seccionó la garganta.

El caos se apoderó de la plaza. A los alaridos de las víctimas y los bramidos de odio de sus verdugos se sumaron los chillidos de horror de los que intentaban escapar. Al mismo tiempo, empezaron a oírse disparos procedentes del callejón de las cruces, donde los cristianos viejos resistían como podían.

Cuando la orgía de muerte llegó a su fin, el jefe de los rebeldes trazó unas letras con sangre

sobre la fachada de la iglesia.

—No hay otro dios sino Alá y Mahoma es su profeta —gritó, señalando la inscripción.

Sus hombres corearon la consigna, pero los habitantes de Sorbas habían enmudecido. Solo un par de jóvenes exaltados le secundaron.

—Yo, Abén El Gorri, general del ejército del río, os informo de que nuestro rey, Muhammad Ben Umayya, heredero de la dinastía Omeya, ha ordenado la rebelión de los seguidores de Mahoma contra Felipe, el infiel. Cuando acabe este día, todos los lugares principales del reino de Granada se habrán sublevado.

Dos abanderados alzaron unos vistosos pendones por encima de la cabeza de su general.

—¡No hay fuerza ni poder excepto en Alá, el Altísimo, el Magnífico! —aulló—. Hermanos muslimes, venid bajo estas antiguas banderas, símbolos de la fe verdadera, y uníos a la hueste del soberano del juicio, para castigar las injurias a nuestro pueblo.

Se oyeron algunas tímidas alabanzas al Todopoderoso y un par de jóvenes dieron un paso al frente. El cabecilla repitió la invitación, pero los voluntarios no fueron más que un puñado.

—¡Alcalde! —gritó El Gorri—. Exijo cincuenta hombres en edad de tomar las armas y veinticinco mulas con el bagaje correspondiente.

—General, eso es imposible… —comenzó a decir El Haduz.

No pudo acabar la frase. La daga del monfí le atravesó el corazón. La concurrencia ya no tenía ánimos ni para gritar, pero el alguacil se sintió obligado a intervenir. Se levantó trabajosamente y habló.

—Soy… —titubeó un instante, a sabiendas de que sus palabras iban a acarrearle la muerte—. Soy el siguiente inocente a quien vas a matar hoy. —El Gorri lo miró, preguntándose adónde quería ir a parar—. La gente de Sorbas no se alzará porque no tiene nada que perder. El marqués de los Vélez está de camino. Arrasará cualquier villa sublevada, matará a los cabezas de familia y, cuando haya esclavizado a sus hijos, cubrirá los campos con sal. Por lo tanto, señor, haced lo que os plazca, pues no hay más divinidad que Alá, y se cumplirá su voluntad. —Tras sus palabras, El Forai se arrodilló, abrió los brazos en cruz y cerró los párpados, esperando una estocada mortal.

El caudillo monfí sintió tanta rabia que, en lugar de traspasarlo con su espada, le propinó una patada en el pecho que dejó al alguacil boqueando. Después, haciendo caso omiso de él, se volvió hacia los supervivientes con el semblante enrojecido y las aletas de la nariz como los ollares de un corcel en plena carrera.

—¡Bastardos malnacidos, ratas cobardes! ¡Sois nazarenos antes que muslimes! —Sintió la tentación de pasar a cuchillo hasta al último de los lugareños, pero la guerra iba a ser larga y la cooperación de la población sería fundamental. Por otro lado, sus espías le habían informado de la llegada inminente de la hueste del marqués de los Vélez. Enfundó la espada, se subió a su corcel y lo hizo caracolear—. ¡Quemad la iglesia! —ordenó, antes de picar espuelas y salir al galope.

~

A una legua de allí, Leonor retiró el puchero de las trébedes y lo dejó encima de la mesa. A continuación, llenó un plato y lo puso delante de Calderón.

El molinero olió el guiso y, sin esperar a que se enfriara, hundió la cuchara en él.

—Mmm… ¡Qué rico! —dijo, retrepándose en la silla con los ojos cerrados—. Angelina, tu mamá es la mejor cocinera del reino…

La chiquilla miró a su madre con orgullo y bebió del pitorro en forma de gallo que Khalíl moldeara para ella antes de abandonar la alfarería.

Calderón deseó que el joven hubiera regresado de Lubrín, donde lo había mandado a llevar molienda, y pudiera disfrutar con ellos de la comida y del calor del hogar. Tuvo también un recuerdo para su hijo, del que hacía meses no sabía nada.

Como si intuyera los pensamientos de su dueño, Comotú se acercó a la mesa y, con un corto ladrido, reclamó su atención. El molinero tomó un huesecillo de gallina y se lo lanzó. Los reflejos del perro ya no eran los de antes, y el premio fue a caer debajo de la cantarera.

En lugar de ir a por su recompensa, Comotú se detuvo con los ojillos fijos en la entrada. Exhibiendo unos colmillos gastados, emitió un gruñido ronco.

Calderón dejó la cuchara a un lado y se levantó de la mesa con la mirada puesta en la hoz que colgaba de la pared. En ese momento, con un estrépito de madera quebrada, la puerta se abrió y un tipo armado con una maza de guerra traspasó el umbral.

El molinero reaccionó con presteza. Estrelló la escudilla en el rostro del asaltante y lo asió por el cuello. Al hacerlo, sintió una punzada en un costado.

Aguantando el dolor, reconoció al que le acababa de clavar la daga. Era uno de los zagales que meses atrás les robaran los panes. De reojo, vio cómo Leonor se abalanzaba con los puños en alto sobre su agresor y se aferró al cuchillo hundido en sus costillas para impedir que lo usaran contra ella. Entonces, la boca se le llenó de un líquido dulzón. Sus músculos dejaron de obedecerle y, con la vista nublada, cayó al suelo.

—¡Matad a esa puta y al podrido fruto de su vientre!

Esas palabras llenas de odio fueron lo último que Calderón pudo oír. No sintió miedo ni rabia, tan solo una tristeza infinita.

Barranco de los Lobos, reino de Granada

Khalíl miró los cuatro sacos de trigo que se bamboleaban sobre el lomo de la mula y sonrió satisfecho. Aunque se había demorado un día en regresar, iba a cumplir de sobras con el encargo. Al entregar la carga de harina en Lucainena se había enterado de que el molino de Huebro había sido incendiado, y decidió subir a la remota aldea por si alguien necesitaba que le molieran el trigo.

Apercibió la silueta del monte Agut en la distancia. Mientras estimaba la hora de su llegada a Quajalana, reparó en una nube de polvo que se acercaba. Por precaución, salió del camino y, con el pistolete de Calderón cargado, se ocultó tras unas rocas.

Los jinetes pasaron al galope. Formaban un grupo numeroso e iban armados, aunque no parecían soldados regulares. Atormentado por un mal presentimiento, recorrió el último tramo del viaje a paso acelerado. Cuando, a lo lejos, divisó las columnas de humo, supo que algo grave había ocurrido. Desentendiéndose de la mula, echó a correr.

La casa de Serrano estaba en llamas. Los vecinos arrojaban baldes de agua contra los muros ennegrecidos de las viviendas contiguas. En medio del barullo, vio a su madre en el suelo. Doblada sobre sí misma, gritaba y se mesaba los cabellos. Abrazada a ella, Karíma lloraba

desconsolada. Un poco más allá, su padre, con la camisa desgarrada y manchada de sangre, se cubría la cara con las manos.

—¿Qué ha sucedido?

Salmà alzó la mirada. Sus ojos anegados brillaron al reconocer a Khalíl.

—¡Estás vivo! Alabado seas, Dios todopoderoso. —La mujer se levantó y cubrió a su hijo de besos—. Se han llevado a Rashíd, tu pobre hermano —explicó, limpiándose las lágrimas con la manga.

—¡Es culpa tuya! —escupió Yúsuf, dirigiéndose a él con el rostro distorsionado por la rabia—. Venían a por ti, el puto de los cristianos. Has traído la desgracia a esta familia. En mala hora…

Yúsuf puso los ojos en blanco y se tambaleó. Su hijo tuvo que abrazarlo para evitar su caída.

~

Aquella tarde, después de echar una última paletada, Khalíl se quedó mirando como su vecino Taufíq aplanaba la tierra con el dorso de la pala. Después, dejó sobre la tumba de Angelina un fragmento del pequeño gallo de cerámica que le regalara y colocó unas piedras a modo de lápidas sobre las otras dos. Finalmente, ambos se recogieron ante el lugar donde Calderón, Leonor y su hija descansarían juntos para siempre.

El viento gélido hizo flamear la venda que cubría las quemaduras del joven. Al ceñírsela de nuevo, retornaron las sensaciones vividas unas horas antes: la visión de los restos de Comotú pisoteados y, sobre todo, el repulsivo olor a carne calcinada que emanaba del amasijo de cascotes en el que se había convertido el molino. Como en una pesadilla, experimentó de nuevo el horror al descubrir bajo las vigas humeantes el cuerpecito decapitado de Angelina.

No olvidaría lo que había visto aquel día. Nunca alcanzaría a comprender por qué algunos corazones albergaban tanta maldad.

—¿Qué vas a hacer ahora?

La pregunta de Taufiq lo trajo de nuevo al presente.

—Me quedaré hasta que mi padre se recupere.

—¿Cómo está?

—No puede tenerse en pie. Sigue sin hablar y la mueca no se le quita.

—A veces, los aires no se curan.

—No puedo abandonarlos.

—Volverán, y te matarán. —En la voz de Taufíq no había un atisbo de duda.

—¡Lo sé! —respondió Khalíl, con idéntica certeza.

Capítulo 20

Quajalana, reino de Granada

Khalíl oyó el canto del gallo y dio gracias por ver un nuevo amanecer. Había pasado aquella noche interminable en el patio, envuelto en una manta y con el pistolete de Calderón sobre el regazo. Atento a cada ruido, esperaba ver aparecer a sus verdugos en cualquier instante.

Oyó la puerta de la cocina chirriar y ocultó el arma justo antes de que Salmà apareciera.

—Toma, hijo, debes de estar helado, una infusión te sentará bien.

El joven sujetó la taza con ambas manos y sopló sobre la superficie humeante mientras su madre le acariciaba el pelo ensortijado.

—¿Cómo está padre?

—Apenas ha podido dormir, aunque he conseguido hacerle tomar un poco de caldo.

—¿Y eso es buena señal?

—Claro, hijo. Las cabras enfermas no comen, pero apenas recobran su vigor les vuelve el apetito. Los humanos no debemos ser tan diferentes.

Khalíl miró a su madre, lleno de admiración. Aquella mujer menuda, de apariencia frágil y piel agrietada, poseía una fuerza de voluntad tremenda: acababan de secuestrar a su primogénito, su marido estaba gravemente impedido, no tenía noticias de sus otros hijos y, sin embargo, ahí seguía, firme como una roca.

Alguien golpeó con los nudillos la cancela del patio y explicó, a voces, que había reunión en el camaranchón, la casucha comunitaria en la que los vecinos se juntaban para discutir los asuntos graves.

—¿Cómo se encuentra Yúsuf? —preguntó Nahíd Ben Gualíd al ver a Khalíl entrar en el cuartucho.

—¡Ahí anda! —Los ojos del joven se fueron al lugar donde solía sentarse Calderón.

—Han degollado a Roque —explicó Luis Almadaque. Sus palabras suscitaron exclamaciones de horror—. El pobrecillo ha pagado con su vida por resistirse al robo de los caballos de su amo.

—La herida de Maryam, en cambio, no es grave —informó Nahíd—. Le ha salido un chichón del tamaño de un limón, pero su cabeza sigue tan dura como siempre. —El recuerdo de la anciana amenazando a los monfíes con su escoba, arrancó algunas sonrisas.

—Esos malnacidos se han llevado la mitad de las cabras y todas las bestias de carga, si exceptuamos la mula de Baco —dijo Taufíq—. En cuanto al grano, no ha quedado nada, aunque gracias a Dios ya habíamos sembrado unas semanas atrás y la cosecha no se verá afectada. Si la guerra no acaba pronto, los mercaderes no vendrán a comprar la seda. En pocas palabras: la situación es crítica y tenemos que organizarnos.

—Los bandidos amenazaron con volver para ajustar cuentas —recordó Hernando El Lorquí.

—A mí los que me preocupan son los cristianos —confesó Luis Almadaque—. ¿Creéis que van a quedarse cruzados de brazos? Deberíamos levantar barricadas.

—¡Sí, hombre! Y cuando nos disparen con sus arcabuces, los asustamos gritando ¡Uuuh! —Nahíd alzó las manos, imitando las zarpas de un oso—. ¿No sería mejor esconderse en una cueva?

Algunos se mofaron de la sugerencia, pero nadie aportó más ideas. Khalíl decidió salir de su mutismo.

—No he pegado ojo en toda la noche. Esperaba el regreso de los asesinos. Con las primeras luces del alba, me he dado cuenta de que, si nos dejamos amedrentar, habrán vencido.

Los cabezas de familia se quedaron rumiando sus palabras.

—¡Eso es! —exclamó Taufíq, al rato—. Llevemos una vida normal, y que sea lo que Dios quiera. Podríamos labrar los campos juntos, evitando andar por ahí solos.

Todos asintieron con renovado optimismo.

Sorbas, reino de Granada

La luminosidad que atravesaba los postigos despertó a García El Forai. Desconcertado, se preguntó si lo vivido el día anterior no era más que un mal sueño, pero el penetrante dolor de cabeza y la venda ceñida alrededor del cráneo le confirmaron que la pesadilla había sido bien real.

Después de asearse y vestirse, cogió el bastón de nogal con punta de hierro que colgaba de la puerta y se dispuso a salir a la calle.

—¿Adónde vas? —preguntó su esposa, preocupada—. Deberías quedarte en casa.

—No puedo. ¡Hay mucho por hacer!

Melchora le barró el paso a su marido.

—¡No tientes más a la fortuna! Ayer escapaste a la muerte de milagro.

—¡Apártate, mujer! ¡No me pasará nada! —Ella no se atrevió a desobedecer—. Cierra el pestillo y no abras a nadie —añadió el alguacil, en un tono más templado, antes de salir.

Las calles estaban vacías y un viento ululante hacía quiebros entre las casas. Al doblar una esquina se topó con el primer cadáver. Después de identificar al difunto, apuntó su nombre en un papel y continuó el recorrido.

La plaza Mayor olía a muerte. Unos veinte cuerpos seguían tirados sobre grandes manchas pardas. Al pasar ante la taberna del manco, se fijó en la puerta forzada y entró. El local se había saqueado a conciencia. Florentino Cárceles estaba tendido bajo un amasijo de mesas rotas y sillas volcadas. Le habían cercenado el brazo que le quedaba y, a juzgar por el sinuoso reguero de sangre, sus verdugos parecían haberse entretenido martirizándolo.

Encontró a la hija del tabernero en la trastienda. A su lado, boca abajo y con los calzones bajados, yacía otro cadáver. El alguacil le dio la vuelta, pero no pudo reconocerlo, pues tenía el cráneo abierto y los sesos desparramados por la cara. Buscaba algo con que cubrir la desnudez de Catalina cuando, con el rabillo del ojo, vio una sombra acercarse a él. Se revolvió, y la punta de su bastón detuvo al gigante negro que se le echaba encima.

—Tranquilo, Liberto. No quiero hacerte daño.

—Te conozco. Tú bueno. —El grandullón soltó la pala con la que lo amenazaba y señaló al de la cabeza partida—. ¡Él malo! Hace daño a niña.

Al Negro, como también lo llamaban en el pueblo, lo habían dejado recién nacido al pie de la fuente. Muy pronto quedó claro cuán diferente era a los demás críos, y no solo debido a su raza. Había empezado a andar dos meses antes de lo habitual, pero no pronunció una sola palabra hasta bien cumplidos los cuatro años. Fue pasando de un hogar a otro a medida que las familias de acogida se cansaban de sus rarezas, así que, desde muy tierna edad, tuvo que valerse por sí mismo y creció rehuyendo la compañía de los otros chiquillos, que solían insultarlo y correrlo a pedradas.

Un buen día dejaron de meterse con él. Quizás fuera por la poderosa musculatura desarrollada, o, tal vez, por su trabajo de sepulturero.

Liberto abrazó a Catalina. Con sus dedos enormes, le alisó el cabello.

—No sufras, ahora está en el cielo. —El Forai recogió la pala y se la devolvió—. Necesito tu ayuda. ¿Aún tienes tu carreta? —El enterrador asintió—. Lleva a la muchacha y a los demás cristianos al camposanto nuevo.

—¡Dinero! —reclamó este.

—Te daré dos reales cuando hayas hecho el trabajo. —El grandullón negó con la cabeza—. ¡Está bien! Uno ahora y otro después de acabar.

El enterrador tomó la moneda y la mordió.

—A los moriscos, llévalos al cementerio viejo. —Liberto se puso a rascarse la nuca como un perro pulgoso—. ¿Qué te pasa ahora?

—¿Quién cristianos?

El alguacil no halló una respuesta sencilla.

—¡Ya se te ocurrirá algo! —terminó por decir.

Al salir de la taberna vio que unos chiquillos registraban los cadáveres. Sabía que regresarían en cuanto les diera la espalda, pero aun así los ahuyentó. Un poco después encontró al panadero Diego Hayón sentado a la puerta de su local. Tenía los ojos enrojecidos y se abrazaba las piernas.

García El Forai se acuclilló frente a él y posó una mano sobre su hombro.

—Se han llevado la harina y destrozado lo demás —afirmó el panadero con voz temblorosa—. Se tapaban el rostro, pero eran del pueblo, sabían muy bien dónde mirar.

—¿Le han hecho algo a alguno de los tuyos?

—¡Gracias a Alá, nadie ha sufrido daño!

—Bueno, por lo menos seguimos vivos.

Hayón suspiró ruidosamente y se limpió las lágrimas.

—Sí… Pero ¿hasta cuándo?

~

En las horas que siguieron, decenas de vecinos denunciaron los atropellos sufridos durante la noche y le exigieron al alguacil que protegiera sus propiedades y sus vidas. El Forai se comprometió a hacer todo lo posible para restablecer el orden, pero se había quedado solo, pues uno de sus ayudantes había sucumbido durante el ataque y los otros dos se habían ido con los monfíes.

Sobre el mediodía, harto de llamar a puertas para enrolar voluntarios y cansado de oír excusas, decidió irse a su casa. Entonces oyó un golpe sordo, que, por alguna razón, le puso la carne de gallina. Se acercó al lugar de donde procedía el ruido y vio al gigante negro subido a la plataforma de su carreta y empujando un cuerpo por encima del parapeto del barranco del Afa.

—¡Detente!

El aviso llegó tarde. Un ¡plum! escalofriante retumbó en el cauce del río seco. El Forai se asomó y vio los cadáveres amontonados en el fondo del precipicio.

—¡Por María santísima, Liberto!

El enterrador se escupió en las palmas y las restregó, satisfecho.

—¡Este, el último!

—¿Dónde están los que debías sepultar detrás de la iglesia?

—No cristianos, solo la niña.

El alguacil se masajeó las sienes con la punta de los dedos.

—Sabes que no los puedes dejar ahí abajo, ¿verdad?

Liberto se limitó a extender la mano en demanda de la moneda prometida.

Capítulo 21

Vélez-Blanco, reino de Granada

El mayordomo del marqués de los Vélez condujo al personaje a una sala, de la cual muy pocos en el castillo tenían conocimiento. Los rasgos del visitante eran característicos de los habitantes del norte de África. Su porte, típico de los soldados veteranos, contrastaba con las ropas de comerciante. El sujeto no se inquietó cuando echaron la llave detrás de él, dejándolo en la estancia con tan solo dos escabeles, una mesa y un candil que arrojaba sombras ondulantes contra las paredes.

Al cabo de un buen rato, los goznes de la puerta chirriaron y don Luis Fajardo de la Cueva se introdujo en la cámara. El visitante se puso en pie e hizo una mínima reverencia, a la que el marqués correspondió con un gruñido. El individuo extrajo un mapa de un pliegue de su túnica y lo extendió sobre la mesa.

—Abén Humeya ha lanzado todas sus fuerzas contra los pueblos de la Alpujarra. —El espía fue señalando las localidades alzadas en armas—. No hay cuartel para los cristianos viejos. No se respetan mujeres, niños ni ancianos.

El adelantado mayor de Murcia chasqueó la lengua, pero no hizo ningún comentario.

—El marqués de Mondéjar ha conseguido evitar que la rebelión cuajara en la ciudad de Granada, pero sigue favoreciendo las conversaciones. —Don Luis sacudió la cabeza. Él desplegaría una estrategia de mano dura, opuesta a la del capitán general de la zona de poniente.

El espía siguió desgranando su informe con voz monocorde, sin dejar traslucir ninguna emoción.

—El Gorri y sus monfíes están aterrorizando la sierra de Filabres, aunque la amenaza más seria para el valle del Almanzora la constituye el ejército de Jerónimo El Maleh.

El marqués mostró interés por el tamaño de las tropas enemigas, su composición, armamento y ubicación. Cuando obtuvo las respuestas que quería, se levantó y, sin despedirse, abandonó el cuarto.

~

La madrugada del cuatro de enero del año del Señor de 1569, una tropa aguerrida salía de Vélez-Blanco. Al frente cabalgaba el primogénito del marqués, don Diego Fajardo. Con él, en la vanguardia, marchaban las milicias de los Vélez y Lorca. Detrás lo hacían las de Alhama, Totana y otras villas vecinas que habían respondido a la llamada de auxilio. El capitán Ramírez de Arellano y los soldados de Sorbas iban con ellos. El marqués y la caballería cerraban la columna. En total, unos trescientos caballeros y no menos de dos mil infantes avanzaban bajo un cielo cubierto de nubes negras.

Llegando a Vélez-Rubio, don Luis vio un pequeño pelotón aproximarse por el camino de Lorca y, reconociendo sus propios colores, tiró de las riendas. Cuando los soldados llegaron a su

altura, el comandante del destacamento avanzó hasta quedar a la altura del marqués. Estaba cubierto de polvo y el sudor blanqueaba los costados del caballo.

—Buenos días, hermano.

Don Luis contestó al saludo con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde están las milicias concejiles de Murcia y Cartagena? —preguntó al recién llegado.

—Ya se han puesto en marcha. No tardarán en darnos alcance. —El marqués cabeceó y apretó los talones contra los flancos de su montura—. Luis…

—¿Qué quieres ahora, Juan?

—No te molestes por lo que voy a decir, pero… ¿No sería más prudente esperar las órdenes de su majestad antes de adentrarnos en territorio hostil? Si acampáramos en Vera, nuestras tierras no quedarían tan desamparadas.

—¿Recomiendas prudencia? ¿Esperar órdenes? —Don Luis Fajardo dio un tirón a las riendas y su montura se acercó a la de su hermano pequeño—. Entonces, según tú, deberíamos quedarnos de brazos cruzados mientras convierten las iglesias en establos, profanan a nuestros santos y los ríos bajan rojos de sangre cristiana. ¿Ese es tu consejo? —Enfrentado al silencio de su pariente, sacudió la cabeza como si no pudiera aceptar que aquel ser pusilánime perteneciera a su misma estirpe. Finalmente, clavó espuelas y se alejó.

~

El día de Reyes de 1569, impaciente por entrar en acción, aunque aún no se le habían unido los esperados refuerzos, el marqués de los Vélez ordenó cruzar la sierra de Filabres. Sus hombres avanzaron toda la mañana, incomodados por una lluvia fría que les calaba los huesos.

Ramírez de Arellano se revolvía una y otra vez sobre la silla para otear las laderas boscosas. Al doblar un recodo, distinguió las canteras de mármol de Macael. Cayó en la cuenta de que se encontraba a menos de diez leguas de su castillo, pero antes de que los remordimientos volvieran a hostigarlo un ladrido de Pablo Serrano lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Puta lluvia de mierda! ¡En buena hora decidí unirme a vosotros!

—No te preocupes, gallego. Cuando lleguemos al llano, los moros te harán entrar en calor. —La broma de Facundo, uno de los veteranos de Sorbas, fue acogida con risas tensas.

Bien avanzada la tarde, y sin encontrar la más mínima resistencia, el ejército cristiano llegó a la villa de Tabernas.

—¿Es que no han dejado a nadie vivo? —exclamó don Luis Fajardo al ver las calles sembradas de cadáveres en descomposición—. Que Dios me confunda en los infiernos si no les hacemos pagar cara esta crueldad.

El marqués deseó fervientemente que los culpables de la matanza se hubieran atrincherado en la fortaleza, pero habían abandonado el lugar tres días antes. En vez de perseguirlos por la sierra de la Alpujarra, decidió acantonarse y esperar los refuerzos de Murcia.

A los de Sorbas les correspondió acampar sobre un terreno transformado en un lodazal por la lluvia y el paso de los carros. Peñarroja inspeccionó los aledaños del vivac y localizó una torrentera que permitía llegar a las tiendas sin ser visto.

—Mucho ojo y vigila bien el cauce, porque si vienen lo harán por ahí —ordenó el sargento a Serrano, al que le tocaba el primer turno de guardia.

Este soltó un bufido y esperó a que su superior se alejara antes de sacar el pellejo de vino escondido en su petate.

La lluvia cesó. Aprovechando el respiro, el llano se pobló de hogueras. Ramírez de Arellano se unió a los suyos alrededor de la lumbre. Tras compartir unas rebanadas de pan con tocino, alguien hizo correr una garrafa de aguardiente.

Pronto, el agotamiento fue haciendo presa de los soldados. Uno a uno, se tumbaron a dormir.

En cuanto se quedó solo, el capitán echó un leño en las brasas y volvió a pensar en Sorbas. Aunque no tenía noticias de lo sucedido allí, no dudaba de que la sangre inocente había corrido por sus empinadas calles. En cuanto llegaran los refuerzos, solicitaría audiencia al marqués de los Vélez y le pediría licencia para regresar.

Estaba contemplando las posibles respuestas de don Luis cuando una racha de viento hizo chisporrotear el fuego y le llevó un sonido metálico. Se aproximó al puesto de guardia, pero, en lugar de una voz pidiéndole el santo y seña, oyó unos ronquidos. Desenfundó su espada. En el instante en que volteaba la cabeza para escuchar mejor, una flecha le alcanzó en el cuello. Antes de caer, aún le quedaron fuerzas para dar la alarma y ensartar al primer atacante.

Sus hombres apenas tuvieron tiempo de echar mano a las armas. Los asaltantes no tardaron en escabullirse entre las tinieblas, dejando atrás los cadáveres de Facundo y tres infantes de Totana.

~

El médico limpió la espuma de los labios de Ramírez de Arellano y olfateó la herida.

—Rejalgar—dictaminó, refiriéndose a un mineral del que se extraía un veneno poderoso—. Dadle jugo de membrillo, y si no encontráis esa fruta, que le hagan una infusión de retama.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Peñarroja al ver que su capitán se ponía a tiritar de forma incontrolada.

—Solo Dios lo sabe. La saeta estaba untada con ese veneno del demonio. Aunque no ha dañado ningún órgano vital, la sangre podría conducir la ponzoña al corazón.

El sargento se giró y le dedicó una mirada asesina a Serrano.

—¡No pude hacer nada! ¡Tenía la mecha mojada! —mintió el portugués.

Durante unos días, Ramírez de Arellano alternó periodos de tranquilidad con otros de fiebre, que venían acompañados por violentas arcadas y abundante secreción de espumarajos. Con todo, tuvo mucha suerte, pues el médico, cirujano personal del marqués, era muy ducho en las artes de la guerra.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Peñarroja una mañana, al presenciar como su superior enderezaba el cuerpo sobre el jergón —. Estáis demasiado débil para levantaros, capitán.

—¡Tengo sed! ¿Dónde estamos? —El enfermo no recordaba nada de lo sucedido la noche del ataque, pero, después de darle agua, el sargento lo puso al corriente—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Una semana. Los hombres empiezan a impacientarse. Tienen hambre de botín y, desde lo de Huécija, los nervios están a flor de piel. —El capitán frunció el entrecejo, pero el sargento continuó con su explicación—. Hace dos días, los moros atacaron la villa. Cuando se hartaron de saquear el pueblo, asaltaron el monasterio de los frailes agustinos y exigieron la rendición de los cristianos viejos refugiados en el campanario. Los incautos que salieron fueron lanceados y rematados a mazazos.

Peñarroja interrumpió el relato al ver que su jefe cerraba los ojos, pero este le hizo un gesto para que siguiera.

—Los rebeldes horadaron la parte baja de la torre y le prendieron fuego. Algunos de los sitiados descolgaron a sus esposas e hijas con cuerdas, pero nada más llegar al suelo fueron descuartizadas por una multitud enloquecida.

—¡Vive Dios! ¿Es eso cierto?

—Por desgracia, sí. Un superviviente que bajó de la sierra con la piel ennegrecida y cubierta de llagas nos lo contó todo antes de expirar.

En ese instante se oyó un clamor en el campamento y el sargento se interrumpió.

—Podrían ser los de Murcia. ¡Voy a ver!

A su vuelta, Peñarroja traía una sonrisa de oreja a oreja.

—Han llegado tantos que no tienen sitio donde acampar. Serán unos cuatrocientos caballeros y no menos de dos mil infantes.

Ramírez de Arellano intuyó que la hueste no tardaría en ponerse en movimiento y decidió hablar con el marqués.

—¡Ayúdame a vestirme!

~

—¿Quién es? —preguntó el adelantado mayor de Murcia cuando su mayordomo le anunció que un oficial pedía audiencia.

—El capitán herido en el ataque al campamento.

Ramírez de Arellano entró en la tienda con paso vacilante y saludó al marqués con una inclinación de cabeza. A pesar de ver que se sostenía con dificultad, don Luis no le ofreció tomar asiento y se limitó a interrogarlo con un gesto del mentón.

—Ilustrísimo señor, la madrugada del veintiséis de diciembre del año pasado abandoné la fortaleza a mi cargo… —Una arcada le obligó a interrumpir su parlamento—. Disculpadme… Desde entonces, hemos avanzado para prevenir más levantamientos. Todo eso lo he hecho sin haber sido instruido por mi señor, don Diego López de Haro, el marqués del Carpio, porque era lo correcto y cualquier alternativa hubiera resultado peor. —El noble asintió de forma casi imperceptible—. Ahora que los refuerzos han llegado, creo que mis hombres y yo seríamos más útiles en Sorbas. Por ello, suplico nos concedáis licencia para regresar.

Don Luis Fajardo dudó. Era consciente de la importancia estratégica de la villa, pero las deserciones en las milicias concejiles iban en aumento y su mayor preocupación en ese preciso momento era evitar la desintegración del ejército.

Seguía sin decidirse cuando un sirviente se acercó y le habló con voz queda. Unos segundos después, un mensajero entró en la tienda. Bajo las salpicaduras de barro, el capitán reconoció el escudo real.

El emisario entregó un pliego al marqués, quien, sin ceremonia, rompió el lacre. A medida que iba recorriendo las líneas, su faz se fue iluminando. Acabada la lectura, exhaló un profundo suspiro y salió de la tienda.

Alertados de la llegada del heraldo, los oficiales de su Estado Mayor esperaban fuera.

—Su majestad, a quien Dios guarde muchos años, me ordena entrar en el reino de Granada y pacificar a los rebeldes —anunció el marqués, erguido y sonriente frente a sus hombres.

Los capitanes contuvieron a duras penas el entusiasmo. Cuando don Luis volvió a hablar, la voz sonó diferente y en sus ojos lucía un brillo acerado.

—Aquí, ante vosotros, juro por las lágrimas de María santísima y los dolores de Nuestro Señor en la cruz, que esos malnacidos se arrepentirán de sus crímenes. ¡A Huécija!

—¡A Huécija! —vociferaron todos.

El marqués regresó al interior de su pabellón y se encontró con que el de Sorbas seguía allí.

—¿Qué hace ahí parado, capitán? —preguntó con fingida severidad—. ¿No ha oído las órdenes de su majestad?

Sin más, pidió a gritos que le trajeran su armadura.

Capítulo 22

12 de enero de 1569, Huécija, reino de Granada

Rashíd, el hermano mayor de Khalíl, había sido testigo de muchas atrocidades durante las correrías de la cuadrilla de Abdalá El Fuleile por la sierra de Filabres, pero ninguna comparable con las presenciadas en Huécija, donde todos los varones mayores de diez años fueron pasados a cuchillo. No contentos con el martirio a fuego de las familias refugiadas en el convento, los sublevados se ensañaron con los monjes, a los que, tras cortar las orejas y partir los dientes a martillazos, habían sacado los ojos. Como sus víctimas no dejaban de encomendarse a Jesús, les arrancaron la lengua para, finalmente, arrastrarlos con caballos por las calles mientras turbas de exaltados les clavaban horcas y cuchillos.

Rashíd no había tomado parte en esas crueles acciones. Ni siquiera tuvo que combatir. Al principio, por desconfianza de sus jefes; después, porque era el único que realizaba sin protestar las tareas más bajas, como el cuidado de los animales o el sustento de los presos.

El día era desapacible en extremo. Caía una lluvia gélida y fuertes ráfagas de viento azotaban el lienzo de muralla desde donde Rashíd y sus compañeros observaban la interminable columna de hombres, caballos y carros que serpenteaba por la falda de la sierra de Gádor, sin alharacas, como reservando sus energías para la lucha.

—Desde aquí parecen muñequitos. —Melitón habló en voz baja, como si el viento pudiera llevar sus palabras a los cristianos—. ¡Son miles!

—Pues más serán a degustar el filo de nuestros alfanjes —alardeó Mahmúd El Gazi, que se hallaba a su lado.

—¡Así lo quiera Alá! —respondió, sin mucho convencimiento, el hermano de Khalíl.

—¡Vosotros, holgazanes, dejad de chismorrear como viejas! —Abdalá El Fuleile se acercó con la cara enrojecida—. Nuestro general ha decidido confiarnos la custodia de las esclavas encerradas en la iglesia.

Rashíd reprimió un suspiro de alivio. Mahmúd El Gazi, en cambio, se mostró indignado.

—¿Quieres decir que mientras nuestros hermanos estén matando infieles nosotros haremos de nodrizas?

—¡Calla y obedece! —bramó su comandante, ocultando la propia frustración.

~

Cuando vieron a los hombres de Abdalá El Fuleile entrar en el templo, las treinta y tantas mujeres medio desnudas que tiritaban en una esquina de la nave se apretujaron unas contra otras. Horrorizadas por los acontecimientos pasados, y aterradas por los que les quedaban por vivir, se dejaron atar por el cuello. Rashíd se dio cuenta de que estaban sedientas y se entretuvo repartiéndoles agua.

Cuando subió a lo alto del campanario desde donde Melitón y Mahmúd El Gazi vigilaban el avance de los cristianos, la lluvia había cesado, aunque continuaba la ventolera.

Hasta ellos llegaron voces de mando. La columna enemiga se detuvo. Un poco después, el viento cesó y los pendones empapados dejaron de ondear. Lo único audible era el ruido del agua que gorgoteaba por las acequias que los defensores habían roto para inundar los campos. En esa calma inesperada, Rashíd quiso ver la voluntad de Dios.

A media legua de distancia, Ramírez de Arellano se ajustó la cincha del morrión. Había advertido movimientos de caballería en la vanguardia, y el calambre habitual le atenazó el estómago. A pesar de su experiencia, la responsabilidad le seguía revolviendo las tripas. Sus hombres, que daban pisotones para sacudirse el frío y el miedo, lo vieron alzarse sobre los estribos. Aunque con un gesto de la mano les ordenó mantenerse a la espera, una a una las armas fueron saliendo de sus vainas.

Un grito de guerra se propagó por la hueste cristiana. De súbito se desató el infierno. Los cristianos cargaron en medio de una fuerte barahúnda, pero las estacas clavadas en las laderas embarradas y el nutrido fuego de los sitiados frenaron la primera acometida.

Encaramados a los ventanales del campanario, Rashíd y sus compañeros no se perdían detalle de la batalla.

—Mira cómo se retuercen en el fango esos gusanos —escupió Mahmúd mientras una lluvia de saetas y virotes caía sobre los asaltantes.

Rashíd se fijó en uno de ellos, un tipo corpulento que empuñaba una lanza y que había quedado atascado en el barro hasta las rodillas. El soldado intentó desesperadamente escapar mientras desde las almenas le lanzaban todo tipo de proyectiles. Una teja le hundió la celada y quedó estirado boca abajo sobre el lodo. Mahmúd lo celebró a gritos.

—Esos infieles no saben luchar —escupió, despectivo, Melitón—. No son más que destripaterrones.

El nieto de Alonso Alfacar tenía razón, en parte. Las milicias concejiles estaban formadas principalmente por campesinos, que aprovechaban la situación para hacerse con un botín. Sus contrincantes, en cambio, eran bandoleros acostumbrados a matar y una población civil ferozmente determinada a defender sus familias y sus casas.

La batalla continuó durante horas. Hacia el mediodía, un pálido sol atravesó el denso tapiz de nubes. En ese preciso momento, las puertas de la villa se abrieron. De súbito, un grupo de jinetes salió a través de ellas y se lanzó al galope contra la vanguardia cristiana.

Un grito de júbilo recorrió la muralla cuando los defensores reconocieron el estandarte y el corcel blanco de Abén Humeya. Envalentonados por el arrojo de su rey, una multitud de infantes echó a correr detrás de la caballería, con tanto ímpetu que se empujaban los unos a los otros para ser los primeros en entrar en combate.

Rashíd sintió que sus esperanzas renacían. Si la audaz acometida penetraba las líneas enemigas, la batalla podía concluir antes de que tuviera que pelear. Abdalá El Fuleile, en cambio, lanzó una maldición. Desobedeciendo las órdenes, bajó del campanario y saltó sobre su montura.

Los cristianos habían levantado una barrera de lanzas para contener la embestida, pero algunos piqueros, los más bisoños, salieron corriendo y acabaron bajo los cascos de los caballos. Aun así, muchos se mantuvieron firmes y consiguieron herir a los corceles para, una vez descabalgados los jinetes, rematarlos en el suelo.

Rashíd vio que Abén Humeya, desde lo alto de su montura, repartía tajos a diestro y siniestro. No obstante, a pesar de la bravura de su rey, la caballería morisca empezó a

desmandarse. Todo se volvió muy confuso.

—¿Quién lleva la ventaja? —preguntó Melitón, tratando de distinguir algo en el remolino de la batalla.

Un sonido atronador cubrió la respuesta cuando una manga de arcabuceros cristianos descargó una lluvia de plomo sobre los enemigos en retirada. Abén Humeya, dando muestras de un valor insospechado, picó espuelas y, volteando su cimitarra en el aire, se lanzó contra el enemigo. Los jinetes de su escolta salieron tras él.

La inesperada acometida arrolló a los tiradores, que se apresuraban para recargar sus armas, y consiguió que las tropas de a pie avanzaran. Pero tras la primera manga de arcabuceros aguardaba una segunda con las mechas encendidas. La descarga cerrada detuvo el embate de los moriscos y dio tiempo a que la infantería cristiana avanzara.

Abén Humeya comprendió que estaba a punto de quedar rodeado de enemigos y espoleó a su montura para regresar a la protección de la muralla. En ese momento, la caballería del marqués de los Vélez se lanzó a la carga.

Al presenciar la huida de su rey, el espanto se apoderó de los moriscos. De súbito, las tropas que hasta entonces habían resistido con firmeza empezaron a flaquear. Antes de que nadie pudiera evitarlo, la retirada se convirtió en un desordenado sálvese quien pueda. Los ciudadanos de Huécija, contagiados por el pánico, abandonaron las murallas.

En un abrir y cerrar de ojos, la hueste morisca se transformó en un torrente humano donde ya nadie pensaba en luchar, solo en huir cuanto más rápido mejor.

Rashíd quiso aprovechar el desconcierto para escabullirse revuelto entre la gente, pero el regreso de su comandante, manchado de barro y sangre, dio al traste con la fuga.

—¡Sacad a las cautivas! —ordenó Abdalá El Fuleile.

Ataron a las mujeres en tres cordadas y las obligaron a salir del templo. Se dirigieron a la puerta de poniente, en el lado opuesto a la batalla, pero muchos habían tenido la misma idea.

Dando golpes y alguna cuchillada, se abrieron paso por el angosto callejón que conducía extramuros. En medio del caos, una de las esclavas tropezó y todas las que iban unidas a ella cayeron al suelo empedrado. Rashíd se detuvo para ayudarlas, pero la turba estaba desbocada y no pudo hacer nada para evitar que fueran pisoteadas.

Una vez en campo abierto Abdalá El Fuleile mandó reagrupar a las prisioneras que habían sobrevivido y abandonar a las que no podían caminar. De repente, Abén Humeya y su escolta pasaron por su lado a galope tendido en dirección a la sierra.

En la desbandada, un vistoso estandarte morisco se escurrió de los dedos de su custodio. Al ver que nadie se detenía a recuperarlo, Mahmúd El Gazi corrió a recogerlo y lo hizo ondear con orgullo. En esas estaba cuando un pelotón de caballería enemiga apareció en la linde del campo. Abdalá El Fuleile le gritó a Mahmúd que regresara junto a sus compañeros, pero uno de los cristianos ya había reparado en él y se lanzó al ataque.

Los camaradas de Mahmúd dispararon sus ballestas, pero con la precipitación, ninguno de los virotes logró derribar al jinete que, en un abrir y cerrar de ojos, alcanzó al morisco y le dio un tajo en el brazo izquierdo. Un segundo golpe, esta vez en el hombro, hizo que Mahmúd se hincara de rodillas en el barro. Mientras el del caballo intentaba hacerse con la bandera, cristianos viejos y nuevos alentaban al campeón respectivo con gritos, como si de una justa se tratara. Frustrado por la incapacidad de hacerse con el deseado trofeo, el caballero arremetió contra su contrincante y lo hizo caer bajo las patas del animal, que lo pisoteó con saña.

Cegado por el deseo de venganza, Abdalá El Fuleile ordenó detener la huida y prepararse

para la lucha. Los monfíes se desentendieron de las cautivas y se juntaron hombro con hombro detrás de su jefe.

La visión de los soldados contrarios avanzando con la parsimonia propia de un depredador aterrorizó al hermano de Khalíl. Cuando estaban tan cerca que pudo distinguir los rostros deformados por el odio, Melitón, que se tenía a su derecha, empezó a desprender un sospechoso olor a orina.

—¡Alá, loado sea, es el más grande y está de nuestro lado! —gritó Rashíd sin dejar de mirar al frente.

Sus palabras no le devolvieron el ánimo a su compañero, pero consiguieron mitigar su propio pavor. Apretó con fuerza la empuñadura de su pica y, rodeado por el ruido de los disparos y los gritos de los camaradas que caían, esperó el choque.

El virote que le atravesó el corazón no le dolió más que las muchas pedradas recibidas de niño. Por un breve instante creyó poder sostenerse en pie, pero un sabor metálico le inundó la garganta. Con los ojos abiertos, cayó de boca en el fango.

~

El capitán Ramírez de Arellano y sus hombres no tuvieron que luchar ese día porque cuando la retaguardia del ejército cristiano penetró en Huécija los combates ya habían cesado. Aun así, el capitán tuvo que taparse la boca con el pañuelo que llevaba anudado al cuello para resguardarse del tufo a muerte que flotaba en el aire. Los vencedores, ávidos de botín, saqueaban las casas y sorteaban los innumerables cadáveres tirados por las callejuelas persiguiendo a mujeres y niños que luego venderían como esclavos. Tanta codicia y falta de escrúpulos repugnaban a Ramírez de Arellano. Como militar profesional entendía que en la guerra se mataba y se moría, pero para él un soldado debía comportarse siempre de forma honorable.

Una moza, descalza y con las ropas desgarradas se acercó corriendo y fue a caer a los pies del corcel de Ramírez. Un miliciano cejijunto se abalanzó sobre ella. Clavándole una rodilla en el pecho, la retuvo contra el suelo.

—Ya te tengo, furcia. No te escaparás más.

El soldado le acercó un cuchillo al rostro para marcarla como se solía hacer con los esclavos.

—¡Ayúdenme, por piedad! —gimió la víctima en castellano, mientras intentaba desesperadamente protegerse la cara—. No dejen que me haga daño. ¡Por el amor de Dios!

El agresor notó una punzada en la nuca, justo por encima de la cota de malla. Levantó los brazos.

—¡Suelta el cuchillo! Como te muevas, te traspaso el gaznate —le conminó Ramírez de Arellano, deseando que el tipo le desobedeciera.

Pero no lo hizo.

—Yo la he visto primero, si tanto la quieres dame veinticinco ducados —espetó el soldado.

—¡Levántate!

—¡Veinte y en paz!

El sargento Peñarroja, que había seguido con atención la escena, saltó de su caballo y se encaró con el miliciano.

—Lo que te vas a llevar son veinte ojales en el jubón. ¿Cómo lo ves?

El sujeto soltó a su presa. Se levantó lentamente con los ojos clavados en los del sargento. Antes de alejarse en busca de una presa más fácil, escupió en el suelo.

Cuando el sargento Peñarroja entregó la mujer al guardia del cercado donde custodiaban a las prisioneras, leyó en sus ojos un desamparo absoluto. Era joven y hermosa y sabía que, antes de que la vendieran, sería ultrajada.

El frenesí de violencia y destrucción duró tres días. Si la fiebre por el botín no se hubiera adueñado de la hueste del marqués de los Vélez, las tropas rebeldes podrían haber sido aniquiladas y la guerra hubiera finalizado allí mismo.

Capítulo 23

Costa del Maresme, Principado de Cataluña

A principios del año del Señor de 1569, a Jaume Martí le llegó la noticia de que en los astilleros de Llavaneres se estaban construyendo tres galeras reales. Alentados por las perspectivas de un ingreso fijo, el leñador y su hijo se acercaron a las atarazanas, situadas a una legua al norte de Mataró, para pedir trabajo.

De no ser por las enormes estructuras de madera con forma de esqueleto de ballena hubiera sido fácil confundir aquel lugar con un campamento militar, tantos eran los soldados que patrullaban el recinto y sus alrededores. Bajo un tímido sol invernal, bordearon el cercado y pasaron junto a una larga hilera de carretas. Salvo la madera, prácticamente todos los materiales para las galeras venían de fuera: el hierro de Vizcaya, las velas de Nápoles, los cordajes y la brea de Flandes…

Dejaron atrás unos barracones con ropa tendida y se unieron a un puñado de civiles que, ante las puertas de un almacén destartalado, pateaban el suelo y se soplaban en las manos ahuecadas. Un individuo vestido con un mandil de cuero llegó sorteando pilas de tablones y montones de cabos enrollados y los hizo formar en una fila. Poco después apareció otro sujeto con una mesita plegable e instrumentos de escritura.

La primera prueba consistía en levantar una bola de piedra del tamaño de una sandía y sostenerla a la altura del pecho. La segunda, subir sobre un escabel y mantener el equilibrio con un pie alzado. Después de someter a los candidatos a un par de preguntas, si eran considerados aptos el escribano anotaba sus nombres en la lista de admitidos.

Cuando le tocó el turno a Dídac, el capataz posó unos ojos cansados en él y le preguntó qué sabía hacer.

—Ayudo a mi padre.

—¿Eso es todo?

Como su hijo no acertaba a responder, Jaume decidió intervenir.

—Talamos árboles y aserramos tablones, señor.

El examinador lo repasó con la mirada.

—¿Tú no eres un poco viejo para eso?

En lugar de contestar, Jaume levantó la bola de piedra como lo había visto hacer a los otros. Después, con una sola mano, la alzó por encima de su cabeza.

—¡Está bien, fortachón! ¿Y tú, *vailet*?[5]

Dídac recogió la piedra con esfuerzo, pero al intentar imitar a su padre se le escurrió. El capataz frunció el ceño.

—Junta las palmas en tu espalda —le ordenó.

El joven se contorsiono cuanto pudo, pero sus dedos no llegaron a tocarse.

—¡Tómale el nombre a este! —dijo el capataz, apuntando a Jaume con el índice.

—¿Y yo, señor?

—Tú te puedes ir. No contratamos a lisiados.

Dídac se encogió como si le hubieran dado una coz. Su padre apenas pudo dominar las ganas de hacerle tragar al capataz el mohín de desprecio.

—Si él no es admitido, yo tampoco me quedo.

Dídac no quería permitir que eso ocurriera. Recogió la bola y la elevó hasta apoyarla en su hombro. Después, sujetándola con su mano izquierda, la quiso despegar. Jaume vio que el cuerpo de su hijo empezaba a temblar y quiso detener aquel sinsentido. Empezaba a moverse cuando Dídac apretó los dientes y, con sus ojos clavados en los del capataz, alzó la piedra hasta estirar el brazo del todo.

—*Apunta al noi també!*[6] —masculló a regañadientes el encargado—. Dos sous al mayor y uno para él.

—¿Y eso por qué? No es justo, tengo dieciocho años cumplidos.

—¿Quieres el trabajo o no?

Jaume sujetó a su hijo por el brazo y asintió por él.

A lo largo de toda la tarde, Dídac percibió los ojos del capataz clavados en él. Para no darle satisfacción, apiló más sacos y toneles que ninguno.

De regreso a Mataró, le dolían músculos cuya existencia ni siquiera conocía.

—¡Venga!, alegra esa cara, *fill*. Hoy ha sido un buen día. ¡Vayamos a celebrarlo!

Antes de llegar a la taberna, se cruzaron con un tropel de occitanos que, cargados con picos y mazas y entre gritos furiosos, salían del arrabal. Picados por la curiosidad, decidieron seguirlos hasta el tramo de muralla de unas veinte varas de largo que el ingeniero real había mandado levantar el día anterior para comprobar la consistencia del terreno. Los exaltados se encaramaron al andamio y la emprendieron a golpes con la obra.

Con la argamasa aún tierna, les costó poco desgajar las piedras de la base y provocar su derrumbe.

—¡A por el lombardo! —berreó alguien.

Los ánimos estaban tan caldeados que los más belicosos se lanzaron pendiente arriba. En un impulso que luego lamentaría, Jaume se plantó en mitad del camino y, con los brazos en cruz, se enfrentó a la turba.

—¡Deteneos! —gritó—. ¿Estáis locos? ¡Os van a recibir a tiros! Volved a vuestras casas.

Quizás fueran sus palabras, o tal vez la visión de los alguaciles armados que tomaban posiciones detrás de unas tapias. El caso es que los ardores belicosos se templaron y la gente regresó al barrio.

La noche transcurrió sin más incidentes. A la mañana siguiente, después de echar una última mirada al interior de la casa, padre e hijo salieron a la calle con sus hatillos al hombro. De ahí en adelante se alojarían en un barracón del astillero.

Con un regusto agridulce en la boca, Jaume dio dos vueltas a la llave. Aún no la había devuelto a su faltriquera cuando el alguacil de la cicatriz en la cara y tres guardias aparecieron por el camino.

«¿Qué querrán esos ahora?», pensó Dídac con el ceño fruncido.

—¡Jaume Martí, quedas arrestado! —Las palabras de Caratallada sonaron como un latigazo.

—¿Por qué? —preguntó Jaume con gesto de extrañeza.

—Ya te enterarás a su debido tiempo —replicó el del costurón con cara de pocos amigos—¡Prendedlo!

Dídac hizo ademán de encararse con los guardias, pero su padre lo contuvo.

—No te preocupes, hijo. Debe tratarse de un error.

Jaume no opuso resistencia cuando lo maniataron y se dejó conducir a presencia del alcalde.

Bernat Moret era un hombre de mediana edad, cabeza de una reputada familia de comerciantes. Llevaba diez años al frente del consejo de Mataró y, durante todo este tiempo, si se exceptuaban las habituales disputas entre vecinos, riñas de borrachos o algún escándalo de cuernos, la población había estado a salvo de altercados serios.

—Vaya, vaya, Martí. No pensaba volver a verte tan pronto. ¿Cómo se te ha ocurrido atentar contra una obra real?

—¡Yo no he hecho nada!

—¡Ya! Eres inocente… Y todos los que te vieron anoche arengando al populacho están confundidos, ¿cierto?

—No los estaba alentando. Bien al contrario.

—Sí, claro…

—Por las barbas de san Judas, ¡no soy ningún malandrín!

—¡Eso lo decidirá el juez! Como el crimen del que se te acusa sobrepasa las atribuciones de la Universitat de esta villa, serás examinado por un tribunal militar. Mientras tanto, irás a la cárcel.

Las protestas de Jaume fueron inútiles. Tras encadenarle cuello, manos y pies, lo sacaron a la calle. La noticia del apresamiento había corrido, y una pequeña multitud se había congregado frente a la capilla de Santa Elena.

El detenido alzó la cabeza con dignidad. Vio que su hijo pugnaba con los guardias, tratando de acercarse a él. Lo miró y bajó los párpados, en un intento de transmitirle calma. Después paseó la vista por los curiosos, buscando a alguno de los valientes del día anterior. Sonrió con amargura al imaginarlos temblando de miedo en sus casuchas.

Dídac siguió a la comitiva, sorteando comerciantes, amas de casa y mozos de carga que, con los ojos puestos en el reo, intercambiaban comentarios en voz queda.

Al llegar a la parte baja de la riera, la escolta se detuvo ante la antigua casa solariega que servía de presidio. Un carcelero regordete les franqueó la entrada y los guio a las celdas situadas en el sótano del edificio. El alguacil se quedó observando cómo el guardián fijaba las cadenas del detenido a unas argollas de la pared. Tras verificar su solidez, abandonó el lugar.

Jaume esperó a oír el chasquido del pestillo antes de sentarse en el suelo encharcado. La celda era fría y olía peor que la letrina de una taberna. La poca luz que se filtraba por una estrecha apertura del techo le permitió comprobar sus reducidas dimensiones.

Seguía sin hallar el motivo de la acusación. No tenía enemigo declarado ni recordaba haber ofendido a ningún potentado. Después de darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que, para las autoridades, era más sencillo castigar a un solo individuo que a la población de un barrio. El convencimiento de estar sufriendo una injusticia le provocó una furia incontrolable. Se puso a sacudir las cadenas con todas sus fuerzas, hasta quedar con las muñecas ensangrentadas.

~

Apenas los últimos curiosos se hubieron alejado, Dídac llamó a la puerta de la cárcel.

—¿Qué cojones quieres? —preguntó el guardián.

—Ver a mi padre, señor. Es el hombre que acaban de arrestar.

—Las visitas están prohibidas, pero si de verdad quieres ayudarlo, tráele alimentos.

—¿Cómo? ¿No le dan nada?
El carcelero miró a un lado y a otro de la calle.
—Pan duro y agua.

~

Dídac se volcó en la misión de proveer para su padre. Al principio los vecinos le entregaban comida, pero, a medida que los días fueron pasando, la generosidad de la gente se fue agotando. A finales de febrero se vio obligado a empeñar las herramientas de trabajo. El dinero no duró mucho tiempo, y pronto los comerciantes dejaron de fiarle. Tuvo que ponerse a mendigar por el arrabal, cuyos habitantes parecían haber olvidado que Martí estaba en la cárcel por defenderlos.

A mediados de marzo cayó una fuerte nevada. Al regresar a la casucha de la playa donde vivía, Dídac se encontró a una familia de occitanos dentro de la vivienda. Los invasores, un matrimonio con cinco hijos, le explicaron que Jaume les debía dinero, aunque no fueron capaces de aclarar los motivos de la deuda. Cuando quiso hacer valer sus derechos, lo molieron a palos y lo echaron a la calle. Nadie intervino y, aunque denunció el atropello, los alguaciles no emprendieron ninguna acción.

Capítulo 24

Enero de 1569, reino de Granada

Después de la batalla de Huécija, Abén Humeya y una parte de su ejército se refugiaron en lo más hondo de la Alpujarra. El Gorri y otros generales sediciosos cruzaron a la vertiente opuesta de la sierra de Gádor, dispuestos a aguantar hasta la llegada de la prometida escuadra turca. El marqués de los Vélez no quiso dividir sus fuerzas y se quedó a la espera de refuerzos. Durante ese tiempo, a pesar de las prohibiciones expresas de los oficiales, la tropa se desbandó y los milicianos saquearon los pueblos de la serranía. El rey de los moriscos, cuyo objetivo era tomar la ciudad de Almería en cuanto las naves otomanas aparecieran por el horizonte, no tuvo la oportunidad de hacerlo.

El dieciocho de enero, don Luis Fajardo recibió tropas de refresco e, inmediatamente, mandó marchar sobre la villa de Felix, donde los rebeldes se habían hecho fuertes. Los defensores ofrecieron una resistencia obstinada y feroz. Las mujeres pelearon codo a codo con sus hombres, despeñando piedras y aceite hirviendo desde las murallas, pero nada se pudo contra la artillería. La noche del diecinueve de enero de 1569, Felix caía. La matanza que siguió quedaría grabada para siempre en la memoria de los escasos supervivientes.

Enfebrecido por los triunfos sucesivos, el marqués planeó meterse en la Alpujarra para rematar a la hueste enemiga, pero un ansia desmedida por la captura de esclavos poseyó a la soldadesca y muchos milicianos que habían acumulado suficiente botín decidieron volver a sus lugares de procedencia. Abrumado por la degradación de la disciplina, las deserciones masivas y la escasez de víveres, el marqués de los Vélez se vio obligado a suspender la ofensiva.

Mientras tanto, la zona de Levante disfrutaba de una calma relativa. En Sorbas, los únicos incidentes eran los propios del bandidaje común. Así y todo, la población estaba aterrorizada, pues además de la intimidación de los monfíes y el miedo a las represalias de un ejército cristiano, cuyas brutalidades se iban conociendo, existía el riesgo de tropezarse con alguna de las partidas de desertores.

En Quajalana, los vecinos vivían en permanente estado de alerta y tan solo se aventuraban a salir al campo en grupo. Aun así, en cuanto divisaban a algún desconocido, corrían a encerrarse en sus casas.

El estado de salud de Yúsuf había mejorado un poco, pero seguía imposibilitado para trabajar. Khalíl tenía muy presente la amenaza de los monfies que pendía sobre su cabeza por haberse negado a unirse a la revuelta, pero no se dejaba paralizar por el miedo.

Aquel día, como cada mañana, después de escudriñar los alrededores de la casa en busca de pisadas sospechosas, sacó la mula del establo. De camino a la noria se encontró con su padre sentado en un poyete. Yúsuf respondió al saludo de su hijo con un escupitajo al suelo que no consiguió ofenderlo.

Un poco después, Khalíl estaba sujetando la mula a la pértiga cuando vio pasar a su hermana con un cántaro apoyado en la cadera. Se extrañó de que fuera sola a por agua, aunque, con

catorce años cumplidos, ya no era una niña.

Karíma, sin embargo, tenía otros planes. Dejó el cántaro bajo el caño y se encaminó al lugar donde la había citado el joven pastor que bebía los vientos por ella. Las flores de los almendros tapizaban los cerros de tonos blancos y rosas, señal inequívoca de que la primavera pugnaba por desbancar a los fríos del invierno.

La muchacha inspiró el aire limpio de la mañana sin reparar en que la venían siguiendo. Al pasar por las ruinas del cortijo del mayordomo, un sujeto de ojos saltones salió de detrás de una tapia y se interpuso en su camino.

Intentando no ceder al pánico, la joven se revolvió sobre sí misma en busca de ayuda, pero la única persona que vio fue otro desconocido a unos diez pasos tras ella.

—Vaya, mira quién tenemos aquí. ¡Una morita! —El primer forastero la retuvo por el brazo—. No deberías ir por ahí sola.

Karíma intentó liberarse de un tirón, pero el desertor le clavó los dedos con fuerza.

—¡Quieta ahí, chota!

El segundo desconocido los alcanzó a tiempo para reír la gracia, exhibiendo una dentadura podrida.

—¿Cuánto podemos sacar por esta putilla? —preguntó.

—Es joven… Treinta ducados si está entera. Aunque por mí…

Agarró a la morisca por el pelo y, como un carroñero, la repasó con una mirada viciosa de arriba abajo. Karíma sintió que el corazón se le desbocaba e intentó zafarse de nuevo. El forastero que la sujetaba por el brazo le dio un bofetón y le acercó la punta de la daga al cuello.

—¡Cuidado! No vayas a estropear la mercancía… —advirtió su compañero, el de los dientes negros.

—No te preocupes. Solo nos divertiremos un rato, primero yo y luego tú. —Sin dejar de amenazarla con el puñal, dio una vuelta completa alrededor de la muchacha—. Ahora, si no quieres que te raje en canal, te vas a estar quietecita.

El tipejo se acercó tanto que el olor a sudor rancio y cuero grasiento le produjo náuseas a Karíma. Sintió que la cuchilla descendía lentamente, pulgada a pulgada, desde el cuello hasta el vientre. Aunque apenas le rasgó la ropa, las piernas dejaron de sostenerla.

—¡Venga, no te entretengas tanto! —Se quejó su cómplice.

El salteador torció los labios en un rictus hediondo, soltó la daga y se dejó caer encima de la chiquilla.

—¡No! —gritó ella al sentir que una mano áspera se abría paso entre sus piernas—. ¡Por favor, no me hagas daño!

—Habla en cristiano, maldita mora.

El agresor le dio una nueva bofetada. El terror que leyó en el semblante de la muchacha pareció acrecentar su excitación y se puso a respirar ruidosamente. Karíma interpuso sus brazos entre el rostro del atacante y el suyo, pero el tipo la golpeo de nuevo. Derrotada y dolorida, abandonó toda resistencia y se puso a sollozar en silencio.

De repente, oyó un siseo parecido al de una tela al rasgarse. Al instante sonó una detonación. El forajido se desplomó como un guiñapo sobre ella.

Khalíl retiró el cadáver que aplastaba a su hermana y la ayudó a incorporarse. La muchacha tenía la cara ensangrentada, los labios reventados y un ojo hinchado. Aun así, él temblaba más que ella.

Sin pronunciar una palabra, le desenredó el pelo. Después la atrajo hacia sí. Abrazados el uno

a la otra, lloraron, la muchacha asqueada por la maldad humana y él atormentado por un recuerdo funesto y lejano en el tiempo.

A sus espaldas, dos cuerpos se desangraban en el polvo del camino. El único botín que se llevaban al infierno eran un tajo en la garganta, el primero, y una bala incrustada en la sien, el segundo.

Capítulo 25

Febrero de 1569, Sorbas, reino de Granada

La esposa de García El Forai dejó el cántaro vacío contra la pared y se sentó para reponerse del disgusto.

—¿Cómo no van a dejarte coger agua? —preguntó su marido.

—Piden diez maravedíes por cada carga.

El alguacil enrojeció. Tal atrevimiento a plena luz del día era intolerable. Cogió su garrote y, en dos padrenuestros, se plantó en la fuente. Los jóvenes gamberros lo vieron acercarse, pero en lugar de echarse a correr se pusieron tranquilamente en pie.

—¿Qué te pasa, viejo? ¿Tu dueña te ha mandado a por agua? —preguntó uno de ellos, lo que provocó las risas de sus compinches.

Aunque el que había hablado no era del pueblo, a El Forai su cara le resultó familiar. Tendría unos veinte años, un rostro barbilampiño y pestañas largas.

—¿Qué os habéis creído, mocosos de mierda? ¡Dejad a las mujeres tranquilas!

—¿Y si no?… —El tipo se plantó frente a él, retador.

—¡Venga! Iros a vuestras casas —insistió el alguacil, cada vez menos seguro de sí mismo.

—Quien se va a ir eres tú. ¿Cómo lo ves?

La mirada retadora del cabecilla lo convenció de que detrás de su cara infantil se escondía una personalidad muy peligrosa. Cuando los cuatro gamberros lo rodearon, con posturas propias de matones, decidió retirarse y dejar la disputa para mejor ocasión.

Frente a su casa lo esperaba un pequeño grupo de vecinos que exigían una solución a la falta de seguridad.

—¡La villa está sucumbiendo al caos! Esos rastracueros se atreven a cometer sus fechorías a cara descubierta. No podemos dejar que se apoderen del pueblo —exigió uno de los vecinos.

—¡Hay que darles una lección! —gritó otro—. Prender al jefe y castigarlo con dureza, así se lo pensarán antes de quebrantar la paz.

Todos los presentes asintieron ruidosamente.

—¡Muy bien, en ese caso, seguidme! —El Forai echó a andar, pero, al percatarse de que nadie lo seguía, se detuvo—. ¿Me vais a dejar ir solo?

—¡Tú eres el responsable de mantener el orden! —dijo alguien de forma casi inaudible.

—Sí, esa es mi obligación. Y vosotros, ¿qué sois? ¿Cagalindes?

Aguardó un instante, pero, como ninguno de los presentes hizo ademán de moverse, escupió en el suelo y se marchó. Por un lado, comprendía el temor de sus paisanos, pero su actitud cobarde lo asqueaba. En cualquier caso, no iba a tolerar más desmanes.

—¡Ahí vuelve ese! —exclamó uno de los matones cuando lo vieron aparecer de nuevo por la fuente—. ¡Mira, Moxarrafe, el Negro viene con él!

El joven de la cara de niño se plantó en el medio del camino con las piernas abiertas y los pulgares metidos en la faja. Sin mediar palabra, El Forai le dio un guantazo que lo mandó al

suelo. Moxarrafe se levantó cuchillo en mano, pero la vara fue más rápida y, con un chasquido de hueso, la faca salió dando vueltas en el aire.

—¿Quién quiere ser el siguiente? —preguntó el alguacil mientras Moxarrafe se revolcaba en el suelo sujetándose la muñeca.

Sus compinches vieron como el sepulturero, con los músculos a punto de reventar las costuras de la camisa, clavaba sus ojos en ellos. Convencidos de que estaba deseando despedazarlos con su pala manchada de sangre seca, optaron por confiar en sus pies en lugar de enfrentarse a él.

El alguacil condujo a Moxarrafe a la casa de Ventura, el barbero, para que le entablillara el brazo. Después de atarlo a un sillón, fue a informar de lo sucedido a maese Andrés. En la situación de vacío de poder que atravesaba Sorbas, el médico había acabado convirtiéndose, sin pretenderlo, en una suerte de alcalde.

—¡Solo nos faltaba eso! —protestó maese Andrés—. Con bandas de malhechores merodeando por las ramblas como zorros alrededor de un gallinero, no podemos tolerar desmanes dentro del pueblo.

—Desgraciadamente, estoy solo —El Forai mostró sus palmas—, y estas son mis armas.

—¿Qué necesitarías para asegurar el orden intramuros?

—Con media docena de jóvenes sería suficiente, pero no voy a ser capaz de convencer a nadie para que se juegue la vida a cambio de un garrote y unas palmadas en el hombro. Vamos a necesitar algo de dinero y armas de verdad.

El médico se mesó la barba.

—De la plata me encargo yo, me cobraré algunos favores pendientes. En cuanto a los pertrechos… Eso es harina de otro costal.

Los dos se quedaron en silencio. Aun atreviéndose a infringir la prohibición de armarse, la dificultad principal iba a ser encontrar un vendedor dispuesto a asumir el riesgo.

—Las fabricaremos nosotros mismos —concluyó el médico.

—¿Nosotros? ¿Cómo? No hay herrero en el pueblo.

Maese Andrés sonrió, convencido de tener la respuesta. Sin embargo, antes de que pudiera explicarse, apareció el barbero con un ojo morado, la ceja partida y sangrando por las narices.

—¡Maldición, Ventura! ¡Te avisé de que no le quitaras las ataduras! —exclamó El Forai, más resentido por el trato a aquel pobre hombre que por la huida del detenido.

—Quería hacer de vientre. Juró portarse bien. ¡Por Alá, si es tan solo un crío!

—¿Sí? Pues el niño te ha puesto la cara bonita… —masculló el alguacil antes de echarse a la calle.

Quajalana, reino de Granada

Aquella lluviosa tarde, sentados alrededor de la lumbre, Khalíl, su madre y Karíma machacaban olivas mientras Yúsuf, mecido por el sonido cadencioso de las mazas y el crepitar del fuego, dormitaba con el mentón apoyado en el pecho. Seguía sin hablar a su hijo y, aunque había recuperado algo de movilidad en las piernas, le costaba articular palabras de más de dos sílabas.

Los moratones de la muchacha ya no eran visibles, pero se había vuelto taciturna, como si la agresión la hubiese hecho madurar de golpe. Lo que no sabía nadie era que, después de sepultar a los maleantes, los hermanos se habían confabulado para amañar la historia y ocultar las muertes de los desertores.

Salmà se levantó y echó un leño al fuego. Le hubiera gustado compartir el calor del hogar con los ausentes, Zahra y Hasan, a los que no veía desde sus bodas, pero sobre todo con Mas'úd y Rashíd, de quienes no había vuelto a saber nada. Cerró los ojos y le pidió a Dios que mantuviera a los suyos sanos y salvos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su plegaria.

—¡Abrid! Soy García El Forai, el alguacil.

Yúsuf se incorporó sobre los cojines con dificultad. Mientras Salmà y Karíma abandonaban la estancia, ordenó a Khalíl con el mentón que descorriera el pestillo.

—Mi padre no se encuentra muy bien —advirtió el joven con la puerta entreabierta.

—¿Me vas a dejar bajo la lluvia? —cuestionó el recién llegado.

Khalíl se ruborizó y dio paso al visitante. Tomó su capa y, antes de retirarse, la colgó cerca de la chimenea.

—Buenas tardes, Yúsuf. No te sabía indispuesto —Al ver las profundas ojeras y la mueca de la boca, el visitante comprendió que el dueño de la casa no sufría una enfermedad pasajera y cambió el tema de conversación—. ¡Hace un frío que pela!

Yúsuf emitió un gruñido y El Forai entendió que debía ir al grano. —Tu familia es de Lucainena de las Torres, ¿verdad?

Yúsuf negó con la cabeza e hizo una señal con la mano hacia el interior de la casa.

—Mi esposa —murmuró de forma apenas inteligible.

—¡Vaya! ¿Y aún tenéis parientes allí?

Yúsuf se encogió de hombros. Confrontado a la desconfianza de su interlocutor, el alguacil decidió revelarle los detalles del plan.

—Lo que voy a contarte no debe salir de estas paredes. ¡Vamos a fabricar armas! Maese Andrés conoce a un herrero con una pequeña forja en un lugar alejado del pueblo. Ahora solo nos falta conseguir el hierro.

Yúsuf le dedicó una mirada ceñuda que significaba «¿Por qué me cuentas todo eso?». La respuesta no se hizo esperar.

—Necesitamos alguien que vaya a buscar la materia prima.

Yúsuf alzó las manos en señal de impotencia. El Forai asintió. Entonces, antes de darse la vuelta para marcharse, se acordó del joven que le había abierto la puerta.

Capítulo 26

Mataró, Principado de Cataluña

Jaume llevaba la cuenta de los días de cautiverio y seguía convencido de la inminencia de su liberación. Por eso, cuando el alcalde penetró en la celda presumió que venía a soltarlo. Se apartó las greñas de la cara y, con ruido de cadenas, se puso en pie.

—*Bon día*, Martí. ¿Cómo te encuentras? —Moret hundió la nariz en el pañuelo perfumado que llevaba en el puño del jubón.

—¡He estado mejor! Perdonad que no os invite a tomar asiento.

—No has perdido el sentido del humor. Eso es bueno, dadas las circunstancias.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Quizás te preguntes por la tardanza de tu juicio…

—Pues, a decir verdad, sí. Porque se probará mi inocencia.

—Bueno, de eso quería hablarte. El juez militar está muy ocupado y va a tardar en venir a Mataró. —Jaume le dedicó al alcalde una mirada escrutadora—. La buena noticia es que el ingeniero real está dispuesto a modificar el proyecto y añadir dos torres artilladas delante de la playa para proteger el arrabal.

—¿Y qué pinto yo en todo eso?

—De ti necesitamos dos cosas: la primera, que nos ayudes a convencer a la gente de tu barrio para que apoye esa solución.

—¿Y la segunda?

Moret carraspeó antes de contestar.

—Como comprenderás, la ofensa al rey no puede quedar sin castigo; por eso, deberás declararte culpable…

—¿Culpable de qué?

—De dirigir a la turba que derribó la muralla. —El alcalde bajó la voz hasta lograr un tono de confidencialidad—. Si lo haces, el juez limitará la condena al tiempo de cárcel cumplido… Quedarías libre enseguida.

—¡Pero soy inocente!

—¿Y eso qué importa?

—¿Cómo decís?

—¡Martí, *collons*! Sé pragmático, es a ti a quien más conviene este arreglo.

—Me lo tengo que pensar.

—Pues hazlo rápido, porque en cuanto empiecen las obras no habrá trato.

Cuando el alcalde salió, Jaume se quedó reflexionando. Tenía a Moret por un hombre razonable, aunque no sabía hasta qué punto podía confiar en él.

~

Como cada mañana, Dídac empezó temprano su ronda en busca de trabajo. El frío le calaba los huesos, no tenía dinero ni ocupación fija y seguía sin noticias de su padre. Pensó, con ironía, que él por lo menos comía a diario y tenía un techo donde cobijarse.

Al llegar a la riera quiso evitar los carámbanos de los tejados y acabó hundido hasta los tobillos en la sucia masa de barro y boñigas en la que se había transformado la nieve del día anterior. Se sacudió los pies bajo la marquesina de una antigua casa, en la esquina de la calle d ´en Pujol. En ese mismo portal, diez años atrás había presenciado cómo su padre discutía con un hombre mayor. Jamás le llegó a contar de quién se trataba, pero le había hecho jurar que no le dirigiría nunca la palabra. En otras circunstancias habría cumplido la promesa, pero su situación era desesperada y tal vez aquella persona pudiera ayudarlo.

Al comprobar la facha de Dídac, la sirvienta le hubiera cerrado la puerta en las narices, de no ser por la voz rasposa que sonó a sus espaldas. El muchacho reconoció enseguida al anciano encorvado que, apoyándose en un cayado, avanzaba por el pasillo arrastrando los pies.

—¿Quién eres tú?

—Soy el hijo de Jaume Martí

El viejo lo repasó de arriba abajo. Su rostro, arrugado como una nuez, expresaba la misma dureza de una década antes.

—Quizás podría ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿A ti? ¿A santo de qué?

—No lo sé… Mi padre está en la cárcel.

—Lo avisé. Le prohibí casarse con la extranjera.

Convencido de la demencia del anciano, Dídac se dio la vuelta para irse. Fue entonces cuando el viejo escupió unas palabras que le helaron el alma.

—¡Tú no eres mi nieto! Él no es tu padre. ¡A ti te encontraron en la calle!

~

La primavera sucedió al invierno y el aire gélido dejó paso a la humedad, que se filtraba por las grietas de las paredes y encharcaba el suelo de la celda. Con cuarenta y seis años cumplidos, Jaume Martí no había estado nunca enfermo. Sin embargo, en doce semanas de cautiverio había envejecido el equivalente en años. De poder verse, no se habría reconocido: estaba ojeroso y los huesos de la cara se le marcaban bajo la piel. Las llagas causadas por los grilletes supuraban un líquido maloliente y había perdido toda la sensibilidad por debajo de los tobillos. Las murallas de Mataró ya no le importaban. Solo deseaba salir de prisión para abrazar a su hijo, pero Moret no acudía a su llamada.

Jaume no podía saberlo, pero después de unos inicios complicados las obras de la muralla iban a buen tren y el alcalde ya no necesitaba su colaboración.

Con las lluvias de abril, su estado se volvió desesperado. La muerte asomaba por las cuencas de sus ojos. Los brazos se habían quedado delgados como sarmientos y le caían a los costados. Nada en aquel ser acosado por las fiebres hacía recordar al leñador vigoroso.

~

Después de pasar varios días y sus noches atormentado por las palabras del anciano, Dídac había llegado a la conclusión de que Jaume y Agnés eran sus padres, los únicos que había

conocido, y decidió arrinconar cualquier pensamiento relacionado con su condición de expósito.

Aquella tarde caminaba alegre con un puñado de fresones, la fruta favorita de Jaume. Al llegar a las inmediaciones de la cárcel percibió una agitación inhabitual. Dos guardias cargaban un cadáver envuelto en un sudario sobre la carreta del enterrador. Un poco más allá, Caratallada, el alguacil, conversaba con el párroco de Santa María. Aunque el muerto era demasiado flaco para ser su padre, se le encogió el corazón. Entonces, un golpe de viento levantó un pico de la mortaja y dejó a la vista un cuerpo esquelético de piel macilenta.

Fue como si una maza le golpeara en el pecho. Titubeante, quiso acercarse a aquellos despojos casi irreconocibles. Uno de los guardias lo retuvo por el brazo, pero a una señal del alguacil lo dejó acercarse.

El muchacho tomó con delicadeza la mano a la que se aferraba de niño cuando sentía miedo. Había dejado de ser el puntal del universo: estaba fría y le pareció tan frágil que temió quebrarla.

—Papá… —gimió, sin despegar los ojos del rostro cerúleo.

El carcelero salió en ese momento a la calle. Al verlo abrigarse con la manta que tan solo unos días antes le entregara para el preso, Dídac comprendió el engaño al que lo habían sometido durante meses. Cegado por la rabia, se abalanzó sobre el tramposo con tal furia que, en menos de lo que se tarda en decir un credo, lo hizo caer al empedrado con la nariz rota y la mitad de los dientes menos. El hijo de Martí estaba tan fuera de sí que los soldados no lograron reducirlo y siguió pateando al guardián hasta que Caratallada lo dejó sin sentido de un porrazo.

Dídac volvió en sí al contacto de una bota contra las costillas. A pesar de la conmoción y el agudo dolor en la parte posterior de la cabeza, comprendió inmediatamente dónde se encontraba. La silueta, de pie ante él, acercó un candil a su cara tumefacta y chascó la lengua.

—¡Tienes un aspecto deplorable, *noi*! Aunque, bien pensado, mi camarada está aún peor que tú. —El celador, un tipo de pómulos salientes y brazos poderosos, soltó una risita maliciosa. Después, dejó un cuenco de agua y un mendrugo seco al lado del prisionero, cuya mente seguía acaparada por la imagen del cuerpo sin vida de su padre.

Dídac se limpió los mocos con la manga de la camisa y fijó una mirada iracunda en el guardián.

—¡Asesinos, lo habéis matado!

—A Martí no le faltó nunca comida.

—¡Mentira, lo dejasteis morir como a un perro!

—¡Te equivocas! Dimos aviso de su estado, pero ya no se pudo hacer nada.

Dídac suspiró, sin saber a quién dirigir el torrente de su odio. ¿A los culpables del arresto de Jaume, al vil carcelero o a los incompetentes que lo habían dejado morir?

—No llegó a sufrir, recibió los santos óleos con resignación y sus últimas palabras fueron para rogar a Dios por ti —mintió el celador.

Dídac volvió a ver la sonrisa de su padre cuando le enseñaba a ceñirse la faja, sintió cómo su mano abrazaba la suya para guiarle con el hacha y oyó las cancioncillas que tarareaba mientras subían a la sierra. Finalmente lo rememoró consumido por la pena ante la tumba de Agnés.

Incontenible como la marea, el desconsuelo hizo temblar su rostro amoratado. Las lágrimas brotaron de nuevo, mezclándose con la sangre pegajosa de las heridas.

Capítulo 27

Abril de 1569, reino de Granada

Felipe II no estaba satisfecho con el desarrollo de la rebelión de los moriscos, así que, a mediados de abril de 1569, decidió poner a su hermanastro, don Juan de Austria, al mando.

Apenas nombrado, el flamante capitán general convocó en Granada la primera junta de su consejo. En ausencia de don Luis Fajardo, la reunión concluyó sin consenso acerca de la estrategia a seguir. El problema lo resolvió Abén Humeya con una demostración de fuerza: el alzamiento de todos los pueblos de la sierra de Bentomiz.

Cuando le llegó la noticia de la sublevación de las tierras malagueñas, Fajardo, como adelantado mayor de Murcia, intuyó que el hermano del rey daría prioridad a la recuperación del control de la parte occidental del reino de Granada. Deseoso de demostrar la eficacia de su política de mano dura, movió las tropas a la otra vertiente de la sierra de Gádor y ocupó la villa de Berja, lugar clave para proteger la ciudad de Almería e impedir el acceso de los rebeldes al litoral.

Abén Humeya estaba convencido de que, una vez controlada la Alpujarra, los pueblos del Almanzora se alzarían en armas, y que una victoria sobre el marqués de los Vélez le devolvería su prestigio. A finales de mayo, envalentonado por la incorporación de un numeroso contingente de las nuevas zonas sublevadas y la llegada de cuatro mil voluntarios berberiscos enviados por el gobernador de Argel, el rey de los moriscos decidió asestar el golpe definitivo a su enemigo más temible.

~

Los espías del marqués lo tenían al tanto de las intenciones del *reyezuelo*, como lo llamaban los cristianos viejos. Podía haber optado por mover las tropas y rehuir el combate, pero decidió esperar a que fuera demasiado tarde para la retirada.

Ajenos a los tejemanejes del enemigo, los de Sorbas, que habían acampado cerca de una de las vías de acceso a la villa de Berja, se sentaron alrededor de un fuego a dar cuenta de la cena.

Pedro Ramírez de Arellano observó al cabo veterano y a los cinco bisoños imberbes llegados del Carpio para reforzar su unidad. Estaba preguntándose qué tipo de complicaciones iban a ocasionar cuando le avisaron de que debía presentarse en la tienda de mando.

—Algo raro se está cociendo aquí —comentó el sargento Peñarroja en cuanto el capitán se hubo marchado.

—Un poco de acción no nos vendría mal. —Pablo Serrano se frotó las palmas—. Ya va siendo hora de hacernos con algo de botín.

—Eso será si los moros te lo ceden graciosamente —le contestó el cabo recién llegado.

—¡Quita! Esa gente no sirve para la guerra. Son cobardes por naturaleza y solo luchan si se ven acorralados. Además, después del ocaso temen pelear y se retiran a retozar con sus hembras,

fogosas como gatas en celo. —El portugués se regodeó ante los murmullos de admiración de sus nuevos camaradas.

—Pues bien duro pelearon en Felix —replicó Peñarroja.

—¿Estuvisteis en la batalla? —preguntó uno de los novatos.

El sargento asintió en silencio. Rememoró a las mujeres emponzoñando saetas o cargando arcabuces con desprecio por sus vidas mientras a su alrededor padres, maridos e hijos caían bajo el fuego cristiano.

Serrano, en cambio, no perdió la oportunidad de solazarse explicando sus hazañas. En eso regresó Ramírez de Arellano.

—Se nos ha confiado la misión de defender el camino de Andarax —explicó —. Pasaremos la noche en orden de marcha, vestidos y con las armas al alcance de la mano.

Peñarroja frunció el ceño, pero la mirada acerada del capitán lo disuadió de hacer comentario alguno.

—Voy a organizar las guardias —dijo el sargento, poniéndose en pie—. ¡Venga! Todo el mundo a sus puestos.

Una vez comprobado que la soldadesca cumplía con las instrucciones recibidas, el sargento retornó junto a su jefe.

—Va a ser una larga espera —murmuró, con los ojos puestos en las llamas.

Conocía bien a su superior: si le ocultaba algo, lo hacía cumpliendo órdenes.

Al día siguiente, cuando el amanecer empezaba a intuirse detrás de las montañas, Ramírez de Arellano y Peñarroja seguían despiertos. Juntos caminaron por entre los cuerpos adormecidos para sacudirse la humedad. Al llegar al límite del vivac una voz les pidió el santo y seña.

—¡El río Aguas está seco!

El centinela se cuadró al reconocerlos.

—¡A la orden, mi capitán!

El oficial no contestó. Acababa de percibir un relincho lejano.

—¡Ya vienen! ¡Arriba! ¡A los puestos de combate!

Se escuchó un primer redoble. En el tiempo de un parpadeo, comenzaron a oírse disparos. Los de Sorbas se aprestaron a la lucha entre empujones, reniegos y señales de la cruz, aunque apenas tuvieron oportunidad de sentir miedo. Aún estaban prendiendo las mechas de sus arcabuces cuando varios hombres llegaron corriendo. Vestían camisas blancas y gritaban en perfecto castellano que no les dispararan. Los novatos se los quedaron mirando, sin saber cómo reaccionar.

Peñarroja, en cambio, no vaciló. Seguro de que se trataba de una treta, descerrajó un tiro mortal al primer encamisado. Los demás cayeron antes de alcanzar las posiciones de los cristianos, pero tras ellos venía un alud de enemigos.

Fue como si las fuerzas de la naturaleza se desencadenaran. Ramírez de Arellano ordenó a sus hombres que concentraran el fuego sobre los que adornaban sus cabezas con guirnaldas de flores. Por su experiencia en el norte de África, sabía que se trataba de muyahidines, fanáticos convencidos de que la muerte en combate contra el infiel les traería la gloria eterna, por lo que no temían a nada.

Aturdido por el estruendo de las armas de fuego y el olor asfixiante de la pólvora, Ramírez de Arellano vio que sus hombres caían segados por una guadaña invisible. Aun así, se mantuvo en su posición, atravesando con la espada a cualquier atacante a su alcance.

A punto de ser engullidos por la marea morisca, una compañía de arcabuceros descargó un

diluvio de plomo sobre los asaltantes. Aquella oportuna acometida frenó el ímpetu del enemigo y permitió el repliegue ordenado de los de Sorbas.

No obstante, pese a la resistencia de los hombres de Fajardo, los moriscos continuaron ganando terreno.

Desde una loma cercana, Abén Humeya vio que sus tropas conseguían penetrar por la entrada de la villa y obligaban a sus adversarios a retroceder por la calle del Agua en dirección al centro de la población. En su retirada, los cristianos dejaron atrás decenas de camaradas y varios oficiales muertos, así como todo su bagaje.

Entonces le llegó inteligencia de que el marqués de los Vélez se encontraba en la plaza Vieja. Mandó a todas las unidades de reserva con órdenes de romper el cerco y matar a don Luis Fajardo.

Los moriscos atacaron con bravura y los cristianos defendieron sus posiciones con resolución. Se luchó casa por casa, en patios y solanas. Parapetados detrás de ventanas y portillos, los de Sorbas disparaban sin descanso, aunque por culpa de la humareda lo hacían a ciegas. Aun así, los callejones quedaron pronto cubiertos de cuerpos.

El adelantado mayor de Murcia salió de la casona en la que había instalado el cuartel general y se ciñó el yelmo. Con la ayuda de dos escuderos, montó sobre un enorme caballo de batalla. Aún con su tamaño extraordinario, el animal acusó el peso de su dueño en armadura.

El noble palmeó el cuello de su montura y la hizo avanzar hasta situarse al frente del destacamento. Cuando se volvió hacia el escuadrón de caballería, los jinetes se irguieron gallardos en sus sillas y los caballos se pusieron a piafar y relinchar.

Don Luis se santiguó y desenfundó la espada. Presintiendo la inminencia de la confrontación, su corcel mordió el freno con tal fiereza que le salpicó las piernas de espumarajos.

Las campanas de la parroquia de la Anunciación empezaron a repicar. Esa era la señal que esperaban los sitiados para despejar las calles, y Fajardo para picar espuelas.

Los asaltantes, que corrían por la calle Mayor, oyeron el atronador ruido de cascos y se echaron a un lado para evitar ser pisoteados por el formidable centauro de hierro lanzado al galope. Los caballeros cristianos aprovecharon el desconcierto y se adentraron a mandobles por el pasillo abierto, dejando tras ellos un reguero de cadáveres. Si los moriscos no hubiesen cedido al pánico podrían haber aniquilado a los jinetes enemigos, pero al ver caer a los infantes más arrojados sus camaradas ya solo pensaron en salvar la vida.

Al presentir la derrota, la moral de las tropas rebeldes se derrumbó como un castillo de naipes, de forma que hasta las unidades que aventajaban al enemigo huyeron en desbandada.

Ramírez de Arellano retiró con la punta de la espada la guirnalda ceñida a la cabeza del berberisco que acababa de matar. A su alrededor, decenas de cuerpos yacían en el suelo. Aún sonaban arcabuzazos aquí y allá, aunque los alaridos del ataque habían dejado paso al clamor de los vencedores y los lamentos de los moribundos. Los supervivientes, desconcertados, se miraban los unos a los otros, palpándose las extremidades para averiguar si la sangre que los cubría era propia o de extraños.

El sargento Peñarroja se acercó a su oficial cojeando. Lucía un corte en la frente y su mano derecha estaba manchada de sangre.

—Siete bajas, mi capitán.

Esa cifra significaba que, además de ellos dos, tan solo habían sobrevivido tres hombres de la guarnición de Sorbas. Ramírez de Arellano iba a preguntar por sus nombres cuando, un poco más allá, vio que Pablo Serrano se inclinaba sobre un cadáver, le seccionaba un dedo anillado y

lo metía en una taleguilla. Fue a increparlo, pero la lengua se le pegó al paladar debido a la sed, así que se limitó a sacudir la cabeza antes de beber un trago de agua de su cantimplora.

—Extraño oficio el nuestro, ¿verdad? —Ramírez reconoció al soldado que comandaba a los arcabuceros que los auxiliaran al principio de la batalla.

—¿Extraño?

El otro se alisó el mostacho antes de explicarse.

—Si exterminamos a nuestros enemigos, los decapitamos o pisoteamos con los caballos, nos tratan de héroes. Ahora bien, si mutilamos a un cadáver, somos unos villanos.

—¡Muy cierto! ¡Gracias por lo de antes!

—No hay de que, capitán…

—Ramírez de Arellano.

—Alarcón, sargento de las milicias de Lorca.

Se estrecharon las manos.

Junio de 1569, Lucainena de las Torres, reino de Granada

Khalíl acogió con agrado el encargo de ir a buscar hierro. Un cambio de aires lo distraería de los dos cadáveres sepultados al margen de la rambla.

Lo sucedido seguía siendo incomprensible para él. La ira inmensa que sintió al ver a su hermana debajo de aquel tipo repugnante despertó al depredador soterrado en las profundidades de su ser, al que tan solo la sangre consiguió aplacar. Nada podría haberle impedido obrar de otra forma, pero había matado a unos seres humanos y su conciencia no le dejaba en paz.

Llegó a Lucainena de las Torres cuando los rayos del sol superaban las cumbres de la sierra Alamilla, coloreando de ocre los baluartes que le daban nombre a la población. Siguiendo instrucciones de García El Forai, se dirigió a la única fonda del pueblo. Allí se enteró de que la explotación minera estaba abandonada. Poco más pudo averiguar, pues la gente recelaba de él. De todas formas, recorrió las calles, llamando a las puertas para encontrar a alguien dispuesto a conseguirle lo que había ido a buscar.

Pasados tres días, le entregaron una carretada de rocas rojizas y le aseguraron que se trataba de mineral de hierro. Después de cobrar, su proveedor le explicó que para obtener el metal era necesario calentar las menas a muy alta temperatura. Cuando se enteró de que el único horno capaz de hacerlo estaba destruido, Khalíl se echó las manos a la cabeza. Se había gastado casi todo el dinero y tan solo disponía de un montón de piedras inservibles.

Barajaba seriamente abandonar la misión y volver a Sorbas con las manos vacías cuando un desconocido se le acercó.

—Con peor material han forjado mis antepasados espadas de reyes.

Khalíl miró con recelo al hércules moreno, de tez aceitunada y cabello largo, que le había hablado en castellano.

—¿De reyes? ¡Ya será menos!

—¡Por mis muertos! La sangre de los mejores herreros de Egipto corre por mis venas. —El fortachón mostró sus muñecas, como si fueran una prueba irrefutable de su linaje.

—Disculpa, no era mi voluntad ofenderte.

—No hay ofensa. ¿Para qué quieres el mineral?

—Eso no es asunto tuyo… De todas formas, no hay manera de fundirlo.

El desconocido le devolvió una sonrisa enigmática.

—En mi tierra no usábamos hornos para extraer el hierro.

Khalíl sintió que sus esperanzas renacían.

—¿Estarías dispuesto a ayudarme?

—¡Claro! Por qué hablaría contigo, si no.

—¿Qué me pedirás a cambio?

—Poca cosa. Busco la oportunidad de demostrar a los pelayos[7] de este pueblo que un egipciano[8] vale tanto como ellos.

A la mañana siguiente, Khalíl y Jorge Leal, que tal era el nombre del individuo, se pusieron manos a la obra. Lo primero que hicieron fue localizar un lugar arenoso, en el que excavaron un hoyo de una vara y media de profundidad. Rellenaron ese crisol rudimentario con capas alternativas de carbón, mineral y piedra caliza. Después colocaron encima unos ladrillos de arcilla, arena y paja y, finalmente, prendieron el pequeño túmulo.

Pasado un día, abrieron el pozo, del que extrajeron un amasijo calcinado e inservible. Repitieron el proceso dejando una abertura de aireación y fueron turnándose con el fuelle, hasta conseguir extraer una masa esponjosa, mezcla de hierro y escoria.

Aquella misma noche cerraron el trato: Khalíl aportaría los fondos y Leal se encargaría de obtener el mineral y transformarlo en metal.

Capítulo 28

Verano de 1569, costa del Maresme, Principado de Cataluña

Llegó el mes de julio, con sus calores, y Dídac Martí seguía languideciendo en la cárcel. En unas semanas las celdas se llenaron de borrachos, ladronzuelos y maleantes de poca monta. El rumor de que se estaba preparando una leva se confirmó cuando una luminosa mañana condujeron a los reclusos al patio de la prisión y los hicieron formar en una hilera. Tras una larga espera bajo un sol de justicia, un grupo de soldados penetró en el recinto acompañado por el redoble de un tambor. Sobre sus cabezas ondeaba una bandera con la cruz de San Andrés y el nombre Sarriera bordado en letras negras.

Tras conversar brevemente con el sargento a cargo de la tropa, un tipo nervudo y de largos bigotes, Caratallada le hizo un signo al carcelero al que Dídac había propinado la paliza y este lo sacó de la fila.

—¡Vas a galeras, *fill de puta*! A ver si allí te pudres —le escupió el guardián, con un rictus desdentado, mientras lo llevaba a empujones hasta una caja llena de grilletes.

—¡Con qué derecho! Ni siquiera he tenido un juicio.

—¡El que me dan mis cojones! —ladró en castellano el sargento de los bigotes—¡Ponedle el puto aro en la garganta! —Tras dos décadas guerreando en tierras lejanas, el sargento Matéu, natural del Ampurdán, había adquirido la costumbre de blasfemar en la lengua del imperio.

—¡Esperad! —Los soldados se cuadraron al oír la orden del oficial que acababa de entrar en el patio—. ¿Qué ha hecho este mozo tan revoltoso?

—Escándalo público… —al ver que el ceño del militar se fruncía, Caratallada hizo un esfuerzo por explicarse mejor—. Este animal le dio una tunda monumental a uno de mis hombres.

El capitán Birulés reprimió una sonrisa y miró al muchacho con interés renovado.

—¡Vaya! A nuestro amigo le gustan las peleas. Señor alguacil, ¿le parecería bien si el prisionero quisiera alistarse?

—¿Yo? ¡Pero si no sé luchar! —exclamó Dídac, desconcertado.

El sargento Matéu soltó una carcajada antes de intervenir.

—En un ejército, si quitas los pífanos, tambores, abates, cocineros y mochileros, apenas queda gente para pelear. ¡Hasta putas hay más que guerreros! —Los soldados rieron la gracia, pero cuando el suboficial volvió a hablar, su rostro se había ensombrecido—. ¡Mira, *vailet*! Vas a embarcar de todas formas. Decide si lo haces bateando lenguado atado a un remo y con los pies remojados en tu propia mierda o tumbado en el estanterol, comiendo bizcocho mojado en vino.

~

Al día siguiente, una columna de gente variopinta salía de Mataró por el portal de Barcelona. La precedían el capitán Birulés y el sargento Matéu, ambos a lomos de buenos corceles. Los

seguían un tambor, dos pífanos, un abanderado y una decena de infantes con armas relucientes. Los que venían detrás, en cambio, parecían una banda de saqueadores. Aun así, no era raro oír vivas al rey y al ejército cuando los campesinos salían de las masías para ver pasar a aquella curiosa comitiva.

Después de tanto tiempo a la sombra, Dídac agradeció los cálidos rayos en la cara y el aire limpio, pero su mente no cesaba de darle vueltas a la idea de escapar. Tras una hora de marcha llegaron a la villa de Argentona, donde los redobles atrajeron a niños y ancianos. La población estaba sobre aviso después de que un heraldo a caballo recorriera los pueblos de la costa para informar de la leva.

—¡*Mare de Deu!* ¿De dónde salen estos espantapájaros? —exclamó Matéu al ver llegar a un grupo de hortelanos luciendo celadas abolladas, coletos de cuero recio y unas lanzas tan herrumbrosas que debían de haber pertenecido a sus tatarabuelos.

—Habremos de conformarnos con estos mimbres —apuntó su superior.

Como después de cada parada, a la mañana siguiente la partida se había acrecentado en un puñado de reclutas. Los recién incorporados lo hacían en calidad de mochileros, el grado más bajo del escalafón, y quedaban a cargo de un veterano, a quien debían servir y llevar las armas. El capitán Birulés se preocupaba de que sus hombres comieran dos veces al día, y no solo pan, sino tocino, queso o garbanzos. Por otro lado, no quería verlos ociosos, así que cuando se detenía la marcha los bisoños debían recibir instrucción militar y realizar ejercicios encaminados a endurecer los músculos y templar el ánimo.

El soldado a cargo de Dídac se llamaba Jordi Menestrell y era natural de Sant Vicenç de Montalt, un pueblecito de la sierra litoral del Maresme.

—¡La vista al frente! ¿Cuántos años has cumplido, *noi*?

Dídac contestó sin dejar de ir arriba y abajo con una caña al hombro.

—Diecinueve, señor

—¡Levanta la barbilla! Mmm…, te veo poco baqueteado. A tu edad ya había degollado a más moros de los que tú habrás visto en tu vida.

—¿Yo también tendré que matar gente?

—¡Pues claro! ¿Adónde crees que nos llevan, a una romería? —El veterano se echó a reír ante la expresión de pánico del muchacho. En ese momento sonó un toque de corneta y unos lanceros corrieron al centro del llano donde habían acampado.

—¡Fíjate en eso, jovenzuelo!

A una orden de Matéu, los soldados formaron un cuadro y, siguiendo las indicaciones del tambor y los pífanos, se movieron alzando y bajando las picas al unísono. Cuando acabaron, Dídac oyó llamar a los novatos y quiso unirse a ellos.

—¡Quédate aquí! Con tanto bisoño por desbravar, va a haber sangre.

El joven recluta obedeció a regañadientes. Pronto un alarido se elevó por encima del barullo y un mozo salió corriendo con las manos en la cara.

—A ese le han saltado un ojo, ¿ves? —exclamó Menestrell, divertido—. Puedes darle gracias al Señor de haber dado conmigo.

Jordi Menestrell era un coselete, nombre que recibían los piqueros acorazados y curtidos en combate que se situaban en las primeras líneas frente al enemigo. Además de poseer una innegable experiencia bélica, era un parlanchín infatigable. Gracias a ello, Dídac averiguó que su unidad estaba integrada en el contingente que el virrey de Cataluña había puesto a disposición de

la Corona y a cuyo frente se hallaba un reputado caballero, natural de Torroella de Montgrí, llamado Antich Sarriera.

—Ese lugar al que vamos, ¿lo conoces? —preguntó Dídac.

—No, pero es como si hubiera estado. Hay moros, turcos y herejes a quienes vamos a dar su merecido.

Dídac no comprendía el entusiasmo de su instructor por entrar en combate, ni compartía su odio hacia unos desconocidos que no le habían hecho ningún daño. De todas formas, no pelearía con nadie, puesto que en cuanto le fuera posible se daría a la fuga.

Pasados unos días, divisaron una muralla que ocultaba el horizonte hasta donde la vista alcanzaba.

—¡Ahí la tienes! ¡Barcelona! —exclamó Menestrell con un punto de orgullo en la voz.

Vadearon el río Besós, poco caudaloso a esas alturas del año, y tras rodear la ciudad por el norte acamparon en Les Tasques, un extenso campo de arena situado entre la urbe y la playa. El lugar estaba ocupado por otras cuatro compañías de soldados curtidos y reclutas de la peor traza. Todos aguardaban a la flota que los iba a llevar al reino de Granada. Decenas de aventureros, desarrapados y hambrientos, deambulaban por los alrededores dispuestos a hacerse valer frente a los reclutadores con la esperanza de participar en una guerra breve y rica en botín.

Antes de acantonarse, el capitán Birulés hizo formar a los hombres para darles unas últimas instrucciones.

—Las autoridades han prohibido a los militares acceder a la ciudad, pero aquí encontraréis todo lo necesario. Cuando hayáis levantado el campamento se os entregará la paga. —Un clamor acogió las palabras del oficial—. ¡Cuidado con las borracheras! Nada de pendencias, y ni se os ocurra intentar cruzar las murallas. ¡Recordad, estáis bajo disciplina castrense! Cualquier desorden se castigará severamente.

Las advertencias del capitán no enfriaron los ánimos de sus hombres, quienes, en un santiamén, acordonaron el vivac y, tras levantar la tienda de mando, corrieron a cobrar la soldada. A los recién incorporados les entregaron el equivalente a dos pagas, tras descontar el petate y el capote que les habían proporcionado. Dídac guardó las monedas restantes en su *canut*, un tubo confeccionado con dos trozos de caña que servía de monedero. Pensando que no tendría mejor ocasión para escabullirse, comenzó a alejarse, pero Menestrell le cortó el paso.

—¡Espera, pipiolo! ¿Adónde vas tan deprisa?

Dídac respondió lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Yo?… A comprar una pica.

El veterano arqueó una ceja.

—Si no tienes cuidado, te van a *encolomar* un rejón de rajabroqueles. —Dídac miró al veterano con aire de no comprender—. ¡Quiero decir que en lugar de un arma te venderán una pieza de adorno para fanfarrones! Venga, te acompaño, pero te costará una jarra de vino…

Menestrell escupió la espiga de trigo que masticaba y ambos se pusieron en marcha, para desesperación de Dídac. Este no tenía ninguna intención de comprar una pica, pero ya no sabía cómo salir del entuerto, así que se dejó llevar.

En el primer puesto donde se detuvieron, el vendedor les mostró una lanza provista de una vistosa cuchilla en forma de hoja de laurel. El coselete la sopesó, flexionó el astil y examinó los adornos labrados en el regatón, la pieza metálica de la parte inferior de la pica que servía para clavarla en el suelo. Después la arrojó sobre el mostrador.

—¿Tengo pinta de matamoros de taberna? —le espetó al vendedor.

—No…

—Entonces, no me hagas perder más tiempo.

El comerciante miró a un lado y a otro. Después sacó una pica de aspecto rudimentario de debajo del tablero. Menestrell la sopesó con cuidado, cerciorándose de la calidad de la madera, la solidez de la moharra y el filo de la cuchilla. Una vez satisfecho, comenzó el regateo.

Antes de alejarse del tenderete con su arma cargada sobre el hombro, Dídac contó el dinero que le quedaba en el canuto.

—Esto me lo guardo para comprarme una espada cuando nos den la próxima paga…

Menestrell sacudió la cabeza.

—No te va a hacer falta. ¿Cuánto tienes?

—Cuatrocientos maravedíes.

—Mmm, no te alcanza para gran cosa.

—¿Y un morrión?

—Espera a la batalla —dijo el veterano bajando la voz—. Al primero que veas caer, amigo o enemigo, se lo quitas y listo. No te escandalices. ¡Los muertos no necesitan corazas! Cómprate mejor un buen calzado, pronto comprobarás que en campaña lo esencial es caminar cómodo.

Dídac siguió el consejo. Adquirió un par de zapatos de punta cuadrada y una cantimplora. Después se dirigieron a una taberna al aire libre, donde se gastó los últimos maravedíes en dos jarras de vino rasposo.

~

Concluida la concentración de los mil quinientos hombres comprometidos por el virrey de Cataluña a Felipe II, el caballero Antich Sarriera recibió permiso para embarcarlos en las galeras llegadas de Palamós.

Para orgullo del capitán Birulés, su compañía fue asignada a la Ocasión, capitana de la expedición. Los soldados veteranos, por el contrario, maldijeron su suerte, pues la disciplina a bordo iba a ser férrea y, en lugar de matar el tiempo bebiendo vino o jugando a los dados, tendrían que escuchar misa y practicar maniobras de abordaje a todas horas.

Los oficiales hicieron desfilar las tropas ante la multitud de barceloneses que se habían acercado para asistir al espectáculo. Cuando les llegó el turno a los de Mataró, Dídac sacudió la cabeza y empezó a marchar. Los zapatos le oprimían los pies, y al peso de la mochila de Menestrell se le sumaba ahora el de su propia pica.

Sus camaradas, sin embargo, parecían disfrutar con la experiencia y saludaban a los vecinos que se apretujaban a lo largo de los muelles. En medio de los redobles de tambores, brillos de armas y ondear de banderas, Dídac percibió un pujante e irracional sentimiento de euforia. Sin darse cuenta, fue enderezando la espalda e imprimió firmeza a sus pisadas. Con cada paso sus inspiraciones ganaron en profundidad y, de forma asombrosa, la pena, que no le abandonaba desde la muerte de su padre, quedó momentáneamente arrinconada.

Llegando al embarcadero, el olor nauseabundo de las naves volvía el aire irrespirable. Pese a haberse pasado media vida suministrando tablones para los astilleros, nunca había puesto los pies en una galera.

La pestilencia le revolvió el estómago. Nada más subir a cubierta, vomitó. Acompañado por las mofas de sus compañeros, recorrió la pasarela que circunvalaba la embarcación por encima de las cabezas de los galeotes. Los veteranos ya ocupaban el castillo de popa y los mandos se

resguardaban del sol en el único espacio sombreado bajo la toldilla, por lo que los bisoños se tuvieron que acomodar junto a las letrinas de proa.

Acabada la misa, a la que asistieron las autoridades más relevantes de la ciudad, Antich Sarriera subió a bordo de la Ocasión y mantuvo una breve conversación con el comandante del navío, un tal Rocafull. Después se dirigió a sus hombres. Habló de la honra de servir a Dios y a su majestad; ensalzó las cualidades imprescindibles del guerrero y, después de recordar la obligación de obedecer ciegamente a los mandos aun a riesgo de la propia vida, concluyó su discurso con tres vivas al rey que fueron secundados por toda la tropa.

El cañón de la capitana dio la señal de levar anclas. Obedeciendo al agudo pitido del chifle, los remos se alzaron en el aire.

—¡Boga a tocar banco!

A la siguiente indicación del cómitre, las palas se hundieron en el agua y, con un vistoso repaleo, propulsaron el bajel mar adentro.

Cinco galeras engalanadas con banderas y fanales zarparon de Barcelona aquel día. Llevaban una hueste dispar de galeotes, marineros, soldados profesionales y cautivos redimidos dispuestos a guerrear a cambio del perdón de sus faltas.

Conforme la línea de la costa se iba difuminando, Dídac no pudo impedir que la tristeza regresara. Mecido por la rítmica boga intentó recordar el rostro de su madre, pero sus rasgos se habían vuelto borrosos. Volvió a pensar en el desamparo de su padre al verse morir solo y, luchando por no llorar, se dejó caer sobre el puente con la cabeza entre las rodillas.

El mar estaba en calma y navegaron empujados por una ligera brisa. La soldadesca dormía a cielo abierto, hacinada entre los pertrechos, sin más abrigo que sus capas. La jornada se iniciaba con las laudes. Tras los rezos, distribuían las raciones de bizcocho, tan duro que sin remojarlo no podía masticarse. Después, los marineros se dedicaban a las labores de mantenimiento del barco mientras los oficiales vigilaban que los novatos siguieran instruyéndose en lugar de jugar a los naipes. A pesar de la falta de espacio, la nula intimidad y el hedor procedente de los bancos de la chusma, el vino circulaba en abundancia y el alimento, aunque costaba de masticar, no escaseaba. Tras la cena, cuando el cielo se teñía de tonos morados, aparecía alguna vihuela y el aire se llenaba de melodías tristes o alegres, dependiendo del estado de ánimo del intérprete.

Al cuarto día de navegación atracaron en Cartagena para unirse a los tercios de Italia. La escala se demoró casi una semana porque, a la altura de Toulon, un fuerte temporal había dispersado la escuadra que los traía. Dídac hubiera querido aprovechar la confusión del desembarque para desaparecer, pero no permitieron a la tropa bajar a puerto.

El veinticinco de julio, harto de esperar, Antich Sarriera dio la orden de zarpar. Dos días después, justo cuando los primeros rayos luminosos acuchillaban las tinieblas, el vigía de la Ocasión avistó el puerto de Adra.

El capitán corrió a la proa para escudriñar el perfil de la costa. Acto seguido, atravesó la nave a pasos forzados y llamó a la puerta del camarote del jefe de la expedición. Tras un corto intercambio, Rocafull empezó a ladrar órdenes secas y, pasado un momento, la capitana enfiló hacia la costa. Una detrás de la otra, las demás galeras hicieron lo mismo.

La orilla estaba demasiado lejos para dilucidar si el ejército reunido en la playa era amigo u hostil, así que Antich Sarriera ordenó que la tropa se aprestara para el combate. Los arcabuceros se repartieron entre la pasarela de babor y la de estribor, prestos a disparar tan pronto como el enemigo estuviera a tiro. En el castillo de proa se situaron los veteranos que, espada en mano, serían los primeros en saltar a tierra. Los bisoños se quedaron en el alcázar de popa echando

miradas nerviosas a la orilla. Dídac pudo distinguir decenas de estandartes ondeando y miles de figurillas oscuras agitando sus armas. Pese a la distancia, el griterío ininteligible de aquella muchedumbre le erizó la piel.

Capítulo 29

Julio de 1569, entre Lucainena y Sorbas, reino de Granada

Khalíl se preguntó si las aguaderas de la mula seguirían aguantando una carga tan pesada. Había comenzado aquel viaje con aprensión, dudando de la capacidad del egipciano para cumplir el encargo y temiendo averiguar que había huido con el dinero. Al final, aunque Jorge Leal tardó algo más de lo esperado en refinar la materia prima, sus preocupaciones resultaron infundadas.

Muy pocos conocían el lugar al que se dirigía con la carga. Él mismo tan solo había estado una vez en la herrería clandestina, cuando García El Forai y él fueron a entregar la primera carga de mineral.

Ahora, tres meses después, al acercarse al taller había esperado oír el tintineo del martillo sobre el yunque, pero lo único que perturbaba el silencio era el trino de los pájaros y el canto de las cigarras.

—¡Hierro! —gritó, a modo de saludo.

Nadie salió a recibirlo. Tragó saliva al ver la puerta del taller abierta de par en par, por lo que se acercó con precaución. El local estaba vacío, pero no se veían signos de violencia.

—¡Me lo imaginaba! —exclamó García El Forai, dos horas más tarde, cuando Khalíl le explicó que el herrero había desaparecido—. Su familia es del pueblo de Teresa.

El alguacil cayó en la cuenta de que el muchacho llevaba varios días ausente y no podía saber lo que acababa de suceder en aquel lugar de la sierra tan próximo a Sorbas.

—El pasado domingo —le explicó—, cuatro navíos berberiscos se avistaron frente a la playa de la Garrucha y, aunque no se produjo ningún ataque, a la mañana siguiente no quedaba ni una sola alma en Teresa. ¡Se habían ido todos!

—¡Eso es absurdo! —replicó Khalíl—¿Cómo va a volatilizarse un pueblo entero, en una noche?

—¡Lo sé! Parece obra del demonio, pero lo cierto es que se llevaron hasta el ganado. ¡Maldita sea! Necesitamos las armas. —El Forai se acuclilló con las manos en la cabeza—. Tanto esfuerzo para conseguir el hierro y ahora no hay quien lo trabaje…

—Quizás tenga una solución —respondió Khalíl al cabo de un rato.

Tras aquella conversación, el joven retornó a Lucainena de las Torres y fue directamente a la cueva donde moraba el egipciano.

—Te ofrecemos ocuparte de la herrería. Solo tendrás que traer tus herramientas, todo lo demás corre a cargo del alguacil. —Cuando el otro se negó, Khalíl insistió—. —Piénsatelo, no te faltaría pan en la mesa y tendrías una vivienda decente.

—Estoy muy bien aquí.

—Quedarías bajo la protección del alcalde.

—Te he dicho que no. —Jorge Leal cogió una pizca de polvos aromáticos de una bolsa y se frotó los dientes.

—¿Para qué haces eso?

—A las mujeres las vuelve locas cuando las besas.

Al ver el rostro del joven enrojecer, Leal desplegó una dentadura radiante y le acercó la talega. Olía a menta. Después de pasarse un peine por la larga cabellera, el egipciano se asomó por la puerta de la cueva.

—¡Oscurece! Me tengo que ir. La dueña de unos fogones necesita de mis servicios. Si quieres, quédate aquí a dormir, encontrarás algo de comida en la alacena.

Cuando el amo del lugar se hubo marchado, Khalíl miró a su alrededor. La cueva era más espaciosa de lo que le había parecido a primera vista y la temperatura, bastante más fresca que la del exterior. Se durmió con rapidez, pero a medianoche lo despertaron unos ruidos apagados.

—Tenemos que irnos —murmuró el egipciano. Tenía las ropas empapadas en sudor y el cabello alborotado.

—¿Qué sucede?

Leal no contestó. Dio una vuelta por la estancia como buscando algo. Finalmente sacó una cajita de madera de debajo del jergón y echándose la bolsa de herramientas al hombro salió a la calle.

—Rápido, vámonos —le urgió.

—¿Por qué tanta prisa?

—Me andan buscando.

De esa forma, la providencia y un marido rencoroso fueron decisivos para que Sorbas volviera a contar con un herrero. Khalíl se llevó al egipciano a la herrería y, con los cuatro reales que El Forai le diera en pago por su trabajo, regresó a Quajalana. Nada más entrar en la casa oyó a su padre dando voces.

—¿Dónde está? —Salmà miraba a su marido sin contestar—. ¿Qué has hecho con el maldito aceite? —insistió Yúsuf, exhibiendo una pequeña orza de barro.

Su esposa agachó la cabeza. Desde el comienzo de la guerra, la hambruna se había llevado a decenas de niños en la comarca. Eran los que más sufrían la carencia de alimentos, pues, conforme a una durísima lógica de supervivencia, los varones en condiciones de trabajar eran los primeros en comer. Las mujeres y los menores debían contentarse con las sobras.

Dos días antes, Salmà había recibido en su casa a la esposa de su vecino Nahíd Ben Gualíd. Portaba en sus brazos el cuerpecillo inanimado de su hija menor. Entre sollozos, le había implorado comida para la pequeña.

Salmà se había enternecido ante la carita escuálida de la chiquilla, la piel pegada a los huesos y los brazos como palillos. Los ojos se le humedecieron al pensar en su propia hija y, aunque en su casa los alimentos escaseaban también, decidió ayudar a la criatura.

Enfurecido por el silencio de su esposa, Yúsuf la agarró por el brazo, aunque no se atrevió a zarandearla.

—¿Es que me tomas por tonto?

Khalíl, que había entrado en la estancia sin que sus padres se percataran, enseñó las monedas sobre su palma extendida.

—Aquí hay de sobra para media arroba de aceite.

De un manotazo, su padre hizo volar el dinero por los aires y salió a la calle. A partir de aquel día, cada mañana antes de salir de casa Yúsuf se aseguraba de que la puerta de la alacena quedara cerrada con la única llave que guardaba en su faltriquera.

Sorbas, reino de Granada

Sobre la plataforma de la carreta descansaba un pequeño cuerpo envuelto en un sudario blanco. Debía de tratarse de un huérfano, pues nadie lo acompañaba a su última morada, ni siquiera una plañidera de a real. A la entrada del cementerio antiguo, Liberto se encontró con la banda de Moxarrafe.

—Deja eso y ven con nosotros —le ordenó el de la cara de niño haciendo un gesto con el brazo entablillado.

—¡No!

—Vamos a tirar flechas.

En cuanto le enseñaron la ballesta, Liberto soltó los mangos del carromato y siguió a la pandilla por el macaver, el viejo cementerio musulmán. Allí, le entregaron la tapa de una olla con la promesa de que, si era capaz de quedarse detrás del *escudo* mientras le lanzaban unas flechas, le permitirían disparar a él también.

Ilusionado porque lo incluyeran en el juego, el enterrador se dejó atar al tronco de un almendro.

—¡Si te mueves, es trampa! —avisó Moxarrafe—. ¡Levanta la rodela si no quieres que te demos en los morros!

El sepulturero hizo caso y escondió la cabeza justo cuando la primera flecha rebotaba en la tapadera con un ruido metálico.

—¡Apúntale a los huevos! —gritó el chiquillo que le sostenía la ballesta a Moxarrafe.

Cuando el segundo virote le atravesó el muslo, Liberto reprimió un quejido y dejó caer el improvisado broquel.

—¡Desatadme! ¡No quiero jugar más! —exigió, sacudiendo las ligaduras frenéticamente.

—¡A ver si paras esta!

La nueva punzada, en el hombro, le arrancó un alarido. A pesar de sus cortas entendederas, Liberto comprendió que no estaban jugando.

Capítulo 30

Adra, reino de Granada

Dídac vio unas llamaradas en lo alto del promontorio amurallado de Adra. Un segundo después, le llegó el eco de la salva de cañones. Antich Sarriera se quitó el morrión e hizo una señal al capitán Birulés. Los arcabuceros apagaron las mechas de sus armas y un vítor recorrió la nave de punta a punta. El cómitre rugió una orden y los remos se alzaron al aire. Dídac sintió que la embarcación perdía velocidad y se volvió hacia sus compañeros, que habían dejado de rezar y reían abiertamente.

El puerto de Adra no era más que un fondeadero cenagoso en la desembocadura del río del mismo nombre. En él solo podían atracar barcas de pesca, por lo que las galeras echaron el ancla a un tiro de piedra de la costa. Una docena de botes despachados por el marqués de los Vélez recogieron a los oficiales y los sacerdotes. Después, se dedicaron a trasladar las provisiones cargadas en Cartagena. Para llegar a la orilla, los soldados no tuvieron más remedio que arrojarse al mar o deslizarse por los cabos tendidos desde la playa por sus camaradas.

La hueste de don Luis Fajardo ocupaba un llano en la margen derecha del río. Centenares de tiendas de lona se alzaban de forma desordenada entre cercas de caballos, gallineros y apriscos improvisados. La disciplina brillaba por su ausencia y, a falta de órdenes concretas, los integrantes de las milicias concejiles mataban el tiempo jugando a los dados alrededor de los carros entoldados de las meretrices. Las tropas catalanas se acomodaron al otro lado del estuario, en una zona pedregosa, desprovista de sombra.

Al caer la noche, el aire salino se llenó del olor de la sopa caliente y del humo de las hogueras. Dídac, que había pasado la tarde con los demás mochileros acarreando cajas y toneles por la playa, encontró a los de Mataró sentados en torno a una candela y se unió a ellos. Nada más acabar de comer, extendió el capote en el suelo y, mientras los demás rememoraban campañas pasadas, se quedó dormido.

Lo despertaron los parloteos de la gente, que, en la penumbra previa al amanecer, oteaban unas luces mar adentro.

—¡Los tercios! —vociferó alguien. Un instante después, un griterío se elevaba por la playa del estuario.

—He contado veinticuatro galeras. No hay duda; son los tercios viejos —exclamó Menestrell con un brillo en la mirada—. Esos moros del demonio no saben la que va a caerles encima.

El desembarco de los experimentados guerreros fue muy diferente al del día anterior. Los zapadores establecieron una cabeza de puente. En sucesivas oleadas de chalupas, llegaron los piqueros, que, nada más salir del agua, formaron cuadros erizados de lanzas ante las miradas atónitas de los milicianos de Murcia.

Al llegar la noche, Dídac seguía dándole vueltas a la idea de desertar. Sin embargo, sus posibilidades eran ya prácticamente nulas. Estaba rumiando esas ideas cuando llegó Menestrell acompañado por un cabo de los tercios.

—Mira *Salicrú, aquests són també catalans*—dijo, señalando al pequeño coro formado por los bisoños de Mataró—. ¡Venga, hacednos sitio y acercad esa bota! —ordenó Menestrell.

—Es el mejor vino de Alella, señor —explicó un soldado llamado Pere Blai al entregarle el pellejo al cabo Salicrú.

—Yo soy del Penedés, pero no le hago ascos a un Alella. Y, por cierto, no soy ningún señor, sino un simple soldado para quién el honor vale más que su vida.

—¿Por qué os alistasteis? —le preguntó alguien, en un momento en que el arcabucero se regalaba un trago de vino.

Salicrú se levantó y, girando sobre sí mismo, señaló con el brazo en derredor.

—Este ejército apestoso y desarreglado que veis aquí es el mejor del mundo. —El veterano fue deslizando una mirada fiera sobre cada uno de los oyentes, como buscando algún gesto de desacuerdo—. ¡El mejor del mundo! —repitió, antes de volver a sentarse—. Aunque no por la nobleza de sus oficiales o el temple de sus armas, sino por los hombres, los más sacrificados y valientes de nuestro reino.

Al pronunciar las últimas palabras, sus ojos grises brillaron, reflejando las llamas de la hoguera. Nadie se movió por miedo a interrumpir aquella apasionada disquisición.

—En los tercios se entra pobre. Si alcanzas fama y honores, no es gracias a tu apellido o la fortuna de tu familia, sino por tu arrojo ante el enemigo.

—¿Qué es lo más duro de la vida de soldado? —preguntó otro de los bisoños.

El cabo sonrió.

—¡Ya lo comprobaréis! No son las marchas interminables, ni la sed ni el hambre, ni siquiera el dolor de las heridas; tampoco es el temor, porque no os equivoquéis, se pasa miedo, ¡mucho! El que no sienta pavor frente a una carga de caballería o delante de los cañones enemigos es un loco. Nosotros conocemos la muerte. Hemos visto a camaradas agonizar con las tripas fuera, invocando a sus madres, o peor aún, mutilados tan horriblemente que te piden acabar con ellos. Tenemos miedo, sí, pero lo despreciamos y nos reímos en su cara.

—¿Podríais darnos un consejo antes de la batalla? —Esta vez fue Blai el que preguntó.

—Aunque os cueste creerlo, la proeza más insigne del militar no es el heroísmo en el campo del honor, sino la capacidad para dominar el aburrimiento, marchar y obedecer. Hoy habéis visto a vuestros semejantes maldecir por el agotamiento y la falta de comida, discutir y tirar de hierro por un mal gesto o una mirada torva, pero ante el enemigo seremos hermanos. Daremos nuestra vida por el compañero, avanzaremos codo con codo hacia la muerte sin pestañear. Cargaremos, invocando a Santiago, a sant Jordi o al santo que se tercie y, por lo bajo, nos cagaremos en la puta madre que parió a los que osan alzar sus armas contra nosotros.

—¡No me los asustes, Salicrú! —exclamó Menestrell con una sonrisa burlona—. Esta campaña va a ser un paseo triunfal.

—*Company*, es posible que los moros se caguen al vernos y corran a esconderse en sus madrigueras. Sin embargo, el peor error del guerrero es subestimar al adversario.

Si lo que Salicrú explicó al calor de la hoguera aquella noche fuera cierto, habría navegado por todos los mares, librado sangrientas batallas y, de paso, seducido a mujeres tan exóticas y complacientes que ninguno de los presentes se lo podía imaginar. Llegados a un punto, Dídac empezó a dudar de la veracidad de las hazañas. Aun así, siguió escuchando las historias de aquel personaje fascinante.

~

Con las primeras luces del alba, doce mil quinientos infantes y cuatrocientos caballeros se pusieron en movimiento. Las milicias concejiles componían la vanguardia. Unos cincuenta pasos atrás marchaban los tercios viejos. En la retaguardia, Antich Sarriera y sus hombres protegían los carros y las recuas de mulas con los víveres y la munición. Los catalanes debían velar, además, por la seguridad del personal no bélico: escribientes, herreros y cocineros. La caballería, con el marqués de los Vélez a la cabeza, cerraba la formación. El gentío era tal que cuando le llegó el turno de ponerse en marcha al destacamento de Birulés, el sol estaba alto en el cielo. Dídac vio al capitán anudarse un pañuelo sobre la boca y lo imitó. Después de colgarse el petate, cargó la pica al hombro y, cuando la fila delante de él se movió, echó a andar.

Al principio sus pasos se enredaron, pero, poco a poco, sin que él ni sus compañeros se lo propusieran, fueron acompasando las pisadas.

El polvo en suspensión y la intensidad de la luz le obligaban a entrecerrar los párpados. Con el transcurrir de las horas, la pendiente del terreno fue acentuándose y el calor se volvió sofocante. A la derecha de Dídac, Pere Blai empezó a resoplar. Andaría por la mediana edad y Dídac ya se había enterado de que por culpa de su afición a la bebida había acabado en la cárcel de Mataró por orinar contra la fachada de Santa María.

Por suerte para el borrachín, llegaron a un lugar donde la vía se estrechaba y tuvieron que esperar a que la columna se estirara. Dídac sacudió el polvo del pañuelo, espantó las insistentes moscas que revoloteaban delante de su cara y echó un trago de agua. Por el rabillo del ojo, se percató de que su paisano no despegaba la vista de la cantimplora.

—¡Toma, bebe! ¿Qué has hecho con la paga? —preguntó, al verlo con lo puesto.

—Me la he gastado en vino. —Blai alzó los hombros y le dedicó una sonrisa amarillenta.

Cuando la canícula empezaba a darles un respiro, el ejército llegó al pie de un macizo montañoso. Se mandó aviso al marqués de que la vanguardia estaba a punto de entrar en la Alpujarra y, al cabo de un rato, regresó el correo con la orden de acampada.

Al crepúsculo todavía continuaban llegando pelotones. El de Birulés fue de los últimos. Así y todo, en lugar de dejarse caer para descansar, los de Mataró tuvieron que asegurar el bagaje y atender a las bestias.

La nube de polvo que los había acompañado a lo largo de la jornada fue asentándose y el humo de las hogueras ocupó su lugar. Se mirase por donde se mirase, los fuegos iluminaban la planicie, como las estrellas en el cielo.

~

Durante las dos primeras jornadas de marcha no se produjo ningún enfrentamiento serio. En cambio, en la mañana del tercer día se oyeron detonaciones provenientes de la vanguardia. La caballería se lanzó adelante, haciendo temblar el suelo. Dídac percibió un cruce de miradas nerviosas entre sus compañeros, aunque, por temor a parecer asustado, ninguno se atrevió a preguntar.

Como obedeciendo a una orden, muchos veteranos salieron de la formación para aliviarse. Menestrell era uno de ellos.

—Aprovecha, *noi* —dijo cuando regresaba ajustándose el cinturón—. Lo peor que te puede pasar durante la lucha es que se te afloje la tripa. No hay forma más indigna de morir que cagarse encima al ser atravesado por una lanza.

Unas explosiones retumbaron entre las laderas. Hasta ellos llegaron, muy debilitados por el viento, los aullidos de guerra y los gritos de muerte de las escaramuzas que se sucedían en algún lugar ante ellos.

—¿Qué estará pasando ahí delante? —preguntó Pere Blai.

Menestrell escupió en el suelo.

—La fiesta ha comenzado.

Siguieron caminando y pronto empezaron a aparecer cadáveres tirados a los lados del camino. En un pequeño claro del bosque, Dídac vio a decenas de heridos retorciéndose de dolor mientras los capellanes, más numerosos que los cirujanos, se movían entre ellos administrando extremaunciones. Algunos lloraban e imploraban a Jesús, pero los más aceptaban su suerte con resignación.

Llegando a las proximidades de la villa de Ugíjar, los moriscos, resguardados en las cotas altas de la sierra, desafiaron a los cristianos con gestos obscenos e insultos en castellano. Consciente de que el desnivel no favorecía a los caballos, don Luis Fajardo ignoró las provocaciones y mandó acampar, a la espera de que los rebeldes dieran un paso decisivo. Los oficiales catalanes aprovecharon el tiempo para adiestrar a sus hombres en las artes antiguas de los almogávares: atacar las patas de los corceles y acuchillar los jinetes en el suelo.

Al día siguiente informaron al marqués de los Vélez de que el enemigo había abandonado sus posiciones para reagruparse dos leguas más arriba, en Válor, la villa natal de Abén Humeya.

Presintiendo la inminencia del combate, los soldados se aprestaron a la lucha sacando filo a las dagas, bruñendo morriones o arrodillándose ante los sacerdotes para confesar sus pecados. Aquella noche, como siempre antes de la batalla, la aprehensión impidió a muchos disfrutar de un sueño reparador.

Dídac no fue una excepción.

~

El tres de agosto, después de oír misa, el ejército cristiano reemprendió la marcha. Los tercios viejos iban ahora delante, con sus mangas de arcabuceros desplegadas por las laderas de los cerros. Don Luis y la caballería venían inmediatamente detrás, listos para cargar en cuanto el terreno lo permitiera. Los infantes caminaban con gesto grave. Las lanzas, yelmos y corazas brillaban con los primeros rayos de sol, pero el mutismo era tal que, por encima de las pisadas, se oían las toses y carraspeos.

Las avanzadillas moriscas se fueron replegando sin presentar batalla hasta juntarse con el grueso de las tropas rebeldes en un único frente, delante de las murallas de Válor. Al atisbar a la vanguardia enemiga, atronaron el valle con atabales y las almenas se poblaron de banderas.

Abén Humeya apareció a lomos de un impetuoso caballo blanco y recorrió las líneas comprobando la disposición de sus tropas. Lo hizo sin alardes, aunque procuró que sus contrincantes lo vieran con claridad.

Cuando se desencadenó la ofensiva, los hombres de Antich Sarriera, que protegían los bastimentos un cuarto de legua más atrás, tan solo pudieron oír los redobles de las cajas y el estruendo de los disparos que retumbaban entre las escarpadas cuestas. Así y todo, a Dídac se le retorcieron las tripas.

Una hora más tarde, el sol, que apretaba sin piedad, llegó al cenit. Los tambores y las salvas de arcabucería seguían sonando, mezcladas con los gritos de los heridos. Aunque ningún bando

disfrutaba de una ventaja significativa, centenares de hombres habían caído ya.

Ese fue el momento en que se puso en práctica el plan trazado el día anterior por el marqués de los Vélez. El escuadrón de caballería, al mando de Pedro de Padilla, abandonó el campo de batalla, lo que provocó el delirio en las líneas moriscas, que ya se creían vencedoras.

Nada más quedar fuera de vista, los caballos enfilaron por el cauce de un torrente despejado a golpe de espada por los milicianos de Lorca. Tras una trabajosa ascensión, vinieron a salir a un promontorio, en apariencia inaccesible, y cargaron por la espalda contra unos adversarios desprevenidos.

Al verlos, los soldados de los tercios, envalentonados, echaron a correr ladera arriba, forzando a los rebeldes a abandonar su posición ventajosa.

Sintiendo que la balanza se inclinaba en favor de Fajardo, Abén Humeya ordenó a su más resuelto general, Jerónimo El Maleh, atacar las líneas de aprovisionamiento cristianas para facilitar su escapada en medio de la confusión.

~

Ramírez de Arellano se quitó la celada, se limpió la sangre de las manos y se secó el sudor de la frente. La victoria era total, aunque el coste había sido altísimo, sobre todo para los sublevados. Decenas de viudas cristianas que acababan de ser liberadas de su cautiverio se deslizaban entre los centenares de cuerpos que yacían esparcidos por el suelo enfangado. Remataban a los moriscos agonizantes hundiéndoles la cabeza en el lodo, y a los que intentaban escapar gateando los acuchillaban con rabia.

Los supervivientes de los tercios se afanaron en enterrar a sus camaradas caídos antes del anochecer. Los de las milicias concejiles, sin embargo, estaban demasiado ocupados en saquear la villa, acorralando a mujeres y niños y desvalijando las casas.

Peñarroja se acercó con un pellejo de vino y se lo ofreció al capitán.

—Démosle gracias al Señor, en esta ocasión no hemos tenido bajas.

Ramírez alzó la bota con la vista puesta en las negras columnas de humo que se elevaban por encima de los tejados. Cayó en la cuenta de que no había visto a Serrano desde el inicio de la ofensiva.

—¿Por dónde andará el gallego?

Peñarroja echó un vistazo a su alrededor y sacudió la cabeza.

—Ese malandrín estará ampliando su colección de anillos.

Se oyeron unos disparos a lo lejos. Ambos hombres pensaron que los de la retaguardia estaban celebrando el triunfo. Sin embargo, lo que estaba sucediendo era muy diferente. Cumpliendo con las órdenes de Abén Humeya, los hombres de Jerónimo El Maleh, tras un amplio rodeo, caían sobre los soldados catalanes que guardaban el bagaje.

~

Con las primeras detonaciones, Dídac vio caer a Pere Blai y se arrojó a la cuneta del camino. El capitán Birulés se puso a gritar órdenes con la espada apuntando a los asaltantes hasta que, alcanzado por una bala, se desplomó como un muñeco de trapo.

Aprovechando una descarga cerrada de los catalanes que contuvo por un momento la acometida, Matéu se lanzó adelante invocando a sant Vicenç, pero no dio más de cinco pasos

antes de derrumbarse. Menestrell ensartó con su pica al morisco que acababa de matar a su sargento, pero cuando iba a rematarlo un disparo le atravesó la coraza y cayó al suelo aullando de dolor. Dídac hubiera querido asistirlo, pero estaba tan conmocionado que solo acertó a levantar la vista.

Descubrió al arcabucero en el mismo instante en que este reparaba en él. Petrificado, lo vio apoyar la mejilla contra la caja de su arma y cerrar el ojo izquierdo. Una milésima de segundo después, un fogonazo iluminaba el crepúsculo y mil soles acerados le estallaban en la cabeza.

La escaramuza duró menos de quince minutos. Aun así, fue tiempo suficiente para que la cuadrilla de Jerónimo El Maleh aniquilara al destacamento de Birulés.

Uno de los vencedores, que examinaba los cuerpos caídos, reparó en los débiles gorgojeos de Menestrell y, con toda la calma del mundo, le rebanó la garganta con su gumía. Después se inclinó sobre Dídac y lo cogió por los pelos empapados de sangre, dispuesto a repetir la misma operación.

Capítulo 31

Agosto de 1569, sierra de la Alpujarra, reino de Granada

Primero fue la percepción del dolor, inhumano, como si decenas de agujas ardientes se revolvieran en su cabeza. Después llegó la duda. «¿Estoy vivo?».

Quiso averiguar dónde se encontraba, pero los párpados le pesaban como anclas. En su aturdimiento le pareció sentir el filo de un cuchillo en el cuello. Oyó risas y gritos en una lengua desconocida. Cuando consiguió abrir los ojos, la noche era negra, la quemazón seguía atormentándolo y tiritaba de forma incontrolada. Recordó el fogonazo, el tremendo mazazo en la quijada y el hedor de su propia carne achicharrándose. Temiendo lo que iba a descubrir, acercó una mano temblorosa a sus labios y fue como si le clavaran una barra de hierro candente.

A pesar del mareo y de los aguijonazos en el rostro, Dídac se incorporó sobre los codos. Iluminados por la luna llena, vio unos cuerpos pálidos, desnudos como él, esparcidos a su alrededor en posturas grotescas. Consciente de que los autores de aquella brutalidad podían retornar, se aferró a un tronco, pero las piernas no le sostenían. El tembleque regresó. Ahora lo causaba el miedo.

Pasó horas creyendo ver apariciones entre los árboles y sobresaltándose ante cada sonido. Finalmente, de puro agotamiento, se durmió.

Despertó con el piar de los pájaros, que saludaban el nuevo día indiferentes a la matanza. Las punzadas no habían remitido y le costaba mantener la cabeza erguida. Así y todo, decidió alejarse de aquel infierno. Hubiera querido correr, pero la flojera apenas le permitía renquear. Sació su sed en un arroyo y aprovechó para limpiarse la sangre coagulada que le apelmazaba el pelo. Después, con mucho tiento, se salpicó agua sobre la cara. El proyectil había impactado en el mentón, donde seguía incrustado. Un dedo más arriba le habría arrancado los dientes antes de alojarse en el cráneo.

Sintiéndose de nuevo capaz de razonar, evaluó sus opciones. Con la sierra infestada de moriscos, decidió regresar a Adra en lugar de ir en busca del ejército cristiano.

Siguió el cauce del torrente con cuidado de no dejar huellas. A media mañana avistó una cabaña de pastores. Junto a ella, un aprisco y, colgando de una cuerda, ropa al sol. Vio el redil vacío y supuso que el dueño estaba ausente. Aun así, se ocultó a una distancia prudencial. Pasado un momento, arrojó una piedra contra la puerta de la choza y esperó. Como no se produjo movimiento alguno, se atrevió a salir de su escondite, descolgar una camisa y alejarse lo más rápidamente posible.

Al cabo de un rato se detuvo para recuperar el aliento y pasarse la prenda por la cabeza. Escudriñó los sonidos del bosque, pero, además del trino de los pájaros y el canto de las chicharras, solo percibió sus propios jadeos.

A media tarde el estómago le empezó a rugir. Se maldijo por no haber pensado en buscar comida en la choza. Tenía la cara entumecida, pero aunque el malestar seguía presente se había vuelto tolerable. Al doblar por un meandro vio una cruz de piedra asomar por encima de las

copas de los álamos. Creyó haber llegado a zona cristiana, pero su alegría fue de corta duración, porque al acercarse a la ermita un fuerte olor a carroña le embotó los sentidos.

Encontró dos cadáveres en descomposición sobre los peldaños de la entrada y, clavado contra la puerta, un cuerpo calcinado. El ataque no parecía reciente. No obstante, juzgó prudente ocultarse en el interior del templo hasta la noche. El altar estaba volcado y los santos de los frescos untados con excrementos. En el centro de la pequeña nave habían quemado reclinatorios y ornamentos. Dídac vio unas hostias pisoteadas por el suelo y las recogió. Olían a orina, pero no le importó. Iba a llevarse un puñado a la boca cuando sintió una presencia a su espalda.

Una punta afilada le pinchó la piel a la altura de los riñones

—*Girati lentamente, senza fare niente di strano*[9].

El del cuchillo era un joven espigado y de baja estatura, vestido con un jubón como los de los tercios. Al ver el rostro lacerado, su faz tomó el color de la ceniza y sus ojos pugnaron por salirse de las órbitas.

—*Santa Maria della Catena! Un morto, vivo*.

El tipo dejó caer el cuchillo e interpuso la cruz, colgada de su cuello, entre él y la *aparición*.

—¿Muerto yo?

—*Sì, ma non lo sai*[10].

—¿Entonces por qué no estoy en el purgatorio?

—¡Es por la batalla! Las almas deben haber atascado *le porte dell'inferno.*

—Pues mira qué suerte. —Dídac reprimió una carcajada por miedo a abrirse la herida. Después, ya tranquilo, le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Luca di Sorrento.

—Yo soy Dídac Martí, de los catalanes de Antich Sarriera. ¡Y estoy vivo!

El extranjero dejó escapar el aire retenido en su pecho. Tras recoger la daga del suelo, apuntó a la barbilla de su interlocutor.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Los moros atacaron la retaguardia y mataron a todos mis camaradas. A mí debieron darme por muerto.

—Lo siento mucho…

—Y tú ¿cómo has venido a parar aquí?

—Es una larga historia, *catalano.*

—¿No serás un desertor?

—*No, Madonna!* No soy soldado.

—Pues vas vestido como ellos.

—¿Esto? —se señaló el jubón—. Lo gané a los dados. Yo seguía la hueste del marqués en un carro, ya sabes, uno de esos…

—¿De las putas?

Luca asintió. Su cara había enrojecido un tanto.

—Cuando oímos los escopetazos, las mozas corrieron *su per la montagna*, yo en cambio escapé en dirección contraria. Ojalá llegaran a ponerse a salvo.

—No te preocupes, estarán bien —afirmó Dídac, sin creer sus propias palabras—. Sería mejor esperar a la caída de la noche antes de salir, ¿no?

—¡Sí! Mientras tanto, estaremos seguros aquí dentro. Si viniera alguien, sales con una vela encendida ante la *faccia* y lo matas del susto.

Ambos rompieron a reír, pero un latigazo lacerante le quitó a Dídac las ganas de carcajearse.

—*La ferita sembra molto brutta*, si no se hace algo pronto podría gangrenarse.

—¿Algo cómo qué?

—Hay que retirar la bala y cauterizar la carne.

—¿Y quién lo va a hacer? ¿Tú?

—¡No me mires de esa manera! En la cola del ejército *non ci sono solo puttane*. Allí es donde operan los barberos.

Luca encendió un fuego en una esquina resguardada y, mientras la punta de su daga se calentaba en las llamas, entre los dos levantaron el altar. El herido se tendió sobre la superficie de mármol. La pelota de plomo debía de tener un defecto, pues tras fragmentarse una esquirla había quedado incrustada en la quijada.

—*Sentirai male, ma* solo será un par de segundos.

Luca sacó una bota de vino de su talega y le dio de beber al catalán. A continuación, se quitó el jubón y acercó una manga a la boca de su paciente.

—Muerde, pero por lo que más quieras, no grites, si no acudirá toda la morería y el hierro candente nos lo meterán por el culo… ¡a los dos!

Sacó la daga del fuego y esperó a ver el color de la punta pasar del rojo cereza al azul oscuro. Después, inspiró profundamente y hundió la hoja en la herida. Dídac mordió el cuero con furia mientras el olor nauseabundo de la carne quemada le subía por las narices dilatadas.

Luca forcejeó con la bala hasta hacerle perder el conocimiento. Una vez extraído el plomo, limpió las cicatrices con vino y le vendó la barbilla con una tira de su camisa.

~

Al caer la noche, Dídac seguía débil. Aun así, los nuevos compañeros decidieron reemprender la huida.

—*Andiamo a nord*, para unirnos a los nuestros.

Dídac quiso explicarle a Luca que el desenlace de la batalla era incierto y que los monfíes podrían estar dando batidas por la sierra, pero se limitó a negar con el dedo.

—*Ma allora*, ¿qué hacemos?

El catalán fue a contestar, pero el dolor le hizo cerrar la boca. Señaló hacia levante y a continuación hizo la señal de la cruz para que Luca comprendiera que tarde o temprano llegarían a la zona controlada por los cristianos.

—*Va bene*.

Evitaron cortijos y alquerías, bebiendo de las acequias y alimentándose con almendras y frutos silvestres. Faltaba una hora para el amanecer cuando vieron en una era a dos hombres tumbados sobre unos montones de trigo recién segado.

—Quizás sean cristianos —susurró Luca.

Dídac agitó vehementemente la cabeza y siguió caminando. Para él no era cuestión de arriesgarse.

—Aspettami…

—¡No! — El catalán se obligó a hablar—. Otros… alrededores.

Cuando, un rato más tarde, Luca lo alcanzó, llevaba una alpargata en cada mano y una sonrisa triunfal en el rostro.

—*Prendi questo*, irás mejor que descalzo.

Dídac se echó las manos a la cabeza, pensando en lo que podía haber sucedido de despertarse los campesinos. Aun así, tuvo que refrenar el impulso de unirse a la carcajada de su compañero.

Al alba dieron con un río de aguas oscuras que fluía hacia el sur.

—*Questo è il* Andarax. Siguiendo su curso llegaríamos a la ciudad de Almería.

Dídac volvió a sacudir la cabeza.

—Cruzar.

—*Ma, perché*, sigamos por el margen hasta encontrar una vaguada.

—El catalán apuntó con su índice al resplandor que asomaba por detrás de las montañas e hizo comprender a Luca que pronto serían visibles desde cualquier lugar de la sierra.

—¿Y si la corriente es muy honda?

Dídac se paró y miró a su acompañante con el ceño fruncido.

—¿No sabes nadar? —Luca enrojeció.

El catalán se golpeó el pecho con la palma de la mano para hacer comprender que no lo dejaría ahogarse.

Sujetaron las ropas encima de sus cabezas y atravesaron la corriente sin que, en ningún momento, el agua les llegara a la cintura. Llenaron la bota y se tumbaron bajo unos álamos para pasar las horas más calurosas del día al abrigo de los rayos del sol. Sin embargo, las cigarras, los pájaros y las moscas se conjuraron para no dejarlos dormir.

Harto de dar vueltas sobre sí mismo, Dídac pensó en acercarse al cauce con la idea de darse un baño, pero apenas salir de la espesura oteó los alrededores y decidió no exponerse. De vuelta a la sombra, se acomodó con la espalda contra una roca y levantó la venda por encima de la herida. Tras comprobar con la yema de un dedo que se había formado una fina costra, se atrevió a hacer unas muecas con la boca. Luca dio un respingo y se pegó al suelo todo lo que pudo. Un rumor acababa de llamar su atención.

—*Cavalieri!*

Su compañero se había quedado petrificado. Acababa de recordar las pisadas sobre la arena de la margen del río.

—*Porca miseria!* ¡Túmbate!

Al instante, un estruendo de cascos hizo temblar la tierra y los caballos pasaron ante ellos como una exhalación.

—Eran moros, unos veinte —afirmó Luca—. Por suerte, iban al galope.

Temiendo el regreso de los rebeldes, y a pesar de que solo habían descansado unas horas, borraron sus huellas y reemprendieron la marcha, atentos a cualquier señal que pudiera revelar su presencia. Caminaron monte a través bajo un inalterable cielo azul y un sol implacable.

Al final de la tarde avistaron una amplia cuenca abierta a poniente. Convencidos de estar cerca de la salvación, dejaron atrás la zona boscosa y se adentraron en un paisaje teñido de ocre en el que la vegetación escaseaba. Quisieron aprovechar el respiro que les daba la penumbra, pero cuando atravesaban un pedregal cuajado de guijarros y arbustos espinosos Luca se dañó la palma de una mano en una caída. Decidieron quedarse allí mismo para pasar la noche.

—No agua —se quejó Dídac, al ver que su compañero usaba la cantimplora para lavarse la piel lacerada.

—La cantimplora es mía y con ella hago lo que me da la gana —respondió el otro, desabrido.

—Necesitar… más adelante…

—*Maledetto rompipalle!*

Dídac le devolvió una mirada de extrañeza.

—*Niente!* Tienes razón. —Luca dio un trago y le pasó la cantimplora a Dídac. Después, convencidos de llegar pronto a territorio seguro, compartieron el último pedazo de queso y, con los pies doloridos por la larga marcha, se tumbaron para pasar la noche.

Volvieron a salir con los primeros albores de la mañana. Ya no les preocupaba caminar de día, pues en aquella tierra calcinada los únicos seres vivos eran insectos, lagartos y culebras.

No se veía ni una nube en el cielo. La luz era tan intensa que traspasaba la piel de los párpados. Por más que buscaron, no encontraron arroyos o pozas donde rellenar la cantimplora, solo torrenteras secas.

Cuando el sol llegó a su cenit, vencidos por la dureza del terreno y el calor, decidieron cobijarse en una cueva minúscula.

—Esto es como estar metido en una estufa —dijo Luca nada más estirarse sobre su capa. No había dejado de quejarse del estado de sus pies, del viento caliente, de las piedras y del maldito momento en que se le ocurrió venir a aquel lugar abandonado de la mano de Dios—. Ya deberíamos haber llegado a la costa. Estamos andando en círculos…

—Tranquilízate.

—¿Cómo voy a tranquilizarme si no vamos a salir nunca de este *fottuto deserto*?

Harto de las quejas de su compañero y convencido de que no habría manera de hacerlo callar, Dídac decidió formular la pregunta que le rondaba por la cabeza desde el día anterior.

—¿Por qué dejaste tu país?

Luca suspiró sonoramente y recostó la espalda contra la pared de la cueva.

—Nací en Sorrento, *la città più bella del mondo*. El escarlata de sus tejados se mezcla con el azul del mar y desde sus acantilados puedes distinguir la ciudad de Nápoles y el Vesubio.

—¿El Vesubio?

—*È un vulcano*. Una montaña que echa humo. —Dídac se rascó la coronilla, pero optó por callar para no interrumpir de nuevo el relato—. A mi padre no lo llegué a conocer, murió antes de que yo naciera. Era un caballero español, oficial de los tercios. Yo vivía feliz y despreocupado en una bonita casa de piedra situada cerca del puerto. Mi madre alquilaba habitaciones y, como muchos de los huéspedes eran marineros, crecí arropado por historias fascinantes, contadas a la hora de la cena. Mamá se prendó de uno de aquellos aventureros, Filippo, un tipejo sin escrúpulos, que pronto empezó a traer mujerzuelas por casa. *La mia mamma* puso el grito en el cielo, *ma*, con el tiempo, fue aceptando la *situazione*. No solo porque el tipejo le tenía el seso sorbido, sino porque el negocio le permitía unos lujos inalcanzables. Yo me pasaba el día en los muelles, y muy pronto aprendí a buscarme la vida.

Dídac escuchaba con atención, prendido por las palabras de su compañero.

—En una ocasión —siguió diciendo Luca—, en ausencia de Filippo tuve unas palabras con un grumete marsellés, renuente a apoquinar después de holgar con una de las mozas. A pesar de mi juventud, el granuja acabó con la nariz rota y dos dientes menos. El relato de la hazaña corrió entre las *ragazze* y a partir de ese momento me tocó intervenir cada vez que algún bellaco creía poder andar de gallo. A la vuelta de su viaje, Filippo se propuso *rendermi la vita impossibile*, pues yo era un impedimento para apoderarse de las propiedades de mi madre. Por no darle un disgusto a ella, antes de asestarle una puñalada en las asaduras a aquel alcahuete petulante me fui de casa.

»Malviví descrestando gañanes, cortando bolsas, dándole al naipe, y acabé ejerciendo de mozo de mancebía. Poco tiempo después llegó a Sorrento un *capitano* de los tercios y plantó su bandera en el puerto. Por esas casualidades de la vida, me enteré de que, en campaña, por cada

ocho soldados se necesita una *puttana*. Siempre he deseado ir a las Indias, y como el único puerto de salida hacia allí es Sevilla, me dediqué a recabar los documentos necesarios para el salvoconducto. Tres de las mejores pupilas de Filippo decidieron venir conmigo. Una de ellas, que andaba amancebada con un sacerdote, consiguió que me expidiera una cédula *di buona condotta cristiana*. Cuando la flota zarpó con destino a España, las chicas y yo íbamos en una de las naos… —Dando por concluida su historia, Luca sonrió.

Quedó un rato callado, con la mente absorta, contemplando como oscurecía la boca de la cueva. Tras unos instantes, se volvió hacia Dídac.

—*Bene, ora tocca a te raccontarmi la tua storia.*

Dídac no contestó; se había dormido.

~

A la mañana siguiente, el calor seguía siendo sofocante y la cantimplora estaba vacía. Sin embargo, Dídac pudo comprobar que el dolor de su mandíbula había remitido. Como su herida estaba seca, se quitó la venda. Luca di Sorrento se levantó. Sin molestarse en recoger sus cosas, salió a enfrentarse con la luz cegadora.

—*Maledizione!* Ya no aguanto más. Prefiero morir achicharrado aquí fuera que cocerme ahí dentro.

Dídac abandonó el refugio para echar a andar detrás de él.

Consumidos por la sed y sojuzgados por el aire inflamado que les cuarteaba los labios, avanzaron entre lomas arenosas y eriales donde las únicas plantas capaces de sobrevivir eran las retamas y las zarzas. El sol, implacable, pesaba en sus hombros como una losa y los obligaba a caminar cada vez más despacio sobre un suelo ardiente.

En un momento dado, Luca creyó ver un reflejo plateado bajo una piedra. Al levantarla, sintió un pinchazo en el pulgar. Dídac oyó el grito y alcanzó a ver al alacrán, correteando por la arena con el aguijón alzado.

—¡Mátalo! —aulló Luca con el rostro deformado—. Mata a ese *figlio de puttana.*

Dídac aplastó al escorpión. Siguiendo instrucciones del sorrentino, le restregó los restos machacados sobre la picadura, pero la cura no tuvo el efecto deseado. Luca empezó a sudar copiosamente. Un mareo lo forzó a sentarse en el suelo.

—¡Venga! Tenemos que buscar ayuda —sugirió Dídac al cabo de un rato. Lo obligó a ponerse en pie.

Avanzaron casi sin moverse del sitio, avasallados por una luminosidad llameante que les hacía ver reverberaciones sobre la superficie arenosa. De vez en cuando se tenían que parar por culpa de algún espasmo. En una de aquellas ocasiones, el napolitano alzó su cara despellejada y descubrió algo a lo lejos.

—¡Agua! ¡Estamos salvados! —Se soltó de Dídac y renqueó tan deprisa que este no pudo seguirlo. El catalán lo vio arrojar arena al aire y meterse un puñado en la boca—. ¡Déjame beber, *stronzo!* —protestó, cuando Dídac le sujetó las muñecas.

—Cálmate, eso no es agua.

—Suéltame, te lo suplico… —Rompió a llorar.

Dídac le limpió los labios y la boca con un pico de su camisa. Después, le pasó el brazo por los hombros y lo ayudó a sentarse con la espalda contra un peñasco.

Así, el uno al lado del otro, esperaron a que el paisaje se fundiera con las tinieblas. A pesar de la sed atroz, una extraña sensación de paz se fue apoderando de los dos.

—¿Has visto cuántas estrellas hay? —Luca asintió. Las huellas del sufrimiento habían desaparecido de su rostro—. El firmamento parece un tapiz bordado de plata.

—No te sabía poeta, *catalano*. ¿No serás también bujarrón? —La réplica hizo sonreír a Dídac—. Sigues creyendo que vamos a salir de esta, ¿verdad?

—Claro, nos queda una larga vida por delante.

Luca no contestó. Se limitó a quitarse el canutillo de metal que le colgaba del cuello. Al mover el brazo, sintió de nuevo un dolor lacerante. La hinchazón de su mano había aumentado y parecía que la piel se iba a rajar en cualquier momento.

—Aquí dentro están mis documentos de viaje. ¡Quédatelos!

—¿Para qué me los das?

—Te voy a pedir dos favores. El primero es que le hagas llegar a mi madre la noticia de mi suerte…

—Pero…

—¡Déjame seguir! Ahí encontrarás la información para dar con ella. La segunda… —Una tos seca lo obligó a interrumpirse—. No dejes que me devoren las alimañas.

—Cállate por Dios.

—¡Jura que lo harás!

—¡No vamos a morir!

—¡Júramelo! —Dídac asintió—. *Grazie, Gesù*. Cuida de este *catalano* cabezón. Concédele a él la larga vida que me niegas a mí.

Mientras el napolitano, con la vista puesta en el firmamento, continuaba invocando a Dios y a la Virgen, Dídac luchó por no llorar.

Se despertó con el chorro de luz del amanecer y vio que Luca seguía mirando las estrellas. Le colocó una mano temblorosa en el hombro. Al percibir la frialdad de la muerte, se le erizó el vello.

Cerró los párpados de su amigo, le limpió el polvo de la cara y le desenredó el cabello con los dedos. Ayudándose con el tubo de hojalata, cavó una estrecha sepultura y cubrió el cadáver con piedras. Solo entonces se abandonó a un llanto seco.

Había perdido la noción del tiempo y estaba desorientado. Si un reflejo del canuto no le hubiera recordado la promesa por cumplir, el calor habría acabado evaporando los escasos fluidos de sus órganos allí mismo.

Se pasó el cordel del tubo por el cuello. Tras un último saludo a la tumba de Luca, echó a andar.

No se veía ni un árbol en la distancia, tan solo unas irreductibles matas espinosas de color ceniza que sobrevivían entre los guijarros. Aunque eran unas plantas insignificantes, su esperanza renació. Se imaginó bajo una cascada, en primavera, y abrió la boca para sentir el agua pasar por su garganta, pero una tos ronca le robó el aire hasta hacerlo caer de rodillas.

Apoyó las manos en el suelo y se puso a gatear. Al cabo de un rato, los brazos dejaron de sostenerlo.

Después de todo, no debía de ser tan difícil morir. Cerró los ojos, pensando que, cuando los volviera a abrir, estaría en el cielo, junto a sus padres.

Sintió la mano de su madre acariciándole la mejilla y una sonrisa se abrió paso en sus labios cuarteados.

Capítulo 32

Lucainena de las Torres, reino de Granada

Las reticencias iniciales del egipciano en ir a Sorbas quedaron pronto esclarecidas: sus conocimientos metalúrgicos se limitaban a lo que recordaba haber visto hacer a su abuelo. Se perdió algo de tiempo y material en experimentos fallidos, pero pronto resultó evidente que Jorge Leal poseía un talento natural. En cuestión de semanas forjaba un material aceptable, y con el tiempo fue capaz de obtener un acero tenaz y flexible, ideal para fabricar objetos cortantes. Los marchantes empezaron a llegar y, aunque la calidad de los productos se podía mejorar, la clientela era poco exigente y las armas no se quedaban mucho tiempo en las estanterías. Pronto, la necesidad de hierro obligó a Khalíl a desplazarse frecuentemente a Lucainena de las Torres.

Al entrar en la villa minera aquella calurosa mañana de agosto, percibió algo anormal. Las calles estaban vacías y los comercios cerrados. Llamó a varias puertas, pero no obtuvo respuesta. Era como si los habitantes se hubieran volatilizado.

Con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera darle una explicación, decidió subir hasta la mina.

Nada más penetrar en la galería, un anciano encorvado y de aspecto frágil salió de la penumbra blandiendo una lanza.

—¡Alto! ¡Ni un paso más! —Los ojillos del viejo miraron, nerviosos, a la silueta recortada a contraluz—. ¿Quién eres? ¿Qué buscas?

—Vengo a por mineral.

Khalíl apartó la punta del rejón de un manotazo y escudriñó la galería.

—¿Qué haces, insensato? Podría haberte atravesado.

Un muchacho salió de las sombras cojeando. Llevaba una barrena entre las manos.

—Lo conozco, abuelo. Es el que andaba en tratos con el egipciano.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Khalíl.

—Han ido a refugiarse al otro lado de la sierra. Aquí solo quedan los enfermos y los que no estamos en condiciones de caminar.

—Viene el Fajardo —anunció el anciano, como si aquello bastara para explicarlo todo—. ¿No sabes lo que ha ocurrido en Válor?

Khalíl negó con la cabeza.

—Los nuestros han sido derrotados —afirmó el joven —. Aunque, gracias a Alá, Abén Humeya ha logrado escapar. Ha sido una verdadera matanza. El infierno no es nada comparado con el suplicio sufrido por nuestros hermanos allí. Los padres, obligados a ver las obscenidades que les hacían a sus hijas, se arrancaron los ojos. Las mujeres se despeñaron por los terreros con sus críos en brazos para no caer en manos de los infieles—. Khalíl se estremeció al pensar que Rashíd, su hermano, pudiera haberse encontrado en aquel lugar—. ¡A nosotros no nos atraparán vivos! Hemos amontonado pólvora, aceite y ramas verdes en la galería principal. Si nos descubren, le prenderemos fuego.

Khalíl salió de la mina con el rostro ensombrecido. No podía ahuyentar la preocupación por la suerte de su hermano. Rashíd le llevaba trece años. Aunque no compartieran juegos ni confidencias, siempre le había tratado con cariño.

Antes de emprender el camino de vuelta a Sorbas hizo un alto en la fuente para refrescarse y llenar su cantimplora con agua fresca. Al colgarla de la albarda, posó la vista sobre las alforjas vacías y se preguntó que iba a ocurrir con la herrería.

Los rayos del sol caían en vertical, haciendo desaparecer las sombras de los escasos árboles. El calor era sofocante. Nada se oía, excepto el ruido de los cascos y, de fondo, la serenata incesante de las cigarras.

Llevaría recorrida más o menos una legua cuando la mula emitió un rebuzno inhabitual. Escrutó el horizonte en busca de lo que inquietaba al animal. Recortadas contra el cielo, distinguió las siluetas de unos buitres que trazaban amplios círculos.

Siguió su camino, sintiendo curiosidad por lo que atraía a las aves carroñeras. Probablemente, la carcasa de un animal, se dijo, aunque también podía tratarse de una persona malherida. De nuevo, pensó en Rashíd. Un pequeño rodeo lo sacaría de dudas y no supondría un retraso excesivo.

Se adentró en un barranco pedregoso ocupado por una bandada de cuervos que se perseguían unos a otros dando graznidos espeluznantes. Un quebrantahuesos llegó y, aleteando vigorosamente, se posó sobre un bulto con forma humana. La imponente rapaz clavó sus afiladas garras en la presa y giró la cabeza de derecha a izquierda, lista para desgarrarle las carnes con su pico afilado.

A pedradas, Khalíl lo obligó a levantar el vuelo. El cuerpo yacía boca abajo, con la camisa rasgada y la espalda ensangrentada.

Quedó horrorizado al descubrir un rostro cubierto de ampollas y una piel cuarteada como un pergamino viejo. Los pies, las palmas y las rodillas del pobre desgraciado estaban en carne viva. Tenía los ojos abiertos, pero eran más pequeños que las cuencas donde se alojaban y parecían sin vida.

Se disponía a cerrarlos cuando un parpadeo inesperado lo hizo trastabillar.

—*Aigua, si us plau*.

Una vez recuperada la compostura, Khalíl fue a por su cantimplora. Al sentir el agua en los labios, el individuo se aferró al recipiente.

—*Gràcies, Déu meu, gràcies.*

«Un extranjero», pensó Khalíl.

De golpe, cayó en la cuenta de que ese hombre podía haberse enfrentado a Rashíd. En un arrebato, le arrancó la vasija de las manos y le escupió en la cara. Después, con mano temblorosa, sacó su puñal.

—¡Perro sarnoso! ¿Quién te mandaba venir a nuestro país? —aulló, más para darse valor ante lo que se disponía a hacer que por otra cosa.

Dídac no comprendió las palabras, pero la mirada no dejaba lugar a dudas. Reunió fuerzas para apoyarse sobre los codos y clavó sus ojos en los del desconocido.

—Estoy listo —quiso decir en un último acto de gallardía, pero los sonidos se le atascaron en la garganta.

Khalíl se vio inmerso en una tempestad de emociones. El odio que sentía por aquel ser era inmenso, pero se sabía incapaz de matarlo a sangre fría. Se consoló pensando que sus horas estaban contadas y se guardó el cuchillo.

—Él solito se lo ha buscado, iba a morir de todas formas… —se dijo a sí mismo mientras se alejaba—. Habría sido mucho peor para él que lo apresaran los monfíes.

Dídac vio que la silueta se desvanecía, reverberando sobre la arena caliente, y no supo si debía alegrarse.

Apenas Khalíl se hubo alejado unos pasos, los buitres iniciaron un suave descenso en espiral hacia el moribundo.

La visión del cadáver de su hermano Rashíd cubierto de pájaros negros se formó en su mente. Soltó un grito de rabia y tiró de las riendas.

~

Llegaron a Quajalana bien entrada la noche. La intención de Khalíl era ocultar al forastero en el establo para que, una vez recobrada la conciencia, pudiera trasladarse por sus propios medios a territorio seguro. Abrió la cancela del patio sin hacer ruido. Aun así, cuando iba a entrar en el corral apareció su madre.

—¿Quién es? —preguntó Salmà en voz baja.

—Un *ifranŷ*[11]. —La mujer alzó el candil para escrutar las facciones del joven—. Lo he encontrado en el barranco de los lobos.

—¿Por qué lo has traído?

—Está muy mal. Si no hacemos algo, morirá.

—¡No puede quedarse aquí! Como alguien descubra que estás auxiliando a un cristiano… —Khalíl cerró los párpados y se pellizcó el puente de la nariz. Su madre examinaba de nuevo al herido—. Está ardiendo. Tienes que darle mucho de beber y cubrirlo con compresas empapadas en una infusión de hojas de olivo. Después límpiale la herida del rostro con vinagre hervido y aplícale un emplasto de miel. Mañana lávalo con la infusión y embadúrnale las zonas quemadas con aceite. —Su hijo, desconcertado, abrió los brazos—. No te preocupes, te daré todo lo necesario. ¿Adónde vas a llevarlo?

—Aún no lo he pensado.

~

Khalíl no había vuelto a pisar el molino desde el entierro de Calderón. Las ennegrecidas paredes seguían en pie, pero las puertas y ventanas se habían consumido en el incendio, por lo que el único lugar al abrigo de miradas indiscretas era el cuarto de las muelas, situado en la planta inferior.

Sorteó los fragmentos de tejas esparcidos por el suelo y se detuvo frente a los restos de madera carbonizada. Permaneció un momento con la vista perdida, recordando los tiempos en que aquellas ruinas habían sido un hogar feliz. Le pareció oír el vozarrón del manchego y las risitas de Angelina. Pasado un momento, exhaló profundamente y fue a por el cristiano.

La noche resultó interminable. Luchando contra su propio agotamiento, Khalíl atendió a Dídac de la forma sugerida por su madre. Guiado por su instinto de supervivencia, el enfermo salía con regularidad de su letargo y se ponía a delirar. El morisco aprovechaba esos momentos para darle de beber y refrescar los paños.

Por la mañana el extranjero seguía inconsciente, pero ya no ardía de fiebre. Khalíl sacudió la cabeza, satisfecho. Aprovecharía para ir a su casa a por comida. Salió del molino y, al poco, se

topó con dos de sus vecinos, Taufíq Bargah y Nahíd Ben Gualíd.

—¿Lo has oído? —le preguntó Nahíd a modo de saludo.

—¿A qué te refieres?

—¿No vienes de las ruinas del molino?

—¡No! —rechazó Khalíl, súbitamente nervioso—. ¿Por qué?

—Esta noche he escuchado unos lamentos espantosos. Procedían de allí.

—¿Estás seguro?

—Maryam también los ha oído —añadió Nahíd, como si el testimonio de la anciana que se pasaba las horas del día sentada a la puerta de su casa fuera decisivo—. ¡Vayamos y salgamos de dudas!

Taufíq Bargah vio que la faz del muchacho se estremecía y lo retuvo por el brazo.

—Podría ser el alma en pena de Baco. —Nahíd dio un respingo al oir el comentario de Taufíq—. Si quieres, echamos un vistazo, pero pasa tú delante.

—No será necesario. Me habré confundido.

Taufíq vio a Nahíd recular con los ojos fijos en el sendero que conducía a las ruinas y, reprimiendo una sonrisa, volvió a preguntar.

—¿Y Maryam? ¿Ella también se ha equivocado?

—¡Esa que va a saber! —Nahíd se secó el sudor de la frente, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Cuando se hubo marchado, Taufíq se volvió hacia Khalíl con expresión grave.

—No sé a quién escondes ahí dentro, pero ándate con cuidado. No todos son tan necios como ese pobre diablo…

El joven bajó la cabeza y murmuró unas palabras de agradecimiento.

~

Dídac consiguió levantar uno de sus párpados. La estancia estaba en penumbra y no sabía ubicarse. Tampoco recordaba nada de la noche anterior. Paulatinamente, fue acostumbrándose a la oscuridad. En su estado de confusión, creyó hallarse en una mazmorra.

La piel le ardía. Parecía haberse encogido, de tan tensionada que la sentía. Levantó una mano y se tocó la costra pegajosa de la barbilla. Sintió un dolor lacerante. En ese momento oyó un ruido de pasos y se hizo el dormido.

No sirvió de nada, porque el morisco venía dispuesto a interrogarlo.

—¡Despierta! —Dídac sintió una sacudida y abrió los ojos—. ¿Eres militar? —Negó con la cabeza—. ¡Mientes!

Las cuerdas vocales lograron producir una palabra.

—No…

—¡Vienes de Nápoles! Lo pone aquí. —Khalíl agitó el canuto que había tenido que arrancarle de los dedos cuando lo subió a la mula.

—*Soc català* —afirmó, de forma casi inaudible.

—¿Estuviste en Felix? —Dídac le devolvió una mirada confundida—. ¿Dónde te hicieron esa herida?

—En Válor.

El herido sufrió un ataque de tos. Después de darle de beber, el morisco continuó preguntando.

—¿Qué hacías allí?

—Iba con el ejército.

—¡Soldado, pues!

—Fui embarcado a la fuerza.

—¿Has matado a alguien?

—¡No, lo juro por Dios!

—¿De dónde eres?

—Nací al norte del reino… —Se detuvo para deglutir—. En Cataluña.

—¿De quién es esto, entonces? —preguntó, exhibiendo los salvoconductos.

Dídac hubiera querido explicar que pertenecía a un pobre muchacho enterrado en el desierto, pero se limitó a sacudir la cabeza. El morisco arrojó el tubo de lata al suelo y se quedó mirando al cristiano.

—¿Me vas a matar?

—¡Ya basta de pláticas! Aunque no lo merezcas, te he traído de comer.

Lo ayudó a incorporarse y le sostuvo el cuenco mientras sorbía el caldo.

A la mañana siguiente, la fiebre había remitido algo y Dídac fue capaz de sostenerse en pie. Khalíl le hizo entrega de unas ropas remendadas. Mientras el otro se las ponía, sin saber por qué, sintió la necesidad de hablar.

—El lugar en que te encontré estaba bajo control de la gente de Abén Humeya. No puedo arriesgarme a tenerte escondido por más tiempo —Kahlíl vio cómo Dídac dirigía una mirada nerviosa a la puerta—. No te preocupes; a media jornada de marcha, en dirección noreste, llegarás a lugar seguro.

—Gracias… —Khalíl sacudió la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Dídac. ¿Y tú?

—Gabriel.

Ante un desconocido, especialmente si se trataba de un cristiano viejo, los moriscos utilizaban su nombre de bautismo para evitar problemas con la Inquisición.

—¿Eres moro?

Los labios de Khalíl se curvaron, sin llegar a dibujar una sonrisa.

—No. No soy mahometano, si te refieres a eso. Mis antepasados lo fueron. Yo, en cambio, recibí las aguas bautismales, pero mi familia ha habitado aquí desde la noche de los tiempos. Los pobres vivimos y morimos pegados al terruño. Como bestia atada a la noria, no tenemos elección; lo único cambiante son los amos: *rumis*, bereberes y ahora cristianos…

Mientras la luz se iba atenuando, Khalíl le relató a Dídac las injusticias sufridas por su pueblo, sin ahorrarle las monstruosidades cometidas por uno y otro bando en los últimos meses.

Llegado el momento de partir, le dio al catalán un zurrón en donde su madre había metido una rebanada de pan, un trozo de queso y una cebolla.

—No te preocupes, te acompañaré un trecho —dijo al ver el pánico reflejarse en los ojos del cristiano.

Dejaron atrás Quajalana con la luna alumbrándoles el camino. Avanzaron con lentitud, tenían que detenerse a menudo para descansar. Llevarían unas dos horas de marcha cuando, al culminar una pequeña cima, apareció ante ellos el oscuro perfil de una imponente cadena montañosa.

—Desde aquí será un juego de niños llegar a territorio seguro para ti. Camina siempre en dirección a… —Calló. Acababa de reparar en que el valle estaba lleno de innumerables puntos

de luz.

—¿Qué pasa?

—Allí abajo hay un ejército. Vámonos, ¡rápido!

—Espera, quizás sean las tropas del marqués.

—También podría tratarse de la hueste de Abén Humeya.

—De estar en lo cierto, estoy salvado —se resistió Dídac.

—Si estás equivocado, estamos muertos.

El catalán no se dejó convencer.

—Voy a bajar y unirme a ellos —decidió.

—¡Ni hablar! —De súbito, Khalíl sacó la pistola de Calderón, que llevaba escondida entre sus ropas, y apuntó al pecho de su acompañante. Ambos permanecieron inmóviles, midiendo la determinación del otro.

—¡Shhh! —Khalíl aplicó el oído a la senda que ascendía desde el valle.

Apenas habían tenido tiempo de ocultarse tras unos matorrales cuando dos jinetes aparecieron por el camino. Uno de ellos se apeó del caballo y se puso a orinar a escasa distancia de los jóvenes.

Después de intercambiar unas palabras en árabe, los soldados se alejaron, envueltos en carcajadas. Khalíl, que en ningún momento había dejado de apuntarlos, se guardó el arma.

—Gracias —farfulló Dídac—. ¿Has entendido algo?

—Se dirigen a Lubrín. Tenemos que volver sobre nuestros pasos y rodear la sierra por levante.

—¿Tenemos?

—¡Vamos! —Khalíl acababa de darse cuenta de que su suerte estaba ligada a la de su protegido. De apresar al catalán, lo torturarían hasta averiguar quién lo había ayudado. En tal caso, sus días y los de su familia estarían contados.

—¿Por qué se reían?

—Uno le ha dicho al otro que meaba más que su caballo, y este le ha respondido que eso no era lo único que tenía en común con la montura.

Dídac sonrió. Pensó que, fueran de donde fueran, los hombres se divertían con la misma suerte de bromas.

—¿Los habrías matado?

—Sí.

—¡Pero son de los tuyos!

—Era ellos o nosotros. ¿Cómo es tu país? —preguntó Khalíl para cambiar de tema.

—El mar que baña sus costas es idéntico al tuyo, pero la luz es diferente. Cada mañana, decenas de barcas descargan la pesca en la playa. Los montes están cubiertos de bosques atravesados por arroyos cristalinos. Las ardillas saltan de árbol en árbol o corretean por el suelo cubierto de musgo. En los valles, ricos pastos alimentan centenares de ovejas, y los llanos están ocupados por campos de cereales y viñas. En invierno, las cimas se cubren de nieve, y en verano la tramontana nos trae aromas de las montañas al atardecer.

Khalíl sacudió la cabeza con admiración, aunque para él tantas maravillas no podían coincidir en un solo lugar.

—¿Qué te ha llevado a abandonar una tierra tan rica?

—Allí también hay gente ruin y codiciosa, desalmados que no dudan en arruinar la vida de inocentes. —Khalíl se dio cuenta de que el cristiano se esforzaba por mantener la compostura.

Calló.

Ya era de madrugada cuando culminaron el descenso de la sierra y se adentraron en un llano pedregoso.

—Ahí está el río Antas —explicó Khalíl—. Detrás de aquellos cerros encontrarás Vera la Nueva. Allí estarás a salvo.

Dídac se lo quedó mirando y el morisco pudo leer en sus ojos un profundo agradecimiento,

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho por mí?

—No me debes nada, catalán. Cuida tu vida y no la desperdicies.

Dídac sintió el impulso de abrazar a su salvador, pero se limitó a agarrarlo por los brazos. Khalíl hizo lo mismo.

Capítulo 33

Vera, reino de Granada

Dídac se encontró pronto con el río mencionado por Khalíl. A aquellas alturas del verano había quedado reducido a un arroyuelo que serpenteaba por un amplio cauce de grava. Poco después de cruzarlo apercibió las murallas de Vera, recortadas contra el resplandor del amanecer. Atravesó un pequeño arrabal de casuchas de adobe y se unió al gentío que pugnaba por acceder a la villa. No se trataba del flujo habitual de lugareños que se dirigían a sus ocupaciones cotidianas: se veían familias enteras acarreando enseres, arrieros con mulas cargadas de sacos y pastores guiando rebaños de cabras. El catalán quedó atrapado en esa corriente humana que lo empujaba hacia delante.

Llegando a las puertas de la ciudad, se oyó un griterío. El avance se detuvo.

Al cabo de un rato, una pareja con un recién nacido apareció abriéndose paso en sentido contrario a la muchedumbre. La gente se fue apartando con desgana mientras algunos los obsequiaban con comentarios injuriosos. A la altura de Dídac, un aldeano se plantó ante la pareja con los brazos en jarras. El hombre atrajo a su esposa hacia él y, haciendo caso omiso de la provocación, buscó una salida entre la multitud. Dídac se echó a un lado y abrió un hueco por el que la pareja podía escabullirse, pero el campesino no estaba dispuesto a ser burlado. Avanzando unos pasos, le dio a la mujer un empujón que la hizo trastabillar.

—¡Moros del demonio! ¡Idos al infierno, a rezar a Mahoma!

El morisco se volvió y clavó una mirada encendida en el agresor, pero la joven madre tiró de la mano de su esposo.

—Déjalo, vámonos.

—¿Irnos? ¿Adónde y por qué? Somos cristianos y tan españoles como ellos. Si regresamos al pueblo, nos matarán.

—¡Haberlo pensado antes! —El provocador lanzó un escupitajo al rostro de la morisca. Cuando su marido se encaró con él, un par de horcas se alzaron ante su cara. Envalentonado, el labriego cogió a la mujer por el brazo—. Quizás podríamos sacar algo por la hembra y la criatura.

Dídac sintió el pulso golpearle las sienes e intentó dominarse. Pero ya no había manera de apagar la ira que crecía en él. Seguro de arrepentirse por lo que se disponía a hacer, entrecerró los ojos y apretó los puños.

—¡Dejadlos en paz!

Las risas dieron paso a mohines de sorpresa. Después, todo ocurrió muy deprisa. Se oyó una secuencia incoherente de gritos e insultos, y una lluvia de golpes le cayó encima.

~

El regidor ante el que llevaron a Dídac para ser interrogado, un rato después, vestía de negro, a excepción de la golilla medio oculta bajo una barba gris.

—No creerás que me voy a tragar ese cuento de hadas… —comentó cuando el catalán le hubo contado su versión de los hechos—. Tú a mí no me engañas. En el mejor de los casos eres un desertor; en el peor, un traidor a sueldo del reyezuelo.

—No soy ni una cosa ni la otra, señor.

El funcionario pasó por alto el comentario.

—A los espías los ahorcamos sin más. —El detenido tragó saliva—. En cuanto a los desertores, tenemos orden de entregarlos a don Luis Fajardo. En circunstancias normales te daríamos tormento para averiguar a qué categoría de víbora perteneces, pero ahora mismo estamos demasiado ocupados preparándonos contra un posible ataque de tus amigos moros.

El regidor hizo una señal y un guardia ciñó un grillete a las muñecas del prisionero.

—Estáis cometiendo una gran injusticia.

—¡Fuera!

—¡No he hecho nada!

—Lleváoslo de una vez.

Los soldados sacaron a Dídac en volandas y lo condujeron a punta de lanza hasta un cuchitril adosado a la muralla. El catalán estiró los brazos para que le quitaran las ataduras, pero, de un empujón, lo precipitaron al interior de la celda.

La penumbra y el hedor a excrementos sustituyeron el ruido de la calle y el fulgor de la mañana. Por un instante, se forzó a respirar por la boca. Sin embargo, no pudo evitar las náuseas.

Unas risitas le hicieron comprender que no estaba solo en la mazmorra. Tan pronto como sus retinas se adaptaron a la escasa luz, pudo distinguir a dos individuos sentados en el suelo. El primero, de unos treinta años, con el cráneo rapado y el torso cubierto de rizos negros, era enorme. El otro, flaco, tenía el pelo largo y una barba enmarañada.

—A la paz de Dios —saludó.

Los presos intercambiaron unas palabras ininteligibles para Dídac sin quitarle el ojo de encima.

—¿De dónde sois? —preguntó, en un intento de rebajar la tensión.

Sus compañeros de celda se incorporaron y se acercaron a él. Sus miradas sombrías hacían presagiar complicaciones.

—¡Un momento! —Dídac forzó una sonrisa y mostró sus manos vacías—. No llevo nada de valor encima.

El del cráneo rapado se pasó la lengua por los labios mientras el flaco manifestaba su regocijo exponiendo un rosario de dientes podridos. Dídac se echó para atrás hasta que su espalda topó contra la puerta y se puso a gritar pidiendo auxilio.

Antes de que pudiera liberarse las muñecas, el grandote se abalanzó sobre él e intentó aprisionarlo bajo su cuerpo. Dídac se contorsionó e intentó dar un rodillazo a las partes bajas de su agresor, pero seguía debilitado y el otro canalla se aferraba a sus piernas.

Golpeó inútilmente las manos enormes que le atenazaban el cuello. Quiso volver a chillar, pero le faltó el aire. A punto de desmayarse, vio en la mirada de su adversario un ramalazo de lujuria. En un último arranque de rabia, consiguió colarle las manos entre los brazos y le clavó las uñas en la cara.

Rugiendo como una fiera salvaje, el rapado retorció el cuello. Los dedos del catalán resbalaron sobre la piel grasienta y uno de sus pulgares encontró la cuenca de un ojo. Con toda la

fuerza de su desesperación, lo hundió hasta sentir que un líquido tibio y viscoso se derramaba entre sus dedos.

~

Después de separarse de Dídac, Khalíl decidió pasar por Lubrín para visitar a su hermana. Era además la ruta más segura, puesto que ninguna banda de forajidos se atrevería a aventurarse por aquellos parajes en los que el ejército de Abén Humeya seguía acampado.

Descendió por la ladera de un monte cuyos pastos estaban siendo esquilmados por centenares de caballos. Aunque evitó acercarse al mar de tiendas que cubría toda la llanura, le dieron el alto en tres ocasiones para comprobar su identidad. Penetró en la población por la parte baja y, tras refrescarse en el caño del lavadero, subió por la empinada cuesta que conducía a la casa de su hermana.

El marido de Zahra, Plácido, abrió la puerta. Al reconocer a su cuñado, una mueca de aflicción le brotó en el rostro cubierto de cardenales. Khalíl se dio cuenta de que vestía a la morisca, algo inhabitual en él, pero antes de averiguar la razón apareció Zahra con el rostro arrasado por las lágrimas.

Al ver sus ropas blancas de luto, el estómago se le encogió.

—¿Yasmína?

Zahra negó con la cabeza y le abrazó.

—Tu hermano… Rashíd —reveló Plácido—. Él y su partida cayeron en la batalla de Felix.

Khalíl la estrechó hasta hacerle daño.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Cada día llegan nuevas partidas de voluntarios para unirse al ejército de Abén Humeya y el pueblo es un hervidero de noticias. Lo de Rashíd nos lo contaron unos del Ventorrillo que estuvieron con él en Felix. Por lo que dijeron, murió como un héroe.

Zahra se cubrió el rostro y dejó escapar un gemido.

—Pobrecito mi hermano, me lo han matado… Con lo bueno que era.

Khalíl sintió un nudo seco en la garganta. Le hubiera gustado expresar palabras de consuelo, pero no fue capaz de encontrarlas. Esperó a que el llanto de Zahra se consumiera y, forzando una sonrisa, preguntó por su sobrina.

—Está con los abuelos, por su seguridad —respondió su cuñado.

—¿Por su seguridad? No te entiendo, Plácido.

—Esto se ha puesto muy feo. Fui acusado de colaborar con los cristianos. Me escupieron a la cara… —Su cuñado miró al techo, aguantándose las lágrimas—. Me rasgaron las ropas y me golpearon como a un animal. Eran gente del pueblo, personas conocidas a quienes he ayudado en múltiples ocasiones.

—Gracias a Dios, seguimos vivos… —Zahra abrazó a su esposo—. Otros corrieron peor suerte.

Intercambiaron palabras de ánimo. En el momento de despedirse, prometieron volver a encontrarse pronto.

Khalíl llegó de noche a Quajalana y vio a su padre sentado en el zaguán. Durante todo el trayecto no había dejado de pensar en la forma de dar la funesta noticia a sus padres.

—Buenas noches.

Yúsuf lo miró sin mostrar emoción alguna. Su madre apareció por el quicio de la puerta y ahogó un grito.

—¡Hijo mío, estaba tan preocupada por ti! —La mujer percibió la tibieza del abrazo e intuyó que algo andaba mal—. ¿Qué ocurre? —preguntó, separándose de Khalíl.

—Traigo una noticia muy triste.

Salmà se llevó las manos a la boca y dio un paso atrás. No había manera de suavizar el golpe, así que Khalíl habló sin rodeos.

—Rashíd ha muerto.

El muchacho vio que el brillo abandonaba las pupilas de su madre. La agarró justo antes de que las piernas dejaran de sostenerla.

Yúsuf se puso en pie y, renqueando, entró en la casa. Al cabo de un instante, se oyó un aullido animal en el interior de la vivienda.

Contagiado por la pena inconmensurable de sus padres, Khalíl se puso a sollozar.

Capítulo 34

Sorbas, reino de Granada

Una vez restablecido el orden en Sorbas, regresó una falsa sensación de normalidad. Las mozas se atrevieron a bajar al lavadero y se volvieron a ver pandillas de niños jugando por las calles. Al borde del barranco del río Afa, un grupo de zagales se divertía tirando piedras al vacío. Uno de ellos lanzó una de bordes redondeados y, usando sus manos a modo de visera, empezó a contar.

—Uno… dos… tres… cuatro…

Los otros chiquillos, que seguían el pedrusco en su caída, divisaron una polvareda en la distancia. Desentendiéndose del proyectil, salieron corriendo en todas direcciones.

—¡Caballos, caballos!

Al oír los gritos, García El Forai soltó la pleita de esparto que estaba trenzando y cogió la espada que le forjara el egipciano. La mirada suplicante de su esposa no le impidió salir corriendo. Ordenó atrancar las puertas de la villa y, tras salvar de dos en dos los escalones de la muralla, sacó la cabeza entre los merlones para identificar a los jinetes. En ese instante, una decena de jóvenes que bajaban por la calle se pusieron a dar voces.

—¡Armas, queremos armas!

El alguacil no pudo reprimir una mueca de disgusto al ver a Moxarrafe al frente del grupo. Habían pasado varios meses desde su huida y, aunque no se pudo probar su involucración en la muerte de Liberto, estaba seguro de su culpabilidad.

Ignorando el griterío, García El Forai volvió la vista hacia el medio centenar de hombres, entre caballeros e infantes, que se acercaban.

—Son los colores del marqués del Carpio —dijo, al reconocer uno de los estandartes.

—¿Y eso qué cambia? —Moxarrafe había subido al adarve—. Merecen morir.

—¡Oh, lo sé muy bien! Aun así, no nos enfrentaremos a ellos.

—¡Por Alá! El miedo te paraliza…

El Forai cogió a Moxarrafe por la garganta y lo empujó contra la pared de piedra. Su rostro se había transformado en una mueca de odio.

—¡Teneos! —Maese Andrés, el médico, llegó con el rostro ceniciento. Sin detenerse a recuperar el resuello, los separó—. ¿No os da vergüenza? ¡El enemigo está a las puertas de la villa y vosotros peleando como vulgares borrachos!

El alguacil soltó al matón. De ahí en adelante, tendría cuidado de no darle la espalda.

Mientras esto sucedía, los soldados habían salido de la rambla y ascendían hacia el castillo. Preocupado por las correrías de Abén Humeya en las cercanías de su señorío, Fajardo había decidido enviar a las milicias de Lorca para reforzar la guarnición de Vera y a los de Sorbas a defender el acceso al Almanzora.

Ramírez de Arellano no sabía cómo lo iba a recibir la población, pero venía con la firme intención de hacer todo lo necesario para proteger la villa y minimizar el sufrimiento de sus

habitantes.

A unos cien pasos de la entrada, alzó la mano y la columna se detuvo. Dos jinetes se acercaron a él al trote. Uno era don Francisco López de Tamarit, el nuevo sacerdote; el otro, el sargento Juan de Alarcón, de las milicias de Lorca.

—¡Juan! Cuando me adelante a parlamentar, necesitaré protección en este flanco —dijo Ramírez de Arellano señalando al barrio alfarero.

Alarcón asintió y se puso a dar órdenes.

—¡Padre, tened la bondad de aguardar aquí! —le sugirió Ramirez al sacerdote.

—¡Ni hablar! Iré contigo. A pesar de su edad provecta, el aspecto del religioso era impresionante. Alto y fornido, vestía un hábito largo ceñido por un ancho cinturón de cuero del que pendía una espada. Su piel morena mostraba las marcas dejadas por los embates del tiempo y algunas cicatrices más propias de un guerrero que de un siervo de Dios.

—Podríamos caer en una emboscada —insistió el capitán.

—Hijo mío, si el Señor ha decidido llamarme hoy ante él, ¿quiénes somos nosotros para llevarle la contraria?

Ramírez de Arellano se limitó a chasquear la lengua antes de empujar las espuelas contra los flancos de su caballo.

—¿Quién va? —gritó alguien cuando llegaban frente a la puerta.

—Don Pedro Ramírez de Arellano, capitán de la guardia.

—¿Qué guardia? ¿La que se fue con el rabo entre las piernas?

El oficial enrojeció, y no fue de cólera.

—En nombre del marqués del Carpio, ¡abrid! —ordenó, sobreponiéndose a su zozobra.

Se oyeron voces acaloradas al otro lado de la puerta. Al cabo de un rato, con ruidos de cerrojos, uno de los batientes se abrió.

Cuando vio a García El Forai y maese Andrés aparecer, el capitán bajó del caballo, entregó las riendas al religioso y se acercó con la mano extendida.

Ellos mantuvieron las suyas detrás de la espalda.

—¿Qué os trae de nuevo por aquí, capitán? —preguntó el médico, con aires de reproche.

El oficial hubiera querido expresar cuánto sentía haberlos dejado a su suerte, explicar que no había abandonado su puesto por cobardía, sino obedeciendo órdenes. En lugar de eso, enderezó la espalda, alzó el mentón y, desenvainando un palmo de espada, dio un paso al frente.

—¡Sangre de Dios! Dejad paso a la guardia.

El alguacil clavó sus ojos en los de Ramírez de Arellano. La mirada desprovista de odio perforó la coraza con la que trataba de ocultar su vergüenza y, por un instante, se sintió como un niño cuya madre ha descubierto la travesura. Enfundó el acero. Con voz serena, pidió permiso para entrar en la villa.

Recorrieron unas calles sucias, jalonadas de casas en ruinas. Aunque apenas hacía unos meses que se iniciara la guerra, las privaciones y el miedo se habían afianzado en aquella gente que ahora mostraban unas miradas huidizas. Los hombres vestían ropas mil veces remendadas y las mujeres se cubrían con velos deshilachados.

Frente a la iglesia, un puñado de vecinos recibió en silencio a don Francisco López de Tamarit. Se trataba de los cristianos nuevos más devotos, los que, habiendo abrazado la fe católica de corazón, habían padecido quel infierno en mayor grado. El cura descabalgó. Tras sacudirse el polvo del hábito, se volvió hacia los presentes. Trazó en el aire la señal de la cruz y, para sorpresa de todos, habló en árabe.

—*Bárak Alláhu fí-kum*, que Dios os bendiga. —El religioso no esperó a ver cómo sus feligreses se hincaban de rodillas: quedaba demasiado por hacer.

Cruzó la nave de su nueva parroquia y se recogió frente a la pared ennegrecida, en la que todavía se podía distinguir el lugar donde había colgado la cruz. Utilizado como aprisco y letrina durante meses, el templo hedía y las moscas invadían cada rincón. «La tarea va a ser gigantesca, aunque, con la ayuda del Señor nada es imposible», pensó el sacerdote. A continuación, agachó la cabeza y recitó una oración.

Aquella noche, Ramírez oyó de boca de García El Forai el relato de los acontecimientos sucedidos después de su partida. Asimiló, con un mohín áspero, la descripción de las atrocidades sufridas por la población, que con tono grave y palabras llanas el alguacil le fue desgranando.

—Todos vivimos con el temor de que los monfíes vuelvan —afirmó, a modo de conclusión.

—No puedo garantizarte que no lo hagan, pero solo lo conseguirán pasando por encima de mi cadáver. —El capitán estiró la fina cadena que le rodeaba el cuello y besó la cruz de oro que colgaba de ella—. Lo juro ante Cristo crucific…

La voz se le quebró. García El Forai supo que cumpliría su palabra.

Vera, reino de Granada

El peón cogió una piedra de la carreta y, con gesto cansado, la dejó caer al pie del andamio. Se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa y, acto seguido, levantó el botijo para echar un trago de agua, recalentada por el bochorno del mediodía. Los demás braceros se movían lentamente por la estructura de madera, con tablones y capazos de argamasa, sin mostrar mayor diligencia. Desde lo alto del maderamen, uno de los albañiles escuchaba a un viejo que, apoyado en su bastón, ofrecía consejos que nadie le había pedido.

Indiferentes al calor, unos chiquillos llegaron corriendo por las plataformas y, como una banda de estorninos, se colgaron de los travesaños. Exasperado por sus travesuras, el jefe de la obra, que había sido cómitre antes que constructor, hizo crujir su rebenque, el látigo de cáñamo embreado con el que solía castigar a los galeotes, y los ahuyentó. En ese momento una voz sonó a sus espaldas.

—¡Vive Dios! ¡A este ritmo no vamos a acabar nunca!

El capataz se volteó con cara de vinagre. Al reconocer al teniente de alcalde de Vera exhibió su mejor sonrisa.

—¡Buenos días nos dé Dios, don Martín!

El licenciado Martín de Palades no relajó la expresión de su rostro.

—Se me está acabando la paciencia, maese Benito.

—Hago lo que puedo, señoría.

—Por las llagas de san Lázaro, no basta con eso. Como ataquen los moros, nos van a pillar con los calzones bajados.

—Lo siento, pero solo dispongo de un puñado de hombres, y la mitad no sabe distinguir la cal de la arena.

El responsable de la obra no mentía. Los mejores albañiles, todos moriscos, habían huido al principio de la contienda. El teniente de alcalde se mesó la barbilla: era urgente encontrar más personal.

~

El canto del gallo sonó liberador para Dídac. Había pasado la noche en vela, atento a cada movimiento de sus compañeros de celda. Tenía la certeza de que nadie vendría a socorrerlo, pues ni siquiera los aullidos del grandullón habían logrado atraer a los guardianes. Por ello, cuando la puerta del cuchitril se abrió y los sacaron a la calle, sintió un gran alivio.

El cabo de la guardia arqueó una ceja al ver la venda que cubría el ojo del preso de la cabeza rapada y volvió a mirar a Dídac con un mohín de admiración en el semblante. Sabía que los tipos recluidos con él eran unos piratas turcos sin nada que perder, y no había pensado que el nuevo preso fuera capaz de salir ileso tras una noche de encierro con ellos.

Se unieron a otro grupo de cautivos y todos fueron llevados a un cerro cercano donde se alzaban los vestigios de Vera la Vieja, destruida por un terremoto seis décadas antes. Una vez allí, les quitaron las ataduras y los dividieron en dos grupos: por un lado, los cristianos viejos, a los que dieron barras de hierro para derribar las ruinas, y por otro, Dídac y sus compañeros de celda, a quienes encargaron el transporte de los escombros.

Los prisioneros comenzaron a trabajar bajo la atenta supervisión de unos guardianes que no se privaban de repartir amenazas y bastonazos a discreción. Las paredes fueron cayendo, con gran peligro para los que las echaban abajo y los que se afanaban en cargar las piedras. Una carreta iba y venía, sin descanso, entre el cerro y la muralla, transportando los materiales.

Dídac depositó un cascote sobre la plataforma del carromato y se detuvo un instante a mirarse un corte en un dedo. El flaco de los turcos aprovechó para dejar caer un peñasco que, de no haber reaccionado a tiempo, le habría machacado el pie. No contento con ello, su compañero de celda lo señaló y se pasó la uña del pulgar por el cuello.

—¿Qué haces revuelto con esa gentuza? —preguntó el conductor de la carreta, que había sido testigo de la escena—. No pareces moro.

—Será porque no lo soy.

—¡Tú! —ladró uno de los guardias—. Déjate de parloteos y vuelve al trabajo.

El carretero le hizo un guiño y azuzó a sus bueyes.

—Luego me lo cuentas.

Los tres toques de campana que señalaban la hora del Ángelus sonaron entonces. Algunos de los cristianos se hincaron de rodillas para rezar el avemaría. Dídac agachó la cabeza y, controlando de reojo a los otomanos, rogó por la rápida resolución de su caso. Los guardianes repartieron agua y una galleta a los forzados. Después, estos ocuparon los escasos lugares a la sombra y se pusieron a comer.

Dídac mojó el pedazo de pan sin fermentar en el agua. Mientras se reblandecía, arrastró la vista por el paisaje circundante. Reparó en una torrentera que descendía por la ladera y sopesó las posibilidades de alcanzarla sin ser detectado.

—¡Ni se te ocurra!

El vigilante sonrió con exageración y golpeó la culata de su arma con la palma, como diciendo: «Dame una excusa para usar esta».

Acabada la pausa, los reos regresaron al tajo. A Dídac le esperaba una carreta lista para descargar al pie de la obra. Durante el trayecto, volvió a entablar conversación con el conductor. De esa forma, supo del alzamiento de las villas del valle del Almanzora y de la inminencia del ataque del ejército rebelde.

Cuando dieron la orden de retornar a la ciudad, Dídac empezó a reflexionar sobre la mejor forma de defenderse de los turcos, que, sin ninguna duda, irían a por él a la primera cabezada.

Una vez en Vera, en lugar de encerrar a los cautivos en sus celdas los condujeron al pie de un enorme andamio. Allí tuvieron que acarrear el material para los albañiles del turno de noche.

En uno de aquellos ires y venires, un pegote de argamasa fue a caer sobre el hombro del catalán. Sorprendido por su falta de consistencia, se puso unos granos en la punta de la lengua.

—Usan arena de playa —musitó para sí mismo al notar el gusto a sal.

—¿Qué sucede? —preguntaron a su espalda.

Dídac se dio la vuelta y quedó frente a un personaje que, por la distinción de los ropajes, debía de ser alguien importante.

—Nada, señor. —Con disimulo, se limpió los dedos en la pernera de sus calzones.

—¿Qué has notado? —insistió el caballero con una mueca de impaciencia.

—La mezcla…

En ese instante, el capataz llegó corriendo y fulminó a Dídac con la mirada.

—¡Tú, ponte a trabajar! —ladró antes de quitarse el birrete e inclinarse exageradamente ante el alcalde mayor de Vera—. Buenas tardes, don Agustín. ¿Qué se le ofrece?

—Venía a comprobar si con los reos puestos a tu disposición los trabajos avanzan a mayor velocidad.

—A decir verdad, excelencia, esa gentuza crea más molestias que beneficio. Son todos unos vagos, y este negocio requiere mucha maña para un resultado de calidad.

—Mmm, eso es ciert —afirmó don Agustín Méndez Pardo con un retintín en la voz. Acto seguido, susurró algo al oído de uno de sus acompañantes.

El escolta subió a lo alto del andamio, introdujo su daga entre dos sillares recién colocados e hizo palanca. Las piedras se desprendieron sin dificultad.

—¡Cuidado, la argamasa está aún tierna! —advirtió el capataz—. En cuanto esté seca, quedará tan dura como el rabo de un verraco.

El alcalde no rio la gracia. A una señal suya, el del puñal repitió la operación en una hilera donde el mortero estaba seco.

El resultado fue el mismo. Los ojos redondos del encargado de la obra se movieron nerviosos mientras emitía un balbuceo incomprensible. Don Agustín se quedó mirando a aquel hombre corrupto, tratando de decidir si lo hacía arrestar por traición o lo atravesaba allí mismo con su espada. Por suerte para el tal Benito, no disponía de ningún sustituto competente.

—¡Arregla ese desaguisado! —ordenó antes de alejarse, con una mueca que auguraba problemas serios.

—Te vas a arrepentir de esta, ¡hijo de la gran puta! —masculló maese Benito, sus ojos acuchillaron al catalán.

Apenas la comitiva desapareció, el maestro cantero sacó su vergajo y volcó en Dídac toda la ira contenida.

Los prisioneros fueron devueltos a las mazmorras, donde recibieron otro bizcocho y un cuenco de agua. Todos menos el catalán, al que encerraron en una cochiquera ocupada por una cerda preñada.

Dídac estaba tan agotado y magullado que no le quedaron fuerzas para protestar. Justo antes de caer rendido, el animal soltó un chorro de orina a un palmo de su cara. Se tapó con una mano nariz y boca y, satisfecho por pasar la noche en mejor compañía que la anterior, se durmió.

Capítulo 35

Principios de septiembre de 1569, Lubrín, reino de Granada

Abén Humeya reconoció las pisadas enérgicas de su primo, Abdalá Abén Aboo. Aun así, esperó un momento antes de levantar la vista del mapa. Llevaban varias semanas acampados en la vega de Lubrín, incapaces de decidir si debían regresar a la Alpujarra o arrasar el marquesado de los Vélez.

—No podemos seguir en este hoyo —afirmó su lugarteniente—. Ataquemos Vera cuanto antes.

—¡Ni hablar! —El rey de los moriscos golpeó la mesa con el puño. Independientemente del asunto debatido, Abén Aboo tenía la habilidad de sacarlo de sus casillas.

—Permíteme insistir. Esa ciudad es clave para que los barcos de nuestros aliados turcos puedan recalar sin peligro.

El soberano respiró hondo e intentó que la irritación no se percibiera en su voz.

—Antes debemos controlar las rutas entre el río Almanzora y Granada —dijo, apuntando con un dedo ensortijado a un punto de la carta.

—¿Sorbas? Tomarla nos haría perder un tiempo precioso —comentó Abén Aboo, mesándose la tupida barba negra.

—No podemos dejar enemigos a nuestras espaldas.

—¡Ese nido de águilas es inexpugnable! —Se pasó la mano por la cabeza pelada, exasperado por la terquedad de su primo.

—Sus murallas no resistirán los embates de la artillería.

Abén Aboo se disponía a exponer su siguiente argumento cuando el mayordomo del monarca entró en la tienda de mando seguido por un encapuchado de baja estatura. El desconocido se descubrió y avanzó hasta situarse a cinco pasos de su rey. Llevándose la diestra al corazón, hizo una profunda reverencia y esperó a que este le autorizara a hablar. Desde sus tiempos como guía de piratas berberiscos, el Chiqui había progresado mucho. Tras acompañar a varias incursiones en la sierra de Filabres, una vez empezada la contienda había ejercido de espía y enlace entre los generales moriscos.

—¿Qué noticias traes? —preguntó Abén Humeya después de que el mayordomo le explicara de quién se trataba.

—El contingente de Lorca ha abandonado la villa de Sorbas, majestad. Ahora solo queda allí un puñado de soldados.

La faz del monarca se iluminó.

—¿Está nuestra gente preparada? —preguntó.

—Están listos, oh, príncipe de los creyentes. Podemos tomar la plaza como una fruta madura.

—También lo está Vera —insistió Abén Aboo.

El soberano de los moriscos disimuló su enojo. Con un gesto desabrido, despidió al Chiqui. Este salió, seguido por el mayordomo.

—¿Por qué discutes siempre mis órdenes? ¿Debo recordarte quién es el rey? —escupió con rabia en cuanto se quedaron solos.

Antes de contestar, Abén Aboo se acercó tanto a su primo que este pudo verle las venitas rojas del blanco de los ojos.

—Y tú, Hernando, no olvides quién te mantiene la corona sobre la cabeza.

Sorbas, reino de Granada

García El Forai se sobresaltó. Algo en su somnolencia le había advertido de un peligro. Tal vez fuera el chirrido de un gozne o el crujido de una madera.

Se recostó en la cama y aguzó el oído. El ruido de una pisada sobre los guijarros de la calle le confirmó que alguien merodeaba frente a la casa. Bajó del lecho, procurando no despertar a su esposa, y descendió las escaleras sin hacer ruido. Tras acercarse a la entrada, pegó el oído a la puerta.

Todo estaba tan silencioso que resultaba sospechoso. Con el rabillo del ojo vio el pestillo fuera de lugar, pero no tuvo tiempo de reaccionar porque le hundieron un cuchillo en la espalda.

Más sorprendido que dolorido, se revolvió e intentó sujetar la mano asesina, pero una nueva punzada le atravesó el costado. La tercera cuchillada le rajó el vientre. Atónito, miró el tajo y, al percibir el olor de la muerte, sintió pánico. Las paredes empezaron a girar mientras una mancha gris le invadía el campo de visión. Oyó unos gritos de mujer. Su mente le ordenó desdeñar el dolor y luchar, pero las fuerzas le abandonaban junto con el fluido cálido que le chorreaba entre los dedos. Las rodillas cedieron y se fue doblando sobre sí mismo, hasta quedar inmóvil en un charco pegajoso.

El alguacil fue el primero en morir aquella madrugada, aunque pronto siguieron otros: la esposa estrangulada en su propia cama y el sacristán martirizado a fuego en el portal de la iglesia. Al médico no lo mataron, aunque la paliza recibida lo dejó imposibilitado durante varios meses. También fueron a por el herrero, pero como llevaba semanas sin recibir mineral se había marchado en pos de una viuda de Mojácar.

Tras descabezar a las autoridades civiles, Moxarrafe y sus acólitos fueron calle por calle arengando a la población con consignas incendiarias. Pronto lograron que una turba enfurecida asaltara las casas de los cristianos nuevos más devotos y las de aquellos que se habían puesto del lado del orden y la ley.

Se oyó una potente detonación. Por un instante, los amotinados detuvieron su macabra carnicería.

—¡Al castillo! —gritó Moxarrafe. Era el único en conocer el motivo del estampido.

El disparo de la culebrina se llevó la puerta de la villa en un estallido de astillas de madera y clavos de hierro. Envalentonados por la pasividad de los defensores, media docena de guerreros moriscos se lanzaron al ataque, pero antes de llegar a la entrada una descarga de arcabuces los segó como trigo maduro.

Cuando la humareda se disipó, los asaltantes pudieron ver a un puñado de soldados, en pie, delante del portalón destrozado.

Pedro Ramírez de Arellano dio un paso al frente. Tras ajustarse el morrión, separó las piernas y asentó firmemente los pies en el suelo polvoriento. Un oficial a caballo se acercó enarbolando

un estandarte blanco y le ofreció, en un castellano exquisito, la oportunidad de conservar la vida a cambio de entregar la plaza.

—¡Un caballero español nunca se rinde! —replicó Ramírez de Arellano, golpeándose el pecho con el puño—. Deberíais saberlo, pues, aunque equivocado de lealtad, vos también lo sois.

—Solo tenéis una existencia. ¿Por qué malgastarla? —insistió el morisco, aun a sabiendas de que lo hacía en vano.

—Mi honor vale más que mi vida —afirmó el capitán sin pompa, como quien confirma algo obvio.

Jerónimo El Maleh asintió con los labios apretados. Sabía reconocer a un enemigo honorable. Saludó con marcialidad a su contrincante y volvió grupas.

Ramírez de Arellano se dirigió entonces a sus hombres.

—Quien quiera regresar al interior del castillo, que lo haga —dijo, arrastrando la vista por las caras, serias.

La mayoría eran buscavidas de moral relajada, jugadores y borrachos. Vio miedo en sus rostros ajados, y también determinación en las miradas. Le hubiera gustado tener a Peñarroja a su lado, pero en ese momento el sargento y dos soldados iban con el párroco camino de Antas. A sus oídos llegó el rumor sordo de la turba que venía en dirección a la fortaleza. Consciente de que el tiempo se agotaba, chasqueó la lengua.

—Si os quedáis conmigo, pereceréis. —Esperó unos segundos, pero nadie se movió—. Está bien, ¡vendamos caras nuestras vidas!

Enderezó el espinazo, pensando que morir entre aquellos valientes era un privilegio. Se santiguó, desenvainó la espada y, sin mirar atrás, se lanzó a la carrera contra la línea enemiga.

—¡Santiagooo!

El estruendo de las armas engulló el grito de guerra.

~

Aunque no había participado en el asalto, Abén Humeya estaba sucio por la cabalgata y ansiaba tomar un baño caliente antes de echarse a descansar. Pero era consciente de los centenares de ojos puestos en él. Irguiéndose en la silla, pasó revista a los guerreros vencedores. Detrás de ellos, una muchedumbre se agolpaba para ver al afamado rey de los moriscos.

El rostro de Jerónimo El Maleh, sin embargo, no traslucía ninguna alegría. Sus pensamientos estaban con los hombres que los cristianos se habían llevado por delante en su carga desesperada.

Un civil cruzó la barrera de guardias y corrió hacia el monarca. Los cuatro gigantes turcos que no se separaban de él desenfundaron los alfanjes dispuestos a despedazarlo.

—¡Aguardad! —ordenó Abén Humeya cuando vio que el individuo se postraba de hinojos ante su caballo—. Levántate. ¿Quién eres?

—Me llamo Moxarrafe, majestad. Esta victoria se debe en parte a mí.

—Muy nuevo pareces para tanta altivez.

El Chiqui susurró unas palabras al oído del mayordomo de Abén Humeya y este le explicó al rey quién era tan atrevido sujeto.

—¿Dónde están el alcalde y las demás autoridades?

—Me he ocupado de ellos, como se merecían —explicó Moxarrafe con una sonrisa perversa.

Quajalana, reino de Granada

La noticia de la caída de Sorbas no sorprendió a nadie en la aldea. Los cañonazos se percibieron con claridad, y los movimientos de tropas por la rambla, a lo largo de la mañana, confirmaron a los vecinos lo que estaba sucediendo.

—Entonces, estamos salvados —exclamó Nahíd Ben Gualíd cuando Luis Almadaque explicó que la hueste de Abén Humeya había acampado frente al pueblo.

—No sé por qué te alegras —soltó Taufíq—, ese ejército va a ser nuestra ruina.

—No se quedarán mucho tiempo.

—Suman miles de bocas. No tardarán en enviar exploradores para hacerse con suministros.

—Escondamos las provisiones y el ganado —sugirió Almadaque.

Taufíq se pasó la palma por la nuca.

—No va a ser fácil engañarlos. Desvalijan a gente como nosotros a diario. Quizás, si dejáramos algo de grano en las alacenas y unas cabras en los corrales…

—La mula tampoco la podemos ocultar. Cuando vean la noria sospecharán.

La idea se acogió a regañadientes, pero al final nadie encontró una solución mejor. Decidieron enterrar la mitad de las provisiones en un pozo seco y convinieron que Khalíl y Álvaro Almadaque se llevaran el ganado a la sierra. A Maryam y a Juan Axer, sin embargo, no hubo manera de convencerlos de entregar parte de sus víveres.

No hacía ni una hora que los muchachos se habían echado al monte con nueve cabras cuando llegaba a la aldea una carreta entoldada de la que saltaron cuatro hombres armados.

Dos de ellos se dirigieron a la casa de Yúsuf y se metieron en la vivienda. El padre de Khalíl logró ponerse en pie, pero no pudo impedir que registraran todas las habitaciones. Al cabo de un rato, reaparecieron llevando un saco de garbanzos y una orza con aceite.

—¿Dónde tenéis el resto?

—¿Qué resto? —preguntó Salmà.

—¡No te hagas la lista, vieja! Escamotear víveres al rey se castiga con pena de muerte.

—¡Haber venido antes! —contestó ella, sin dejarse intimidar—. Los monfíes se os han adelantado.

Ajenos a lo que sucedía en Quajalana, Khalíl y Álvaro Almadaque llegaron a la linde con Lubrín y dejaron atrás los almendrales de Aldea del Pilar para ascender por el barranco del Chive. Las cabras se descarriaban a menudo, lo que los obligaba a volver sobre sus pasos una y otra vez. Llegaron al refugio de pastores al ocaso y, antes de que se hiciera de noche, tuvieron tiempo de encerrar a los animales en la cueva. Su ubicación, en lo alto de un cerro de difícil acceso, permitía vigilar tres de los cuatro puntos cardinales, y la vegetación circundante bastaría para alimentar al ganado unas semanas.

~

Los muchachos solo se alejaban para recoger forraje y frutos silvestres o para ir a por agua. Tras la puesta del sol soltaban las cabras y, envueltos en sus mantas, se sentaban bajo la luz de la luna a vigilarlas.

Al cabo de siete días, harto de alimentarse de leche, queso, zarzamoras y si había suerte algún higo, Álvaro Almadaque se echó el hatillo al hombro. Sin otra explicación que la de no aguantar más, se despidió.

Poco después de la partida del hijo de Almadaque cayó un chaparrón, uno de esos cortos e intensos típicos de finales de verano que alivia los campos calcinados y saca a miles de caracolillos de sus escondites.

En el horizonte, el disco solar se fue ocultando y el cielo se tiñó de color purpura. El aire estaba limpio. A lo lejos se alcanzaba a ver el mar. Desde la boca de la cueva, Khalíl contempló el ciclo de la naturaleza, tan arrollador e incomprensible para el ser humano. El olor a tierra mojada lo transportó a otro tiempo, cuando todo era sencillo y podía correr por la rambla, libre como el aire. Rememoró los baños en los charcos, la caza de ranas y las luchas con espadas de madera a lomos de caballos imaginarios. Volvió a ver la cara pecosa de Juanillo riendo al viento y a sentir la tristeza del abrazo el día de su partida. Ya sería veterano, o incluso cabo. ¿En qué lugar del mundo debía encontrarse? Entonces recordó la guerra, tan cercana, y la sonrisa se le heló en el rostro.

—¡Nooo! ¡Dios! Ni se te ocurra…

Sorbas, reino de Granada

—*Al-lahu Ákbar*…

La llamada del muecín, silenciada durante casi setenta años, volvía a elevarse por encima de los tejados de Sorbas.

—*Ásh-hadu an lá iláha il-là Al-láh*…[12]

El mayordomo desenrolló la alfombra de rezo y salió del pabellón real. La lujosa tienda, revestida de seda y tapices, estaba amueblada como un palacio. La rodeaban dos cercados concéntricos de cuero repujado, que la guardia personal del monarca patrullaba de forma permanente.

—*Ásh-hadu an lá iláha il-là Al-láh*…

Sabiéndose al abrigo de miradas indiscretas, el rey de los moriscos tomó una copa de vino y, mecido por el hipnótico canto del almuédano, salió al mirador.

—*Ásh-hadu án-na Muhám-madan Rasúl-ul-Láh*…[13]

Un viento tibio le agitó el albornoz de seda y le llevó aromas de tomillo y albahaca. Se quedó mirando las casas que, en la distancia, refulgían a la luz cobriza de la tarde como una cuadrilla de huríes vestidas de oro.

Una extraña sensación le oprimía el corazón. Aquella victoria había sido fácil y aunque la guerra parecía, por fin, inclinarse de su lado, sentía un desasosiego creciente. Los generales se mostraban eficaces en lo militar, pero cada vez más críticos con sus decisiones. No se fiaba de ninguno, y aún menos de Abén Aboo.

Un carraspeo fingido sacó al soberano de sus sombríos pensamientos.

—Majestad, ¡han llegado! —El mayordomo mantuvo la vista al suelo para no ver la copa en la mano de su rey.

Sin abandonar el aire pensativo, y escoltado por sus guardaespaldas, Abén Humeya se dirigió al pabellón que oficiaba de sala de consejo. Al verlo entrar, cesaron los cuchicheos y los oficiales se pusieron en pie.

El monarca le dedicó una mirada de través a su primo. A El Maleh y los demás capitanes los desdeñó, sin más.

En lugar de iniciar la sesión, se sentó en la silla de tijera, regalo del rey de Fez, y permaneció en silencio, con la vista en la entrada de la tienda. Al cabo de un rato, el general Farax Abén Farax hizo su aparición en compañía de un caballero de unos veinticinco años ataviado con vestiduras de viaje. El recién llegado se acercó a Abén Humeya y le besó la mano.

—¿Qué noticias nos traes de África, Abdalá?

El hermano del rey carraspeó antes de contestar. Era un joven bien parecido y de talle fino.

—Majestad, gracias a Alá, cuya pluma escribe el destino y aleja el mal del mundo, el viaje ha sido un éxito…

Abén Humeya, de un gesto de la mano, animó al emisario a abreviar las fórmulas de cortesía.

—El bey de Argel, ‘Ulŷ Alí, agradece de corazón tus presentes. Te manda sus saludos, así como sus deseos de buena salud y prosperidad. Desde el momento de mi llegada fui recibido en la corte con honores de príncipe y tratado con la deferencia debida al embajador de una gran nación. Después de reiterar en tu nombre la disposición a prestar obediencia al emperador de los turcos, nuestro aliado argelino no dejó en ningún momento de mostrar su apoyo más firme a nuestra causa. —El monarca se revolvió impaciente en el asiento. Su hermano entendió que debía ir al grano—. Llegaron correos de Constantinopla que confirmaron la voluntad del sultán de intervenir a nuestro lado. Celebré innumerables encuentros con poderosos jerifes locales y los convencí de contribuir con armas y municiones a nuestra empresa.

Los ojos del caudillo de los moriscos no se despegaban del emisario. Tanta palabrería le irritaba.

—El rey de Fez —continuó este— también nos anima a proseguir la guerra santa y ha prometido su más resoluto socorro.

—¿Cuántos voluntarios has traído? —le interrumpió Abén Humeya, cansado.

—Estamos en época de cosechas y ha sido difícil…

—¿Cuántos?

—Doscientos, aunque en c…

—¿Cuántas galeras van a llegar, y cuándo? —Las preguntas sonaron como latigazos.

—Cinco. Esperan en el puerto de Argel, listas para zarpar en cuanto reciban licencia de Constantinopla.

Abén Humeya se puso en pie.

—¿A qué juegan esos hijos de perra? Malditos sean todos —gritó, con el semblante retorcido.

A continuación, se sirvió una copa de vino y la apuró de un golpe. Abén Aboo miró de reojo a los capitanes. Leyó contrariedad en sus rostros.

—Querido Abdalá, agradezco tus esfuerzos —declaró, forzando una sonrisa—. Estoy seguro de que tus gestiones darán fruto muy pronto y que nuestros aliados cumplirán sus promesas. Retírate y disfruta del merecido descanso después de un viaje tan agotador.

—¿Qué se sabe del marqués de los Vélez? —preguntó a continuación al aire.

Abén Aboo dio un paso al frente.

—Está en la Calahorra, ocupado en reorganizar un ejército que se le descompone por momentos. Ahora mismo solo dispone de los veteranos del tercio de Nápoles, un puñado de bandidos catalanes y varias milicias indisciplinadas.

—¡Bien! Entonces, no se le ocurrirá atacarnos. —El monarca pareció recuperar el buen humor.

—Aquí también es época de cosecha —aseveró Farax Abén Farax, en referencia a los

moriscos que retornaban a sus pueblos para la siega.

Pero Abén Humeya ignoró el comentario.

—¡Ha llegado el momento de pasar a la acción! —Alzó un dedo para silenciar los murmullos—. Lo que debería quitaros el sueño no es la posibilidad de pasar hambre, sino la de perder vuestros hogares para siempre y que vuestras mujeres e hijos acaben sirviendo a amos infieles. Si no hacemos un último sacrificio ahora, con la victoria al alcance de la mano, quizás ninguno de nosotros viva para ver las nieves blanquear, de nuevo, las cimas del Ŷabal Shulayr[14].

Abén Humeya esperó un instante para que sus palabras calaran en los oficiales.

—¡El Randati! —clamó después, imperioso.

El aludido se puso firme.

—¡A sus órdenes, majestad!

—Prepara a tus hombres. Mañana saldréis a levantar Mojácar. Farax, tú te ocuparás de Turre. En cuanto estén aseguradas esas dos plazas, marcharemos contra Vera.

—¡Estáis cometiendo un error, majestad! —Cualquiera habría callado al ver el relámpago que cruzó por los ojos del rey, pero Abén Aboo no se dejó intimidar—. No debemos dividir nuestras fuerzas.

—El general tiene razón. Si… —Jerónimo El Maleh no pudo acabar la frase porque Abén Humeya volcó la mesa de los mapas y vomitó sobre él toda la frustración acumulada.

—¡Cierra tu hocico de perro sarnoso! ¿Crees que matar a cuatro desgraciados a cañonazos te da derecho a llevarme la contraria?

El oficial se quedó pálido como un cadáver.

—Majestad, yo…

—¡Sal de mi vista, antes de que decida hacerte azotar delante de la tropa!

La sangre de El Maleh volvió súbitamente a su cara. Por un instante, luchó con la tentación de saltar sobre el rey y romperle el cuello.

Cuando lo escoltaban fuera de la tienda, sus ojos se cruzaron con los de Abén Aboo, quien, en un gesto de aprobación, bajó los párpados.

Capítulo 36

Vera, reino de Granada

Dídac llevaba dos días encerrado en la porqueriza, asfixiado de calor, compitiendo con la cerda por el agua putrefacta y los desperdicios que, de vez en cuando, arrojaban por un minúsculo ventanuco. Atrapado en aquel cuchitril apestoso, las horas pasaban lentas y decenas de preguntas afloraban en su mente. ¿Cuál había sido su error? ¿Por qué había empezado a abandonarle la suerte? La duda de si hubiese sido mejor quedarse en Mataró no dejaba de torturarlo. Si se hubiera quedado, quizás ya estaría libre, llevando una vida normal. Pero ¿cómo iba a convivir con los responsables de la muerte de su padre? Llegó a la conclusión de que era preferible hospedar chinches y compartir la comida con una cerda de doce arrobas a tener que bajar la cabeza o desviar la mirada al cruzarse con alguno de ellos por la calle.

La mañana del tercer día de su detención, Dídac percibió un alboroto inusitado fuera. Aunque no podía saberlo, la noticia de la toma de Sorbas acababa de llegar a Vera, transformando la preocupación de los habitantes en pánico. Los pobladores del arrabal y familias enteras de campesinos corrían a refugiarse intramuros, creando un caos indescriptible en la ciudad. Centenares de habitantes subieron a la muralla, temiendo ver aparecer al ejército rebelde, mientras los más píos se congregaban en la iglesia. Se colgaron viejos pendones de las torres, se hizo acopio de agua y decenas de voluntarios acarrearon piedras arrojadizas hasta el adarve. Los varones en edad de luchar sacaron las armas que guardaban en los arcones. Los más viejos las empuñaron con el entusiasmo del que se siente revivir, y los jóvenes ilusionados por la oportunidad de demostrar su hombría.

Mientras todo esto sucedía, las máximas autoridades, con el alcalde a la cabeza, recorrían el perímetro amurallado para inspeccionar el estado de las defensas. Con ellos iban el sargento Juan de Alarcón, que acababa de llegar al mando de cuarenta milicianos de Lorca, y el jefe militar de la plaza, el capitán don Antonio Fajardo, que, a pesar de compartir apellido y carácter belicoso con el marqués de los Vélez, no estaba emparentado con él.

—Alarcón, este tramo queda a vuestro cargo —anunció el oficial cuando llegaron al sector de poniente.

El aludido recorrió con la mirada los trescientos pasos de muralla bajo su responsabilidad. Se sorprendió al ver un entramado de madera en la parte exterior, por el que unos individuos harapientos subían piedras y capazos con argamasa.

—¡Cuerpo de Dios! ¿Qué hace ahí eso?

—En esta zona, el muro tiene tan solo cinco varas de altura y tenemos que suplementarl —explicó uno de los regidores presentes, el licenciado Martín de Palades.

—Este andamio es muy peligroso —insistió el sargento—. Al primer avistamiento de enemigos debe destruirse.

Martín de Palades asintió y se echó a un lado para hablar con el capataz de la obra.

—¿Están preparadas las ahumadas? —preguntó el alcalde, don Agustín Méndez Pardo, apuntando con su bastón a la torre levantada en lo alto de un túmulo cercano.

El capitán Fajardo confirmó que las tres atalayas para la comunicación con Lorca estaban listas. En ese momento, un alguacil llegó corriendo por el camino de ronda. Su cara no hacía presagiar nada bueno.

—Señor alcalde, los moriscos de Turre se han alzado y… —el sujeto se interrumpió para recuperar el resuello— Mojácar está sitiada.

~

Aquel domingo, veinticinco de septiembre del año del Señor de 1569, Dídac fue despertado por un concierto de ladridos, como si los perros se hubieran puesto de acuerdo para recibir las primeras luces del alba.

Estiró los brazos entumecidos e inspiró el aire fresco de la mañana. Ante él se extendía la franja de terreno que los zapadores habían despejado entre la muralla a sus espaldas y las casas del arrabal. Tras sacudirse la tierra pegada a la ropa, se alejó todo lo que le permitió la cadena que lo mantenía unido al andamio. Vigilando de reojo a los turcos, se puso a orinar. La diabólica idea de aherrojar a los presos a la estructura de madera para que derribaran los postes en caso de ataque la había tenido maese Benito, el capataz de la obra.

Apenas se había metido el faldón de la camisa en los calzones cuando sonó el primer disparo. El aire se llenó con el eco de los clarines y el griterío de los centinelas. La campana de Nuestra Señora de la Encarnación tocó a rebato y en la atalaya situada frente a la villa los vigías se afanaron en prender la hoguera. En cuestión de minutos, la muralla de Vera se pobló de hombres en armas.

—¡Eh, vosotros! —gritaron desde el camino de ronda, al tiempo que tres hachas caían a sus pies—. ¿Qué esperáis para echar abajo ese artefacto?

Cuando vio que los prisioneros se ponían a golpear las recias jambas, Alarcón se dirigió a sus hombres.

—Mantened el ojo bien abierto. Al primer moro que se asome, me lo atragantáis de plomo.

Dídac vio con preocupación cómo los hachazos del forzudo hacían saltar gruesas astillas. El individuo no dejaba de echarle miradas torvas y comprendió que si este se liberaba mientras él seguía encadenado, no tendría escapatoria.

Pronto empezó a sentir aguijonazos de fatiga en los músculos. Aun así, redobló sus esfuerzos. Lo hizo con tanto ímpetu que la herida de la boca se le volvió a abrir, pero no pudo evitar que el turco derribara su poste antes que él.

Acto seguido, el pirata dirigió la atención de su único ojo hacia Dídac. Hacha en ristre, se fue contra él.

El catalán eludió el primer golpe, pero las cadenas le restringían los movimientos. Al segundo intento, su contrincante le arrancó un jirón de piel del hombro. Al verlo sangrar y entorpecido, el turco consiguió arrinconarlo. Seguro de que estaba a punto de cobrar su venganza, se tomó el tiempo de escupirse en las manos.

Con un requiebro desesperado, Dídac esquivó el hachazo y la hoja de su adversario se incrustó en un travesaño. Quedó trabada apenas el tiempo de un parpadeo, pero le bastó a Dídac para levantar su hacha y descargarla con toda la fuerza de su desesperación sobre la cabeza de su

enemigo. Oyó los huesos del cráneo que se rompían y sintió cómo el hierro afilado se hundía en la sesera del que había estado a punto de ser su verdugo.

El otro turco, que se acababa de liberar, salió corriendo en dirección al arrabal. Algunos de los arcabuceros de Lorca le dispararon, como si se tratara de una liebre, pero ninguno hizo diana.

—¡Alto al fuego! —ladró el sargento Alarcón. Luego se dirigió a Dídac—. Tú, allí abajo, ¡sigue con lo tuyo!

A Dídac le habrían bastado dos o tres golpes certeros para liberarse y hacer caer el andamio, pero seguía conmocionado por la visión del cráneo abierto y los sesos desparramados. No vio a los soldados enemigos reagruparse detrás de las tapias del arrabal ni a los oficiales moriscos que señalaban el andamio. El sargento Alarcón, en cambio, se había percatado. Si los rebeldes se apoderaban de la estructura antes de que fuera destruida sería imposible evitar que la utilizaran para acceder a la muralla.

No iba a permitirlo. Pasó las piernas por encima del parapeto y se descolgó por el maderamen.

—¡Acaba de una puta vez! —aulló en cuanto sus pies tocaron el suelo.

Dídac salió de su aturdimiento. Liberó su hacha de un tirón y arremetió contra el puntal que seguía sosteniendo a la estructura.

Tres soldados moriscos cruzaron a la carrera el terreno despejado entre el arrabal y la muralla. Dando alaridos, se acercaron peligrosamente a los dos cristianos. Aunque dos fueron alcanzados por los disparos de los de Lorca, el último cayó atravesado por la espada de Alarcón cuando apenas estaba a unos pasos de Dídac.

Más asaltantes fueron llegando. Temiendo no ser capaz de mantener al enemigo a raya por mucho más tiempo, el sargento Alarcón desenfundó su daga con la mano izquierda y pegó su espalda a la de Dídac. Este siguió golpeando el poste mientras los arcabuceros de Lorca mantenían a los ballesteros moriscos a raya y el sargento destripaba a cualquiera que se acercara a ellos.

El suelo se estaba volviendo resbaladizo por la sangre de los caídos cuando la estructura se vino abajo.

Desde lo alto de la muralla lanzaron sogas y una lluvia de plomo detuvo a los asaltantes mientras Dídac y Alarcón eran izados hasta el adarve, donde fueron acogidos con sonoros palmetazos y fuertes apretones de mano.

Aún aturdido por lo que acababa de suceder, Dídac vio que maese Benito subía por la escalera de piedra que conducía al camino de ronda. Conversó brevemente con el sargento Alarcón y se cercioró de que el andamio ya no presentaba ningún peligro. Cuando el maestro de obras se disponía a marcharse, reparó en el catalán. Seguía pensando que Dídac era el culpable de que el alcalde descubriera la mala calidad de la obra y se había jurado hacérselo pagar muy caro.

—¿Qué hace este aquí? Es un criminal y debe volver a la cárcel —exigió.

El sargento Alarcón se interpuso. Su cara estaba contraída, como si acabara de tragar algo amargo.

—Este hombre ha arriesgado la vida por nosotros.

Maese Benito vio sangre gotear de la espada del sargento y optó por retirarse, pero antes de abandonar la muralla le dedicó al catalán una mirada asesina.

Alarcón ordenó a dos de sus hombres que llevaran a Dídac a la fragua para liberarle de las cadenas y que le entregaran un estoque a cuenta de los de Lorca.

~

Tan solo habían pasado unos minutos cuando, en el cerro frente a Vera, el portillo de la atalaya voló en pedazos. Tras una breve y desigual lucha, las llamas se extinguieron y la incipiente ahumada acabó dispersada por el viento.

Durante unos instantes no sucedió nada más. Después, dos moriscos aparecieron en lo alto de la torre. Llevaban en sus manos, cogidas por los pelos, las cabezas de los tres últimos defensores. Un clamor recorrió el campo de los atacantes.

Aunque no conocía a los valientes que acababan de sacrificar sus vidas, Alarcón apretó las mandíbulas y juró, en silencio, vengar sus muertes.

Poco después, desde la muralla de Vera los sitiados pudieron ver que los moriscos arrastraban unos cañones hasta la cima del cerro de la atalaya. No eran piezas de gran calibre, pero desde aquella altura podrían hacer mucho daño.

El primer proyectil, corto de pólvora, cayó en el arrabal. El segundo, de menor calibre, superó las murallas y, tras rebotar sobre el empedrado del mercado, se incrustó en la fachada de una casona. El daño no fue mucho, pero el efecto en la moral de los habitantes fue devastador. Una multitud despavorida quiso ampararse detrás de los gruesos muros de la iglesia, pero el templo estaba abarrotado. Los refugiados procedentes de la campiña corrían por las calles, aporreando puertas y gimiendo de pavor. Muchos acabaron por resguardarse debajo de los carros y tenderetes de los comerciantes.

Alarcón ordenó mantener la calma y parapetarse detrás de los merlones.

—El verdadero peligro vendrá por ahí abajo —explicó, apuntando con su espada al arrabal— Ahora bien, mientras nos estén bombardeando, el enemigo no se acercará.

En ese momento llegó un mensajero con un pliego. Después de leerlo, Alarcón llamó a uno de sus hombres y le ordenó cruzar el cerco para dar aviso de la situación a las autoridades de Lorca.

—La suerte de Vera está en tus manos, Paco… —dijo el sargento cuando el soldado volvió subido en su caballo—. Y no dejes que te maten.

Francisco Soler, que tal era el nombre de aquel sujeto delgado y alto como un niño, palmeó el cuello de su corcel.

—Trueno nunca lo permitiría.

Al contrario que su dueño, todo en el animal era magnífico: la estatura, los músculos, la apostura. A un gesto del sargento, los guardias levantaron el rastrillo y abrieron un batiente de la puerta. El jinete saludó a su superior y, después de santiguarse, salió a matacaballo.

Los sitiadores, pendientes de los propios cañonazos, no habían tenido tiempo de cerrar el cerco y no supieron reaccionar cuando Francisco Soler y su caballo pasaron por encima de la barricada, dejándolos con dos palmos de narices.

No fue el único intento de burlar el cerco. En la puerta de Lorca, el mensajero fue derribado por un disparo de arcabuz nada más salir a campo abierto; en la puerta del mar, un jinete consiguió pasar, pero dos saetas que se clavaron en su espalda hacían suponer que el desdichado no llegaría muy lejos.

De vuelta al adarve, Alarcón vio que un escuadrón de caballería acababa de salir en persecución de Soler, el único jinete con posibilidades de llegar a Lorca. Mantuvo las

mandíbulas apretadas hasta perderlo de vista, rogando en silencio a Dios que le concediera éxito en su importante misión.

Dídac regresó de la armería con una espada algo mellada. Un cabo lo asignó a una de las saeteras y le entregó una pértiga con un gancho en la punta.

—Olvídate del estoque, muchacho. La percha es tu única garantía de supervivencia. Si quieres saber cómo funciona, pregúntale a ese —dijo, señalando al soldado apostado en el merlón contiguo.

Los cañones estuvieron toda la mañana escupiendo fuego con gran estruendo y dudosa efectividad. Primero disparaba la pieza de mayor calibre, pero sus bolas de piedra apenas hacían mella en la muralla. Después lo hacía la culebrina, cuyos proyectiles de hierro caían en la ciudad y atravesaban tejados y tapias.

Sobre el mediodía, un nuevo estallido, mucho más violento que los anteriores, atrajo las miradas de ambos bandos. Cuando la nube blanca alrededor del montículo artillado se disipó, decenas de cuerpos desmembrados quedaron a la vista entre las piezas retorcidas del cañón que acababa de reventar.

Un clamor de júbilo recorrió la muralla de Vera.

—Dios está de nuestro lado —musitó Alarcón.

Todavía aturdidos, los servidores de la culebrina contemplaron los cadáveres horriblemente mutilados de sus compañeros. Por suerte para ellos, el talud que separaba los cañones les había salvado la vida.

—¡Banda de inútiles! —ladró el artillero en la lengua de los turcos—. ¡No servís para nada! ¡Como no me hagáis caso, esta pieza también nos reventará en las pelotas! —El otomano cogió una madeja de lana medio chamuscada y la hundió en una tinaja con agua—. ¿Veis esta lanada? —La levantó al aire para mostrarla—. Debéis mojarla después de cada disparo para apagar los rescoldos—. Introdujo el brazo por la boca del cañón—. ¿Lo entendéis, pandilla de berzotas? Porque si no… ¡bum!

El turco gesticuló simulando los efectos de una explosión, pero los moriscos seguían con las caras desencajadas. Furioso por la incapacidad de hacerse entender, arrojó la pelota de lana al suelo y le dio un puntapié a la tina de agua.

Alarcón observaba las idas y venidas del personaje en el campo enemigo. Si no hacían algo para evitarlo, aquella pieza de artillería seguiría castigándolos.

Una idea descabellada cruzó por su mente. Se volvió, buscando a uno de sus hombres.

—¡Eulogio! ¿Aún tienes ese arcabuz para cazar cabras montesas? —El soldado asintió— ¿Ves a aquel tipo?

—¿El del bonete verde?

—Sí. ¿Serías capaz de acertarle desde aquí?

El arcabucero se quitó el morrión y aguzó la vista.

—No creo. De todas formas, la bala no llegaría con la fuerza suficiente para matar a ese hijo de puta.

—¿Y si le metes más pólvora? —Eulogio se rascó la cabeza—. ¿Se puede? ¿Sí o no?

—Hombre… Con la ayuda de Dios, y si no me estalla el cañón en las narices, quizás.

El tirador se humedeció el índice y lo alzó al aire. Después, apoyó el arma en el borde de una almena y, mientras sus compañeros contenían la respiración, apuntó al objetivo.

El disparo fue ensordecedor. Por unos segundos, el humo impidió averiguar a Alarcón si lo que había reventado era el arma del tirador o el cráneo del artillero turco.

~

Abén Humeya iba y venía sobre la pequeña loma donde se alzaba la tienda de mando. El sol estaba alto en el cielo. Según el plan trazado, ya tenían que haber aportillado un lienzo de muralla, pero el bombardeo apenas lo había dañado. Ahora acababan de informarle de que la culebrina había enmudecido: habían matado al artillero.

—¿Nadie más sabe manejar los cañones?

El ayuda de campo bajó la mirada al suelo.

—Majestad, los otomanos eran los únicos capaces de hacerlos funcionar.

El rey de los moriscos cerró los ojos y sacudió la cabeza. Esa batalla se ganaría a punta de lanza. Se ajustó el casco, adornado con una medialuna dorada y, sabiéndose observado, adoptó un porte regio.

Su escudero lo esperaba sujetando de las bridas un brioso semental negro. Subió a él con ayuda de un escabel. Erguido en la silla y con una mano en la cadera, descendió del altozano en dirección al mar de hombres que lo esperaban con sus picas alzadas. Su coraza refulgía al sol y la capa de seda, color turquesa, ondeaba al viento. Le flanqueaban los alabarderos turcos y le seguía un alférez con la bandera blanca de los Omeyas. Medio centenar de jenízaros, cuya única misión era proteger al monarca, cabalgaban detrás. Un aire ardiente levantaba remolinos de polvo, agitaba los pendones y resecaba los labios de los miles de guerreros que, empapados en sudor, aclamaban a su rey con gran algarabía.

Convencido de que nada podría detener aquella formidable hueste, Abén Humeya hinchó el pecho y alzó la mano para pedir silencio.

—¡Escuchadme! Hemos venido hasta aquí para ofrecer esta ciudad corrompida a Alá.

—*Lá háwla wa-lá quwwáta il-là bil-Láh!*[15] —Esperó a que los hombres cesaran de corear el nombre de Dios antes de continuar—. Muchos morirán hoy en esta llanura árida, pero lo harán en defensa de la única fe verdadera.

Abén Humeya hizo avanzar su montura hasta detenerse frente a uno de los oficiales. Leyó en su rostro ansia de entrar en combate y prisa por regar aquella tierra polvorienta de sangre infiel. Un poco más atrás divisó una cara crispada, la de un joven, casi un niño que, aferrado a una alabarda, intentaba controlar el temblor de su cuerpo.

—En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso, ¡que nada os amedrente! —El monarca no despegó la vista del muchacho—. Hoy tendréis el privilegio de convertiros en el brazo ejecutor del Altísimo. Si en el fragor de la batalla os sintierais desfallecer, alzad la mirada al cielo. Él, que todo lo ve, os insuflará su poder celestial y guiará vuestro brazo a la victoria. —Los ojos del chaval brillaron y sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del astil de su lanza—. Honremos al Supremo Hacedor ofreciéndole nuestra sangre. ¡Que vuestras armas, portadoras de la única verdad, abran las puertas del infierno para los infieles!

Muhammad Ben Umayya, último descendiente de la dinastía Omeya, desenvainó su alfanje y apuntó al cielo.

—¡Alá es el más grande! ¡Guerra, guerra!

El grito, repetido por miles de gargantas dispuestas al sacrificio, saltó por encima de las murallas y retumbó entre las paredes de Vera. Dídac sintió un escalofrío y miró disimuladamente a sus compañeros. Parecían tan acongojados como él.

Entonces, a lo largo del perímetro defensivo, los oficiales empezaron a ladrar órdenes. Todos echaron manos a sus armas.

Alarcón se asomó por el parapeto e intentó anticiparse a la ululante marea humana que se les venía encima. Vio que los infantes moriscos se adentraban en los callejones del arrabal mientras los ballesteros se quedaban atrás, formando una línea, y supo lo que vendría a continuación.

—¡Todos a cubierto! —aulló, justo antes de que el zumbido de una nube de virotes cubriera su voz.

La mayor parte de los proyectiles se estrellaron contra los merlones. Sin embargo, el joven que había enseñado a Dídac el manejo de la pértiga recibió una saeta en el pecho y se desplomó. Quiso ayudarlo, pero otro camarada lo retuvo del brazo.

—Déjalo. No puedes hacer nada por él.

En cuanto el diluvio de proyectiles cesó, los moriscos salieron a la carrera del arrabal. El sargento Alarcón ordenó que los arcabuceros ocuparan sus posiciones y esperaran sus órdenes. Leyó en los rostros la ansiedad previa al combate, esa que incita a los soldados a actuar con precipitación aun a costa de sus propias vidas.

—Apuntad a los de las escalas, pero no disparéis todavía. Al que se adelante, lo cuelgo por los cojones.

Alarcón sostuvo su espada en el aire.

«¿Qué espera para dar la orden?», pensó Dídac, tratando de ignorar el calambre que le atenazaba el vientre.

—¡Fuego!

La cerrada descarga de arcabuces diezmó a los atacantes. Aun así, los supervivientes no se amedrentaron y, enrabiados, siguieron corriendo. Mientras los cristianos recargaban sus armas, los proyectiles del enemigo obligaron a los defensores a parapetarse de nuevo.

Dídac oyó un golpe metálico contra la piedra. A pesar del peligro, sacó la cabeza entre dos merlones. La sangre se le heló en las venas al ver una jauría de asaltantes trepar hacia él.

Sus compañeros descargaron un alud de rocas que partió escudos, yelmos y cráneos. Con todo, las piedras se acabaron pronto, y una nueva oleada de rebeldes tomó el relevo. La cadencia de tiro de los arcabuceros era demasiado lenta para tantos adversarios. Pronto se verían sumergidos.

Apoyó nerviosamente el gancho de su pértiga en la escala que acababa de golpear su almena y sintió la tentación de empujar.

—¡Esperad a que esos hijos de Satanás estén arriba antes usar las pértigas! —Alarcón sabía que, en esa fase de la batalla, la victoria dependería de la sangre fría de sus hombres.

Dídac miró de nuevo hacia abajo. El morisco que ascendía en primer lugar estaba ya tan cerca que pudo distinguir su rostro enrojecido.

Entonces llegó la orden.

—¡Ahora!

Empujó con todas sus fuerzas, pero la pértiga le resbaló de las manos. Intentó volver a afianzarla, pero el morisco ya saltaba entre dos merlones. Petrificado, lo vio desenvainar su alfanje.

De súbito, alguien se interpuso entre ambos. El sargento Alarcón ensartó al morisco con su espada y lo despeñó de un empellón.

—¡Empuja, catalán, maldita sea tu estampa!

Con un alarido animal, Dídac hizo bascular la escala. Un racimo de cuerpos se precipitó al

pie de la muralla.

Se dio la vuelta para agradecer la intervención a su salvador, pero aquí y allá los moriscos superaban las defensas y el aire se llenó con el ruido del acero entrechocando y el estruendo de los disparos. El catalán dejó caer la pértiga, que ya no era de ninguna utilidad, y desenfundó su espada.

Sintiendo que se aproximaba el momento de la verdad, Alarcón se puso a gritar.

—¡Resistid! ¡Por Santiago!

—¡Por Santiago! —repitieron los de Lorca. Con ánimo renovado, se pusieron a repartir mandobles a derecha e izquierda.

Dídac se lanzó a la trifulca con la certeza de que iba a morir. Ese pensamiento, en lugar de paralizarlo, multiplicó su determinación.

El enemigo fue perdiendo el ímpetu inicial. Aunque nadie podía saber todavía de qué lado se iba a inclinar la balanza, el empuje morisco empezó a vacilar. Los hombres de Alarcón lograron tomar el control de la situación. Poco a poco, los asaltantes comenzaron a retroceder, dejando tras ellos decenas de cadáveres.

Gritos de victoria resonaron a lo largo del perímetro defensivo. El sargento Alarcón, en cambio, no se hacía ilusiones: se enfrentaban a un ejército numeroso, y, por la fiereza de aquel primer asalto, lo formaban soldados experimentados y valerosos.

Dídac se pasó la manga de la camisa por la cara ennegrecida y se dio cuenta de que tenía la mano cubierta de sangre. Con cierta aprensión, se examinó el cuello, las extremidades y el torso. No encontró heridas, aparte de la del hombro y decenas de moratones.

Ancianos, mujeres y niños se volcaron en ayudar a los combatientes subiendo baldes de agua y piedras al adarve. Dentro de la iglesia, se rezaba fervorosamente suplicando la ayuda del Todopoderoso y se entonaban sin descanso cantos llenos de devoción, mientras dos curas, con las sotanas manchadas de sangre, iban de un lado al otro ungiendo con óleo sagrado a los moribundos.

Sonaron unos cuernos. Tres caballeros salieron del campamento morisco con una bandera blanca. Después de unas tensas discusiones, los notables de Vera decidieron rechazar la oferta de Abén Humeya, que consistía en perdonar la vida a los defensores a cambio de entregar la ciudad antes del ocaso.

~

En la muralla reinaba la quietud. El aire estaba inmóvil y el calor era sofocante. Los soldados afilaban sus armas en silencio, con semblantes graves. Una campana empezó a tañer llamando a la oración, y todos, civiles y militares, hincaron una rodilla en tierra. El bisbiseo de los rezos llenó el patio de armas, creando un ambiente casi irreal. Por la mañana, debido a lo súbito del ataque, nadie había tenido tiempo de sentir miedo, pero ya no era así. Varios capellanes iban de compañía en compañía sin poder dar abasto, pues todos querían ponerse en gracia de Dios antes de que las hostilidades reemprendieran.

Dídac, poseído por un profundo desasosiego, también se puso en fila y recibió la absolución de sus pecados. Al regresar a su puesto en el adarve vio que Alarcón oteaba el horizonte.

—¿Qué pasará ahora, sargento?

—Es muy sencillo: ellos atacarán y nosotros nos defenderemos. —Ante la cara de perplejidad del catalán, añadió una aclaración inapelable—. ¡Los que queden vivos, ganan!

~

En el campamento morisco, la actividad era frenética. Ofendido por la respuesta de los cristianos, que incluía palabras como llave de la villa y trasero, Abén Humeya decidió aplastarlos con la superioridad numérica de su ejército. Para ello, lanzaría todas las fuerzas en una ofensiva que debía ser final, y él mismo encabezaría la hueste.

—¡Ya vienen! —La voz se extendió por la ciudad como una mancha de aceite—. ¡Ya vienen!

Gritos de horror volvieron a sonar por los callejones. Mientras los soldados retornaban a sus puestos, las madres metieron a sus hijos en volandas en las casas. Los ancianos y muchachos, que hacían acopio de las rocas caídas en los fosos, volvieron a cruzar a toda prisa las puertas de Vera.

Dídac recuperó la pértiga. Las tripas se le retorcieron al percibir el estruendo de los tambores de guerra. La tierra empezó a temblar bajo los cascos de la caballería morisca que venía al galope, levantando una enorme nube de polvo. Llegando al pie de la muralla, los jinetes volvieron grupas y su lugar fue tomado por cuadrillas de ballesteros.

Amparados por la densa polvareda, centenares de infantes se encaramaron a las escalas sin que nadie pudiera oponer una seria resistencia. Pronto, el adarve se llenó de asaltantes.

Dídac se enfrentó a un desconocido que miraba la punta de acero apoyada contra su vientre. Ambos se quedaron quietos: el catalán, incapaz de culminar la estocada; su adversario, paralizado por el miedo.

El morisco fue el primero en moverse. Dídac, en un acto reflejo, estiró el brazo. Se sorprendió de la facilidad con que la hoja penetraba en la carne y, aún más, del alarido infantil de su contrincante al verse traspasado.

Desesperado por sustraerse de la mirada delirante de su víctima, volvió a clavar el estoque. Así y todo, el tipo siguió en pie, invocando a su madre a gritos, hasta que, al esquivar una tercera cuchillada dio un paso en falso y cayó al vacío.

Dídac sintió que le succionaban el aire de los pulmones. Se vio en la necesidad de apoyarse contra el muro, pero la batalla se había convertido en una lucha cuerpo a cuerpo y no tuvo más remedio que tirar de hierro para seguir viviendo.

Los sitiadores cargaron una y otra vez con valor y empeño. Varias veces estuvieron a punto de superar a los cristianos. No obstante, en cada ocasión tropezaron con una resistencia testaruda.

El ímpetu de las acometidas moriscas fue menguando. Los sitiados empezaron a creer en la posibilidad de contener al enemigo, y esa simple idea duplicó su tenacidad.

Hacia el final de la tarde, unos toques llamaron a retreta y los moriscos se replegaron.

~

Abén Humeya apartó de un manotazo la cortina de la tienda de mando y se dejó caer en la silla de campaña. Tenía el pelo apelmazado por el sudor, la capa hecha jirones y los calzones manchados por los espumarajos de su caballo.

—¡Vino!

Detrás de él entraron los guardaespaldas, Abén Aboo y otros dos capitanes, pero ya hacía tiempo que no le importaba que lo vieran bebiendo.

—¿Por qué has detenido el ataque? —Los ojos de su lugarteniente echaban fuego.

El mayordomo llegó con una copa y el rey de los moriscos se tomó el tiempo de apurarla antes de contestar.

—El sol se está poniendo y no habéis sido capaces de penetrar las defensas.

—Teníamos la victoria al alcance de la mano.

—Se acercan tropas cristianas por el norte.

Abén Aboo no pudo ocultar su sorpresa.

—No pueden ser los de Lorca —afirmó, tras reflexionar un instante—. Aunque hubieran visto la ahumada, no hay forma de recorrer doce leguas en seis horas.

—¿Y si hubiesen salido antes de que iniciáramos el ataque?

Esa posibilidad hizo dudar a su primo. Ambos ignoraban que los jinetes avistados por los exploradores eran unos caballeros de la villa de Cuevas del Marqués que se hallaban en persecución de una partida de ladrones de ganado.

—No podemos arriesgarnos a quedar atrapados entre dos huestes —argumentó Abén Humeya.

—Permíteme recordarte tus propias palabras: «Es imprescindible hacernos con un puerto de mar». No deberíamos desperdiciar esta oportunidad. Quizás no vuelva a repetirse…

—¡Nos retiramos!

—Es un error, ¡por Alá! ¿No te das cuenta? —exclamó, furioso, Abén Aboo.

—¡La decisión está tomada!

El rostro del general se tiñó de rojo.

—¡Maldito seas! ¡Vas a ser el causante de nuestra ruina!

Los guardaespaldas, pillados por sorpresa, no pudieron evitar que Abén Aboo agarrara al monarca por el gaznate. Tuvieron que golpearlo para hacerle soltar la presa.

—¿Cómo te atreves a ponerme las manos encima? —Abén Humeya sacó su daga y la puso en el cuello de su primo.

—Mátame ahora mismo, porque si no lo haces no vivirás para ver la victoria.

—¿Cómo osas? —El rey de los moriscos hincó la punta hasta hacer sangre, pero no acabó de hundirla—. ¡Lleváoslo fuera de mi vista! —ordenó, con las venas del cuello a punto de reventar. Como si el puñal quemara, lo arrojó al suelo.

Aún no lo sabía, pero se arrepentiría de cada una de las decisiones tomadas aquel día, sobre todo de la última.

~

—¡Por san Clemente! ¡Los moros se van! —gritó alguien.

—¡Bendito sea Jesús y su madre María! —empezaron a corear otros.

Incrédulo, Alarcón se inclinó sobre el pretil y oteó el horizonte hasta convencerse de que la hueste de Abén Humeya levantaba el sitio. Atraídos por el tañido de las campanas, la gente salió de las casas, vacilando entre el temor y la esperanza. Pronto el optimismo fue tomando las calles y una inenarrable sensación de alivio recorrió toda la ciudad.

Se produjeron apasionadas discusiones entre los oficiales partidarios de perseguir al enemigo y los que temían caer en una trampa. Hubo quien sugirió mandar a un puñado de encamisados para, amparándose en la oscuridad, asesinar al mismísimo rey de los moriscos. Al final se decidió enviar un pequeño destacamento de caballería con la misión de vigilar al ejército en retirada.

Pronto, la noche cubrió la tierra con su manto de quietud, ocultando a los perros que merodeaban entre los cadáveres, los enjambres de moscas que revoloteaban encima de los charcos de sangre y las ratas que se disponían a darse un festín. Se encendieron hogueras por todo el perímetro amurallado y se doblaron las guardias, por si a los rebeldes se les ocurría volver. En los hospitales improvisados, los quejidos de los heridos y los llantos de los moribundos eran estremecedores. Los cirujanos, sus ayudantes y los capellanes iban de aquí para allá, sin saber muy bien qué hacer aparte de aplicar ungüentos, dar consuelo o administrar extremaunciones.

Dídac se acurrucó en un rincón. El ardor guerrero se había volatilizado y el miedo, tan presente a lo largo de la jornada, parecía tomarse un respiro. Vacío de emociones y desmadejado por la fatiga, hundió la cabeza entre los hombros y se quedó dormido.

Vera se liberaba de las tinieblas cuando las primeras luces del alba revelaron en el horizonte una enorme nube de polvo.

—¡Alarma! —gritó el primer centinela que reparó en ella.

Los defensores se agolparon en las almenas, intentando distinguir los estandartes. Aquella partida estaba a punto de terminar, y si el ejército que se acercaba era el de Abén Humeya ya no quedaban posibilidades de ganarla.

—Vuelven para acabar el trabajo —musitó Dídac.

Una avanzadilla se separó del grueso de la hueste y se lanzó al galope en dirección a la ciudad. Alarcón, que era hombre de pocas palabras, chasqueó la lengua y deseó que, llegado el momento, Dios le permitiera morir en pie y con la espada en la mano.

—¡Son los de Lorca! —gritó alguien al reconocer el color carmesí de la bandera.

Mientras los soldados, con ruidosas muestras de alegría, se abrazaban los unos a los otros dándose fuertes manotazos en las espaldas, el sargento puso una rodilla en tierra y le dio gracias al Señor por haberlo mantenido con vida a él y a muchos de los suyos.

Las puertas de Vera se abrieron de par en par para dar paso al capitán Juan Fernández Menchirón y a los ochenta caballeros que lo acompañaban. Venían cubiertos de polvo y manchados por el sudor de las monturas. Eso no impidió al gentío, que había acudido a verlos de cerca, arrollar a las autoridades que salieron a recibirlos, en un confuso alboroto de lágrimas, gritos y abrazos fraternales.

Alarcón se movió entre la gente hasta encontrar la cara que andaba buscando.

—Me alegro de verte, Paco.

—Yo más, señor —respondió Francisco Soler, el mensajero que había salido a matacaballo a avisar a los de Lorca.

—¿Trueno? —preguntó el sargento, al no reconocer el corcel que Soler llevaba de la rienda.

—Reventó de cansancio en la cuesta del castillo de Lorca.

—Era un buen caballo.

—¡El mejor!

Al mediodía, tras catorce horas de marcha, y aclamados por una muchedumbre agradecida, ochocientos infantes lorquinos entraban en Vera. Siguieron emotivos parlamentos con alabanzas a la heroica resistencia de los sitiados. Se agradeció la «inquebrantable amistad de la ciudad vecina» y se prometió recordar para siempre aquel día de san Cleofás, en el que «Dios ha tenido a bien conceder tan importante victoria sobre los herejes».

Los clérigos entonaron el tedeum y se celebró una multitudinaria misa de acción de gracias. Muchos de los pobladores de Vera eran naturales de Lorca y mantenían lazos afectivos con su

lugar de origen.

Acabada la ceremonia religiosa, el orden de la hueste se deshizo y los soldados fueron en busca de sus familiares y conocidos. A continuación, los notables de la ciudad agasajaron a los oficiales con un almuerzo que, dadas las circunstancias, fue frugal. Los combatientes, sin embargo, no disfrutaron de ningún festejo, pues los centenares de muertos de uno y otro bando debían ser enterrados sin demora.

Dídac y un camarada levantaron un cadáver y lo balancearon un par de veces antes de dejarlo caer sobre el desordenado montón de cuerpos que llenaban la fosa. A medida que la mañana avanzaba, el hedor a muerte se volvía insoportable. El catalán se ajustó el pañuelo sobre la nariz y agarró los tobillos del siguiente caído. Seguía vivo, porque al intentar alzarlo emitió un quejido.

Horrorizado, lo soltó. Su compañero, en cambio, no pestañeó. Tras comprobar que el moribundo vestía a la morisca, le sajó la garganta.

Dídac sintió deseos de golpear al verdugo, pero solo acertó a alejarse con pasos inseguros. En las últimas veinticuatro horas había matado y él mismo había estado muy cerca de reunirse con el Creador. Si la batalla hubiese acabado de otra forma, quien estaría pudriéndose en una fosa sería él.

Sintió que algo se rompía en su interior. Una sensación amarga le invadió las entrañas. Se llevó ambas manos a la cabeza. Sollozando, se dejó caer al suelo.

Desde lo alto de la muralla, Alarcón fue testigo de la escena. Sabía por lo que estaba pasando el catalán. Él mismo, a pesar de los años, seguía padeciendo las contradictorias sensaciones de sobrevivir al combate, una experiencia brutal que a nadie dejaba indiferente y de la que muchos no se recuperaban nunca.

Capítulo 37

Octubre de 1569, Quajalana, reino de Granada

El fallido asalto a Vera representó un importante traspié en la estrategia de Abén Humeya. La carencia de un puerto sobre el Mediterráneo para el desembarco de los refuerzos significaba la prolongación de la guerra y del padecimiento de su pueblo. En Sorbas y otras muchas villas, la población se echó a la calle implorando la intervención divina.

En Quajalana, los vecinos, con las alacenas vacías, bregaban para arrancar frutos de unos terrenos casi yermos y no tenían ni tiempo ni ganas de demostrar su fervor religioso. En el fondo les daba igual quién saliera victorioso de la contienda, con tal de que acabara cuanto antes.

Durante las tres semanas pasadas con las cabras en lo alto del barranco del Chive, Khalíl tuvo mucho tiempo para pensar. Llegó a la conclusión de que, en cuanto la guerra acabara, los marchantes de seda volverían y quien hubiera sido capaz de criar gusanos podría sacar un beneficio importante.

Aquella luminosa mañana de octubre, cuando se acercaba al bancal de las moreras, le sorprendió ver las dos cabras de Nahíd Ben Gualíd entre los arbustos. Se revolvió buscando a su dueño y lo localizó sentado sobre una piedra con la cabeza hundida en los hombros.

—¿No ves dónde están tus cabras? Sácalas de ahí.

—¿Para qué?

—¿Cómo? Si mi padre se entera de esto, te mata.

—¡Qué más da!

Khalíl vio que los famélicos animales se alzaban sobre las patas traseras para arrancar los tallos más tiernos. Agarró a Nahíd por la pechera.

—Mátame, si eso te alivia. A mí ya todo me da igual. —La voz se le quebró y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas ajadas.

Khalíl aflojó la presión de los dedos. Cuando se alejaba con los labios apretados, los chasquidos de las ramas que se tronchaban cubrieron los sollozos de Nahíd.

Al saber lo ocurrido, los vecinos se escandalizaron. Para ellos, esa acción era un crimen tan grave como mover un mojón o quebrar una acequia.

—¿Por qué no le rompiste la cabeza? —inquirió Hernando El Lorquí.

Khalíl alzó los hombros. Su padre le hizo la misma pregunta antes de salir a la calle, renqueando, con un cuchillo en la mano. Por fortuna, Taufíq logró que depusiera su actitud antes de que encontrara al blanco de su ira.

—Mis moreras también fueron destrozadas ayer… —informó Luis Almadaque con voz neutra.

—¿Y te quedas tan tranquilo? Si ese malnacido me hace lo mismo, lo rajo —amenazó El Lorquí.

—Acaba de enterrar a su primogénito. La leche es lo único que le queda para alimentar a sus hijos…

Todos enmudecieron.

20 de octubre de 1569, La Alpujarra, reino de Granada

Después del vergonzoso fracaso de Vera, Abén Humeya, presionado por su Estado Mayor, cedió el mando de la hueste a su lugarteniente y fue a refugiarse a la villa de Laujar de Andarax. Allí, rodeado por unas reducidas tropas cuya única misión era cuidar de su seguridad, pasaba las horas solazándose con las damas de su séquito sin dejar de lamentarse por la bajeza de sus consejeros.

Se había metido en la contienda buscando poder y honores, pero los derroteros del conflicto lo superaban. Al principio había sido como protagonizar una apasionante obra de teatro con final victorioso, pero nada lo había preparado para la inimaginable crueldad de la guerra: la destrucción, el hambre, las ejecuciones de mujeres, ancianos y niños, la fetidez de las pilas de cadáveres. Lo más doloroso para él era la deslealtad de los suyos. Llevaba semanas sospechando que los generales conspiraban con los africanos y el sultán para acabar con su mando, pero no sabía cómo enfrentarse a tal amenaza. Educado conforme al catecismo católico, no se sentía atraído por los preceptos de Mahoma. Al verse rodeado por tanta muerte, empezó a preocuparse por su alma, hasta el punto de considerar rendirse y pedir el perdón a Felipe II.

Aquella noche de finales de octubre de 1569, el rey de los moriscos se despertó empapado en sudor. Incapaz de recuperar el sueño, se levantó para beber un vaso de agua y se acercó a una de las ventanas.

La palidez de la luna no lograba traspasar el manto de nubes y no se veía ninguna estrella brillar en el cielo. Un estremecimiento le recorrió la piel desnuda.

Decidió volver a la cama. Se recostó contra el cabezal apretándose las sienes, como si de esa forma pudiera ahuyentar la angustia creciente.

Un sonido metálico en la habitación contigua le alertó de que algo anormal estaba ocurriendo. Se revolvió, tanteando nerviosamente por debajo de las almohadas, pero al reparar en la mirada culpable de la doncella tumbada en el lecho supo que no encontraría su daga. En ese mismo instante, la puerta de la cámara se abrió y Abén Aboo penetró en la estancia.

Sin molestarse por ocultar su desnudez, el soberano se puso en pie y se encaró con el intruso.

—¿Cómo te atreves? ¡Sal de aquí!

—Por lo visto, las mozas se te dan mejor que la guerra.

La concubina saltó de la cama y se escabulló entre dos personajes que entraban en la alcoba.

—¿Qué pretendes, maldito traidor?

—No estás hecho para la lucha y no eres digno de dirigir esta yihad.

—¿Quién lo dice? ¿Un miserable eunuco?

Abén Aboo tumbó al monarca de una tremenda bofetada. Su rostro enrojecido confirmaba el rumor de la mutilación a manos de los torturadores del marqués de Mondéjar.

—¡Guardias, a mí!

—No te molestes. Tus perros falderos están muertos…

El general hizo una señal por encima del hombro y sus acólitos se acercaron con miradas cargadas de odio. Abén Humeya reconoció a Diego de Rojas, marido de una de sus concubinas,

y supuso que venía a cobrarse la afrenta de haberle mancillado la esposa. El otro era su cuñado, Diego Benaguacil, a quien no recordaba haber ofendido.

—No os atreveréis a derramar la sangre de un descendiente del Profeta.

—Claro que no, Hernando. Nunca haríamos tal cosa.

A un gesto de su jefe, Rojas desenrolló una tira de cuero y la tensó entre sus manos. El rey de los moriscos, pasmado, no ofreció resistencia cuando le rodearon el cuello con el cordón y se limitó a cubrirse las vergüenzas con la sábana. Pronto, su piel adquirió un tono púrpura y se puso a patalear como un cordero inocente.

Abén Aboo mantuvo la mirada clavada en los ojos desorbitados de su primo hasta que dejó de debatirse. Al cabo de un rato, se levantó y, tras escupir sobre el cadáver, salió de la habitación.

Diciembre de 1569, Real Alcázar de Madrid, corona de Castilla

El rey de las Españas extendió unas manos finas, de piel casi transparente, frente a las llamas oscilantes, y las frotó la una contra la otra. No consiguió mitigar la gélida sensación que le subía por los huesos. En aquel frío invierno de 1569, los enemigos de la cristiandad acosaban al imperio, drenando las arcas reales y la sangre de su pueblo. El soberano más poderoso del planeta se sentía muy solo. Quizás fuera el resultado de la política sugerida por su padre, consistente en dividir a los consejeros en dos bandos sin confiar del todo en ninguno de ellos.

Se preguntó qué haría el Emperador en su lugar. A lo largo de su vida se había enfrentado a enemigos formidables. Aun así, nunca lo vio vacilar. Recordó el temor que de niño experimentaba al oír sus pisadas y verlo aparecer en su armadura negra.

Él, en cambio, no había sentido la llamada de las armas. Prefería dirigir las inmensas posesiones de la Corona desde los despachos, donde una legión de escribanos manejaba el flujo incesante de documentos, que iban y venían entre los lugares más remotos del imperio.

La aparición del secretario, Antonio Pérez, sacó al rey de sus pensamientos.

—Majestad, ha llegado una carta de Granada.

El monarca reconoció el sello de don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla. Unos meses antes le había pedido acompañar a su hermanastro a Granada en calidad de consejero, lo que incluía el deber de informarle a él de cualquier asunto relevante.

Leyó la misiva con detenimiento. Le complació averiguar la muerte del supuesto descendiente de los Omeyas de Córdoba, pero la revelación de que los asesinos habían sido gente de su confianza le revolvió el estómago. Miró de reojo a su secretario, preguntándose en qué momento y por qué motivos podía decidir un súbdito leal traicionar a su soberano. Retomó la lectura y tuvo noticia de la autoproclamación de Abdalá Abén Aboo como «rey de los andaluces». Al parecer, el nuevo caudillo contaba con el beneplácito del bey de Argel y del Gran Turco. Requesens continuaba con el relato de las dificultades para interceptar los envíos, cada vez más frecuentes, de armas y tropas procedentes de África. Terminaba informando de la falta de coordinación entre los ejércitos del marqués de Mondéjar y el de los Vélez, aprovechada por los rebeldes para poner a fuego y sangre las sierras de Granada y Almería.

Felipe II dejó la carta encima de la mesa y extravió la mirada en el fuego de la chimenea. Si quería evitar la propagación del conflicto a los reinos de Murcia y Valencia, la guerra debía

acabar cuanto antes.

—¡Ni Mondéjar ni Fajardo! —concluyó el rey para sí mismo.

Pérez mojó su pluma y esperó a que el monarca empezara a dictar.

—Al excelentísimo don Juan de Austria, etcétera, etcétera… Querido hermano…

Capítulo 38

18 de enero de 1570, Huéscar, reino de Granada

Don Juan de Austria se volvió hacia el sujeto de edad avanzada que cabalgaba detrás de él y no pudo evitar sonreír al verlo cabecear al ritmo de su montura.

—Don Luis, no os quedéis ahí atrás, tragando polvo.

Luis Méndez de Quijada dio un respingo y abrió los ojos. Hombre de confianza de Carlos I, había sido uno de los pocos conocedores de la existencia de su hijo bastardo. Sintiendo el final próximo, el Emperador le había confiado el niño para su educación. Doña Magdalena de Ulloa y él, que no tenían descendencia propia, acabaron encariñándose con el chiquillo como si fuera de su sangre.

Don Juan era un joven de gran apostura. Lucía pelo trigueño, bigote rubio y unos ojos claros, herencia de su madre bávara, que hacían suspirar a todas las doncellas de la corte. Quien lo conocía bien sabía que, a diferencia de su hermanastro, gozaba de los horizontes despejados y del contacto con las gentes sencillas.

Desde que tres semanas antes el flamante capitán general saliera de Granada al frente de una hueste de nueve mil infantes y setecientos caballeros, el enemigo se había batido en retirada. El empuje de los experimentados tercios italianos y el arrojo de la caballería habían desbaratado cualquier intento de resistencia morisca. Las banderas del islam que habían ondeado en muchas poblaciones del levante granadino acabaron pisoteadas al paso del ejército real en su aproximación a la villa de Galera, donde Jerónimo El Maleh mantenía a raya a las tropas de un frustrado marqués de los Vélez.

—Habladme de don Luis Fajardo —pidió el hermano del rey en cuanto Quijada se puso a su altura.

—Es enérgico y emprendedor. De hecho, de no ser por su decisiva intervención al principio de la revuelta, quizás Abén Humeya se habría apoderado de todo el valle del Almanzora. ¿Verdad, don Luis?

Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, que cabalgaba delante de ellos, se volvió sobre la silla.

—Tenéis razón, aunque también es impaciente, temerario, áspero en el trato y harto soberbio. No se tomará bien la noticia. Sin embargo, sabe cuál es su lugar.

Don Juan arrugó la frente al oír el comentario. Había decidido informar al marqués de su destitución cara a cara. Pretendía así evitar, la humillación a un fiel servidor de la Corona.

—Mmm… Por lo visto, voy a tener que lidiar un toro terco y resentido.

—¡Vienen a recibirnos! —exclamó Luis Méndez de Quijada al ver acercarse un grupo de jinetes—. El grandullón al frente es don Luis Fajardo de la Cueva.

El capitán general sintió que las palmas de las manos se le humedecían.

~

El marqués de los Vélez, en cambio, venía acalorado.

—Si ese figurín se cree que me va a tener de mamporrero, se equivoca —masculló—. Aunque la sangre del Emperador corra por sus venas, no deja de ser un bastardo nacido de una plebeya tudesca.

Don Diego Fajardo, su hijo, que cabalgaba a su lado, carraspeó incómodo.

—Padre, el rey le tiene especial aprecio a don Juan. Lo mejor sería evitar cualquier provocación.

Llegaron a la cabecera de la comitiva real. Los acompañantes del adelantado mayor de Murcia desmontaron y se inclinaron ostensiblemente ante el hijo del Emperador. Fajardo, en cambio, se limitó a agachar la testa desde lo alto de su caballo. Irguió la espalda con la intención de proyectar una imagen gallarda y paseó la vista por los acompañantes del hermano del rey. Ambos le devolvieron unas miradas de mármol. Los ojos risueños de Juan de Austria, por el contrario, transmitían admiración sincera por el viejo soldado de tez curtida.

—Querido don Luis. Su majestad, cuya vida Dios guarde muchos años, os manda afectuosos saludos.

—Bienvenido seáis, excelencia.

Sorprendido por la frialdad del tono empleado, el capitán general estrujó las riendas, pero no borró la sonrisa de su rostro.

—Quizás deberíamos buscar un lugar más apropiado para conversar —dijo Requesens mirando en rededor.

Fajardo no movió un músculo.

—Es una buena idea, ¿no os parece, don Luis? —replicó el hermano del rey.

—Como mande su excelencia.

—El presidio de Huéscar está aquí cerca.

La propuesta convino a todos.

Durante el breve recorrido, el marqués no se molestó en disimular su desagrado por la falta de apoyo desde el primer día del alzamiento. Juan de Austria evitó enzarzarse en una discusión y se limitó a escuchar las quejas del noble.

—Veréis, don Luis, las cosas en palacio se están poniendo muy difíciles —explicó en cuanto se acomodaron en el alcázar—. Su majestad ha tomado una decisión que afecta a vuestra merced.

Fajardo frunció el entrecejo. A pesar del frío reinante, el hermano del monarca notó que una gota de sudor le bajaba por la sien. Antes de retomar su explicación, se sirvió un trago de vino especiado.

—Las presiones a las que está sometida la Corona hacen necesaria una nueva estrategia. Lo más efectivo ahora mismo es un mando único capaz de…

El marqués aprovechó el carraspeo de don Juan para hablar.

—Excelencia, conmigo podéis ahorraros la verborrea de la corte.

Quijada, lívido, fue a intervenir, pero su ahijado lo impidió de un gesto de la mano.

—¡Muy bien, al grano pues! Por orden de su majestad, quedáis relevado de vuestras obligaciones.

Fajardo buscó los ojos de su interlocutor. Un hosco silencio se estableció entre ambos. Al cabo de un rato, que pareció eterno, el adelantado mayor de Murcia habló con tono solemne.

—Su alteza tiene en mí al más rendido y fiel de los vasallos. Respeto su decisión y la acato.

—Don Luis, nunca lo hemos dudado. Junto a mi reconocimiento, tenéis a…

Fajardo, ofuscado, volvió a interrumpir al hermano del rey.

—¿Vuestro reconocimiento? —escupió, con una mueca de desdén.

El joven capitán general sintió que la cara se le encendía, pero contuvo a Requesens, que se ponía en pie con la mano en el pomo de la espada.

—¡Don Luis! Mostrad el debido respeto.

Méndez de Quijada le dedicó una tensa sonrisa a don Juan y le hizo un signo a Requesens para que se sentara, aunque por dentro él también bullía de indignación.

—¿Qué esperáis de mí, señor? —preguntó el marqués de los Vélez en tono conciliador.

—Deseo que os incorporéis a mi Estado Mayor en calidad de consejero.

—Excelencia, con vuestra llegada mi presencia ya no es necesaria.

—No lo crea, don Luis. Me complacería mucho beneficiarme de vuestra experiencia y conocimientos…

—Habiendo consejeros tan nobles y capaces al servicio de su alteza, vuestra confianza me honra, pero ya no tengo edad para los negocios de la guerra.

Ofendido por la nueva falta de tacto de Fajardo, Méndez de Quijada apretó los dientes con rabia.

—¿Estáis seguro? ¿No deseáis tomaros un tiempo para meditarlo?

—¡No hay nada que pensar, señor! Me voy a descansar a mi casa.

El marqués de los Vélez se levantó despacio. Por primera vez, aparentaba su edad. Don Juan de Austria sacudió la cabeza, frustrado por su testarudez.

—Bien, como deseéis. Sabed de todas formas que siempre seréis bienvenido a mi lado y tendréis paso franco al consejo.

Recordando que se encontraba ante un miembro de la familia real, Fajardo se despidió con una reverencia, pero en cuanto salió al patio de armas dio rienda suelta a la cólera. Arrancó de las manos de su escudero las bridas de su corcel y, apenas instalado en la silla, le dio un tremendo fustazo al pobre animal, que salió como si lo cabalgara el demonio.

Febrero de 1570, Sorbas, reino de Granada

La voz del almuecín penetró por las ventanas de la casona de Diego El Haduz, convertida en la guarida de Moxarrafe. Ni el autoproclamado alcalde ni ninguno de sus acólitos hicieron el menor ademán de aprestarse para la oración de la tarde y, sentados en mullidos cojines, siguieron con el interrogatorio.

—¿Cómo te atreves a volver de la alfarería con las manos vacías?

El sujeto agachó la cabeza y clavó la vista en el suelo. Dos enormes manchas de sudor le oscurecían la camisa bajo las axilas.

—¿Y qué puedo hacer yo? Nadie compra vasijas o cántaros.

—Has vuelto a dejarte engañar por esos perros y, lo que es peor, les has permitido reírse de nosotros. Eres demasiado blando para este negocio…

Moxarrafe vio que el Chiqui entraba en la sala y despidió al matón frustrado. Tras la purga llevada a cabo por Abén Aboo, el que fuera guía de piratas se había ganado la confianza del nuevo rey de los moriscos y, por sus conocimientos de la región, actuaba de enlace entre los rebeldes del levante almeriense.

—¿Cómo van las cosas por Galera? —preguntó Moxarrafe—. ¿Ya le han metido al maldito Cabeza de Hierro una lanza por el culo?

Todos, menos el recién llegado, rieron la gracia y le dedicaron los habituales insultos al marqués de los Vélez.

—Galera ha caído. —El alborozo cesó de golpe—. El hermano de Felipe II llegó hace unos días al mando de un formidable ejército.

—¡Ese bastardo, hijo de una puta extranjera!

—Con él venían los tercios viejos y la caballería de Medina Sidonia. Además, por si fuera poco, traían una docena de cañones de bronce. —Moxarrafe palideció—. El diez de febrero los cristianos, Alá los maldiga, consiguieron penetrar en Galera. Mataron a los tres mil hombres que la defendían y a todos los habitantes.

Un rumor de descrédito recorrió la estancia.

—¿Todos, has dicho?

—No perdonaron a ningún varón mayor de doce años, ya fuera anciano o enfermo. Muchas mujeres se batieron como fieras al lado de sus maridos y murieron también. Las supervivientes fueron apresadas y van camino de los mercados de esclavos con sus retoños. Luego don Juan mandó asolar la villa y sembrarla de sal.

—¿Dónde están esos malnacidos ahora?

—Van a Serón. El Maleh está reagrupando allí a los nuestros. —El alcalde reprimió un suspiro de alivio—. Las órdenes de Abén Aboo son tajantes. Debéis haceros fuertes y, en caso de ataque, defender la villa hasta la llegada de los refuerzos.

Moxarrafe asintió y esperó a que el Chiqui se hubiera marchado para hablar.

—Solo es cuestión de tiempo que esos perros rabiosos se presenten aquí, pero si abandonamos el pueblo ahora, Abén Aboo no nos lo perdonará. Por si acaso, trasladémonos al castillo.

Un murmullo de aprobación selló la decisión.

Vera, reino de Granada

Semanas después de la batalla de Vera, Dídac seguía sin tener claro qué hacer con su vida. Mucha gente había abandonado la ciudad por miedo a un nuevo ataque de los rebeldes, pero él se había quedado. Se ganaba el sustento en las muchas obras de reconstrucción y vivía en una choza del arrabal.

Una tarde, se enteró del regreso de don Luis Fajardo a los Vélez y decidió resolver un asunto pendiente.

Encontró a Juan de Alarcón en una ruidosa posada. Estaba solo, llevaba desabrochado el jubón y tenía la mirada fija en su jarra de vino. Cuando el catalán se paró ante él, no levantó la vista, pero echó a un lado el sombrero que descansaba sobre la mesa.

—¿Has comido? —Dídac negó con la cabeza —. Siéntate.

Alarcón hizo un gesto y, poco después, el posadero dejaba ante ellos dos platos de cocido, media hogaza de pan y otra jarrilla de vino. Durante un buen rato, las voces y risas ocasionales de los parroquianos fueron lo único en perturbar el silencio de los dos comensales. Dídac no

recordaba la última vez que había probado algo tan sabroso. Rebañó su escudilla, dio un buen tiento a la jarra y se atrevió a hablar.

—¿Regresáis a Lorca? —El oficial asintió—. Entonces, debo devolveros lo vuestro. —Desenganchó la espada del tahalí y la dejó delante de él.

—¿Te vas a quedar en Vera?

—No lo sé, sargento.

—Capitán… —replicó el de Lorca.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena!

Alarcón, a quien no le apetecía hablar de sí mismo, se atusó el bigote y llevó la conversación a otro terreno.

—Antich Sarriera y lo que queda de su compañía de catalanes están en Vélez Blanco, con el marqués. Quizás retornen pronto a tu tierra.

Dídac chasqueó la lengua.

—No voy a volver.

Alarcón clavó los ojos en aquel joven de mirada límpida que parecía no tener más aspiraciones que vivir y dejar vivir.

—En Lorca hace falta gente como tú. —El capitán dio un último trago, dejó dos monedas sobre la mesa y se levantó—. Nos vamos mañana, al alba. Si decides venirte, ya sabes dónde encontrarme.

—¡La espada! —exclamó Dídac al ver que no se la llevaba.

—Es tuya. Te la has ganado. —El oficial se ajustó el sombrero y, tras echarse la capa al hombro, abandonó la taberna con paso firme.

Dídac se quedó mirando la espada. Allí donde había nacido, solo los caballeros tenían derecho a portar un arma como aquella. Salió al fresco de la calle e inspiró hondamente. «Hace falta gente como tú». Al rememorar las palabras de Alarcón le embargó una sensación cálida y reconfortante que no recordaba desde su niñez. Caminó, dándole vueltas a la idea de acompañar al capitán, un hombre sin engaño ni doblez. Pero, por otro lado, estaba cansado de huir. Deseaba sentar cabeza, y en Vera también iban a necesitar personas dispuestas a trabajar duro.

Cruzó las puertas de la villa justo antes de que las cerraran. Se dirigía a su cabaña cuando, al pasar frente a uno de los lupanares, tres individuos salieron a la calle dando trompicones.

—¡Borrachos, muertos de hambre!

La mujer que les gritaba era rolliza y sus ajustadas ropas mostraban un escote generoso. Detrás de ella, contra la luz del burdel, se recortaba una silueta enorme.

—No quiero veros por aquí si no lleváis plata en la faltriquera.

En su apresuramiento, uno de los personajes tropezó con Dídac. En lugar de disculparse, se lo quedó mirando.

—¡Eh, esperad! No os vais a creer a quién tenemos aquí.

Los otros borrachos, unos tipos de brazos recios y rostros curtidos, miraron a maese Benito sin comprender.

—Este es el chivato hijo de puta, culpable de nuestra desgracia —explicó el capataz con voz pastosa. Sus acólitos miraron a Dídac con tal fiereza que este pensó en tirar de espada. Tras un instante de vacilación, se dio la vuelta y salió corriendo sin importarle las amenazas ni los insultos que sus tambaleantes perseguidores le lanzaban con el puño en alto.

En la madrugada del día siguiente, Dídac dejaba atrás las murallas de Vera. Ante él marchaban las milicias de Lorca, y detrás una larga hilera de carros cargados con el botín de la

guerra.

Capítulo 39

Lorca, reino de Murcia

Pese a sumarse a la columna que se dirigía a Lorca, Dídac rechazó la oferta de incorporarse a la compañía del capitán Alarcón. Tras lo vivido en Vera tenía muy claro que la milicia no era lo suyo.

Nada más llegar a Lorca, intentó ser admitido en alguno de los talleres artesanos de la población, pero los puestos cualificados estaban ocupados por esclavos. Las tareas más bajas eran encomendadas a cautivos moriscos, con lo que, en aquella ciudad tan próspera, los cristianos humildes no tenían forma de subsistir y acababan en la indigencia. No le quedó más remedio que buscarse un lugar para vivir en el arrabal, junto a los mutilados de guerra y los centenares de refugiados procedentes de las zonas en conflicto.

Esa mañana, Dídac miró la enseña herrumbrosa que colgaba de la fachada. Había pasado media hora yendo y viniendo frente a la casa de empeños, sin decidirse a entrar, cuando un nuevo espasmo del estómago zanjó la cuestión por él.

Al penetrar en el local vio a un hombrecillo calvo, encorvado sobre un vetusto mostrador, examinando un anillo. Detrás de él, objetos de toda clase se apilaban en unas estanterías tan combadas que amenazaban con descolgarse en cualquier momento. El sujeto soltó la joya e interrogó al recién llegado con un movimiento del mentón.

Mientras Dídac depositaba la espada sobre el tablero, el tasador calibró su aspecto y vestimentas con el fin de evaluar el grado de necesidad en el que se encontraba.

—¿De dónde has sacado esto?

La pregunta sonó como una acusación.

—Es un regalo.

El calvo soltó un bufido y buscó la marca estampada en la hoja.

—¿Sabes lo que le hacen a los ladrones de armas?

—¡Me la dio el capitán Juan de Alarcón!

—Alarcón. Mmm… ¿La quieres vender?

—Empeñar

El sujeto se volvió a colocar la lente y examinó el sello del fabricante.

—Te daré diez reales.

—¡Veinte!

—¡Nueve!

Dídac sintió un nudo en la garganta. Ni en sus peores cálculos había llegado a pensar en una suma tan baja. Pero llevaba días sin trabajar y hacía tiempo que se había gastado lo ganado en Vera.

—Está bien. Diez —concedió con un hilo de voz.

El calvo dejó las monedas sobre la madera pulida por el roce de miles de manos ávidas. Dídac las recogió una por una y, antes de salir, hizo una última pregunta.

—¿Cuánto me costará recuperarla?

—Veinte escudos.

—¿Cómo? Pero si es el doble de…

El sujeto alzó los hombros y volvió a centrarse en la joya.

A aquella hora de la mañana, las calles estaban llenas de amas de casa que se dirigían a la compra y jóvenes aprendices que cumplían los encargos de sus maestros. En las tabernas, comerciantes y arrieros apuraban sus vasos y cerraban tratos. La guerra estaba transformando a Lorca. De ser poco más que una ciudadela de frontera, se había convertido en una aglomeración próspera. En las calles que rodeaban la plaza Mayor numerosos talleres empleaban a decenas de artesanos que no daban abasto con los pedidos de corazas, yelmos, puntas de lanza, correajes y cualquier producto relacionado con el esfuerzo bélico. Cada mañana salían por sus puertas decenas de carros y acémilas cargados con víveres para el ejército real.

Después de comprar algo de comida en el mercado y una capa remendada en un ropavejero, Dídac cruzó el porche de San Antonio y, evitando adentrarse en el arrabal, torció en dirección al río. Buscó un lugar solitario en el margen del Guadalentín y se sentó sobre una piedra.

Reconfortado por los rayos del sol invernal, cortó un trozo de tocino y una rebanada de pan. Se quedó mirando la superficie rizada del agua y masticó sin prisa, disfrutando los sabores de aquel primer bocado. Atrapó otro pedazo de magra entre el pan y la hoja de la navaja. Al llevárselo a la boca, recordó que su padre lo hacía de idéntica forma.

Ya había pasado casi un año desde que muriera, pero el recuerdo seguía vivo. Los rasgos de Agnés, en cambio, se habían borrado de su memoria, solo permanecía la sensación del roce de su mano sobre la mejilla. Siguió masticando, con el gusto salado de las lágrimas mezclado con el sabor amargo de los recuerdos, y de golpe le entró un ansia incontenible de beber. Plegó la navaja, guardó el pan y el tocino y se levantó con una idea fija.

La primera taberna que encontró era un cuchitril donde ni siquiera había mesas. Los parroquianos bebían un vino aguado, de pie o sentados sobre unos bancos destartalados.

Dídac iba por la tercera jarra cuando dos individuos se dejaron caer a su lado. El catalán decidió ignorarlos, aunque, al cabo de un rato, harto de la desfachatez con la que lo escrutaban, se encaró con ellos.

—¡Dejadme en paz! No está el horno para bollos.

—Estás de suerte y no lo sabes —afirmó uno de los desconocidos.

Dídac bebió un trago y volvió a mirar al interior de su jarra.

—Buscamos hombres hábiles con la espada que no le hagan ascos a un buen botín. Se trata de incursiones rápidas, cortijos aislados o pequeñas aldeas. No hay ningún peligro. Vamos a por individuos desarmados, mujeres y niños. Las armas solo las usamos para asustarlos. Bueno, a veces, si alguno se resiste…

—¿Por qué me contáis eso?

—Tú viniste con los de Vera y, por lo que dicen, no manejas mal la espada.

—¡Pues ya no la tengo!

Los malhechores parecieron sorprendidos.

—¡Mientes!

Envalentonado por la bebida, e indignado por la proposición, el catalán alzó la voz.

—Aunque la tuviera, tampoco me uniría a vosotros, sois escoria y me dais asco.

Uno de los canallas fue a sacar su cuchillo, pero se dio cuenta de que varios parroquianos lo miraban. Los tipos se levantaron con una sonrisa fingida y abandonaron el local.

Al cabo de un rato, Dídac salió de la taberna con su patrimonio reducido a ocho reales. Pese a la gran cantidad de vino consumida, la aflicción no le había abandonado. Recorrió tambaleante los callejones que serpenteaban entre chozas. Llegando al chamizo que le servía de morada, se paró a vomitar.

Esperó con las manos apoyadas en las rodillas a que cesaran las arcadas, dejando que el viento helado le despabilara un poco.

—Ahí va mi fortuna —dijo y, con la vista puesta en el vómito, se rio de su gracia.

Al limpiarse la boca con un pico de la capa le pareció ver que una sombra se movía. Entornó los ojos, velados por la embriaguez, y aguzó el oído, pero no percibió nada extraño. A la caída del sol el arrabal se transformaba en un lugar peligroso.

Desanduvo el camino y escondió las monedas que le quedaban bajo una piedra. De regreso a su cuchitril, encontró sus pocas pertenencias desparramadas por el suelo. Oyó unos ladridos y salió al callejón.

Los dos tipos de la taberna estaban allí.

—¿Dónde la tienes? —preguntó uno de ellos.

—¿El qué? —replicó Dídac. Su lucidez había retornado al instante.

—La puñetera espada, ¿qué vamos a querer de ti, si no?

—Ya os lo he dicho, no la tengo. —El tipo sacó un cuchillo—. La he empeñado.

—Entonces tendrás dinero.

—Me lo he gastado. Estos harapos son mi única posesión.

Uno de los maleantes empezó a rebuscar entre las ropas del catalán. Súbitamente, se apartó de él, exhibiendo una mueca de asco.

—Este cabrón se ha bebido una cuba de vinagre, pero está más seco que la mojama.

El del cuchillo lanzó una última amenaza antes de alejarse.

—Te vamos a estar vigilando.

Dídac se sentó en el suelo. Cuando los latidos de su corazón recobraron el ritmo normal, fue a recuperar las monedas.

Capítulo 40

Marzo de 1570, La Alpujarra, reino de Granada

Después de la aplastante victoria en Galera, el ejército real marchó sobre la fortaleza de Serón. Allí, la fiereza de los defensores desbarató las acometidas de las tropas cristianas y provocó numerosas bajas entre los asaltantes. La más notable fue la de don Luis Méndez de Quijada, el antiguo consejero de Carlos I y padre adoptivo de don Juan de Austria, que sucumbió a consecuencia de un disparo de arcabuz. El propio don Juan estuvo a punto de sufrir la misma suerte cuando, al exponerse de forma temeraria para impedir la desbandada de sus tropas, se le incrustó una bala de plomo en la celada.

El hermano del rey sufrió aquel traspié de forma doblemente amarga, pues, además del dolor por la pérdida de quien había representado la figura paterna, se dio cuenta de que la contienda iba a ser más larga y sangrienta de lo imaginado.

En el bando morisco, Abén Aboo nombró a Hernando El Habaquí general en jefe y le ordenó recrudecer las hostilidades en todos los frentes, con la esperanza de aliviar la tenaza sobre Serón. Aun así, don Juan no cejó en su empeño y, a finales de febrero, la villa caía, dejando paso libre al valle del Almanzora.

~

Encerrados a cal y canto en el castillo de Sorbas, Moxarrafe y sus compinches recibían con preocupación informes del inexorable avance del ejército real. Cara de Niño filtraba todas las noticias desfavorables y, en un intento de mantener la moral alta, difundía relatos de victorias inexistentes. Sin embargo, nadie podía evitar que de boca en boca circularan rumores acerca de pueblos arrasados y matanzas horribles a manos de unos cristianos implacables y ávidos de sangre mora.

La penumbra se adueñaba de los callejones cuando un emisario del rey morisco llegó al pueblo.

—Defender Sorbas a cualquier precio.¡Alá todopoderoso! —exclamó Moxarrafe al oír las órdenes de Abén Aboo—. Los de Lubrín se han rendido sin luchar. ¿Cómo vamos a detener a esos malditos perros comedores de cerdos? ¡Tienen artillería! Yo solo dispongo de un puñado de legañosos, armados con lanzas y ballestas.

El mensajero lo miró desde arriba como si fuera una cucaracha, se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Por aquellas cosas del destino, en ese preciso momento una nube negra ocultó los últimos rayos y la luz ambarina que teñía de miel los campos fue sustituida por una súbita oscuridad. Moxarrafe no pudo evitar imaginarse las laderas erizadas de lanzas, los gritos de guerra y los cañones enemigos escupiendo fuego. Sus piernas se pusieron a temblar y tuvo que apoyarse en la pared.

Abril de 1570, Quajalana, reino de Granada

En Quajalana los campos se veían abandonados. Casi nadie pastoreaba y un puñado de cabras famélicas vagaban solas, alimentándose con lo que encontraban. En la vega aún se recogían algunas hortalizas y los almendros darían frutos hasta bien entrado el verano. Para recoger las aceitunas, habría que esperar al otoño siguiente.

Khalíl recorría a diario los cerros en busca de espárragos trigueros, zarzamoras o cualquier otro alimento con el que engañar por unas horas al hambre.

Esa mañana había localizado huellas de paloma cerca de un charco. Con unos palitos que llevaba en el zurrón, ensambló una estructura sobre la que, en precario equilibrio, apoyó una piedra plana del tamaño de un plato. Después, dejó caer unas briznas de hierba y unos granos de trigo cerca del gatillo. Con un poco de suerte, para el almuerzo su madre podría echar algo más que cardos en la olla.

Se sacudía las manos, satisfecho, cuando por el camino de Lubrín oyó un rumor de caballos al galope. Escondido detrás de unos matorrales, pudo reconocer al jinete que iba al frente: Moxarrafe.

Aquella misma noche, Khalíl se despertó con el corazón desbocado y la boca reseca. Fue a por el botijo intentando no hacer ruido. Aun así, Salmà lo oyó.

—¿Te pasa algo?

—Estoy bien, madre. No os preocupéis, volved a la cama.

Satisfecha su sed, regresó a la alcoba, la misma que compartiera con sus hermanos y ahora era toda para él. No logró conciliar el sueño, por lo que, a pesar del frescor de la noche, decidió extender su jergón en el patio.

Había crecido pensando que las dudas propias de la infancia y la adolescencia se irían resolviendo con el tiempo. Pero estaba ocurriendo lo contrario. Su situación, la de su familia y la de todos los habitantes de la aldea solo habían ido empeorando. No comprendía por qué Dios los castigaba de aquella manera. Le enfurecía la saña con la que el destino golpeaba a su madre una y otra vez. Salmà había visto morir a dos hijos en el parto antes de perder a Amína. Luego, Mas'úd había huido a Berbería. Después llegó la noticia de la muerte de Rashíd, a quien tuvo que llorar sin poder dar sepultura, y, finalmente, la inesperada dolencia de su esposo. Cuántos más tragos amargos tendría que aguantar aquella sufrida mujer a la que veneraba.

Khalíl advirtió en su interior un sentimiento creciente de rechazo hacia quien, pudiendo evitarlo, toleraba tanto sufrimiento. Temeroso de que Dios le leyera el pensamiento, intentó contener el odio que crecía en él, pero cuanto más se esforzaba en encontrar razones para defender al Altísimo, más culpable le parecía.

—¿Por qué le haces eso? ¿Dónde está esa misericordia tuya de la que tanto hablan? —Fue alzando la vista con lentitud—. ¿No contestas? ¡Te odio! ¿Me has oído? Te odio con toda el alma.

Abrió los brazos en cruz y esperó a que un rayo enviado por aquel ser sobrenatural, en él que creía a medias, le fulminara.

Lo despertaron unos redobles de tambor y el ruido de cascos que atronaban la rambla. Se asomó al terrero y quedó sobrecogido ante la visión de los caballeros en sus vistosas armaduras y las banderas con cruces ondeando al viento.

Algunos vecinos salieron de sus hogares con lo puesto para huir campo a través. Khalíl, en cambio, optó por meterse en casa y atrancar puertas y ventanas, con la esperanza de que los soldados pasaran de largo. De todas formas, no tenía alternativa porque, aunque el estado de salud de su padre había mejorado, no se encontraba en condiciones de corretear por la sierra. Entonces se acordó de la pistola de Calderón y corrió a esconderla en el corral.

El flujo de tropas no cesó en toda la mañana. El finísimo polvo levantado por los miles de pies en movimiento acabó por colarse a través de las rendijas. Al atardecer, el fragor que procedía de la rambla fue atenuándose, y Khalíl pensó que lo peor había pasado.

Poco antes del ocaso se oyeron relinchos y repiqueteo de herraduras contra el empedrado de la cuesta. Alguien saltó de un caballo y, acompañado por un tintineo metálico, se acercó a la entrada.

Pasado un rato, un golpe sacudía la puerta. Khalíl puso su índice sobre los labios y se pegó a la jamba, agudizando el oído. Fuera, dos personas intercambiaron unas palabras. No tardaron en oírse más espuelas. Esta vez, los golpes fueron tan violentos que pedazos de yeso se desprendieron del marco.

—¡Abrid en nombre del rey!

Fueran quien fuesen los que aporreaban la puerta, no tenían intención de pasar de largo, por lo que Khalíl decidió obedecer.

Un instante después, un soldado entraba en la vivienda espada en mano. Tras echar un vistazo a sus ocupantes, llamó a dos camaradas. Una vez descartado cualquier peligro, el que estaba al mando enfundó su arma y ordenó a los moriscos salir a la calle.

Nadie se atrevió a contradecirlo. Khalíl se quedó mirando a dos caballeros que, con caras serias, conversaban en el zaguán. Sus armaduras estaban ricamente decoradas y montaban espléndidos corceles con gualdrapas bordadas. A todas luces, tenían que ser nobles.

—Este lugar servirá para la noche, vuestra excelencia —oyó decir al más viejo de ellos—. No creo que aguanten el cañoneo, mañana podremos entrar en Sorbas.

—No hará falta destruir nada, señores —exclamó Khalíl.

Uno de los guardias volvió sobre sus pasos para llevárselo, pero don Juan de Austria alzó la mano.

—¡Aguardad! ¿Cómo te llamas, muchacho?

El joven se soltó de un tirón y alisó sus ropas raídas.

—Gabrie —respondió Khalíl, recordando su nombre de bautismo.

El soldado le propinó un coscorrón.

—Dirígete a su excelencia con el debido respeto.

—Me llamo Gabriel, excelencia.

—¿Cómo sabes que no hay necesidad de destruir nada, Gabriel?

—En el pueblo no queda nadie con ganas de pelear.

El capitán general intercambió una mirada de sorpresa con su consejero.

—¿Quieres decir que en Sorbas no hay rebeldes? —preguntó don Luis de Requesens.

—¡No, señor!… excelencia. Moxarrafe y su banda de ladrones han abandonado el pueblo. Ahora no queda allí más que gente pacífica.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Yo mismo vi a los bandidos cuando huían.

—Eso lo cambiaría todo —afirmó el hermano del rey, al tiempo que se apeaba del caballo.

Requesens, en cambio, permaneció sobre su montura y apuntó al morisco con el índice.

—Mira, mozuelo, espero que hayas dicho la verdad, porque si no te haré colgar por los pies para que los cuervos te arranquen los ojos.

Khalíl sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

Sorbas, reino de Granada

El capitán de caballería Juan de Haro alzó una mano y, con la otra, tiró de las riendas. Los jinetes que le seguían hicieron lo mismo y los cascos de cien caballos se clavaron en el suelo, levantando una polvareda que el viento tardó unos instantes en disipar. A poco más de un tiro de arcabuz, la mole de Sorbas y su fortaleza se alzaban amenazantes.

El capitán exploró las murallas y la solitaria cuesta que conducía a la entrada. Las puertas de la villa estaban abiertas de par en par y no se veía a nadie por ningún lado.

—Por lo visto, el morisco ha dicho la verdad —confirmó el sargento Peñarroja.

La noticia de la muerte de Ramírez de Arellano le había pillado en Antas, en misión de escolta del beneficiado López de Tamarit. Junto a Serrano y el otro soldado que los acompañaba,se habían unido al escuadrón del capitán Juan de Haro, despachado por el marqués del Carpio para apoyar el esfuerzo bélico.

—No podemos fiarnos. Iré yo primero —replicó el capitán, azuzando al tiempo a su corcel para evitar cualquier réplica. No era uno de esos oficiales que enviaban a sus hombres por delante en cuanto olían peligro.

Cruzó la muralla y, cuando hubo comprobado que el paso estaba despejado, se quitó un guante y lanzó un agudo silbido.

Los cascos herrados atronaron entre las paredes. Por primera vez en varios meses, la cruz de San Andrés, el estandarte real y el pendón del marqués del Carpio volvieron a ondear por las calles de Sorbas.

Don Juan de Austria entró en la villa a la hora del Ángelus. Agolpados a ambos lados del recorrido, una sucesión de caras marcadas por el hambre clavaba sus ojos apagados en el séquito. El resultado de la guerra y la pompa de los caballeros les daba igual. Estaban allí porque alguien había hecho correr la voz de que al final del desfile se iba a repartir comida. Los niños, que en otra época hubieran acosado a la comitiva como diablejos, caminaban detrás del cortejo envueltos en una tristeza de adultos, más interesados en recoger la bosta de los caballos que en la magnífica presencia de los jinetes.

El capitán general hizo callar los tambores. Un extraño silencio, tan solo roto por las herraduras de las caballerías, los acompañó mientras se adentraban en la villa.

—Ahí tiene su iglesia, padre —dijo don Juan al sacerdote que cabalgaba detrás de él.

López de Tamarit desmontó. Antes de penetrar en el templo, se acercó al hermano del rey para intentar que reconsiderara su decisión de arrasar la población.

—¿Adónde van a ir estos pobres diablos? Ninguno se ha rebelado contra su majestad y muchos son temerosos de Dios.

El capitán general miró a don Luis de Requesens con un mohín de interrogación.

—Excelencia, desde un punto de vista puramente militar el castillo es una amenaza. Sin embargo, a diferencia de Galera, la gente de Sorbas no ha ofrecido resistencia. Mostrar cierta magnanimidad podría facilitar las cosas cuando queramos rendir a otra población.

Mientras consideraba la sugerencia de Requesens, la vista de don Juan tropezó con el escudo del marqués del Carpio, que el capitán de Haro llevaba bordado en el pecho. Al señor de Sorbas no le iba a gustar que arrasaran su villa y la sembraran de sal.

El cura percibió el titubeo del hijo del emperador y decidió continuar su argumentación.

—Alteza, es cierto que aquí también se han cometido grandes crímenes, pero convertir esta tierra en un erial no ayudará a nadie.

El hermano de Felipe II se mantuvo un buen rato en silencio, sin desviar la mirada del religioso.

—¡Frantin —llamó al cabo de un rato.

El ingeniero acudió raudo y se cuadró ante el capitán general.

—Echad abajo las defensas.

La orden era demasiado ambigua para la mente cuadriculada del jefe de los zapadores.

—¿Las defensas de la villa, excelencia?

—¡Eso mismo!

La expectación era palpable en los rostros que rodeaban al príncipe.

—¿Como en Galera?

El hermano del rey soltó un bufido.

—Las murallas, Frantin. Tiradlas ¡Todas!

El capitán Juan de Haro dio un respingo, pero mantuvo la boca cerrada.

—¿El castillo también?

Don Juan dudó un instante. La compañía del marqués del Carpio iba a necesitar alojamiento.

—Sí, pero dejad en pie los edificios que puedan servir de acuartelamiento y las caballerizas.

—¿Y las casas, excelencia?

El mutismo de los presentes se hizo casi audible.

—¿Son parte del dispositivo de defensa?

—Mmm… Supongo que solo las que están adosadas a la muralla…

—¿Entonces? ¿Qué estáis esperando para ejecutar mis órdenes?

López de Tamarit dejó ir el aire que retenía en su pecho. En voz baja, le dio gracias a Dios.

Unas horas más tarde, en Quajalana los soldados dejaban salir a la gente de los corrales donde habían pasado la noche. Antes de abandonar la aldea, el oficial al mando del pelotón llamó a Khalíl y le entregó una mula cargada con víveres.

—¡Es tuya! De parte de su excelencia, en agradecimiento por el servicio prestado.

Khalíl sintió que sus esperanzas renacían. ¿Estarían por fin los vientos de la fortuna girando en su favor? Hubiese querido saber quién era ese noble señor al que todos llamaban excelencia, pero los militares ya habían desaparecido.

Capítulo 41

Mayo de 1570, Lorca, reino de Murcia

Con las ropas empapadas y los pies cubiertos de barro, Dídac se pasó aquel lluvioso día recorriendo la calle Cava, la de Zapaterías y la Corredera pidiendo trabajo en cada local. Ajeno al bullicio, evitaba los portales con fragancias a pan recién horneado o aromas de carne asada, capaces de remover los garfios anidados en su vientre. Caminaba rápido, rehuyendo a las campesinas de tez curtida con los capazos llenos de hortalizas que, a su paso, le ofrecían una gallina o una liebre. Muchas de esas mujeres eran viudas y madres que, en la ausencia de padres o maridos, luchaban a diario por sobrevivir.

Con veintiún años cumplidos, se había dejado crecer la barba para ocultar la cicatriz del mentón. A pesar del aspecto deslucido de sus ropas y los ojos tristes, en aquella villa en la que la mayor virtud de un varón era estar vivo no pasaba desapercibido entre el género femenino. Sin embargo, por muy descaradas que fueran las miradas, él no las advertía.

El sol fue descendiendo lentamente y las tabernas se llenaron de parroquianos deseosos de dilapidar el dinero ganado durante la jornada. Los mendigos y cortabolsas trasladaron su actividad de los pórticos de las iglesias a las calles más transitadas. Bajo los soportales oscuros iban apareciendo mozas pintarrajeadas vestidas con ropas de color. Había llegado la hora de regresar al arrabal y, una vez más, se iría a la cama con el canuto de las monedas tan vacío como su estómago.

Cerca de la muralla, se cruzó con una vieja doblada bajo un enorme haz de leña, y una idea afloró en su mente. El nivel del Guadalentín había subido a causa de las intensas lluvias y, con algo de suerte, la crecida habría arrastrado palos, arbustos y raíces. Aún quedaban un par de horas de luz. Si se daba prisa, podría juntar una carga de material inflamable para trocarla por un trozo de pan. Sintió vergüenza por competir con la pobre anciana y otros necesitados. Aun así, el hambre acabó imponiéndose a los reparos de su conciencia.

Llegando al río, se colgó las alpargatas del cuello, remangó los calzones y, con pasos inseguros, se adentró en la corriente. Andaba con los pies hundidos en el cieno, recogiendo ramas atrapadas entre la abundante vegetación del margen derecho, cuando algo viscoso le rozó las piernas. Preso de un pavor irracional, arrojó al aire los leños y, pateando como un poseso, salió del agua.

Avergonzado, miró en derredor. Al comprobar que nadie había sido testigo de su reacción, le entró una risa nerviosa. Entonces oyó un grito.

—¡Atrápenlo!

Salió al camino y se topó con un chiquillo de unos doce años que corría a la desesperada acarreando una bola de piedra unida al tobillo con una cadena.

—¡Deténganlo!

El fugitivo clavó unos ojos suplicantes en él y, de un salto, se metió entre la maleza.

—¡Que no escape!

El perseguidor se detuvo y apoyó las manos en las rodillas. Tenía la cara escarlata y resollaba como si los pulmones le fueran a salir por la boca

—¿Por dónde… se ha ido?

Dídac señaló en dirección a la ciudad.

—¡Por ahí!

—¡Maldita sea! ¿Por qué no has cogido a esa rata? —Dídac encogió los hombros—. ¡Da igual! Ese ya está perdido. Acabará en la horca o en una galera. Con él ya van dos desde San Bartolomé. De la curtiduría no tienen cojones de escapar. Creía que con la bola no podría huir…

—Ahora me tocará a mí acarrear las pieles.

Dídac supuso que ese hombre, que no dejaba de ir y venir agitando los brazos y sacudiendo la cabeza, era el dueño de la tenería situada a la orilla del Guadalentín. Pensó que quizás le podría emplear, pero el curtidor echó a andar antes de que Dídac pudiera abrir la boca. Tras agarrar las dos varas de su carreta, comenzó a tirar de ella con evidente esfuerzo. Apenas dio cinco pasos, las ruedas quedaron atascadas en la arena.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Ayúdame!

Durante el trayecto a la curtiduría sellaron el acuerdo con un apretón de manos: trabajo de sol a sol, cada día de la semana, excepto para ir a misa los domingos. A cambio, Pedro Cuerda le ofrecía mesa, cama y, por San Juan, si todavía no lo había despedido, una camisa y unos calzones nuevos.

La tenería estaba ubicada en una explanada junto al río. Como en una prisión, una empalizada ocultaba el interior, aunque no evitaba la propagación de un hedor insoportable. Fueron recibidos por un coro de ladridos. Aparecieron dos mastines enormes, semejantes a los que Dídac había visto en Adra.

Pero estos venían corriendo con los ojos fijos en él. Por suerte, cuando estaban tan cerca que pudo discernir la espuma que se desprendía de las fauces, las cadenas de sus collares los detuvieron en seco. Un tipo fornido abrió la cerca y el dueño del lugar se metió en el recinto. El catalán empujó la carreta tras él, encogiéndose para pasar entre los animales. El de la puerta le dedicó una mirada torva y después volvió su atención al camino.

—¿Se ha escapado? —Pedro Cuerda asintió—. ¡Te lo dije! Llevaba tiempo tramando algo.

—Déjalo, hijo. Mañana iré a hablar con el alguacil. De todas formas, ese malnacido no podrá llegar muy lejos.

Victorino Cuerda chasqueó la lengua. Tendría unos veinticinco años. De cuello recio y brazos velludos, vestía un coleto demasiado estrecho. Del cinto, bien visible, le colgaba un látigo de cuero.

—¿Y este? —preguntó, refiriéndose a Dídac.

—Refuerzo —respondió escuetamente el padre.

El hijo repasó al nuevo empleado de arriba abajo, calibrando cuánto tiempo sería capaz de resistir en aquel lugar nauseabundo. A continuación, dio un silbido. Tres chiquillos de piel oscura salieron de la pileta burbujeante en la que estaban metidos y, corriendo como duendecillos, se llevaron los pellejos bajo un cobertizo.

—Los críos son más ágiles a la hora de entrar y salir de las cubas… —explicó Pedro Cuerda al ver que su nuevo empleado arrugaba el entrecejo—. Solo compro huérfanos… No tienen adónde ir. Aquí al menos comen a diario. En cuanto a ti, tu primera tarea consistirá en sacar las cagarrutas del palomar y llevarlas a la balsa donde echamos las pieles descarnadas. Las dejamos

allí varios días para que se ablanden. Después de quitarles el pelo, pasan a las albercas grandes, de más allá…

—¡Ya aprenderá! —exclamó su hijo Victorino, impaciente—. ¡Venga! Recoge ese capazo y sígueme.

Pedro Cuerda retuvo a Dídac por el brazo.

—¡Espera! No hagas que me arrepienta de haberte acogido en mi casa.

—No temáis, no os defraudaré.

Victorino lo guio hasta la casona de piedra, en cuyos bajos se amontonaban las pieles ya curtidas.

—Dormirás aquí. —Dídac paseó la vista por la estancia. No había nada parecido a un jergón—. Por cierto, no se te ocurra salir por la noche, los perros andan sueltos.

Subieron a la planta primera, donde se encontraba la cocina.

—¿Quién es este apuesto mozo? —preguntó, con tono amable, una mujer que, sentada frente un caldero humeante, desplumaba una gallina.

—Me llamo Dídac, señora, para servir a Dios y a vuestra merced.

—¡Qué joven tan educado! A ver si se te pega algo, sobrino.

Victorino emitió un gruñido y lo apremió a seguirlo.

—¿Qué prisa tenéis? Sentaos y echad un trago conmigo.

Amelia Cuerda sacó una garrafita de aguardiente de la alacena.

—Te lo agradezco, tía, pero tenemos mucho por hacer.

—Pues venga, fuera de mi cocina —protestó ella, simulando un mohín de enfado.

Subieron al piso superior y atravesaron un pasillo con dos puertas a cada lado. Al final del pasadizo, una escala se metía por un agujero del techo.

—Allí arriba están las palomas. Sube y llena el capacho de guano, después échales de comer. La cebada la encontrarás abajo, en el almacén.

Dídac trepó por la escala y dejó caer la espuerta sobre la alfombra de excrementos, lo que provocó el furioso aleteo de varios pichones. Cuando la nube de partículas se hubo asentado, buscó una pala, pero no la encontró.

Llenó el capazo acompañado por un coro de gorjeos. Unos últimos rayos de luz se colaron por los ventanucos, dibujando formas doradas en la pared. Seguía hambriento y tenía las manos llenas de cagarrutas. Sin embargo, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió feliz.

Quajalana, reino de Granada

Cuando don Juan de Austria y su ejército avanzaron sobre Tabernas, Sorbas había dejado de ser el irreductible nido de águilas, fuente de orgullo para sus habitantes. Los zapadores reales habían derribado el perímetro amurallado, y del castillo solo quedaban en pie el baluarte de la entrada, los alojamientos de los oficiales, las caballerizas y los barracones donde se hacinaban los soldados de la guarnición y los incapacitados para seguir a la hueste.

No existía en la población ni una sola familia que no hubiese perdido a un padre, un hijo o un hermano. Los campos estaban yermos y era frecuente ver a viudas con niños o ancianos desvalidos vagando por los eriales a la busca de hierbas para cocer. Todos, hasta los más

pudientes, estaban en la indigencia, pero habían sobrevivido. Poco a poco, el ánimo fue renaciendo en la población.

En Quajalana también pensaron que lo peor había quedado atrás. Los hombres volvían a salir al campo para subsanar los efectos de tantos meses de abandono. Las amapolas salpicaban los trigales verdes de motas rojas, y en los zaguanes volvían a florecer rosas y jazmines.

Yúsuf caminaba de nuevo. Cada día pasaba unas horas en el bancal de las moreras o en los huertos de la vega, y, aunque seguía sin dirigirle la palabra a su hijo, su animosidad hacia él parecía haberse atenuado.

Aquella templada tarde de primavera, Taufíq retornaba a la aldea exhausto, pero contento. En la talega cargaba con medio celemín de cebada, el pago por una semana de trabajo en el pueblo. Se sorprendió al oír el clic clac rítmico de la noria, pues llevaba meses parada. Lleno de curiosidad, se acercó a la balsa y vio a la mula de Khalíl caminando con paso hipnótico.

—¿Has drenado el pozo?

—¿Tú qué crees? ¿Que se ha limpiado solo? —Khalíl desplegó una sonrisa triunfal y mostró los arañazos de los brazos como si de trofeos se tratara. Se había pasado la mañana reptando por el angosto túnel de acceso a la poza para extraer la grava y la arena que se había acumulado durante la última crecida de la rambla.

Tres jinetes aparecieron por la cuesta y se detuvieron junto a la noria. A Khalíl le dio un vuelco el corazón al reconocer el que venía al frente.

—Mirad cómo se han quedado esos dos… No pensabais volver a verme, ¿verdad?

Los compañeros de Pablo Serrano se unieron a la risotada. Ambos lucían bigotes largos, a la usanza de los tercios, aunque esa era la única semejanza entre ellos. El más corpulento, Montoya, exhibía una cicatriz en la frente, mientras el otro, un tal Pinel, delgado y de tez pálida, había dejado la mitad de una oreja en algún sórdido tugurio.

—Ahí donde las veis, esas ratas quemaron mi casa.

—Nosotros no hemos sido.

—¡Claro! Os faltan cojones, pero ¿qué hicisteis para impedirlo? —Los moriscos bajaron la cabeza—. ¡Veis! Son tan culpables como los hijos de ramera que prendieron la llama.

—Aquí nadie te ha hecho daño.

Los ojos de Serrano se convirtieron en dos rendijas.

—Por eso conserváis aún la cabeza sobre los hombros.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó Taufíq, esforzándose por guardar la calma.

—¡Oh, no! Yo no quiero nada. Sois vosotros quienes me vais a necesitar. ¿No os habéis enterado de lo del Albaicín? —El portugués sonrió ante la mirada perpleja de los moriscos—. ¡Ya lo averiguareis!

—¡Maldita sea nuestra suerte! Tantos muertos, y este hijo de perra sigue vivo —se lamentó Taufíq en cuanto los jinetes se hubieron alejado.

Khalíl asintió, sin dejar de darle vueltas al comentario de Serrano.

—¿Qué habrá querido decir con lo del Albaicín?

—No lo sé, pero no debe tratarse de nada bueno.

Capítulo 42

Quajalana, reino de Granada

Aquella radiante mañana de primavera, los regantes de Quajalana se citaron bajo el parral de la noria para trenzar una nueva maroma. La vega había recuperado su verdor habitual y no era cuestión de que los bancales volvieran a secarse.

—¿Dónde está Hernando? —preguntó Yúsuf, molesto—. Sin él no podemos empezar.

—¡Ahí viene! —exclamó Luis Almadaque al ver que alguien se acercaba.

El Lorquí llegó sofocado, pero no aguardó a recuperar el aliento.

—Los del Albaicín… Granada… deportados… todos.

El roce de las manos sobre el esparto cesó. Durante un instante, solo se oyó el croar de las ranas y el trino de los jilgueros. Taufíq fue el primero en reaccionar.

—¿Qué dices, insensato? Eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Como os digo. Han llevado a la gente del Albaicín a Castilla.

—¡Pero si no se llegaron a sublevar! —insistió Taufíq—. En la ciudad de Granada nadie se rebeló.

—Esta mañana ha llegado a Sorbas un mercader que lo ha visto con sus propios ojos.

—¿Por qué iban a llevarse a las personas pacíficas? Serían bandidos o asesinos.

—A esos ya los han ahorcado —replicó El Lorquí—. Según el marchante, daba pena verlos. Miles de personas formando una fila interminable: mujeres, viejos, niños, familias enteras.

—¡Cuando veas las barbas de tu vecino pelar, pon las tuyas a remojar!

—Vamos a ver, Yúsuf. Aunque lo del Albaicín fuera cierto, se trata de una ciudad. A los del campo nos necesitan para cultivar las fincas. El marqués del Carpio y los demás señores nunca aceptarían tal medida. Los llevaría a la ruina.

—Quizás tengan previsto reemplazarnos por cristianos viejos.

Taufíq sacudió la cabeza.

—Don Diego sabe muy bien que los castellanos son incapaces de hacer producir estas tierras.

—Bueno, dejaos ya de parloteos y centrémonos en la maroma —exigió Yúsuf de forma abrupta—. Se nos está yendo la mañana, y la vieja no aguantará mucho más.

—Hablando de viejas… —enlazó jocosamente Luis Almadaque al ver a Khalíl llegar con su mula Excelencia.

—¡Sí, ríete! De no ser por ella, tendrías que ponerte las orejeras y dar tú las vueltas a la noria —replicó Khalíl, fastidiado.

—¿Te das cuenta de la desvergüenza de tu hijo? —Almadaque se volvió hacia Yúsuf.

—¡Hombre! Con las orejeras parecerías menos necio. —Todos, hasta el destinatario de la mofa de Yúsuf, estallaron en carcajadas.

Khalíl se limpió una lágrima en la muñeca. No recordaba la última vez que se habían oído risas en Quajalana. Unió el yugo de la mula al mayal y, con unos chasquidos de la lengua, arreó a Excelencia.

El animal no había completado una vuelta cuando, tras oírse un chirrido estridente, se detuvo. Fue solo un instante, pero bastó para que el enorme peso suspendido empezara a tirar de la rueda. Un mecanismo de hierro impedía el retroceso. Por ello, sin darle importancia al incidente, Khalíl le dio a la mula una palmada en la grupa, para animarla a reemprender la marcha.

Lo que ocurrió a continuación nunca pudo aclararse del todo.

Sonó un chasquido, como el de una rama que se rompe, y una fuerza inesperada tiró del animal y lo hizo trastabillar. Excelencia clavó las patas traseras en el camino de andadura y tiró con ímpetu hacia delante. Sus cascos resbalaron sobre el suelo polvoriento. Los vecinos acudieron al rescate, aunque, en la confusión del momento, se estorbaron unos a otros y no pudieron evitar que, arrastrado por el peso de los cangilones, el animal se deslizara hasta el borde del pozo.

La mula, con los ojos inyectados en sangre, alzó las patas delanteras en el aire en busca de un agarre imposible. Con una nueva sacudida de la noria, los correajes, a los que se aferraban Almadaque y Taufíq, se rompieron.

La pobre bestia cayó al pozo. En su caída fue quebrando los receptáculos de cerámica y, con un espantoso crujido de huesos, golpeó la superficie del agua.

Khalíl se llevó las manos a la cabeza mientras sus vecinos se asomaban al pretil.

—Hay que sacarla de ahí cuanto antes —apremió Taufíq—. Si no, el agua quedará contaminada.

—Si no hemos sido capaces de retenerla, ¿cómo vamos a subir ese peso muerto ahora? —preguntó El Lorquí.

Todos miraron expectantes a Yúsuf, que tenía fama de mañoso.

—Utilizaremos la fuerza de la rueda, pero alguien tendrá que bajar a amarrar la bestia a la maroma. —El padre de Khalíl examinó el eje del trinquete. La rotura presentaba una parte lisa, como si la hubiesen aserrado.

Fue a su casa a por una barra de hierro que usó de pasador del seguro. Mientras los demás traían tablones, poleas y ganchos de varios tamaños, Khalíl llegó con un rollo de cuerda al hombro para descolgarse, pero Yúsuf lo retuvo.

—Yo lo haré —dijo.

Kahlíl dudo un instante. Aunque la salud de su padre había mejorado, aún no se encontraba en condiciones óptimas, pero por otro lado sabía que no le perdonaría llevarle la contraria en público.

Yúsuf se anudó la soga a la cintura y le tendió el otro extremo a su hijo. Después de afirmar un pie en la rueda de la noria, se volvió para pedir que mantuvieran la cuerda tensa. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Quizás fuera debido a un estertor del animal, el caso es que el rodete giró y le hizo perder el equilibrio. Khalíl se aferró desesperadamente a la soga, aunque solo consiguió abrasarse las palmas.

Cuando la cuerda quedó lacia entre sus manos, el mundo se detuvo. Hasta los gorriones dejaron de piar. Saliendo de su consternación, Khalíl se asomó por la boca del pozo, pero únicamente vio negrura. Ladeó la cabeza y, al no percibir señal alguna de vida, salió corriendo hacia el acceso a la poza que limpiara tan solo unos días antes.

Una vez dentro, reptó tan rápido como sus codos y rodillas le permitieron. Cuando llegó al final del conducto, los ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir un bulto medio hundido. Se sumergió y rodeó el cuerpo de su padre. Afianzando los pies en el cadáver de

Excelencia, empujó con todas sus fuerzas hasta que logró hacer emerger la boca de Yúsuf, pero la mula se volvió a hundir.

Khalíl tragó agua y tosió. Abrazándose con más fuerza a su padre, miró hacia arriba. Pataleó para salir a flote, pero pronto le empezó a faltar el aire. Con los pulmones a punto de reventar, pensó en el dolor que iba a causarle a su madre. Volvió a aspirar agua y el pánico se apoderó de él. Entonces sintió que lo agarraban del pelo y se aferró a su padre.

Sorbas, reino de Granada

El individuo, sentado en el rincón próximo al fuego, vio quién entraba en la taberna y, sin decir una palabra, cogió su vaso y se mudó al lado opuesto de la estancia. Como todos los asiduos al local, sabía que aquella mesa era «la del gallego», y no deseaba provocarlo, a él o a quienes venían hablando con él entre risas.

—No os imagináis la que se ha liado —explicó Serrano mientras se desembarazaban de armas y morriones—. Lo mejor ha sido cuando ese moro hideputa ha caído al pozo. —El portugués se dio una sonora palmada en el muslo—. Solo pretendía dejarles sin agua de riego. Ni se me había pasado por la cabeza tal estrépito. Por un momento, pensé que el abismo se los iba a tragar a todos, uno detrás del otro.

El tabernero les trajo una jarra de vino y tres cubiletes antes de retornar tras el tablero.

—¡Cosas de Dios! —dijo Pinel.

—O del demonio —replicó Montoya—. ¿Cuál de ellos es el accidentado?

Serrano vació el cubilete y, con la punta de su daga, trazó un círculo y un par de figuras geométricas sobre la mugre de la mesa.

—Aquí está la noria y este es el camino a la rambla. El que se ha descalabrado es el de la primera casa. En la de acá vive el más influyente. Si logramos persuadirlo de vender, los demás seguirán —recalcó sus palabras clavando el cuchillo en el centro del improvisado mapa—. Y vosotros, por supuesto, recibiréis vuestra recompensa.

Los compinches sonrieron de oreja a oreja, exhibiendo los dientes amarronados de sus bocas medio desdentadas.

—Lamentablemente, esta jodida guerra se acaba. Como los moros ya no quieran irse a África, el negocio se nos irá al traste.

—Eso sería una pena, jefe.

—Vamos a forzar un poco la suerte, Pinel. Se me ocurren varias formas de hacerlo. —Los ojillos del portugués refulgieron de maldad. Alzó su vaso bien alto y, sin importarle quién le oyera, se puso a vociferar—. ¡Por la guerra y la puta que la parió!

Sus compinches fueron los únicos en secundar el brindis. Cuando oyeron la campana de la iglesia llamar al Ángelus, Montoya y Pinel apuraron sus vasos. Después se encajaron los yelmos y abandonaron la taberna.

Desde que Juan de Haro, desoyendo las advertencias de Peñarroja, lo ascendiera a cabo, Serrano estaba exento de guardias, así que volvió a llenar el cubilete y se quedó mirando el puñal. Su diabólico plan consistía en pagar un precio razonable por la primera propiedad a través de un intermediario fiable, y hacerle creer al vendedor que su escapada a Berbería estaba

asegurada. De camino a la playa, el incauto y su familia serían asesinados. El dinero recuperado serviría para engañar a otro vecino.

Capítulo 43

Lorca, reino de Murcia

Pedro Cuerda llevó a Dídac al matadero para enseñarle a distinguir las pieles de mejor calidad sin dejarse engañar por el matarife de turno. Al cabo de unas semanas, convencido de haber completado sus enseñanzas, decidió ahorrarse los madrugones y lo dejó ir solo.

El catalán se volcó en cuerpo y alma para demostrar que no habían errado al confiar en él. Se levantaba antes del alba para llegar el primero al desolladero y obtener las mejores piezas. De esa forma, cuando su patrón se sentaba a desayunar, la materia prima necesaria para la jornada ya estaba ahí. Dedicaba la mañana a salar las pieles recién adquiridas y después del almuerzo atendía cualquier faena que le encomendaran.

Los esclavos pasaban la mayor parte del día sumergidos en las piletas o bateando cueros bajo el ojo vigilante de Victorino. El trabajo era malsano, especialmente el que exigía meterse hasta la cintura en la salmuera. Con el paso del tiempo, la piel se les agrietaba y acababan cubiertos de llagas. Tan solo cuando la carne aparecía bajo las costras cuarteadas los asignaban a puestos menos perjudiciales, como descarnar pellejos o acarrear excremento de paloma. En invierno, con el agua helada, solían enfermar, y no era raro que alguno apareciera muerto en su jergón. Aquellos pobres desgraciados no salían nunca del espacio limitado por la empalizada, aunque tampoco se les hubiera ocurrido intentarlo, pues los mastines los habrían despedazado.

Una mañana en que el catalán llegaba tarde por culpa de un aguacero, el hijo de su patrono quiso dejarle claro quién mandaba en aquel lugar.

—¿Esas son horas de llegar? —le espetó nada más verlo entrar en la curtiduría.

Dídac venía empapado y no deseaba enzarzarse en una discusión, así que masculló una disculpa y, con la cabeza gacha, siguió empujando la carreta hacia el almacén.

—Por tu culpa, esos holgazanes llevan horas parados.

—La lluvia ha encharcado el camino. Costaba mucho avanzar.

—¡Excusas! Te has detenido en la taberna, ¡fijo!

—Te equivocas. Aquí el único en condiciones de gastarse unas monedas en vino eres tú.

Victorino Cuerda estaba acostumbrado a que los esclavos bajaran los ojos ante su presencia, por eso le incomodó que Dídac le sostuviera la mirada. Tras unos segundos de palpable tensión, el curtidor movió la vista a un lado y vio que uno de los chiquillos había presenciado el pulso de voluntades. Desentendiéndose del catalán, sacó el látigo y, sin mediar palabra, lo descargó sobre el hombro desnudo del niño. El infortunado dio un alarido y levantó los bracillos para protegerse de otro latigazo que nunca llegó.

Con un rápido movimiento, Dídac arrancó el flagelo de las manos de Victorino y lo arrojó a una fosa. Después esperó al abusón con los puños apretados, pero este había reparado en las múltiples cicatrices de su adversario, pruebas irrefutables de un pasado violento y, a pesar del enorme corpachón y de sus aires de matón, le faltó coraje para enfrentarse a él.

Aquel incidente significó el inicio de una agria enemistad con el hijo del dueño, pero también el respeto de los esclavos y la admiración del pequeño Sharíf.

Amelia Cuerda había observado la escena desde la ventana de la cocina. Cruzó la explanada con las faldas arremangadas y se plantó ante su sobrino con los brazos en jarra. Le dedicó una mirada asesina, cogió al zagal por el brazo y, de un tirón, lo obligó a ponerse en pie

—¡Deja de lloriquear! No ha sido para tanto.

Antes de llevarse al crío para curarlo, se volvió hacia Dídac.

—Y tú pon esa ropa a secar a la lumbre si no quieres pillar un aire.

El catalán subió a la cocina y dejó la camisa en el respaldo de una silla frente al fuego. Como los calzones también los tenía empapados, se sentó en un escabel y acercó los pies a la candela.

—¡Mi sobrino es un animal!

Cuando se dio la vuelta, la vista de Amelia se clavó en su torso desnudo.

—¿Cómo está el chiquillo? —preguntó para disimular el rubor que le ascendía por las mejillas.

La mujer sonrió al advertir la turbación del joven y unas arruguitas se le formaron en las comisuras de los ojos. Aunque su figura se había ido rellenando, Dídac pensó que mantenía cierta lozanía. Pero le llevaba no menos de diez años y, por si fuera poco, era la hermana del patrón.

—La laceración no es muy profunda. —Amelia se puso a rebuscar en un arcón—. Le he aplicado un ungüento. Si evita meterse en las piletas por un tiempo, no tendrá problemas. ¡Toma, tápate! —Le arrojó a Dídac un paño de lana y hundió un cucharón en la olla colgada del fogón.

—¿Has desayunado? —El catalán negó con la cabeza—. Siéntate aquí, anda —dijo, golpeando la mesa con la mano.

Llenó una escudilla y se la puso delante. Dídac comió en silencio mientras ella no despegaba la vista de él.

—Has sido muy valiente ahí fuera —reconoció ella al cabo de un rato—. Mi sobrino no sabe controlar sus fuerzas. A más de un zagal lo ha dejado inútil. Su padre se enfada y le riñe, aunque siempre vuelve a las andadas. Le hubiera hecho falta algo de mano dura, pero ya sabes…

Dídac levantó la vista sin comprender.

—Mi hermano tenía otro hijo, un niño primoroso de tres añitos. Al poco de nacer Victorino, mientras su madre seguía encamada, escapó de la casona y se escondió debajo de un carro cargado de pieles. Dios sabe por qué, las bestias se espantaron y las ruedas aplastaron las piernas del chiquillo. Aunque vino un médico de Lorca, no pudo hacer nada por él. Mi cuñada, debilitada por el parto, no soportó tanto dolor, y al día siguiente rindió el alma. —Amelia Cuerda soltó un profundo suspiro y se levantó para retirar el plato. Al alcanzar la escudilla, apretó el busto contra la espalda de Dídac—. ¿Te ha gustado?

—¡Sí, señora!

—No me refería a la comida —afirmó, sin hacer amago de retirarse.

El catalán no supo qué contestar. Al instante, sintió que una mano fría le bajaba por el pecho.

—Y esto, ¿qué te parece?

Los dedos juguetones le rozaron el vientre y se abrieron paso por debajo de los calzones. Fue una intrusión lenta, a la que podría haber puesto fin con un simple movimiento. Sin embargo, solo acertó a contener la respiración. Percibió quejidos apagados y un aliento ardiente en la nuca mientras la mujer empezaba a manosearle el miembro. Cerró los ojos y, con los dedos

atenazados al borde de la mesa, dejó que la cálida sensación que le crecía en el bajo vientre se extendiera por todo su cuerpo.

Tras culminar con éxito la misión, Amelia se limpió la mano en el paño de lana, sonrió con descaro a un Dídac sudoroso y compungido y se alejó con un andar gracejo. Sabía que, a partir de aquel momento, las noches iban a ser mucho más amenas que hasta entonces.

Sorbas, reino de Granada

La primavera estaba siendo generosa con la comarca de Sorbas. Las lluvias providenciales de finales de abril hacían presagiar que la cosecha de cereales permitiría a muchas familias subsistir durante el invierno. Se volvía a cocer pan y se veían de nuevo mujeres, con el cabello cubierto a la usanza morisca, sentadas en corrillos remendando prendas en los soportales de sus casas. En Quajalana, el padre de Khalíl se había recuperado de las heridas provocadas por la caída, aunque mantenía una leve cojera.

La prioridad en la aldea era la preparación de las moreras antes del comienzo de la temporada de gusanos de seda. El primer paso sería adquirir entre todos un animal para la noria. Por suerte, el impulso económico generado por las obras de reconstrucción de la villa había posibilitado que varios vecinos de la aldea encontraran trabajo.

—¿Otra vez vas a Sorbas? —preguntó Yúsuf al ver que su hijo se disponía a salir.

—Así es, padre.

—Hoy es domingo…

—Por eso mismo, debo ir a misa. A mí tampoco me apetece, pero si no voy nos multarán.

Yúsuf hizo un gesto, como espantando moscas y salió de la estancia cojeando.

A la entrada de la villa de Sorbas, Khalíl se encontró con Taufíq. Juntos subieron la cuesta hasta la iglesia. En la plaza sortearon a las amas de casa que curioseaban ante unos míseros puestos de vituallas y, justo antes de que atrancaran las puertas, se metieron en el templo.

El sacristán registró sus nombres de mala gana y los mandó a un lado de la nave donde unas mujeres arrodilladas sobre esterillas aprovechaban la espera para coser.

Sonó una campanilla. Precedido por un monaguillo, enarbolando una cruz de madera, el sacerdote hizo su aparición. Los pocos cristianos viejos, situados en las primeras filas, se pusieron en pie y entonaron un canto desconocido para la mayoría de los moriscos. El cura hizo una genuflexión frente a la efigie de Jesucristo crucificado y besó el altar. Cuando se volvió hacia los asistentes, los de Quajalana reconocieron a don Salvador Enríquez, segundo beneficiado de la parroquia. Por lo visto, López de Tamarit había vuelto a ser requerido por don Juan de Austria para traducir al árabe algún documento importante.

Khalíl no tardó en dejar de prestar atención al sermón y se puso a pensar en sus cosas. Después de que todos comulgaran, el párroco bendijo a los fieles y, trazando la señal de la cruz, dio la misa por concluida.

—No te sabía tan devoto, Taufíq.

—¿De qué hablas, malandrín?

—Ahí dentro no perdías palabra.

—No sé qué te extraña tanto. Lo que ha dicho el cura tiene sentido. No me refiero a lo de beber la sangre de Cristo, sino a hacer el bien, respetar al padre, honrar a la madre y pedir perdón

cuando obramos mal. En el fondo, todo esto no es tan diferente de lo que me enseñaron a mí.

Khalíl se quedó pensando en las palabras de su vecino. Aunque hubiera preferido regresar a Quajalana, decidió resolver algo que llevaba demasiado tiempo aplazando.

—Voy a pasarme por el alfar —dijo. Y, haciendo de tripas corazón, se encaminó al barrio artesano.

Lo primero que le llamó la atención al verla fue el sensual balanceo de su cuerpo, la melena larga, negra, que ondulaba siguiendo el movimiento de las caderas. Un instante antes de cruzarse con él, la muchacha soltó una mano del canasto en equilibrio sobre la cabeza y, posándola con gracia en la cintura, lo miró directamente a los ojos.

Khalíl no estaba preparado para tal descaro. Cuando aquella criatura de ensueño pasó por su lado envuelta en aromas de jabón y tomillo, desvió la mirada. Sintiéndose el patán más grotesco del mundo, siguió caminando sin atreverse a darse la vuelta.

Si don Salvador hubiese abreviado el sermón o él se hubiera demorado un minuto más en la plaza, no se habría tropezado con ella. Persuadido de que el universo había confabulado para hacerlos coincidir en el momento y lugar precisos, se juró volver a ver aquellos ojos negros y los labios carnosos que lo habían hechizado.

Envuelto en esos pensamientos, llegó a la alfarería, donde la visión de las piletas llenas de barro le devolvió a la dura realidad. No había vuelto a pisar aquellos callejones cubiertos de polvo rojo desde la noche de su huida. Tampoco tenía idea de cómo iba a recibirlo Alonso Alfacar. Quizás lo culpara de la desgracia de su nieto.

Tomó aire para darse coraje y cruzó el zaguán del taller. Una niña de piernas de palillo dejó de barrer el suelo y se lo quedó mirando. En aquel lugar, siempre bullicioso y vibrante de actividad, reinaba un silencio solo interrumpido por el chirrido de un torno solitario. La sombra inclinada sobre la vasija despegó la vista de su obra y tardó un instante en reconocer al visitante.

—¿Cómo te atreves a volver por aquí? —La madre de Melitón se encaró con el que fuera aprendiz de su hijo—¿Por qué sigues vivo tú y él no?

Khalíl no se ofendió. Su vista estaba trabada en la figura encorvada que caminaba hacia él.

—¡Déjalo tranquilo!

Zaynab escupió a los pies del de Quajalana, aplastó con el puño la pieza de barro que seguía dando vueltas sobre el torno y, mascullando improperios, salió del taller llevándose a la chiquilla.

—¿Qué te trae por aquí, hijo de Yúsuf?

Khalíl se sorprendió de que, a pesar de no haber pronunciado una palabra, el ciego fuera capaz de identificarlo.

—Maestro, ha pasado un año desde… Quería deciros que yo no…

El anciano alzó la mano.

—No tienes que darme cuentas de nada. Melitón era dueño de sus decisiones y sabía el riesgo que corría. No pasa un día sin que piense en él, pero tu hiciste lo que te mandaba tu conciencia.

Khalíl sintió como si le retirasen una pesada carga de los hombros y se alegró de haber ido al alfar.

—¿Dónde están los demás? —En cuanto la pregunta le salió de la boca, se arrepintió de haberla formulado.

—Quedamos tan solo unos pocos —contestó Alonso Alfacar, soslayando la terrible verdad. Muchos habían perecido: unos, combatiendo al lado de los monfíes; otros, defendiendo el barrio

en los tiempos de Moxarrafe.

—Al venir he visto que el horno vuelve a funcionar.

—Sí —respondió el ciego. —Podría haber explicado que un comerciante de Totana le acababa de hacer un importante pedido de orzas para las atarazanas de Cartagena. Pero solo formuló una pregunta—: ¿Quieres volver a trabajar aquí?

Khalíl asintió. Decididamente, aquel estaba siendo su día de suerte.

Capítulo 44

Santa Fe de Mondújar, reino de Granada

Hernando El Habaquí y Luis de Requesens llevaban meses negociando en secreto una salida al conflicto. Por momentos, Abén Aboo parecía ceder a los argumentos en favor de la paz, pero, a la más mínima señal de apoyo por parte del sultán Selim II, cambiaba de opinión.

Cansado por esos vaivenes, don Juan de Austria decidió forzar la mano de su enemigo y publicó unilateralmente un bando que, aunque no implicaba un cese de las hostilidades, daba a los cristianos nuevos la oportunidad de acogerse al perdón de la Corona. Transcurrido el plazo de veinte días, cualquier varón mayor de catorce años que no se hubiese presentado a las autoridades y entregado sus armas, si las tuviera, se arriesgaba a ser ejecutado.

Obedeciendo a las disposiciones, la tarde del dieciocho de mayo de 1570, una fila formada por los habitantes de Quajalana avanzaba camino de Sorbas.

Khalíl examinó, con una mezcla de sentimientos encontrados, el aspa de tela negra que debían lucir en la manga para que no los confundieran con los rebeldes. Aunque sus costumbres eran moras, también se sentía español, y aquella insignia de trapo significaba el fin de una de esas maneras de entender la vida. Por otro lado, la conclusión de la guerra iba a posibilitar la reconciliación de los dos mundos que apreciaba.

En Sorbas, una multitud abarrotaba la plaza Mayor y las calles circundantes. Como ellos, todos se habían cosido cruces en la ropa. El sargento Peñarroja y un cabo se esforzaban en organizar las colas frente a los escribanos encargados de apuntar los nombres, edades y profesiones de los que venían a registrarse. El sacerdote y el sacristán se movían de una mesa a la otra, ayudando a los amanuenses que no entendían la lengua arábiga.

Pablo Serrano arrojó una ballesta inservible sobre el montón de artefactos que custodiaba Pinel.

—¡Solo traen basura! Cuando pienso en la ocasión de acabar con toda esta gentuza que el bastardo imperial ha desperdiciado, se me llevan los demonios. —Su compinche miró a un lado y al otro por si alguien hubiera oído el exabrupto, pero al cabo no le importaba—. De prolongarse la guerra un par de meses más, estos martirizadores de curas se habrían ido todos a Berbería y nosotros nos hubiéramos quedado con sus tierras. Ahora volverán a multiplicarse como los conejos.

—¿Cuántos hay?

—Unos quinientos aquí en la plaza y otros tantos en los alrededores.

—¡La madre que los parió! Llevamos cuatro días así. ¿De dónde sale toda esta gente? —preguntó Pinel.

—De Lubrín, Lucainena y las aldeas.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Mañana a medianoche expira el plazo. Después, serán… —El portugués se quedó pensando—. ¿Dónde está Montoya?

—En la taberna. —Pinel se mojó los dedos con saliva para retorcerse el mostacho—. ¿Qué estás tramando jefe?

—Van a seguir viniendo moros a entregarse… Quedan ocho o nueve horas para el alba…

~

Los de Quajalana habían decidido mantenerse juntos. Sentados en el suelo, esperaban su turno de avanzar. Khalíl se levantó para estirar los músculos y midió los pasos hasta el final de la cola. Un trueno lejano le hizo alzar la vista al cielo. Unas nubes amenazantes impedían ver las estrellas.

La campana tocó a ánimas y los escribanos se pusieron en pie. Tras despachar a las personas a las que estaban atendiendo, recogieron sus instrumentos e, ignorando las quejas de los que esperaban, se dispusieron a abandonar el lugar. Media docena de guardias acudieron, lanza en ristre, y les abrieron paso entre los airados vecinos.

Sin otra opción, los moriscos encendieron fuegos y se arrebujaron en mantas, apretados unos contra los otros, rogando para que la lluvia no hiciera acto de presencia.

Tras una noche sin más humedad que la del rocío, la gente fue despertando entre bostezos, estiramientos y huesos doloridos.

El capitán Juan de Haro oyó que la campana daba el toque del alba e hizo trotar su caballo hasta la entrada de la villa. Ordenó la apertura de las puertas y un centenar de personas se precipitaron calle arriba.

Pero no todos subieron. Un puñado de ancianos, con los vestidos desgarrados y las caras ensangrentadas, se encararon con los centinelas.

—¿Qué sucede aquí?

—¡Han matado a nuestros hijos! —gritó una mujer, blandiendo sus manos huesudas hacia el oficial.

Al darse cuenta de que no la entendía, uno de los viejos explicó lo sucedido en castellano.

—Veníamos de los castaños para inscribirnos cuando tres hombres armados con arcabuces nos detuvieron con el pretexto de escoltarnos a Sorbas. Desde el primer momento nos parecieron sospechosos y rechazamos la ayuda, pero explicaron que los monfíes estaban atacando a los que iban a entregarse y decidimos seguirlos. Al entrar en el barranco, cerca de la aldea de Cariatiz, abrieron fuego… —El hombre interrumpió el relato para deglutir—. Nos golpearon con las culatas de sus armas, nos obligaron a maniatar a nuestras hijas y a los niños. Luego se los llevaron… Dios sabe dónde.

Una mujer se arrojó a las patas de la montura del capitán, suplicando entre lamentos por el rescate de su nieta. De Haro supuso que los salteadores se dirigían a Vera. Podría darles alcance antes de llegar al mercado de esclavos, pero sus órdenes eran muy claras: ningún militar debía salir de la villa hasta acabar el censo.

—No va a ser posible, buena mujer…

El movimiento de su cabeza disparó un coro de chillidos y sollozos. Hubiera preferido mentir a aquella pobre gente, hacerles creer que iba a socorrer a sus seres queridos, pero su sentido del honor se lo impidió.

Un anciano sujetó el ronzal del caballo y se enderezó tanto como pudo. Su rostro era el reflejo de la más absoluta desolación.

—Señor, ¡por piedad, ayudadnos!

—Mañana saldremos a buscarlos. ¡Lo juro por mi honor!

El viejo leyó en la mirada del oficial que la suerte de los suyos estaba echada y soltó las correas.

—Será demasiado tarde. —Gruesas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos cansados.

—¡Lo siento! —fue lo único que acertó a decir de Haro antes de espolear a su caballo.

Se dirigió a la plaza Mayor y buscó con la mirada al cabo de guardia. Vio a Pablo Serrano y a otro soldado abriéndose paso a empujones en dirección a las mesas de registro. Todo estaba listo. Respiró hondo y ordenó ir a buscar a los escribanos.

El portugués había reparado en el capitán y rogó para que no se le acercara antes de suprimir cualquier huella comprometedora.

—Debimos lavarnos por el camino —gruñó Pinel mientras se frotaba las manchas de sangre adheridas a la piel grasienta de sus manos.

—No habríamos llegado a tiempo —respondió Serrano mientras apuntaba al oficial con la barbilla—. Ha sido una noche larga, pero fructífera.

—¡Sí, jefe! Esperemos que Montoya llegue sin contratiempos a Vera y saque un buen precio por la mercancía.

—Ya vienen los cagatintas. Venga, vayamos a nuestros puestos.

La mañana se desarrolló sin incidentes. Hacia el mediodía, habiendo cumplido con las formalidades, los vecinos de Quajalana regresaron a sus hogares.

Nada más perder el pueblo de vista, Khalíl empezó a deshacer el pespunte de su cruz, pero al ver que Taufíq lo miraba se interrumpió.

—¿No ha terminado la guerra ya?

—Acabamos de declarar nuestra sumisión a la Corona. Sin embargo, hay personas que, por odio o porque ya no tienen nada que perder, van a continuar peleando. A esos no les van a dar cuartel, y, como siempre, acabarán pagando justos por pecadores.

—¿Cuánto tiempo vamos a seguir llevando las cruces?

—¿Quién sabe? Tú haz lo que quieras, pero yo no me la quito.

Capítulo 45

La Alpujarra, reino de Granada

Don Juan de Austria tenía prisa por concluir la contienda, pues aspiraba al mando de la escuadra que, más tarde o más temprano, se iba a enfrentar a los turcos en el Mediterráneo. Por ello, propuso detener las hostilidades. Fiel a la táctica de jugar a dos bandas, Abén Aboo no se opuso a la firma de las paces, aunque, temiendo un ardid para atraparlo, decidió enviar a El Habaquí, junto a su propio hermano y trescientos escopeteros a la ceremonia.

Cuando aquel día veinte de mayo las siluetas de los montes circundantes oscurecieron sin que su lugarteniente hubiera regresado, el rey de los moriscos empezó a preguntarse si la decisión de delegar tan importante misión no había sido un error. Bien entrada la noche, unas voces que daban el alto lo sacaron de su duermevela. Poco después, los guardias traían a su presencia a El Galipe, su hermano.

—¡Ya era hora!

—Alá, alabado sea, os guarde de todo mal, majestad.

Abén Aboo agitó la mano y los centinelas desaparecieron.

—¿Vienes solo?

—El Habaquí sigue en Padules.

Las pobladas cejas de Abén Aboo se fruncieron hasta juntarse. Sin reparar ya en ninguna formalidad, su hermano se sentó en el primer cojín a la vista.

—Ese renegado ha preferido seguir disfrutando de los agasajos de los perros cristianos a venir a postrarse ante su soberano. Nos ha avergonzado a todos. —El rostro del rey de los moriscos era de piedra—. Y eso que la jornada comenzó bien. Don Juan de Austria había ordenado mucho aparato de bienvenida, con caballeros de armaduras resplandecientes y piqueros formados en dos largas hileras a la entrada de la villa. La estampa de tus tropas era magnífica también. Entramos en Padules con las banderas desplegadas al viento, la tuya la primera. Los hombres, cuatro por fila, avanzaban con las armas relucientes y vestidos con sus mejores galas. Yo mismo había elegido a los más gallardos para la ocasión.

»En la explanada donde esperaba don Juan, flanqueado de nobles, obispos y capitanes, nos rindieron honores con salvas de arcabucería, redobles de tambores y el tañido de las campanas. Según lo acordado, El Habaquí debía apearse del caballo y entregar tu bandera, pero el muy miserable arrojó el estandarte al suelo sin la menor dignidad, se hincó de rodillas y, con la cabeza gacha, ofreció su alfanje. —El Galipe vio que los labios de su hermano se apretaban—. El bastardo del emperador le mandó levantarse y, devolviéndole la espada, le pidió que la guardase para mejor servicio al rey de España. —La cara de Abén Aboo adquirió la tonalidad de la grana—. Créeme: ante tanta infamia, de haber tenido la posibilidad de desenfundar mi daga, habría atravesado allí mismo el corazón de ese miserable.

—¿Qué pasó, después? ¿Nos conceden el perdón?

El Galipe alzó los hombros.

—No pude averiguar nada más, porque una vez acabada la ceremonia tu lugarteniente decidió desdeñarnos. A pesar de ser de tu misma sangre, no fui invitado a compartir mesa con él, ni a las audiencias celebradas a continuación.

Lo que ambos ignoraban era que El Habaquí había aprovechado los encuentros a solas con don Juan de Austria para obtener tratos de favor para Abén Aboo y los cabecillas de la rebelión.

—Buscando descaradamente provecho propio, ese renegado ha ofendido a toda la nación y, lo que es mucho peor, a ti, nuestro soberano. —El Galipe vio el odio llamear en los ojos de su hermano. Había llegado el momento de callar.

Abén Aboo se pasó la yema de los dedos sobre los párpados y se pellizcó el puente de la nariz.

—Alá todopoderoso ha iluminado nuestro entendimiento, permitiéndonos discernir la verdad de la traición. Ahora entiendo por qué ese perro se ofreció para ir a hablar con los cristianos. «Es por tu seguridad», dijo, y yo, ¡necio!, le agradecí su entrega a la causa. ¡Maldito traidor! —aulló, perdiendo la compostura—. ¡Cerdo repugnante, fermento apestoso! ¡Quiera Alá que revientes y la carne se te pudra en los huesos!

La suerte de Hernando El Habaquí, leal lugarteniente, hábil negociador e incansable promotor del final de la guerra, estaba echada.

Lorca, reino de Murcia

La noticia de las paces firmadas en Padules produjo un estallido de alegría en la villa del Guadalentín. Las campanas echaron a volar y los sacerdotes exhortaron a los feligreses a dar gracias a Dios. El clima de aquellos días de mayo era casi veraniego y el populacho, eufórico, se lanzó a las calles para celebrar el final de la guerra.

Los Cuerda cerraron la curtiduría. Ataviados con sus mejores ropas, se acercaron a la villa para participar en los festejos. Dídac los seguía a unos pasos de distancia, como un sirviente. Las prendas que vestía habían pertenecido al marido de Amelia. Las mangas le quedaban cortas, y la cintura, holgada; aun así, eran las mejores que se había puesto en mucho tiempo.

Ríos de gente confluían en las plazas, por las que, en medio de un jolgorio creciente, cada vez costaba más avanzar. En las proximidades de las obras de la colegiata de San Patricio, Pedro Cuerda se detuvo para conversar con un cliente, maestro talabartero. Unos jóvenes exaltados, a todas luces ebrios, los rodearon y se pusieron a lanzar vivas al rey, a san Clemente y a la Virgen María.

—No sé de qué se alegran estos necios —dijo el curtidor en cuanto los muchachos desaparecieron por una callejuela lateral—. A ver si siguen tan contentos cuando se queden sin trabajo.

—Tienes razón, Pedro. Aunque el final de la guerra aún está por ver. Según dicen, el reyezuelo ha escupido sobre el tratado de paz y no cesan los golpes de mano.

—¡Dios te oiga! —sentenció el tanador.

Echaron de nuevo a andar. Amelia aprovechó el barullo para acercarse a Dídac y susurrarle al oído que, aunque estaba muy apuesto con aquellas ropas, prefería verlo sin ellas. Victorino no oyó el comentario, pero vio al catalán sonrojarse. A partir de ese instante, no les quitó el ojo de encima.

El sol caía a plomo sobre una muchedumbre que no dejaba de crecer. El tañido de las campanas era ensordecedor. La gente hablaba a gritos y se daba empujones para llegar a la iglesia. Algunos, hartos de achuchones y pisotones, intentaron salir de la plaza Mayor abriéndose paso entre los que pugnaban por entrar. Así, sin poder evitarlo, Dídac se encontró en medio de un remolino de cuerpos.

Entre las personas que venían en sentido contrario le llamó la atención una joven casi tan alta como él. No parecía asustada por el tumulto, sino, más bien, divertida por las alegres chanzas de los jóvenes. Por aquellas cosas del destino, la corriente humana los fue empujando el uno hacia el otro. Dídac se revolvió para evitar quedar cara a cara con ella, pero la presión de la muchedumbre era incontenible y acabaron uno frente a la otra.

En un intento de evitar quedar aplastados, se repelieron con las palmas. En un primer instante la muchacha no le pareció especialmente lozana, pero cuando sus miradas coincidieron quedó atrapado en un torbellino de color azul.

De golpe, el estruendo de la fiesta, los empujones y los efluvios de los cuerpos sudados desaparecieron. Aturdidos y encadenados el uno al otro, se dejaron arrastrar. El inicial azoramiento fue sustituido por una sensación de euforia inexplicable. En medio de aquel desenfreno de oleadas incontenibles, que levantaban los cuerpos para dejarlos caer de nuevo a su antojo, solo existían ellos dos. Fue como si se conocieran de otra vida.

De repente, en un vaivén caprichoso, el remolino que los había emparejado los separó. Él alargó las manos, luchando a codazos para retenerla, pero ya era tarde. Engullida por el torrente humano, desapareció por un callejón mientras los gritos de rabia de Dídac eran cubiertos por el estruendo de la fiesta.

La buscó sin descanso por calles, soportales y plazas hasta bien entrada la noche. Al día siguiente, a la misma hora, regresó al lugar del encuentro, pero no la vio entre las lavanderas o las mozas cargadas de vituallas. Desde aquel momento, la mujer se convirtió en el centro de sus pensamientos. Intentó fijar su rostro en la memoria, pero solo acudían algunos retazos: un mechón indisciplinado, el blanco nacarado de sus dientes, y los ojos resplandecientes como el cielo en primavera.

Agosto de 1570, Real Alcázar de Madrid, corona de Castilla

Don Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz de Mudela y capitán general del Mar Océano, caminaba tan deprisa como el decoro permitía a un grande de España. Lo hicieron pasar al despacho real, donde Felipe II lo esperaba de pie frente a un mapa. Las lámparas de aceite que iluminaban la mesa acrecentaban la expresión de severidad del monarca.

—¿Dónde han desembarcado? —preguntó el rey sin perder el tiempo en formalidades.

—En Larnaca, Majestad. —El almirante señaló el sureste de la isla de Chipre—. Aunque, según los últimos informes, Lala Mustafá Pachá ha movido cien mil efectivos ante los muros de Nicosia.

—¿Con qué fuerzas contamos allí?

—Unos siete mil hombres, incluyendo a los venecianos…

—¡Pobres diablos! —El rey cerró los ojos.

—Quizás, si enviáramos…

—¡Ya hemos hablado de eso! No podemos poner en riesgo a la flota. ¡Ahora no! —La voz del rey era firme. Así y todo, el marqués de Santa Cruz se atrevió a insistir.

—Majestad, con todo el respeto, por el momento podemos descartar un ataque otomano a nuestras costas, pero en cuanto caiga Chipre nada impedirá a las ciento cincuenta galeras del sultán dominar el Mediterráneo.

—¡Por eso mismo! Debemos preservar nuestras naves y aprovechar el precioso tiempo que el sacrificio de Nicosia va a brindarnos para preparar la alianza con Venecia y su santidad. —Felipe II desplazó la vista a la parte occidental del plano y apuntó con el dedo al sur de la península ibérica—. Mientras tanto, es prioritario acabar con la rebelión de los moriscos. Las rendiciones masivas y la evacuación de los jenízaros a África me llevaron a creer que todo había acabado, pero según la última inteligencia Abén Aboo ha hecho asesinar a El Habaquí y ha reanudado las hostilidades. Por lo pronto, una escuadra patrullará la costa para evitar la llegada de más ayuda exterior.

—Contad con ello, majestad.

—Al mismo tiempo, debemos erradicar cualquier apoyo a los sublevados por parte de la población civil. Don Luis de Requesens sugiere sacar a los moriscos del reino de Granada. De expulsarlos a Berbería, el peligro de que sirvan al turco sería demasiado grande. Así que los alejaremos de sus lugares naturales, llevándolos a Castilla. Don Álvaro, el plan debe ejecutarse antes del final del otoño.

Bazán asintió en silencio y entornó los párpados, tratando de imaginar la titánica tarea que aquella decisión implicaba.

Octubre 1570, Sorbas, reino de Granada

Gracias a los encargos del mercader de Totana, el taller de Alonso Alfacar bullía de actividad. Cada tarde, antes de regresar a Quajalana, Khalíl subía al pueblo, daba un rodeo por las calles más concurridas, pasaba por la fuente y se quedaba un rato acechando frente al lavadero. No tardó en tropezarse de nuevo con la muchacha, aunque le faltó coraje para dirigirle la palabra. La volvió a ver los días siguientes, pero por más horas que pasara imaginando ocurrentes formas de presentarse, al llegar el momento de la verdad se le antojaban ridículas y desviaba la mirada.

Con el transcurrir del tiempo, temió que la causante de su exaltación se encaprichara con alguno de los jóvenes que, sin duda, la rondaban a todas horas. Esa mañana de domingo, una vez más, había planeado hacerse el encontradizo y, de alguna forma, entablar una conversación.

Estaba dando el día por perdido cuando la vio aparecer por el sendero de la fuente. El cabello húmedo le caía en rizos largos sobre un sencillo corpiño blanco que refulgía al sol. Al llegar al final de la cuesta, la joven dio un saltito para salvar el desnivel del terreno. Sin poder evitarlo, Khalíl se fijó en el movimiento de los pechos bajo la tela. La absurda idea de que fuera capaz de leer sus pensamientos le cruzó por la mente y le coloreó las mejillas. Sintió que el corazón se le desbocaba. Sin embargo, logró mantener la vista al frente y le pareció verla sonreír.

Haciendo acopio de la determinación necesaria, con la sangre golpeándole las sienes, se paró ante ella. Abrió la boca, más el temor a ser rechazado lo paralizó. Tras un instante de vacilación,

la muchacha reemprendió su marcha y a él no se le ocurrió otra cosa que ponerse a caminar hacia atrás.

«Vaya, ahora sí te estás luciendo», pensó, invadido por una vergüenza infinita. Pero ya era demasiado tarde para rectificar.

Ella se cubrió los labios y dejó escapar una risilla nerviosa que transformó la expresión bobalicona de Khalíl en una sonrisa radiante.

—¿Cómo te llamas? —soltó, impulsivamente—. Yo soy Kha… —añadió antes de tropezar.

Sus posaderas golpearon el suelo, pero no sintió dolor, solo un deseo imperioso de morir y desaparecer tragado por la tierra. Cuando ella le preguntó si se había hecho daño, creyó oír una voz que bajaba del cielo.

—No, ¡qué va! —replicó, incorporándose de la forma más varonil que pudo—. No me he caído. ¡Me he postrado a tus pies!

La joven soltó una carcajada cristalina.

—¡Qué bobo! —El comentario le pareció dulce como un confite—. Bueno, «Kha…», ha sido un placer conocerte, pero debo irme.

Khalíl sonrió. Habría querido decirle su nombre, averiguar el suyo, declararle su amor. En cambio, se puso a balbucear.

—¡Ya!… Yo también…, quiero decir…, yo no…

—¡Qué bobo! —repitió la muchacha, antes de alejarse como un remolino.

Khalíl se quedó mortificado. Acababa de desperdiciar su última oportunidad. No volvería a reunir el valor para dirigirle la palabra.

—¡Luz!

Khalíl levantó la cabeza, extrañado. Ella se había vuelto y le sonreía.

—Me llamo Luz.

Agitó la mano a modo de despedida y se marchó con una risa alegre. Khalíl sintió que su pecho estallaba. El sol, las estrellas y el universo se ponían de su lado.

Capítulo 46

Quajalana, reino de Granada

Aquel viernes, último día del mes de octubre, Khalíl saltó del jergón y se vistió aprisa. Su primer pensamiento había sido para Luz. Le esperaba una larga jornada de trabajo en el alfar, pero primero se pasaría por la fuente de los caños, donde, con un poco de suerte, la podría entrever.

Oyó ruidos en el cuarto contiguo y supuso que su padre estaba ordenando los aperos para los gusanos de seda. Salió al patio. Tras revolver cariñosamente el pelo de Karíma, le dio un beso a su madre.

—¡Buenos días! ¿Cómo están hoy las dos mujeres más guapas de Quajalana?

—Muy zalamero te veo esta mañana. —Khalíl sonrió ante la mirada suspicaz de su madre y soltó la pregunta que le rondaba por la cabeza—. ¿Qué pensáis hacer con la ropa de Mas'úd?

La cara de la mujer ensombreció. Desde que su hijo se fuera a Berbería, atesoraba sus prendas como reliquias.

—Ya lo sabes…

—¿Preferís que se la coma la polilla?

Ella le miró los calzones raídos, los múltiples remiendos de la camisa. La mandíbula le empezó a temblar.

—Disculpadme, madre. No era mi intención apenaros.

Al mismo tiempo que Khalíl y su madre hablaban, un pelotón de soldados al mando de Pablo Serrano entraba en la aldea. A un gesto del cabo, la calle se llenó de gritos, carreras y golpes contra las puertas. Los piquetes se metieron en las casas, sacaron a los ocupantes a empujones y los reunieron en el callejón del terrero. También Khalíl y su familia se vieron obligados a acudir con los demás.

Cuando la mayoría estuvo presente, el portugués extrajo un pliego de su jubón. Irguiéndose sobre la silla de montar, lo mostró a la concurrencia.

—Por orden de su majestad el rey, vais a ser conducidos a un lugar fuera del reino de Granada. Esta medida no es un castigo, sino el resultado de la gran penuria que está sufriendo este territorio, y se ha tomado por el propio interés de la población. Tan pronto como la situación mejore, se considerará el regreso.

Los que comprendían el castellano se echaron las manos a la cabeza.

—¿Qué dice? —preguntó Maryam, que por una vez había abandonado el zaguán de su casucha.

—¡Nos quieren echar de nuestras casas! —explicó Khalíl en árabe.

El pavor se apoderó de la gente. Una tras otra, las vecinas se pusieron a dar alaridos.

Los infantes blandieron sus lanzas, lo que tuvo por resultado que los ánimos se exaltaran más aún. Maryam aprovechó la confusión para escabullirse, como si aquello no fuera con ella.

Un soldado, siguiendo las órdenes de Serrano, disparó al aire para obligarla a detenerse, pero ella, resuelta, siguió caminando en dirección a su casa. Hubiera sido muy sencillo hacerla volver, pero el portugués deseaba dar una lección a propios y extraños. Volvió la cabeza hacia un arcabucero cuya mecha ya estaba encendida y asintió con la cabeza.

Al segundo escopetazo, la mujer, que estaba a punto de penetrar en su casa, se desplomó.

En un primer momento nadie entendió lo que acababa de suceder. Entonces vieron cómo una mancha roja se extendía bajo el cuerpo que acababa de caer y todos comprendieron la enormidad del disparate que acababan de presenciar.

—¡Eso mismo le pasará a cualquiera que intente escapar! —clamó Serrano ante una audiencia petrificada—. Ahora, escuchadme bien, porque no lo repetiré: saldremos a mediodía. Os podéis llevar el ganado y lo que quepa en los dos carromatos que hemos dejado en la rambla. Todo lo demás se quedará aquí.

Demasiado atemorizados para pedir explicaciones, los habitantes de Quajalana corrieron a recoger el cadáver de Maryam y mientras unos le daban sepultura de forma precipitada, los otros fueron a sus casas a preparar el viaje.

Yúsuf sacó de la alcoba una caja de madera labrada. Extrajo de su interior unos papeles amarillentos, cinco monedas, una cadenita de plata y un anillo de oro. Empujó las alhajas a un lado y pasó la vista por las elegantes letras curvilíneas que nunca aprendiera a descifrar.

—¿Qué pone en esos papeles, padre? —Khalíl tampoco sabía leer árabe.

—Son las escrituras de las tierras y la casa.

—¿No deberíamos esconderlas en algún lugar seguro?

—¡No! Las llevamos con nosotros.

Mientras Salmà recogía las joyas y las monedas y se preguntaba dónde las iba a ocultar, su marido introdujo los documentos en un forro de lana y se lo guardó entre las ropas.

~

La mañana fue avanzando en medio de una actividad intensa. Las mujeres cocieron pan, empaquetaron víveres y prendas de abrigo mientras los hombres se afanaron en juntar el ganado y elegir los pertrechos imprescindibles. Los soldados habían encendido hogueras para guarecerse del frío, y los que no patrullaban esperaban su turno jugando a las cartas.

Después de perder otra partida de naipes, Serrano lanzó un escupitajo al centro de la hoguera y se alejó unos pasos para aliviarse la vejiga. Todavía no se había aflojado los cordones de los gregüescos cuando se escuchó un griterío. Al girarse, vio un penacho de humo brotar por la ventana de una casa.

Los vecinos acudieron al instante. Intentaron penetrar en la morada de Luis Almadaque, pero la puerta estaba atrancada. Algunos guardias se acercaron con intenciones de ayudar, pero el cabo los llamó al orden y volvieron a sus puestos.

Yúsuf destrozó el pestillo a golpes de hacha. Varios hombres se introdujeron en la vivienda. Pasado un momento, Taufíq y El Lorquí sacaron a la mujer de Almadaque y a su hijo. Khalíl salió tras ellos. Entre los brazos llevaba a la hija pequeña del matrimonio.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —inquirió Serrano. En el interior de la casa continuaban las voces.

—¡Fuego! —respondió Taufíq, guardándose para él la visión del vecino arrojando muebles a las llamas como un poseso.

Justo cuando la techumbre se desplomaba, Luis Almadaque salió, tosiendo y escupiendo salivazos negros. Aunque sus ropas estaban chamuscadas y la cabellera le humeaba, no sufría quemaduras graves. Rechazó a quienes querían sostenerlo y, con el rostro desfigurado por una mueca, se puso a aullar.

—¡Mi casa no será de nadie! —Apuntó un dedo al cielo y, temblando de ira, esgrimió la única arma de los vencidos—. ¡Os maldigo! ¡Le pido a Alá que os condene a un tormento eterno en las profundidades del infierno!

Serrano no comprendió las palabras del morisco. Así y todo, cansado de sus exabruptos, hizo un gesto y Montoya lo tumbó de un porrazo.

Mientras tanto, los lugareños habían formado una cadena para acarrear agua desde la balsa y luchaban por apagar el incendio. Serrano miró a su alrededor: algunas viviendas de la parte de levante se encontraban en ruinas. Las del lado del terrero, sin embargo, seguían intactas. Entre ellas destacaba una construcción de apariencia señorial.

—¿De quién es esa casa? —le preguntó a Khalíl, que pasaba con un balde de agua por delante de él.

—Era de Zahíd el Rico.

—¿El Rico? ¿Por qué ese apodo?

—Su familia poseía bastantes tierras. Se fueron a África hace unos años.

El portugués sonrió para sus adentros.

—Deja eso ahí —ordenó, señalando el cubo—. Tú y yo vamos a tener una charla amistosa.

Pasando un recio brazo por el hombro del morisco, lo condujo a un lugar apartado.

—¿Cómo era tu nombre?

—Gabriel, señor.

—¿Sabes, Gabriel? Creo que me ocultas algo. Según tú, el Rico se fue a África. En un viaje tan peligroso no se lleva uno toda su fortuna. Cualquiera habría escondido una parte en algún lugar seguro para recuperarla en el momento oportuno.

—Lo siento, señor, no comprendo cómo puedo ayudaros. —Khalíl encogió los hombros e intentó sonreír

—Mira, morito, te voy a decir una cosa: el viaje que estáis a punto de emprender tú y los tuyos será largo y peligroso…

—Pero si yo no sé nada de todo eso.

El semblante de Serrano oscureció de golpe.

—¡Qué lástima! Me estabas empezando a caer bien. Hubiera preferido evitarte alguna desgracia. A ti… o a cualquiera de tu familia. —La mirada malvada contradijo la suavidad del tono empleado—. No te imaginas lo perversos que pueden llegar a ser mis hombres… ¿Cuántos años tiene tu hermanita?

Khalíl sintió un escalofrío. La amenaza era seria, pero no se le ocurría la forma de probar que no había ningún tesoro escondido en Quajalana.

—Está bien, ¡tú lo has querido! —El indeseable se palmeó los muslos antes de ponerse en pie—. Luego no te quejes.

—¡Esperad! Os lo voy a contar.

—Sabía que eras un muchacho listo.

—Aseguradme que no vais a hacernos daño.

—Tú habla, después ya veremos.

Tras un breve momento de vacilación, Khalíl inició un relato que fue enhebrando sobre la

marcha.

—Lo que voy a desvelaros lo oí de boca de Luis El Guegali, el hijo del rico, que rondaba a mi hermana mayor. Vuestra merced no la conoce, vive en Lubrín —precisó Khalíl en un intento de ganar tiempo—. Por aquel entonces yo era un crío, y me divertía espiando a la pareja. Una tarde, en su deseo de impresionar a Zahra, decidió contarle un secreto. —Serrano se removió sobre la piedra que le servía de asiento—. Le hizo jurar no revelar jamás a nadie lo que le iba a contar, y a continuación le explicó que cuando Bú'Abdíl salió de la Alhambra también lo hicieron cuatro arcones con la fortuna de los Nazaríes. —Un destello de codicia cruzó por el rostro del portugués—. Perdido el trono, el mayor temor del Desdichado era la ruina. Por eso, aunque todos los cofres tenían el mismo destino, se confiaron a personas de la máxima lealtad que, disfrazadas de comerciantes, siguieron rutas diferentes. La providencia quiso que una de las arcas, la custodiada por el tatarabuelo de El Guegali, se rompiera y derramara su carga de oro y esmeraldas en la arena de esta rambla.

Los ojos de Serrano refulgieron. Khalíl comprendió que acababa de morder el anzuelo.

—El custodio del tesoro mandó plantar su tienda en este mismo lugar y envió a sus hijos a Sorbas a por un nuevo arcón. Al no encontrar ninguno del tamaño requerido, encargaron una enorme tinaja a un alfarero. Mientras la confeccionaban, el antepasado del rico cayó enfermo y, a los pocos días, rindió su alma. Nadie más conocía el destino de la carga, así que nunca llegó a manos de su dueño. Bú'Abdíl mandó a varios rastreadores tras la pista del tesoro, pero los hijos del viejo los despistaron haciéndose pasar por humildes pastores. El Desdichado se estableció por un tiempo en la Alpujarra y, finalmente, embarcó para nunca volver.

—¿Y qué hicieron con la tinaja?

Khalíl tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja.

—Ni él ni su padre lo sabían, sucedió mucho antes de que nacieran. —Khalíl miró a un lado y al otro, se inclinó hacia delante como para evitar que alguien pudiera oírlo—. La casa… La construyeron después. El tesoro podría estar en cualquier lugar. Enterrado en el patio, empotrado en un muro o bajo los cimientos…

—¡Lo sabía! —Serrano se golpeó la palma con el puño. Una sonrisa triunfal iluminaba su cara.

—¿Estamos en paz ahora?

El portugués contestó con un gruñido ininteligible y fue a fisgonear frente a la casona.

Una vez apagado el incendio, los vecinos se dieron prisa en colocar sus posesiones en las carretas. A media tarde, con un claro retraso sobre el horario planeado, Serrano dio orden de salir.

—¡Venga, sacad a esa gentuza! Estad alerta, si escapa tan solo uno de esos *filhos de porca moura* os capo con mis propias manos.

Khalíl y su padre ya habían dejado sus dos costales en el carro cuando los soldados, lanzas en ristre, empezaron a subir por la calle. Los rezagados tuvieron que apresurarse en cargar sus pertenencias, pero, como siempre ocurre, algunos habían abusado y el espacio resultó insuficiente para tanto bagaje.

Se oyó un trueno en la distancia. Una fina lluvia comenzó a caer sobre los varones vociferantes, las mujeres en llanto y los paquetes tirados por el suelo.

Khalíl abrazó a Karíma y a su madre mientras Yúsuf tiraba de la puerta e introducía, con mano temblorosa, la llave en la cerradura. Esforzándose por mostrar una firmeza que no poseía, le dio dos vueltas y se quedó mirando la tija bruñida por las generaciones de hombres y mujeres

que habían vivido en aquella morada. Sintió su pena mutar en una ira incontenible y arrojó la llave al suelo. Salmà se apresuró a recogerla. Tras limpiarle el barro, se la guardó. Con los ojos inundados, dedicó una última mirada a la casa en la que diera a luz a sus hijos y, tras enjugarse las mejillas, echó a andar detrás de su marido.

Un soldado le dio un empellón a Khalíl con el astil de su lanza y este cayó en la cuenta de que era el último morisco en salir de Quajalana. Levantó la frente bien alta y siguió adelante. En ese momento, un rayo cruzó el cielo y un trueno sacudió la vega. Los soldados se santiguaron ostensiblemente mientras la lluvia se transformaba en un diluvio.

El agua chorreó por los tejados y las fachadas ensombrecidas, llevándose las boñigas de los caballos y las pisadas de los hombres, como si el cielo, afligido, quisiera purificar aquel lugar desolado.

~

Llegaron a Sorbas ya entrada la noche. Tras dejar las carretas en una explanada cercana a la alfarería, fueron conducidos a una placeta en la que les iban a dar la cena.

Tras una hora bajo el aguacero les informaron de que la comida se había acabado. Sin otra opción, compartieron el contenido de los hatillos mientras esperaban ser llevados a un viejo almacén ya ocupado por los habitantes de otras aldeas. Tuvieron que ganarse un poco de espacio a empujones y apretujarse los unos contra los otros.

A Khalíl le costó dormirse. No sabía dónde se encontraba Luz. Le hubiera gustado tenerla a su lado, protegerla y desafiar al demonio por ella. Así, sumido en cavilaciones, entre el delicioso recuerdo del ser amado y el amargo resquemor del desahucio, no se percató de que le vencía el sueño.

Al alba, la cancela del improvisado presidio se abrió de golpe y la nave se llenó de voces. Un centenar de siluetas envueltas en mantas y capas se fueron poniendo en pie, quitándose las legañas y desentumeciendo los músculos.

Los soldados se metieron en el edificio y empezaron a empujar a la gente. Los de Quajalana recogieron sus cosas y se unieron, obedientemente, a la desordenada procesión que descendía en dirección a las puertas de la villa.

~

Don Alonso Aviz Venegas, comisario de la saca, abandonó la húmeda cámara del castillo y se paró frente a un ventanuco. Mientras se ajustaba el coleto, comprobó que aquel día de Todos los Santos de mil quinientos setenta había amanecido gélido. Un manto de niebla cubría los campos circundantes.

En el patio de armas le esperaban los capitanes a cargo de las dos columnas de desterrados, don Miguel de Moncada y don García de Villarroel. Juan de Haro y sus hombres, vestidos con los colores del marqués del Carpio, habían formado un corredor a lo largo de la rampa de acceso a la fortaleza.

El encargado del aprovisionamiento, un tal Antón Pareja, saludó al comisario. Tras recibir su aprobación, dio instrucciones para que un carromato se situara a un lado del camino.

—¿Habrá para todos esta vez?

—De sobra, don Alonso —contestó Pareja con la cara enrojecida—. Un chusco y un trozo de queso por persona.

Al poco llegaba una muchedumbre: varones con bultos al hombro, mujeres portando niños de pecho y viejos renqueantes. Los guardias los dejaron recoger sus raciones y los condujeron a la explanada donde la noche anterior habían quedado el ganado y las carretas. Don Francisco López de Tamarit se subió a una de ellas e hizo la señal de la cruz. Los soldados se arrodillaron. Mientras los moriscos los imitaban, Khalíl giró sobre sí mismo con la esperanza de divisar una larga cabellera negra.

—¡Tú! —gritaron detrás de él—. ¡De rodillas!

Acostumbrado a celebrar misas de campaña bajo las condiciones más inverosímiles, el sacerdote se dio prisa por concluir el acto religioso. Apenas acababa de bendecir a los asistentes cuando los piquetes los azuzaron en dirección al camino.

La misión del capitán Juan de Haro terminaba allí. Se despidió del comisario y de los demás oficiales y, seguido por Peñarroja y Serrano, volvió a la villa.

La niebla se había disipado. Los colores del estandarte del marqués del Carpio rompían el grisáceo de la mañana. El portugués vio que el capitán no se detenía a las puertas del castillo y acercó su montura a la del sargento.

—Este día pasará a la historia. Vayamos a la taberna a festejarlo.

—Gracias, gallego, pero no estoy para celebraciones. Además, por si no lo sabías, se han llevado al bodeguero.

Sin ánimos para encerrarse en la fría torre, el capitán decidió recorrer las calles vacías por las que otrora correteaban chiquillos ruidosos. Cruzó placetas abandonadas donde pacíficos ancianos se habían sentado a conversar. Aquella villa fantasma no olía ya a nada; ni a pan ni a buñuelos ni siquiera a estiércol. Un gato negro que montaba guardia debajo de una ventana tapiada lo miró con ojos tristes, como echándole la culpa de su desgracia.

Desmontó frente a la iglesia. Atravesó la nave con paso cansado y se arrodilló ante el presbiterio. Clavó los ojos en el Cristo de la pared y esperó una señal que le confirmara que había obrado correctamente. Al cabo de un rato se levantó y, con la cabeza baja, abandonó el templo.

~

El primer contingente en salir aquella mañana fue el de los habitantes del núcleo urbano de Sorbas, unas quinientas personas, seguidas por una hilera de carretas repletas de enseres y provisiones. El segundo grupo, con la gente de las aldeas, saldría una hora más tarde, así que Khalíl aprovechó la oportunidad para escrutar de nuevo la explanada. Vio a unos alfareros conocidos, pero no encontró a Luz. Entonces cayó en la cuenta de que no sabía si era cristiana vieja o nueva.

Al mediodía llegó la orden de ponerse en marcha. Caminaron en silencio, acompañados por el tintineo de los cacharros y los crujidos de los carros. Los animales, contagiados por el sobrecogimiento, contenían sus balidos y rebuznos. Tan solo los bueyes resoplaban por el esfuerzo.

Al llegar al recodo de la rambla, donde el pueblo quedaba oculto detrás de una loma, los caminantes se volvieron para echar una última mirada a Sorbas. Entonces comenzaron los

lamentos. La gente se detuvo a recoger piedras o puñados de arena para guardárselos entre las ropas.

Yúsuf se arrodilló y besó el suelo. Su hijo lo vio levantarse con el rostro bañado en lágrimas y un intenso escozor le enrojeció los ojos.

—¡Venga, no os detengáis! —ladró uno de los guardias que los encuadraba.

Khalíl se tragó la pena. Ninguno de aquellos malnacidos que lo arrancaban de la tierra de sus antepasados lo vería llorar.

Capítulo 47

1 de noviembre de 1570, cauce del río Aguas, reino de Granada

Don García de Villarroel se revolvió sobre la silla de montar y echó un vistazo a la muchedumbre que caminaba tras él. Incapaz de ver el final de la columna, dio orden de detener la marcha y obligó a su corcel a dar la vuelta.

—¿Qué sucede, Cazorla? ¿Por qué habéis quedado tan rezagados? —preguntó a uno de los sargentos al llegar a la retaguardia.

—Lo siento, capitán, pero… —El sargento señaló a una anciana que salía de entre unos matorrales recomponiéndose los zaragüelles. La mujer no se había reintegrado aún a la formación cuando un chiquillo, de unos cuatro años, echó a correr con los calzones medio bajados y se agachó detrás de unos arbustos.

—¡Por san Pedro! Cierra el hueco. No me importa cómo lo hagas.

García de Villarroel arreó el caballo y se alejó al galope. Uno de los guardias se echó a un lado para dejarle paso y estuvo a punto de tropezar con Khalíl.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó este.

El soldado, que tendría su misma edad, se cambió la lanza de hombro, interponiéndola entre el preguntón y su cara picada de viruelas.

—¡No lo sabes! —espetó Khalíl para picarle.

—Sí, pero no puedo decirlo.

—¡Ja! No me lo creo.

—A Galicia… Os llevamos a Galicia.

—Eso te lo acabas de inventar.

El soldado dejó escapar un resoplido y apretó el paso. Unas cuantas filas por delante, Zaynab, la hija de Alonso Alfacar se lamentaba en voz alta.

—Amado Todopoderoso, ¿por qué un trance tan amargo? ¿Qué será de nosotros? ¿Cómo vamos a sobrevivir ahora?

—Por Dios, cállate ya. Me estás volviendo loco. —Zaynab, sorprendida, miró a su padre y siguió gimoteando—. ¡Oh, soberano del mundo! El día del juicio, recuerda los sufrimientos de tus siervos.

—¡Hija! ¡En el nombre de Alá! Deja de quejarte, aún podría ser mucho peor.

—¿Peor que esto? Nos echan de nuestra casa, nos quitan el único modo de sustento. ¿De qué manera podría ser peor, padre? ¡Decídmelo!

Dando el caso por perdido, el ciego se pasó las manos por la cabeza como para arrancarse unos cabellos inexistentes.

A media tarde, el cansancio había hecho mella en los caminantes y las quejas de Zaynab acabaron convertidas en murmullos. Los niños, como era propio de ellos, se entretenían jugando los unos con los otros. Los mozos, contagiados por la tristeza de sus mayores, caminaban en silencio, comportándose acorde con las circunstancias.

Khalíl se acercó a la carreta conducida por Taufíq y a su lado, en el pescante, vio a Nahíd Ben Gualíd envuelto en una frazada de lana.

—¿Qué tal va todo?

Nahíd fue a decir algo, pero un ataque de tos se lo impidió.

—Se ha resfriado en el presidio —explicó Taufíq—. ¿Cómo está tu padre?

—De momento bien, aunque no sé si va a poder caminar por mucho más tiempo.

—Dile que venga aquí. Hay sitio de sobra.

—No querrá, ya sabéis cómo es.

—Por cierto, te he visto hablando con uno de los guardias. ¿Has averiguado adónde nos llevan?

—¡Qué va! No lo saben ni ellos.

—Pues esta ruta conduce a la costa.

—¿Vamos a África?

—¿Quién sabe? En cualquier caso, a este ritmo, se nos echará la noche encima antes de llegar a la orilla del mar.

Los rayos de sol fueron languideciendo y sus reflejos dorados dejaron de confortar a los cuerpos cansados. Llegaron a un cruce de caminos cuando el paisaje ofrecía apenas unas tonalidades de gris. García de Villarroel despachó un mensajero para avisar al comisario que acamparían a dos leguas al oeste de Mojácar y que no llegarían a la playa de Vera hasta el día siguiente. Mientras los soldados acordonaban la zona de vivac, en la margen del río Aguas, los conductores de las carretas soltaron a los animales a pastar en la ribera junto al resto del ganado.

Anocheció sin que aparecieran los esperados bastimentos. Aun así, se fueron encendiendo hogueras, circularon pellejos de vino y las familias compartieron la comida de sus hatillos. Un ambiente pacífico, aunque amargo, envolvió el campamento mientras el resplandor de las llamas hacía bailar sombras sobre los rostros tristes y fatigados.

Khalíl se sentó con los suyos al calor de la lumbre. Alguien entonó una canción.

—«Atrás queda mi casa. Desde la vereda que me aleja de su fachada blanca y del perfume de los patios…». —Sintió que un nudo se le formaba en la garganta—. «Mi pobre vida, triste, se arrastra sin razón lejos de ti. Jamás te olvidaré… Adiós patria adorada… Te llevaré en el alma, luz de mi país perdido… aunque muera de pena, en tierra extraña, jamás te olvidaré…».

Quiso dedicarle una sonrisa a su madre, pero solo pudo esbozar una mueca. Carraspeó y desvió la mirada al cielo. El firmamento estaba limpio de nubes y parecía un tapiz salpicado de estrellas plateadas. Luchó por contener el llanto. Aun así, las lágrimas de sus padres barrieron los últimos vestigios de pudor. Como todos alrededor del fuego, acabó sollozando.

—¡Eh! Está prohibido cantar en esa lengua del demonio —ladró uno de los centinelas.

—Deberíamos darles una lección —sugirió otro.

—Dejadlos tranquilos, ¿Qué daño hacen? —replicó el joven de la cara de viruelas.

—¿Qué te pasa, Vicentillo? ¿Tienes miedo a saltar la valla y ponerte a repartir leña?

—No, pero esta pobre gente tiene bastante con su desgracia.

—¡Que se pudran! Ellos se lo han buscado. Además, tan tristes no estarán si aún tienen ganas de cantar. A ver si ahora se van a poner a bailar.

~

Khalíl se despertó al oír unos gritos. Seguía siendo de noche y las hogueras se habían consumido. A su alrededor, la gente se fue incorporando, alarmada por las voces de los soldados que corrían de un lado para otro con antorchas encendidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien.

—Quizás vienen a rescatarnos —especuló otro con voz esperanzada.

Algunos curiosos se precipitaron hacia los límites del recinto. Los centinelas, temiéndose una rebelión, dieron la alarma y, en un santiamén, acudieron una decena de arcabuceros. Tras un intercambio de bravatas e insultos, una voz potente se impuso por encima del alboroto.

—¡Vive Dios! ¡Al primero que salga lo dejáis frito!

Ya fuera por la firmeza de la amenaza o la visión del formidable alano del sargento Cazorla, los moriscos refrenaron el ímpetu. El animal echó las orejas hacia delante y olisqueó los bordes del camino. Al cabo de un instante, se puso a dar tirones.

—¡Traedlo! ¡Vivo o muerto! —ordenó el capitán, que llegaba espada en mano, con la camisa sin abrochar.

Pedro Cazorla desenganchó el collar del perro de presa y salió tras él a matacaballo. Un instante después, tres jinetes se unían a la persecución. Los de Quajalana se arremolinaron para averiguar la identidad del fugitivo.

—¿Dónde está Álvaro? —gritó la mujer de Luis Almadaque—. Es él, ¿verdad? —Su marido, con la cabeza hundida entre los hombros, no respondió—. ¿Por qué no lo has impedido? Maldito loco.

Aparentando un convencimiento que no sentía, Salmà intentó tranquilizar a su vecina.

—No te preocupes, Ginesa, es un muchacho muy listo, no van a dar con él. En el peor de los casos, lo traerán de vuelta y ya está.

Khalíl interrogó a Taufíq con la mirada. Este arrugó la nariz a modo de respuesta. Retumbó una detonación en la distancia y todos contuvieron el aliento. Al segundo disparo, un aullido de dolor, nacido del horror más profundo que podía sentir una madre, desgarró la noche.

Las primeras luces del amanecer iluminaron el regreso de los perseguidores. El sargento venía a pie. Cruzado sobre el lomo de su caballo colgaba el cuerpo de Álvaro Almadaque.

Ginesa atravesó el cordón de seguridad. Dando alaridos, se abrazó al cadáver ensangrentado.

—¡Hijo! Hijo de mi alma… Me lo habéis matado. ¡Dios! ¿Por qué lo has consentido?

Aun sabiendo que nada podría consolarla, varias vecinas le hicieron costado y se unieron a su llanto.

A pesar del retraso, García de Villarroel consintió en que se diera sepultura al muchacho. Como el cura iba en el primer grupo, nadie puso impedimento a que lo enterraran de lado y con el rostro vuelto hacia levante.

Llegado el momento de partir, Ginesa no quiso abandonar el lugar en el que descansaban los despojos de su hijo. Alonso Alfacar sintió que los guardias se impacientaban y decidió intervenir.

—Tenemos que irnos.

—¡Nooo, dejadme! No quiero ir a ningún sitio… Pobre Álvaro, hijo de mi corazón…

—No te dejes llevar por la tristeza. Él ya no te necesita.

—Hijo mío, si tan solo yo hubiera podido morir en tu lugar. Dios, ¿por qué me lo has arrebatado? Ay de mí… Señor, ¿por qué permites tanto dolor?

—Que Dios tenga misericordia de él. Su espíritu ha partido para un mundo mejor, donde Alá le espera.

—Que me lleve a mí también. —Los sollozos recrudecieron, envueltos en hipo y temblores.

—¿Y tu hija? ¿Qué va a ser de ella si tú no estás para cuidarla? Guárdalo en tu memoria, vive con su recuerdo, pero no abandones a los demás. Te necesitan.

La mujer dejó de arañar el suelo con las uñas. El ciego oyó unas pisadas. El tiempo se agotaba.

—¡Levántate, mujer!

Ginesa se limpió las lágrimas con el puño de su camisa y se puso en pie.

Con el recuerdo del desgraciado desenlace de la madrugada rondando por sus mentes, los de Quajalana emprendieron la marcha. Como si quisiera dar un mensaje, Cazorla recorrió la columna de punta a punta haciendo trotar al perro a su lado.

A media mañana se adentraron en una llanura árida, azotada por un viento fastidioso que levantaba polvaredas y obligaba a bajar la vista. Continuaron en dirección al este. Aunque no llegaron a ver las murallas de la ciudad de Vera, pudieron oír el tañido de la campana de Nuestra Señora de la Encarnación.

Nada más vadear el río Antas, el viento que soplaba de levante les llevó olores marinos y una playa inmensa se abrió ante ellos

—¡Jinetes! —chilló alguien.

Eran una docena y venían al galope. García de Villarroel desenfundó la espada, pues ni siquiera en territorio amigo debía uno confiarse. Al momento, reconoció la bandera con la cruz de Borgoña y se guardó el arma. El comisario don Alonso Aviz Venegas, que venía al frente del pelotón, tiró de las riendas con tanta brusquedad que su caballo se encabritó.

—¡Buenas noches, capitán! —saludó el comisario, aunque todavía era de día.

—A la paz de Dios, don Alonso. ¿No os llegó el aviso de nuestro retraso? Me imagino que el mensajero os transmitió también la necesidad de aprovisionamiento.

Aviz Venegas asintió de mala gana y apuntó con el mentón a la playa.

—Acampareis allí.

El arenal estaba dividido en cuatro sectores, encajonados entre el mar y el campamento de los soldados. El primero lo ocupaban los expulsados de Lubrín, Bédar y Turre. En el segundo se habían instalado los del primer contingente de Sorbas. Los otros dos serían para el otro grupo de sorbeños y los habitantes de Albox, Cantoria, Arboleas y Zurgena. En el lado de poniente se distinguía el puesto de mando, con los estandartes, rodeado por centenares de tiendas de campaña, cercas de caballos y, más al norte, una explanada con el ganado.

—¿Dónde van a guarecerse?

—¡Que se espabilen!

El capitán García de Villarroel arrugó el entrecejo.

—Puede llover. Por la noche hará frío.

El comisario le dedicó una mirada torva .

—¡Que caven zanjas! —gruñó, antes de volver grupas y alejarse.

~

Nada más entrar en la zona designada, Khalíl se abrió paso hacia el recinto del primer grupo de Sorbas. Otros lo imitaron y pronto estallaron gritos de alegría. Se puso de puntillas y paseó la vista por la multitud agolpada al otro lado.

El corazón le dio un vuelco al apercibir, de espaldas a él, a una moza delgada y de pelo oscuro. Gritó con todas sus fuerzas y, justo cuando la muchacha se daba la vuelta, un grandullón

le dio un empujón y ocupó su lugar en la valla. Forcejeó con el tipo hasta que consiguió sacar la cabeza por encima de la concurrencia.

La avistó cuando se alejaba con un mozo cogido de la mano. De golpe, sintió como si le sacaran toda la sangre del cuerpo. En medio del barullo, se dejó caer sobre la arena. En ese momento llegó una carreta con pan y la gente echó a correr hacia el otro extremo del cercado.

Él no se movió. No podía borrar la visión desgarradora de las dos manos unidas. Cogió un puñado de arena. El color gris y su tacto frío la hacían muy diferente a la arenilla cálida de la playa de Carboneras.

Una piedrecita le golpeó en el hombro y fue a caer a su lado. La cogió entre los dedos y se dio la vuelta. En el sector de enfrente, el viento agitaba la cabellera de una joven sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Una nueva ráfaga descubrió el rostro sonriente de Luz. La saludó con un infantil movimiento de la mano, sintiéndose inmediatamente el ser más ridículo de la tierra, pero cuando ella le correspondió con un gesto idéntico, a él le resultó encantador.

—¿Cómo estás?

La ventisca arrebató la respuesta. Khalíl se pegó a la cerca y escrutó el corredor, pero la mirada ceñuda del guardia de turno le quitó de la cabeza la idea de cruzarlo.

Se llevó la palma al corazón para expresar la alegría de verla. Ella le imitó y señaló hacia atrás. Entendió que debía regresar con los suyos y exageró una cara de puchero.

Luz se levantó riendo, contuvo el impulso de mandarle un beso y se limitó a agitar la mano a modo de despedida.

Mientras la figura cimbreante se perdía entre la concurrencia, Khalíl se sintió el hombre más afortunado del mundo. Rechazó el bollo que Salmà le había guardado y, con una sonrisa bobalicona adornándole la faz, se metió bajo la manta para revivir el breve instante de felicidad que acababa de vivir.

Capítulo 48

2 de noviembre de 1570, Vera, reino de Granada

El comisario convocó a los capitanes y al sacerdote a su pabellón. Allí les sirvieron el mismo pan duro que a los moriscos, aunque, en este caso, acompañado de unas recias tajadas de tocino y unas jarras de vino manchego. Los jefes de columna informaron a don Alonso Aviz Venegas de las incidencias acontecidas durante el traslado. Del millar de expulsados, todos menos tres habían llegado sanos y salvos. El jefe de la expedición consideró que, dada la complejidad de la operación, aquel era un resultado aceptable. El cura pidió un momento de recogimiento para agradecer la misericordia de Dios. Tras brindar por la salud del monarca, el responsable de la saca requirió la atención de la concurrencia.

—Esta tarde he recibido un mensaje de Cartagena. La tormenta no amaina…Enviarán las provisiones por tierra. Tardarán tres días en llegar.

Un tenso silencio siguió a la noticia. Todos alrededor de la mesa sabían que no iban a disponer de víveres para tanto tiempo.

~

La noche del segundo día de noviembre de 1570, amedrentados ante el futuro incierto y demasiado cansados para quejarse de las incomodidades, los moriscos se tumbaron a dormir en la triste e inhóspita playa de Vera. No tenían con qué encender hogueras, así que no les quedó más remedio que cavar hoyos en la arena para protegerse del viento.

A la mañana siguiente, Khalíl se levantó con los huesos entumecidos. Soplando vaho en las manos ahuecadas, buscó a través de la niebla matinal un lugar donde poder aliviar la vejiga. En aquel perímetro rectangular desprovisto de vegetación, el único lado no expuesto a la vista de todos era el que daba al mar.

Caminó hacia allí, cuidando de no pisar los cuerpos atravesados aquí y allá. Cuando llegó al borde del agua, dio la espalda al gentío que empezaba a desperezarse y se puso a orinar. Con las prisas, una ráfaga de viento le mojó los calzones. Soltó una maldición en voz baja. Evitando tropezar con los bultos ovillados en los hoyos, volvió donde los de Quajalana. Sus padres aún dormían, al abrigo de una delgada frazada y abrazados el uno al otro, como lo hacían siempre.

La mañana se fue llenando de voces de mando, ladridos de perros y rebuznos de asnos. Después de la misa de campaña, repartieron pan y pescado en salazón.

De pie delante de la tienda de mando, el comisario don Alonso Aviz Venegas, disfrutaba de un cuenco de leche caliente y de los reflejos anaranjados del sol que se alzaba por encima del enjambre humano cuando vio al encargado del aprovisionamiento acercarse.

—¿Qué os ocurre, Pareja? ¿Os habéis tragado un limón?

—Señor, hay muchas más bocas de las previstas. Mil ciento ochenta y dos, contando el grupo llegado anoche. —Mojó la punta del lápiz con la lengua y anotó la cifra en una libretilla—.

Además de doscientos cuarenta soldados y oficiales… En total… ¡Mil cuatrocientas veinticuatro almas!

—¿Habéis contado al cura también? —bromeó el comisario.

El intendente no se inmutó y siguió con sus cálculos.

—El bacalao se ha acabado y solo quedan chuscos para hoy.

El comisario dejó de sonreír.

—De momento, que aguanten con eso.

—¿Y mañana?

—Sacrificad el ganado.

—Pero… Los animales son propiedad de los moriscos.

—Pues extendedles unos pagarés y listo

Antón Pareja le dedicó a su superior una mueca de incredulidad.

—¡No os preocupéis, yo los firmaré! —Con esas palabras, Alonso Aviz Venegas se metió en el pabellón sin dar opción a réplica.

Nada más dar cuenta de su bollo de pan, Khalíl se acercó al borde del recinto. Sin quitar la vista del otro lado, se puso a caminar arriba y abajo. Al cabo de un rato, advirtió algunas miradas desconfiadas y decidió regresar con los suyos.

Se encontró con una aglomeración inhabitual alrededor del hoyo donde Nahíd Ben Gualid había pasado la noche. Su vecino, lívido, respiraba con dificultad.

—¡Me muero!

—Venga, no te pongas así —respondió su mujer, esforzándose en parecer serena.

—¡Ay… pobre de mí!

—Con cada resfriado te pasa lo mismo. Crees que te… y después te pones bien.

—¡Nooo, esta vez no!

Nahíd empezó a sofocarse. Salmà ayudó a Aixa a incorporar al enfermo. Su pecho volvió a henchirse con un silbido y la letanía de lamentos se redobló.

—¡Ay, hijo mío! Qué pena. Cuida de tu mamá… —exclamó, confundido por las calentura —Yo no voy a poder.

Aixa recordó al niño que llevaba casi un año enterrado y se limpió una lágrima con el dorso de la mano. Entonces el rostro de Nahíd se tornó púrpura.

—¡Hagan algo! ¡Mi marido se está ahogando!

Los pies de Khalíl volaron por la arena. Al llegar al límite del perímetro, se coló entre las cuerdas.

—¡Alto ahí! —ordenó el centinela de la cara de viruela.

—Voy a buscar al médico.

—¡No puedes cruzar!

—Se está muriendo un hombre.

—No es mi problema.

—¿Quieres tener sobre tu conciencia la muerte de un inocente? —Vicentillo vaciló—. Solo será un minuto, enseguida vuelvo.

El guardia miró en derredor y, tras cerciorarse de que no había ningún oficial a la vista, le dio paso.

Cuando regresaba con el galeno, Taufíq intentaba reanimar a Nahíd a bofetadas mientras su esposa, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, se tapaba la boca con las manos.

Maese Andrés acercó el oído a los labios del moribundo y le tomó la muñeca en busca del

pulso. Ya no lo encontró. Dejó el brazo flácido sobre el pecho inmóvil y, mirando a Aixa, negó con la cabeza.

10 de noviembre de 1570, Vera, reino de Granada

Como venía haciendo cada mañana desde hacía una semana, el comisario Alonso Aviz Venegas recorrió el campamento a lomos de su corcel. Centenares de gaviotas surcaban los aires reclamando, con unos graznidos espeluznantes, el territorio usurpado por los humanos. En el extremo norte vio a López de Tamarit y a un grupo de personas sepultando a un familiar. La escasez de alimentos, la falta de higiene, el frío, la humedad y los parásitos propios del hacinamiento se estaban cobrando un alto precio en vidas. Pasó un pañuelo perfumado delante de sus narices e hizo dar la vuelta a su caballo.

—¡Esto es intolerable! —exclamó alguien al otro lado del cercado.

Aviz Venegas tiró de las riendas y se volvió para buscar al autor de la queja. Los moriscos se echaron hacia atrás. Todos excepto uno, que se enfrentó a la mirada severa sin amedrentarse.

—¿Qué es intolerable?

Maese Andrés, el médico, dio media vuelta sobre sí mismo con la palma extendida.

—¡Esto, excelencia!

—¡Explícate!

—Este lugar apesta como un estercolero, muchos enferman por culpa de los efluvios, no tenemos leña y cada mañana aparecen más cadáveres. Si no se emprende algo pronto, esto va a ser una hecatombe.

—¡Hacemos lo que podemos!

Otra voz se alzó en el campamento.

—Por lo visto, no es suficiente.

El comisario echó mano a la espada, dispuesto a castigar a quien había osado hablarle de aquella forma, pero resultó ser un anciano Y por la manera de ladear la cabeza, se dio cuenta de que era ciego.

—Perdone mis palabras, noble señor —continuó Alonso Alfacar—. Según dijeron, el rey nos mandaba sacar por nuestro bien. También nos prometieron alimentos y protección. Ahora nos comen las chinches, las provisiones son insuficientes y el agua maloliente no la quieren ni los bueyes.

El comisario no tenía respuesta. Nadie había previsto el retraso de la flota ni la ingente cantidad de víveres necesaria para alimentar a tanta gente, como aquellos chiquillos flacos y mocosos que, aferrados a las cuerdas, lo miraban con ojos legañosos.

—*Khubz*, señor —pidió uno de los niños en una mezcla de árabe y castellano.

—Pan… —reclamaron otros críos, haciéndose eco del primero.

Harto de lamentaciones, el hidalgo espoleó a su caballo y dejó atrás a los desdichados.

Aunque los alimentos escaseaban, muchos llevaban dinero consigo. Con el tiempo, los centinelas se percataron de que permitir movimientos entre sectores reportaba pingües beneficios. Khalíl no tenía oro ni monedas, pero gracias a la complicidad del guardia de la cara de viruela se colaba casi a diario en el campamento de Luz. Paseaban por aquel universo nauseabundo que, por el simple hecho de estar juntos, no les parecía tan espantoso. Inmunes a la

pestilencia que lo envolvía todo, reían por cualquier bagatela, como dos niños despreocupados. Se quedaban mirando al mar sin necesidad de hablar mientras en sus estómagos vacíos nacía un cosquilleo desconocido.

Aquella tarde, cuando Khalíl llegó al lugar donde solían encontrarse, Luz, que lo esperaba sentada en la orilla, se dio la vuelta mordiéndose el labio.

—Me alegro de que estés aquí… —dijo él, creyendo morir de amor.

—A mí también me agrada verte.

—No, quiero decir… Estoy contento de que no te quedaras en Sorbas.

Ella ladeó la cabeza y le miró, seria. Solo entonces se dio cuenta del egoísmo contenido en sus palabras.

—Perdóname, no debí haber dicho eso.

Luz encogió las rodillas y las rodeó con sus brazos.

—¡No! No te perdono… a menos de que te calles durante un rato —dijo antes de volver a clavar la vista en el horizonte.

Disfrutaron del cadencioso ruido de las olas, de los reflejos grises del mar, pero sobre todo de la presencia del otro. Ambos eran conscientes de que, con la llegada de la escuadra, la situación podría cambiar, llevarlos Dios sabía dónde o, peor aún, separarlos para siempre.

Queriendo ahuyentar esos negros pensamientos, Khalíl le dedicó una amplia sonrisa. Ella soltó un suspiro, destinado a ocultar el deseo de besar aquellos labios burlones, y hundió las manos en la arena. Como por azar, sus dedos se hallaron y, tímidamente, quedaron enlazados.

Aunque ninguno despegó los ojos del frente, cada uno supo que el otro sonreía. El tiempo se detuvo. En medio de aquel entorno gélido con olor a algas podridas, una cálida oleada los recorrió.

~

Las jornadas fueron acortándose y un frío intenso descendió de las cimas nevadas de la sierra. Una extraña quietud reinaba en el campamento, donde la niebla teñía las caras de gris e impregnaba de melancolía tanto a los moriscos como a sus guardianes.

Desde el encuentro con Alonso Alfacar, el comisario no había vuelto a acercarse a la playa. Llevaba días sin salir de su pabellón, esperando instrucciones, pegado al brasero. Por eso, cuando su secretario entró en la tienda con una carta, se la arrancó de las manos. Tan pronto hubo terminado de leer la misiva, la dejó caer en las ascuas y, con el rostro ensombrecido, contempló cómo el lacre se convertía en una mancha roja.

—¿Alguna orden, señor?

—Sí, convoque a los capitanes.

El primero en llegar, a pesar de no haber sido requerido, fue el cura, que nada más entrar extendió las palmas sobre las brasas.

—Mis huesos están tan helados que ni siquiera la lumbre consigue calentarlos —se quejó López de Tamarit.

Aviz Venegas no pudo reprimir una mueca de disgusto, pero no respondió. Se limitó a esperar la llegada de todos los convocados antes de revelar el contenido del mensaje de Granada.

—Caballeros, lamentablemente las noticias no son las esperadas. ¡La flota no vendrá!

El murmullo inicial fue sustituido por exclamaciones de estupor.

—¿Y eso por qué? —preguntó uno de los capitanes, un tal Pedro de Padilla.

—Pues porque su majestad lo ha dispuesto de esta forma. ¿Queréis ir vos a pedirle cuentas?

Consciente de haberse excedido, Padilla se disculpó y continuó en un tono más sosegado.

—Excelencia, llevamos casi dos semanas en esta apestosa ratonera haciendo de perros guardianes a esa chusma. Mis hombres empiezan a impacientarse.

El comisario golpeó la mesa de campaña con el puño.

—¡Somos soldados, pardiez! Obedecemos las órdenes, no las criticamos.

Los allí reunidos desconocían que la tensión entre las potencias cristianas y el Imperio otomano había llegado a tal punto que Felipe II quería tener todas las galeras movilizadas para la eventualidad de una intervención en el Mediterráneo.

—Un convoy terrestre con víveres ha salido de Lorca. Con él viene un escuadrón de la milicia para hacerse cargo de los cristianos nuevos.

«Eso es si queda alguno vivo», pensó el capitán García de Villarroel.

—¿Cuáles son nuestras órdenes, señor? —preguntó Padilla.

—Regresamos a la Alpujarra.

Los oficiales, cuyo mayor deseo era abandonar cuanto antes aquella hedionda cárcel con vistas al mar, se regocijaron de la noticia.

En los tres días que el reemplazo procedente de Lorca tardó en llegar a aquel lugar asolado por las enfermedades fallecieron doce personas más.

Los moriscos reaccionaron de forma apática a la aparición del convoy que venía a hacerse cargo de ellos. Estaban tan desanimados, desnutridos y consumidos por las fiebres que hasta los aguerridos lorquinos se apiadaron de verlos.

Después de resolver los trámites necesarios, don Alonso Aviz Venegas y los suyos tomaron el camino de Almería. Con ellos se fueron también López de Tamarit y Antón Pareja. Apenas el último humano hubo salido de la playa de Vera, las gaviotas volvieron a apoderarse del pestilente páramo donde veinticinco cruces habían quedado clavadas en la arena.

Capítulo 49

13 de noviembre de 1570, Vera, reino de Granada

Gustavo Sánchez, capitán de las milicias de Lorca, estaba informado de las vicisitudes sufridas durante el primer tramo de la ruta y no pensaba dejar que ocurriera lo mismo bajo su mando. Una vez fuera del alcance de los rebeldes, el principal problema iba a ser la lentitud de la marcha. Para resolverlo, aplicaría los principios derivados de su experiencia militar: fe, orden y disciplina. Fe en que llegarían a su destino en dos jornadas, orden para no dejar nada al azar y disciplina para marchar al ritmo requerido. En previsión de incidentes, traían dos carromatos entoldados, uno para recoger a los rezagados y otro con materiales para reparaciones de todo tipo.

Lo que no había pronosticado nadie era el mal tiempo. Apenas cruzaron el río Almanzora, las nubes se descargaron. Al principio fue tan solo una llovizna que obligó a avanzar chapoteando en los charcos, pero pronto empezaron a caer gruesos goterones y el camino se transformó en un lodazal.

El primer vehículo en atascarse fue el de las herramientas. Tras intentar infructuosamente liberar las ruedas, el capitán tomó la decisión de abandonarlo. Media legua más adelante, una segunda carreta quedó inmovilizada y los dueños de la carga empezaron a repartir los enseres en otros carromatos.

—¡Soltad eso! ¡Regresad a la fila ahora mismo! —ordenó Sánchez desde lo alto de su montura.

—Señor, no podemos dejar todo esto aquí —se quejó uno de los moriscos.

El capitán desenfundó su espada y apuntó con ella al morisco. Al instante, todos dejaron caer los cachivaches.

—¡Esta es nuestra última parada! —gritó el oficial, mientras la lluvia le bajaba por el rostro enrojecido—. Los carros atascados se quedan atrás. Quien se detenga, aunque sea a cagar, también se queda, pero colgando de una cuerda.

La lluvia siguió martilleando los campos hasta bien entrada la tarde. La gente caminaba en silencio, con los hombros encorvados en un intento inútil de defenderse de los elementos.

Khalíl se dio cuenta de las dificultades de su padre para avanzar y le pidió que subiera al carro con Taufíq.

—¡No! —contestó secamente Yúsuf.

—Venga, no os hagáis tanto de rogar.

—¡Déjame en paz, entrometido del demonio! Olvídate de mí, sigue tu vida…

El muchacho encajó aquellas palabras como un puñetazo en el estómago. Se alejó con la lluvia tamborileando en su cara.

Unas cuantas filas por delante vio a Luz caminando entre otras jóvenes y cayó en la cuenta de que no sabía nada de su parentela. Resistió la tentación de acercarse para entablar una conversación y se quedó detrás de ella, contento de tenerla cerca. Entonces, dejó de llover.

«Mírala, es la más bella. Resplandece igual que el sol después de la tormenta», pensó, henchido de orgullo.

Llegando a la linde del reino de Murcia, el capitán Sánchez mandó detener la marcha. Olvidándose de la premura de la misión, trazó una raya en el camino con la punta de la espada.

—Este territorio en el que vais a entrar es sagrado —gritó—. Antes de pisarlo, le mostraréis vuestro respeto.

Los expulsados se miraron unos a otros, confundidos. El primero de la fila, que no había entendido las palabras del oficial, pasó por encima de la marca sin más. Los soldados lo molieron a golpes y lo obligaron a besar el suelo.

Los que le seguían no se resistieron.

Lo primero que vieron los de Quajalana cuando se acercaban a la línea fue a Sánchez pavoneándose sobre su caballo. El oficial vigilaba que cada uno de los caminantes cumpliera con su mandato. Si alguno se despistaba, lo señalaba a sus hombres para que lo castigaran.

Khalíl vio a su padre, que finalmente había accedido a subir a la carreta, removerse sobre el pescante. Se temió lo peor.

—Ahí van enfermos, señor capitán —explicó tras cumplir con el humillante ritual.

—¡Abajo! Se han acabado los caprichitos. ¡A ver si os enteráis! —exigió Sánchez, imperioso.

Yúsuf se resistió a descender del carromato. Aunque Taufíq fue capaz de convencerlo para que bajara, ya había atraído la atención sobre él.

Desde lo alto de su montura, Sánchez lo empujó con el pie, pero el padre de Khalíl se mantuvo firme. Dos soldados se abalanzaron sobre él. Con un golpe detrás de las piernas, lo hicieron caer de rodillas. Cuando vio que ni así conseguían hacerle doblar el espinazo, el capitán bajó de su caballo.

—¡Al suelo!

Khalíl vio que el oficial desenfundaba la espada y se tiró a sus pies implorando clemencia. Sánchez lo empujó a un lado. Mientras unos guardias lo sujetaban, golpeó a Yúsuf con la guarda de su espada.

—¡Bésala, hijo de puta! ¡Besa esta tierra bendita!

Aturdido, con la nariz chorreando sangre, Yúsuf mantuvo el torso erguido. Atravesó con la mirada al capitán y lanzó un escupitajo a la marca del suelo.

—Que la ira de Alá caiga sobre ti y maldiga tu tierra de infieles.

Sánchez lo aporreó con tal ensañamiento que el cráneo de su víctima crujió de forma macabra. Atraída por una fuerza invisible, Yúsuf se venció hacia delante. Lo hizo lentamente, como si en un último acto de rebeldía se resistiera a doblegarse.

—¡Te voy a aplastar el hocico, por Dios te lo juro!

Poseído por una ira ciega, el capitán cogió la cabeza inerte y la golpeó repetidamente contra el suelo pedregoso.

Sin poder creerse la monstruosidad que acababa de presenciar, Khalíl se retorció aullando de rabia. Mientras forcejeaba con los guardias, vio al asesino limpiarse la sangre de las manos en el sayo de su padre.

Con los ojos anegados, redobló los esfuerzos por liberarse y mordió la mano que le amordazaba. Lo último que pudo ver antes de que lo dejaran inconsciente fue cómo los soldados, con la punta de sus zapatos, empujaban al cuerpo inerte de Yúsuf a un lado del camino.

Volvió en sí en el interior de una carreta entoldada. Con los rostros arrasados por las

lágrimas, su madre y hermanas se abrazaban las unas a las otras. Se unió a ellas y lloró. Lo hizo mortificado por el injusto e indigno trato a su padre, por la pena inconmensurable de Salmà y la desgracia que, de nuevo, se abatía sobre su familia.

Cuando se detuvieron para pasar la noche, la noticia del asesinato de Yúsuf estaba en todas las bocas. Se produjeron algunos alborotos durante la distribución de los alimentos, pero fueron de corta duración.

Luz se sentó con sus parientes frente a la lumbre. Unos comían, otros se aplicaban ungüentos sobre ampollas y sabañones, aunque todos lucían idéntica expresión fúnebre en los semblantes.

La muchacha había pasado la tarde pensando en Khalíl. Acabada la cena, se levantó con la intención de ir a verlo, pero su tío la retuvo por el brazo.

—¿Adónde vas, niña?

Después de un breve titubeo, volvió a sentarse.

A la mañana siguiente, justo antes de la salida, Alonso Alfacar fue a hablar con Salmà. En cuanto vio aparecer al ciego, la mujer formuló en voz alta la pregunta que la había mantenido en vela toda la noche.

—¿Qué hizo mi marido para merecer morir como un perro?

—Ha sido la voluntad de Alá.

—¿Alá? ¿Qué Alá? ¿Dónde estaba ayer?

—Él no puede verse con ojos humanos, pero no dudes de que sabe lo que pasó.

—Entonces, ¿por qué no impidió tanta crueldad?

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar la voluntad del Supremo Hacedor?

—Te voy a decir qué hago con…

—¡Nooo! Madre, por favor, no ofendas a Dios —la interrumpió su hija.

Salmà vio los regueros sucios en las mejillas de Karíma y tomó sus manos entre las suyas. Tras exhalar un largo suspiro, las besó.

Antes de irse, Alfacar explicó que unos lugareños estaban dispuestos a dar sepultura al cadáver de Yúsuf, pero exigían oro a cambio. Salmà sacó el anillo de la talega donde guardaba las joyas y se la puso en la mano del ciego.

—¿Será suficiente?

—Tendrá que serl —afirmó el anciano tras sospesar el aro en su palma.

~

Atravesaron viñas y olivares y cruzaron aldeas. La gente, lejos de apiadarse, escupía a su paso. Los desterrados no podían saberlo, pero ese comportamiento era el resultado de aquella guerra tan desconcertante, nunca declarada y aún inconclusa. Una contienda devoradora de hombres, cuyos familiares veían pasar a los que, para ellos, eran culpables de la muerte de sus seres queridos.

Álvaro Sánchez se había propuesto entrar en Lorca antes del anochecer. El ritmo endiablado que impuso acabó provocando muchas caídas y pronto los carromatos se llenaron de heridos.

Khalíl andaba con la vista puesta en las espaldas de los que le precedían, pero solo veía una y otra vez el cuerpo de su padre rodando en la cuneta.

«Asesino… Justicia… Venganza…», repetía en su mente como si de una oración de odio se tratara. «Le arrancaré el corazón… Un momento de descuido y lo mato con mis propias manos».

Envuelto en tan sombríos pensamientos, no reparó en que alguien se ponía a su lado.

—Dios nos pone a prueba…

Vio a Luz por el rabillo del ojo, pero no se encontraba de humor para disquisiciones filosóficas.

—¡Tú qué sabrás! —Se arrepintió al momento de la rudeza de su respuesta y se volteó hacia la muchacha—. Perdóname, no he querido…

—No te preocupes. Comprendo muy bien cómo te sientes.

El profundo dolor que descubrió en la mirada de la joven le pareció un espejo del suyo.

—¿Tú…?

—Vivíamos en la aldea de Teresa. Mamá era cristiana vieja y papá morisco, ellos… —Luz carraspeó— se amaban mucho. La noche de la huida a Berbería, se negaron a marcharse. Vinieron y prendieron fuego a la casa. A papá lo atravesaron con una lanza en el portal cuando salía a proteger nuestra fuga. A mi hermano pequeño lo persiguieron como a un corzo. No lo volvimos a ver. Mi madre y yo corrimos a escondernos en el establo. Mi hermanita escapó en dirección contraria. Mamá fue a por ella, pero las descubrieron. Allí mismo las… —La congoja le cerró la garganta un momento—. Después las degollaron.

Khalíl miró de reojo a su amada. Una pena profunda le desdibujaba el hermoso rostro.

—No… No me imaginaba.

—Mi tío Ginés me acogió en Sorbas y se hizo cargo de mí. El dolor no te abandona nunca, aunque aprendas a vivir con él y te esfuerces en mirar adelante.

—¡Lo siento mucho!

No hizo falta decir más. Caminaron uno al lado del otro, sin hablar, unidos en el dolor.

Capítulo 50

14 de noviembre de 1570, Puerto Nogalte, reino de Murcia

No hacía mucho que los expulsados habían cruzado la rambla de Nogalte cuando uno de los que caminaba al frente de la columna soltó un grito.

—¡Lorca!

Al oírlo, centenares de cabezas se alzaron para descubrir la fortaleza que la luz dorada del ocaso hacía refulgir a lo lejos. Los tambores hicieron sonar sus cajas con renovado ímpetu y, sin darse cuenta, tanto los moriscos como sus guardianes aceleraron el paso.

Conforme se acercaban, la verdadera dimensión del complejo militar se fue haciendo patente. Encaramados sobre un extenso promontorio, el alcázar y los majestuosos baluartes vigilaban, tal que centinelas gigantes, el paso al reino de Granada. Un doble anillo de murallas, coronadas por torres defensivas, descendía por la falda del cerro y envolvía la urbe. Fuera se extendían un arrabal y la vega, regada por el río Guadalentín.

Gustavo Sánchez vio a un pequeño escuadrón de caballería que salía por una de las puertas de la ciudad y dio orden de detenerse.

Cuando estuvieron cerca, el capitán Juan de Alarcón refrenó su montura y arrastró la vista por la fila de mujeres cargadas con criaturas de pecho, mocosos de ojos tristes y hombres desalentados que sostenían a ancianos de rostro ajado. Los dos oficiales se conocían bien y la antipatía que sentían el uno por el otro era recíproca. Ambos procedían de linajes humildes y habían ido ascendiendo en la milicia por méritos propios, pero ahí acababan las similitudes. Para Alarcón, el respeto de la tropa se ganaba siendo justo y predicando con el ejemplo; Sánchez, en cambio, tenía a los soldados por seres vagos, a quienes tan solo el temor a los superiores mantenía a raya.

—¡Alarcón! Nunca hubiera imaginado que me alegraría tanto de veros. ¿Venís a relevarme al frente de este rebaño? —le recibió el capitán Sánchez.

—Siento decepcionaros, pero esas no son las órdenes.

Sánchez dejó de sonreír.

—A que habéis venido, pues.

—El alcalde ha prohibido la entrada a los cristianos nuevos.

—¿Qué decís?

—Como lo oís. Debéis conducirlos a la ribera de San Miguel, debajo del saliente de la Velica.

—Están exhaustos. Hay heridos y enfermos… —protestó Sánchez, quien, desde que avistara la torre Alfonsina, venía recreándose con la idea del reencuentro con su barragana.

—El contagio a la población es precisamente el problema que se quiere evitar.

—Han quedado decenas en el camino. En ese humedal morirán aún más.

Alarcón le dedicó a Sánchez una mirada que venía a decir: «Vaya, ¿y desde cuándo os preocupa eso?».

Sin más, espoleó a su caballo para retornar a la ciudad.

~

Mientras la comitiva bordeaba las murallas, un grupo de jóvenes armados con palos apareció por la puerta de San Ginés. Los centinelas, siguiendo órdenes concretas de Alarcón, no dejaron salir a nadie.

Frustrados en sus ambiciones, los alborotadores subieron a la muralla para volcar su odio sobre aquellas presas vulnerables.

—¡Moros! ¡Malnacidos! ¡Asesinos! —gritaron, hasta lograr contagiar su rencor a la concurrencia—. ¿Dónde está vuestro falso profeta ahora?

Los pobladores del arrabal salieron de sus casuchas. Además de insultos, comenzaron a arrojar hortalizas podridas a los moriscos.

Khalíl llevaba veinticuatro horas sin dormir. La pena y la preocupación constante por su madre lo habían agotado. Así y todo, permanecía alerta porque los lorquinos, envalentonados por la pasividad de los guardias, se acercaban cada vez más. Sugirió a Luz que mantuviera la cabeza baja y se cambió de lado, interponiéndose entre ella y los exaltados, justo en el momento en que una boñiga le daba en el hombro.

Se volteó con los puños apretados, pero el agresor ya desaparecía por un estrecho callejón. Ella le tomó la mano y la estrujó. Aquel gesto fue un bálsamo de efecto instantáneo.

Tras rodear la ciudad por el este, penetraron en un humedal encajado entre el cauce del Guadalentín y una empinada ladera culminada por el castillo. Los soldados sellaron los accesos a la zona y los expulsados, aprovechando los últimos rayos de sol, se acomodaron en los escasos lugares al abrigo del viento.

En medio de la confusión del momento, Khalíl ocultó un cuchillo de cocina en sus ropas. Taufíq lo vio encaminarse hacia el puesto de guardia y lo siguió.

Desentendiéndose de la gente a su cargo, Sánchez le entregó el mando a uno de los sargentos. Estaba a punto de salir del campamento cuando vio a un joven venir hacia él con decisión. En el instante en que su mano se iba al puño de la espada, otro morisco salió de las sombras y se abalanzó contra el primero, tirándolo al suelo.

—¡Míralos! Todavía les quedan fuerzas para pelearse entre ellos —murmuró el capitán antes de alejarse al trote.

La humedad del aire y la sensación de frío aumentaron a medida que las tinieblas se adueñaban de la zona. Las familias, agrupadas alrededor de las hogueras, comprobaron una vez más que nadie se había ocupado del aprovisionamiento.

Zahra llegó con Yasmína de la mano y se sentó frente a su madre. Esbozando una trémula sonrisa, Salmà repartió unas rebanadas de pan duro entre sus hijos, sin que ninguno reparara en que ella se contentaba con las migajas caídas en su regazo. Esa noche nadie cantó. Masticaron en silencio, acompañados por el tenue crepitar de las llamas y el croar de las ranas. Alguien empezó a sollozar y, sin saber cómo, todos acabaron en lágrimas. Khalíl se limpió las mejillas con la manga y levantó la vista.

«¿Será verdad que las almas van al paraíso? ¿Habrá llegado ya la de padre allí?», se preguntó.

La oscura mole de la fortaleza se recortaba contra el fondo estrellado. Una solitaria luz parpadeó detrás de las almenas, como una luciérnaga juguetona.

Cien varas más arriba, Dídac sacó el tachón entre dos merlones y miró hacia abajo. En algún lugar, delante de una de aquellas humeantes hogueras, podía encontrase el hombre a quien debía seguir con vida. Se tocó distraídamente la barbilla mientras rememoraba su convalecencia en Quajalana y el periplo a Vera. Tuvo la sensación de que había sucedido mucho tiempo atrás.

~

El llano amaneció cubierto por una espesa bruma que nacía en la superficie del río y se extendía a lo largo de los márgenes, tamizando la luz y los sonidos de la mañana. A la entrada del acantonamiento, un centinela de rostro somnoliento llegó al extremo de su monótono recorrido y, al darse la vuelta, vio que alguien se acercaba con un saco al hombro.

«¡Por los dolores de Cristo en la cruz! ¿Qué querrá ese a estas horas?», pensó.

Atravesando el astil de la lanza a modo de barrera, le dio el alto a Dídac.

—¡Aquí no se puede estar!

—Esa gente…, son cristianos nuevos, ¿verdad?

—Eso a ti no te importa. ¡Date la vuelta y lárgate!

—Busco a un compadre para entregarle esto.

La mirada despectiva del guardia se convirtió en una de curiosidad

—¿Qué llevas ahí?

El catalán se descolgó la talega y soltó el nudo. El olor a pan recién horneado hizo salivar al soldado.

—¿Qué pinta tiene tu amigo?

Dídac dudó de que algo llegara a manos de su destinatario. Aun así, se aplicó en hacer una precisa descripción de Khalíl antes de regresar a la tañería.

~

La leña se agotó pronto y la comida continuó escaseando. Pasada una semana, enjambres de moscas y nubes de parásitos se habían adueñado de los pestilentes charcos alrededor de las letrinas. Las ratas campaban a sus anchas entre los montones de inmundicia que nadie recogía.

Dídac bajaba a diario a la *morería,* como los habitantes de Lorca habían bautizado la zona. Lo hacía a primera hora y, después de que, invariablemente, le negaran el acceso, se quedaba un rato observando la desordenada aglomeración de toldos y chozas, con la esperanza de identificar a alguien conocido.

Aquel lunes, víspera de san Clemente, patrón de la ciudad, había amanecido salpicado de nubes grises, aunque nada podía hacer pensar en lo que estaba a punto de suceder.

A media mañana, una tormenta se desató sobre los montes al norte de la villa. Relámpagos lejanos cruzaron el cielo seguidos por truenos, cuyo sonido llegaba debilitado a causa de la distancia. Pasada la hora del Ángelus, los nubarrones negros empezaron a descargar un aguacero torrencial.

Pedro Cuerda vio que el agua entraba a borbotones por los canales de aprovisionamiento de agua a las balsas y ordenó a Dídac que cerrara las trampillas.

—¿Qué sucede, maese Pedro? —preguntó el catalán.

—El río va a desbordarse. Nosotros estamos algo elevados y no corremos riesgos, pero, en la vega el aluvión lo arrastrará todo.

Como para dar veracidad al esclarecimiento, la campana de San Patricio empezó a tañer y las otras iglesias no tardaron en unirse al arrebato.

En aquel momento, Juan de Alarcón ascendía por la escalera de la torre Alfonsina, donde se ubicaba la cámara del alcalde mayor. Don Matías Huertas Sarmiento estaba almorzando de espaldas a una chimenea que no lograba caldear la gélida estancia.

—Capitán… —El oficial respondió al saludo con una muda inclinación de cabeza—. Han llegado órdenes de Granada. —El alcalde mayor señaló con el mentón el pergamino enrollado sobre una esquina de la mesa—. Los moros deben ser conducidos a Albacete. Vos iréis al frente de la expedición —dijo, llevándose un trozo de carne a la boca.

—Como ordenéis, don Matías. ¿Cuándo salimos?

—Pronto. Estoy esperando instrucciones concretas de Granada.

—Hay mucha gente incapacitada para tan largo viaje. ¿Podrán quedarse aquí los enfermos?

Antes de contestar, Huertas Sarmiento se quitó un resto de carne de entre los dientes con la uña.

—Las órdenes no mencionan eso.

—Señor, con el debido respeto, los pasos estarán pronto cubiertos de nieve.

—Llevadlos en carros.

—No habrá suficientes —replicó el capitán, sin poder evitar una mueca de frustración.

—Pues dejadlos aquí para que se restablezcan, mueran o se los lleve la puta madre que los parió.

Como subrayando sus palabras, un rayo tremendo cayó sobre la torre y la sacudió hasta los cimientos.

~

En el campamento, los moriscos se resguardaban como podían del aguacero. Los más afortunados, bajo toldos de tela encerada; los demás, envueltos en capotes o mantas empapadas, apretujados frente a raquíticas fogatas que la lluvia amenazaba con apagar en cualquier momento.

El caudal del río había crecido rápidamente. Nada más oír las campanas repicar, los guardias abandonaron sus puestos para, con mucha prisa, tomar el camino de la ciudad. Los animales mugían y rebuznaban con insistencia. Khalíl vio barro chorrear por la ladera y pensó que no tardaría en llevarse el chamizo de cañas donde se refugiaban los suyos. Seguía preguntándose por la razón de aquellos fenómenos cuando un estruendo irreal hizo que se estremeciera.

Empujada por una fuerza inexplicable, una masa ondulante de tierra reventó las letrinas, levantando los apriscos en vilo y engullendo a las bestias. Los de Quajalana salieron de las chozas justo a tiempo para ver cómo un aluvión de fango se metía en el recinto y lo arrasaba todo a su paso.

Khalíl escudriñó la pendiente y localizó una peña situada encima de sus cabezas.

—¡Rápido, subamos allí! —exclamó.

Antes de seguir a los demás, Zahra miró a su alrededor.

—¿Dónde está Yasmína?

Khalíl sintió que el vello de sus brazos se le erizaba. Un momento antes la había visto cerca del cauce, jugando con otras crías.

En ese preciso instante, Dídac doblaba la muralla. Con los pulmones a punto de estallar, detuvo su carrera. Desde el altozano donde se encontraba, vio una ola oscura avanzar por el llano, tragando a su paso muchas de las diminutas figuras que, con desesperante lentitud, huían en todas direcciones. Se descolgó por la resbaladiza pendiente dando tumbos. Conforme se acercaba al río, el estrépito fue creciendo y la escalofriante visión se hizo más nítida. El rugido de la riada cubría los gritos de agonía de las personas que intentaban ponerse a salvo. Algunos corrían con ancianos a sus espaldas o niños entre los brazos, pero también había quienes perdían un tiempo precioso arrastrando sus pertenencias y eran tragados por la implacable lengua de lodo.

El catalán se paró de nuevo. Mientras recuperaba el resuello, vio a dos niñas sobre un túmulo embestido por la corriente. Una parte del montículo se desmoronó y una de las chiquillas cayó al barrizal.

~

Khalíl le gritó a Yasmína que no se moviera y fue a por ella. Justo cuando la tomaba en sus brazos, el islote desapareció y ambos quedaron a merced del río.

Dídac vio el tiro de una carreta flotando y se metió en el agua fangosa. Cuando la pareja pasaba por su lado, hizo voltear el madero y Khalíl pudo aferrarse a él. Dídac clavó los pies en el suelo y arqueó el cuerpo, pero la madera mojada le resbalaba de entre las manos. Pidió ayuda a unos jóvenes que contemplaban la escena con cara de espanto y, entre todos, lograron rescatar a tío y sobrina. Zahra y Plácido llegaron dando resbalones y cubrieron a Yasmína de besos.

Khalíl escapó del cieno que le succionaba las piernas como mil sanguijuelas. Tiritando de frío, vio a Luz y Salmà encaramadas en la peña. Parecía estar bien. A su alrededor, los supervivientes corrían de un lado al otro gritando nombres, o se esforzaban en identificar a los individuos desconcertados que deambulaban por el lodazal. Entonces reparó en el desconocido del madero, que seguía trastornado por el desastre que acababa de presenciar.

—¿Dídac?

El aludido abrió unos ojos como platos al oír su nombre en boca de aquella efigie de barro.

—¿Khalíl?

Los dos jóvenes se tomaron por los antebrazos.

—¡No me lo creo! ¡No puede ser! —repitieron uno y otro sin soltarse.

—Hubiera preferido encontrarnos en otras circunstancias —reconoció el catalán.

La lluvia cesó y las campanas enmudecieron. Al cabo de un rato, lentamente, el nivel del agua comenzó a bajar y una ciénaga sembrada de cadáveres fue aflorando. Años después, el recuerdo más recurrente de los supervivientes sería la calma y el silencio sobrenatural tras la catástrofe.

Doscientos granadinos perecieron aquel día. Entre ellos, el tío de Luz. Ciento cincuenta personas más resultaron heridas. La súbita crecida también se llevó la vida de ochenta lugareños y destruyó el puente del camino de Murcia, arrasando la huerta y anegando multitud de cultivos. Durante las semanas posteriores fueron apareciendo cadáveres irreconocibles en cada recodo del Guadalentín, como si el río se resistiera a devolver el botín conseguido. Maese Andrés entablilló huesos, curó heridas y trató fiebres hasta desfallecer. Mientras tanto, vigilados por dos sacerdotes, los varones supervivientes fueron enterrando a los muertos. Las mujeres y los niños tampoco quedaron ociosos, pues era urgente lavar las ropas, drenar el fango y recolectar los

enseres más útiles. La labor era enorme y, aunque las autoridades, desbordadas, no mandaron ningún auxilio, los moriscos, unidos en la desgracia, la llevaron a cabo con gran entereza.

Dídac visitaba a Khalíl a diario. Traía toda la comida que sus magros ahorros le permitían adquirir en el mercado. Al principio, los centinelas le prohibieron el paso, pero, después de echarles en cara su cobardía frente a la tormenta, dejaron de incordiarlo.

El catalán conoció a la familia de su amigo, compartieron el pan y hablaron mucho. Se indignó al enterarse de la suerte de Yúsuf y del trato sufrido por los moriscos. Luz estaba afectada por la desaparición de su tío en la riada. Aun así, Dídac la encontró adorable. Se alegró mucho de ver a su amigo tan enamorado, aunque se guardó de explicar que él mismo pasaba su tiempo libre vagando por la ciudad, rondando las fuentes o escudriñando las rejas de las ventanas por si atisbaba a la muchacha que le tenía el seso sorbido.

Capítulo 51

15 de diciembre de 1570, Lorca, reino de Murcia

Los moriscos cruzaron el Guadalentín por un puente sobre barcazas construido tras la riada. Dejaban atrás una ciudad enlutada, cuyos habitantes ya no tenían ganas de riñas. El capitán Alarcón inspiró el aire frío de la mañana y miró a la margen derecha del río, convertida en la última morada de tantas personas. Una semana después de la catástrofe, para la mayoría de los supervivientes el deseo de vivir se había impuesto a la pena. Tras mucho insistir, el alcalde dio licencia para que un centenar de enfermos y heridos se quedaran en Lorca. A pesar de que maese Andrés era el único médico de la expedición, se decidió su permanencia en la ciudad para atenderlos.

El día de la partida, a primera hora, Dídac vino a despedirse de Khalíl. Le hizo entrega de un costal con tres panes, un queso y media docena de huevos. Tras intercambiar palabras de ánimo, los dos jóvenes se desearon mutuamente suerte en la vida y, convencidos de que sus caminos no volverían a cruzarse, se dieron un abrazo.

La gente andaba ligera, pues se disponía de suficientes carros y tiendas, aunque no por cortesía de las autoridades, sino gracias a un importante desembolso de los moriscos. A diferencia del capitán Sánchez, Juan de Alarcón había previsto numerosas etapas y una velocidad moderada.

A esas alturas del otoño oscurecía temprano. Aun así, llegaron a Caravaca de la Cruz a tiempo de recibir una sopa caliente. Algunos lugareños curiosos se dejaron ver en las proximidades del vivac, pero sin acercarse demasiado.

Khalíl, que esperaba la oportunidad de encontrarse con Luz, la vio salir de la tienda de campaña que compartía con su tía y primas con un botijo bajo el brazo y se ofreció para acompañarla a la fuente. Hablaron de todo y de nada, con la ansiedad propia de las personas que amagan insinuaciones sin atreverse a dar un paso comprometedor.

Cuando el agua empezó a rebosar por el pitorro, ambos se agacharon para recogerlo y sus cabezas chocaron. Luz mojó un pañuelo. Sin reparar en la turbación que la proximidad de su cuerpo le provocaba al muchacho, se puso a limpiarle la sangre de la ceja. Khalíl miró de reojo, comprobó que estaban solos y le dio un beso en los labios. Fue breve, casi infantil. Sin embargo, para él representaba la prueba irrevocable de su compromiso.

Luz se quedó de piedra. Por un instante, Khalíl temió que lo abofeteara o saliera corriendo, pero simplemente sonrió, y al hacerlo se le formaron dos hoyuelos en las mejillas. Sintió un deseo irrefrenable de morderle la boca y bajó la mirada para no traicionarse. Entonces, ella le levantó la barbilla y le posó unos labios de fuego sobre los suyos.

Al día siguiente recorrieron un territorio agreste. Los lugareños ya no huían al verlos, se asomaban a las puertas de sus casas y, tan pronto como el siniestro cortejo desaparecía en la distancia, contaban a sus hijos que aquellos extranjeros se llevaban a los niños metidos en sacos

y les arrancaban la manteca para hacer jabón. También se encontraron con campesinos que, aun siendo de humilde condición, se compadecían de ellos y les llevaban comida.

Llegada la noche, Khalíl esperó una ocasión para encontrarse a solas con su amada, que estaba asistiendo a una conocida de la familia que se había puesto de parto. Desde el primer beso, un extraño trastorno se había apoderado de ambos jóvenes. El deseo de verse no dejaba de crecer y se las ingeniaban para estar juntos el máximo tiempo posible. Si por alguna razón sus dedos se rozaban, ella, ruborizada, bajaba los ojos, mientras él, con el corazón acelerado, sentía un cosquilleo pujante que le recorría el cuerpo. Se había enamorado como nunca hubiera podido imaginarse. Si bien en Carboneras había yacido con la criada cristiana, no se trató de un acto de amor. Había deseado otras mozas después, pero con Luz era diferente. No solo ansiaba volver a besarla, quería estar a su lado, hablar de sus vidas que comenzaban y hacer planes de futuro.

~

La madrugada del tercer día, el silbido del viento despertó al capitán Alarcón antes del amanecer. Bostezó al levantarse y dobló su manta con la misma pulcritud de cuando era bisoño. Recordó, con una sonrisa, el dicho favorito de su instructor. «Si quieres conquistar el mundo, la mejor forma de empezar la jornada es doblando tu frazada como si de la sábana santa se tratara».

¡Conquistar el mundo! Chasqueó la lengua, pensando en lo que diría el cabo Ferrete de verlo al frente de tan lúgubre caravana. La claridad era escasa y el suelo crujía bajo sus zapatos. Tuvo que romper la fina capa helada del abrevadero para, ahuecando las manos, echarse un agua gélida en el rostro. Cuando hubo acabado de asearse, alzó la vista y miró hacia poniente. Si todo continuaba como hasta el momento, llegarían pronto a Albacete y su misión habría terminado.

Khalíl se despertó entumecido, pero descansado. Salmà y Karíma llevaban un buen rato despiertas y lo tenían todo listo para la partida. Por un fugaz instante, buscó a su padre con la mirada. Tuvo que reprimir las lágrimas que pugnaban por salir.

Comenzó a nevar. Los niños, que nunca habían presenciado ese fenómeno, se pusieron a corretear entre las lonas, dando gritos y saltos para atrapar los copos. Alarcón se ajustó el cuello de la capa y ordenó salir sin más demora, pues, de persistir aquella nevada, la senda quedaría impracticable.

Una lluvia helada sustituyó a la nieve y no los abandonó en toda la mañana. Los caminantes pisaban el suelo enfangado con cuidado de no resbalar. Aun así, se produjeron muchas caídas.

Hacia el mediodía, el aguacero cesó. El jefe de la columna mandó hacer un alto cerca de una ermita solitaria, para secar la ropa y reponer fuerzas. Los exploradores batieron los alrededores en busca de leña y pronto se encendieron fuegos alrededor de los cuales se zapateaba y se batían las palmas para entrar en calor.

Costó mucho reemprender la marcha, sobre todo porque la lluvia había dado paso a un viento glacial que barría la llanura y fustigaba el rostro de aquella gente, poco habituada a tales inclemencias.

Las temperaturas siguieron bajando. Al atardecer, los charcos se helaron y el firme se volvió muy resbaladizo. Un caballo se quebró una pata y tuvo que ser sacrificado. Al jinete lo cargaron en un carromato y quedó al cuidado de un barbero, en un lugar llamado Pozo Hondo. El cura de esa aldea les permitió pernoctar en la iglesia, protegidos del viento por los recios muros, aunque prohibió encender fuegos en el interior del templo.

Una vez instalados, Khalíl buscó a Luz entre los cuerpos tumbados en el empedrado de la nave y la encontró cerca del confesionario, hecha un ovillo al lado de la parturienta y su retoño. A pesar de la penumbra, creyó verla tiritar.

Allí en medio de toses intermitentes y los quejidos apagados de los enfermos, se estremeció de ternura. Amaba a aquella mujer y creía no equivocarse al pensar que ella le correspondía. Hubiera deseado tumbarse a su lado y abrazarla para darle calor. Aquello, sin embargo, iba en contra de todas las convenciones, así que decidió regresar junto a los suyos.

Entonces, como si presintiera su proximidad, Luz abrió los ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz muy baja.

—Quería saber cómo te encontrabas. —Khalíl se sentó en el suelo para evitar llamar la atención.

—Estoy bien, pero tengo mucho frío.

Tras un momento de vacilación, la rodeó con sus brazos. Ella se debatió, escandalizada.

—¡Ni se te ocurra!

—Es para darte calor —susurró él, con el corazón desbocado.

—¿Estás loco? Nos van a ver.

Luz miró en rededor. Todos seguían durmiendo. Khalíl se tumbó a su lado. Quedaron cara a cara. Aunque la frazada se interponía entre ellos, la proximidad del otro acabó excitándolos por igual.

—Sí, estoy loco… por ti.

La besó lentamente, con ternura. Ella dejó de resistirse y le devolvió el beso con avidez. Avergonzado de la súbita turgencia de su bajo vientre, Khalíl intentó separarse un poco, pero ella se aferró a él como para evitar caer en un abismo. Sus ojos no podían despegarse. Cada uno percibía los latidos del corazón del otro.

—Te quiero —susurró Khalíl.

A Luz, aquella afirmación le sonó a pregunta.

—Te quiero —contestó, a modo de consentimiento.

Se amaron en silencio, con el pudor de la primera vez, mordiéndose la boca para contener los gemidos, fundiendo sus cuerpos con la brusquedad de los amantes sin experiencia y las prisas propias de las circunstancias.

Aquella noche, mucho después de abandonar a su amada, Khalíl siguió saboreando la miel de sus labios y el aroma de su piel.

~

A la madrugada siguiente, al verlos partir envueltos en mantas y con trapos liados alrededor de pies y manos, los habitantes de Pozo Hondo les dedicaron miradas de compasión, aunque también las hubo de rechazo. En las comarcas del interior, la población sentía una mezcla de fascinación y recelo por aquellos desconocidos. A eso ayudaban las leyendas negras, como la de la campana que se rajaba al paso de los moriscos o la de la oveja que paría una cría con cinco patas después de comer hierba pisoteada por ellos.

A media mañana, la nieve volvió a hacer acto de presencia y, con ella, llegaron dificultades adicionales. Los bordes de la vía desaparecieron bajo la capa blanca y varias carretas acabaron en la cuneta. Alarcón mantenía los párpados casi cerrados por culpa de la ventisca helada que le abofeteaba la cara y tironeaba de las ropas. Palmeó el cuello de su caballo para animarlo a seguir

adelante y miró al frente. Lo único visible era un mar blanco, sin principio ni fin. Había contado con la posibilidad de la nevada, pero no podía haber imaginado unas temperaturas tan bajas.

Las ropas de los caminantes no se habían concebido para enfrentarse a temporales de nieve. No sentían las orejas, las yemas de los dedos les dolían como si las atravesaran agujas y los pies se les hundían en un fango escarchado y sucio que convertía cada paso en un suplicio agotador.

A Khalíl no le afectaba nada de esto. La cercanía de Luz y el recuerdo de la noche de amor le hacían insensible al frío. Solo anhelaba el momento de estar con ella, de besarla y acariciarla. Cerraba los párpados para deleitarse con el recuerdo de su mirada encendida, la delicada piel de sus senos y las caderas apretándose contra las suyas. La experiencia había sido tan prodigiosa que temía haberla soñado, que no existiera ese lugar maravilloso, lleno de deliciosas sensaciones, donde el pasado o el futuro no importaban y los problemas presentes se esfumaban.

Al final de la tarde, los exploradores informaron de que no encontrarían ninguna población antes de la caída de la noche. La única opción era acampar a cielo abierto.

Las temperaturas siguieron bajando y el viento no dejó de agitar las tiendas a lo largo de una noche sin fin, que se cobró la vida de dos ancianos y una joven embarazada. Antes de reemprender la marcha, el capitán tomó nota de los nombres de los fallecidos y ordenó enterrar los cadáveres.

Después de vagar por la llanura helada, los víveres se habían agotado. Alarcón recorrió las desordenadas filas para evaluar los estragos provocados por las inclemencias del tiempo y la falta de alimentos. Aquellos pobres seres, apenas capaces de apartarse a su paso, se lo quedaron mirando con rostros cadavéricos. Al capitán le pareció que Dios quería cobrarles todos los pecados de la humanidad.

Tomó una decisión drástica: sacrificar cuatro bueyes y asar su carne con la madera de los carros que arrastraban. La medida permitió reponer las fuerzas necesarias para enfrentarse al último tramo del viaje. Sin embargo, aquella misma tarde varios individuos presentaron graves congelaciones en los pies. El pueblo más cercano, Chinchilla de Monte Aragón, quedaba a una legua de distancia. Temiendo la negativa del médico a salir con tal temporal, el capitán decidió ir a buscarlo él mismo para traerlo a punta de espada si fuera necesario.

La noche estaba bien entrada cuando Alarcón regresó con el galeno. Sin perder tiempo, el cirujano puso a calentar unos cuchillos de hoja ancha en un brasero y, en cuanto el metal adquirió un color cereza, empezó a amputar extremidades a golpe de sierra, cauterizando luego las heridas con el hierro candente. Los gritos agónicos y el hedor que desprendía la carne quemada horrorizaron de tal manera a quienes esperaban intervenirse que algunos se escabulleron, prefiriendo la gangrena al suplicio del cirujano.

A lo largo de la noche no cesaron los llantos de los moribundos que maldecían a sus progenitores por haberlos traído al mundo, ni los gritos desgarradores de las madres que veían como la Parca les arrebataba a sus hijos.

A la mañana siguiente habían fallecido tres niños, entre ellos el recién nacido. Además, dos ancianos, una mujer y cuatro pacientes del médico habían rendido el alma. A uno de los centinelas lo encontraron congelado en su puesto. Lo enterraron en una caja confeccionada con tablones de una carreta. A los moriscos, en cambio, después de desnudarlos, los sepultaron en una fosa, ante la que se produjeron agrias peleas por la posesión de la ropa y el calzado.

Por la tarde dejó de nevar y, aunque tímidamente, el sol hizo su aparición, animando a seguir adelante. Para gran regocijo de los expulsados y sus guardias, a lo lejos aparecieron las murallas de Albacete y, sobresaliendo por encima de ellas, la torre cuadrada del campanario de San Juan

Bautista. Convencidos del fin de sus tribulaciones, muchos se persignaron y pusieron rodilla en tierra para dar gracias a Dios o a Alá.

Mientras se organizaba la acampada y los furrieles adquirían provisiones en los comercios del arrabal, Alarcón se dirigió a la plaza Nueva y descabalgó delante de un edificio señorial. Después de dar un par de pisotones para desprender el barro pegado a sus suelas, subió de dos en dos los escalones que conducían al despacho del alcalde.

Don Juan Cebrián lo recibió enseguida. Era un hombre apuesto, de unos cincuenta años, rasgos finos y cabellera cana. Arrugó la nariz al percibir el olor de las ropas del oficial. Aun así, lo invitó a tomar asiento frente a su escritorio y escuchó con gesto grave el relato de las peripecias de la expedición. Acabado el informe, Alarcón dejó encima de la mesa un cuaderno con los nombres de los desterrados, una relación de los fallecidos y el detalle de los lugares donde habían quedado los cuerpos. El alcalde rehusó tocar la libreta, cuyas tapas se veían manchadas de sudor de caballo, y agitó una campanilla.

—¡Don Hernán! —dijo tan pronto como su secretario hubo penetrado en la estancia—, el capitán…

—Juan de Alarcón, para servir a Dios y a su majestad.

—El capitán Alarcón trae la lista de los cristianos nuevos. Hacedle entrega del recibo correspondiente.

—Una cosa más… —añadió, volviéndose hacia el oficial—. Deberéis llevar los del marqués del Carpio a Córdoba.

—Vuestra merced se equivoca.

—No, no hay error. —El alcalde abrió un cajón de su escritorio y sacó una carta con el sello de don Juan de Austria—. Su excelencia manda que los de… ¡Aquí está! Que los de Lubrín y Sorbas sean conducidos al Carpio.

Juan Cebrián entregó la carta y Alarcón pudo comprobar la veracidad del documento.

Abandonó el edificio hecho una furia. En una mano estrujaba el pliego con sus órdenes y en la otra portaba una bolsa con dinero para pagar el bagaje al nuevo destino.

Esa noche, los moriscos bebieron y comieron hasta hartarse. Los soldados se lanzaron al asalto de los burdeles y las tabernas del arrabal. Uno de ellos, en cambio, se ofreció voluntario para la primera guardia, pues el objeto de su perversión no se hallaba en la ciudad. Era un hombre de nariz chata, tosco y corpulento, que durante el trayecto no había cesado de importunar a las mujeres con gestos groseros y propuestas indecentes. El sujeto se puso a recorrer el perímetro del campamento con la lanza al hombro, buscando ansiosamente a una moza.

La suerte le sonrió, pues, a mitad del turno, la vio dirigirse a los matorrales que servían de excusado, en compañía de otra joven.

Capítulo 52

21 de diciembre de 1570, Albacete, corona de Castilla

Luz oyó que alguien se acercaba a sus espaldas, pero no tuvo tiempo de darse la vuelta. Un violento empujón la hizo caer por un desnivel del terreno. Un grito de espanto le subió por la garganta, aunque antes de poder liberarlo le taparon la boca. Intentó morder la mano que la amordazaba, pero quien la aplastaba contra el suelo no hacía aquello por primera vez.

Mientras forcejeaban, una voz sonó en la oscuridad.

—¿Prima? ¿Dónde estás? —El tipo pinchó la garganta de su presa con un cuchillo—. ¡Por favor, sal, no tiene gracia!

La muchacha dio un par de vueltas sobre sí misma. Estaba tan cerca que Luz pudo oír la grava que crujía bajo sus pies.

—¡Podrías haberme esperado! —protestó antes de alejarse.

Para el agresor, la diversión acababa de comenzar. Retiró la mano de la boca para bajarse los calzones, pero dándose cuenta de que su víctima iba a pedir auxilio, le asestó un puñetazo en el pecho. El golpe dejó a Luz boqueando. El atacante aprovechó para rasgarle la ropa. El pánico que leyó en los ojos desorbitados de la muchacha acrecentó su excitación. Sin más demora, la agarró por las caderas para atraerla contra él.

Ese fue su error. Un rodillazo le acertó de lleno en los testículos. Se dobló, bizqueando y mordiéndose la lengua para no aullar, mientras Luz seguía pateándole la entrepierna con más desesperación que efectividad. El asaltante logró sobreponerse al dolor y la golpeó en la cara hasta dejarla aturdida. En un impulso asesino, alzó el cuchillo para asestarle una puñalada, pero su mente pervertida volvió a tomar el control y soltó el arma.

Se escupió en los dedos de una mano y la deslizó entre los muslos de la joven. Después se dejó caer sobre ella con todo su peso. Sin embargo, el golpe recibido lo había imposibilitado. Movió las caderas frenéticamente sin conseguir lo que quería. Le estrujó los pechos para excitarse con el terror que esperaba leer en su mirada, pero lo que vio no fue miedo, sino una sonrisa burlona.

Loco de ira, rodeó el cuello de Luz con sus manazas. A medida que el aire le faltaba, el rostro de la muchacha se fue oscureciendo. Sintiéndose perdida, emitió un gemido y, en un último intento de zafarse de su verdugo, se puso a dar unos inútiles manotazos.

Al percibir que la vida escapaba de aquel cuerpo tan lozano, el agresor sintió crecer en él la lascivia y volvió a intentarlo. Tampoco tuvo éxito. Exasperado, se apoyó en el suelo para cambiar de postura y siguió embistiendo a su víctima hasta conseguir poseerla.

Extasiado por su logro y babeando de placer, empujó salvajemente, pero ella ya no reaccionaba. La cara, morada, se le había volcado hacia un lado, ignorando al monstruo que le robaba la existencia y hacía añicos su futuro.

El tipo arremetió de nuevo, resoplando como un buey. Sintiéndose a punto de derramarse, cogió a Luz por el pelo, pero al ver la mueca de triunfo fijada en su faz, no pudo concluir su

repugnante acto.

~

La encontraron en el suelo, una muñeca desmadejada. La habían desfigurado y sus ropas estaban desgarradas, como si un oso rabioso se hubiera ensañado con ella. Al verla, Khalíl cayó de rodillas aullando de rabia. Insultó a Dios y al mundo entero. Quiso levantarse, salir a matar, pero, paralizado por un dolor inmenso, no pudo.

—¿Qué te han hecho, amor mío?

Tomó a Luz en sus brazos. Para evitar que el calor le huyera del cuerpo, la estrechó contra él. Con infinita ternura, le apartó un mechón de cabellos de la frente, le pidió perdón por no haber sabido protegerla y, juntando su rostro al de ella, comenzó a sollozar. La estuvo meciendo durante largo rato, acariciándole la cara, besándole la frente, una y otra vez. Al final, sin más lágrimas por derramar, se dejó convencer de deshacer el abrazo y la levantaron con delicadeza para envolverla en un sudario blanco.

En cuanto Juan de Alarcón fue informado del asesinato, decidió encargarse él mismo de las pesquisas. Empezó por interrogar a los soldados de guardia. Uno a uno, les fue preguntando si habían visto algo anormal durante sus turnos respectivos. Un tipo corpulento, de nariz aplastada y que apestaba a sudor rancio, le pareció algo más nervioso de lo normal. Sin embargo, en mitad del interrogatorio se oyó un tumulto fuera de la tienda e interrumpió las averiguaciones. Al salir, vio a un grupo de jóvenes moriscos en la linde del campamento, con claras intenciones de cruzar el cercado.

—Entregadnos al asesino o vamos a buscarlo nosotros mismos —gritó uno de ellos.

—Os lo repito por última vez: ¡no podéis salir! —insistió el centinela.

—¿Cómo vais a impedirlo? —amenazó uno de los moriscos.

Dos soldados acudieron, alertados por las voces de su compañero, pero no pudieron impedir que los alborotadores retiraran el portalón de cañas que marcaba el límite del recinto. Se produjo un forcejeo entre los desterrados y sus guardianes. Entonces sonó un disparo y todos se quedaron quietos.

—¿Qué pasa aquí?

Alarcón sujetaba en la mano izquierda una pistola humeante.

—¡Querían escapar, mi capitán! —afirmó uno de los guardias, con la nariz chorreando sangre, mientras más soldados acudían con arcabuces.

—Solo queremos justicia, señor.

El oficial pidió silencio.

—De momento, empezad por volver al recinto y colocad la valla donde estaba.

Los moriscos protestaron ruidosamente.

—¡Haced como dice, insensatos! —Alonso Alfacar, con la mano sobre el hombro de un joven alfarero, se abrió paso hasta situarse ante Alarcón—. ¿Creéis que van a dejarnos ajusticiar a un cristiano? —preguntó el ciego en árabe. Dirigiéndose al militar, añadió en castellano—. Disculpad a esos fogosos mozos, vuestra merced, pero lo de esa pobre muchacha ha sido como la brizna de paja que quiebra el espinazo de la burra.

—¡Que nos entreguen al asesino! —gritó uno de los moriscos.

—¿Cómo sabéis que no es uno de los vuestros? —La pregunta de Alarcón provocó una oleada de protestas.

—Capitán, si lo permitís, nosotros mismos indagaremos entre nuestra gente —se comprometió Alfacar.

El de Lorca se quedó rumiando, con la vista puesta en un mocoso de mirada triste.

—¡Está bien! Hacedlo, pero nada de tomaros la justicia por vuestra mano.

El capitán regresó a su pabellón y retomó el interrogatorio allí donde lo había dejado, pero el guardia había tenido tiempo de tejer una coartada coherente. Estaba terminando la pesquisa cuando se oyeron las carcajadas de un grupo de soldados que regresaban de sus correrías por la ciudad. Sin nada concreto en su contra, dejó ir al interrogado y salió para interpelar a los recién llegados.

Al alba, cuando el último de sus hombres hubo abandonado el pabellón, frustrado por la falta de resultados, cabalgó hasta la ciudad. Al alcalde no le gustó que lo sacaran de la cama, así que cuando el de Lorca pidió un alguacil para esclarecer las circunstancias del delito, le explicó que, de despachar a uno, lo haría con la orden de apresar a los responsables de las carreras de caballos por la calle de la feria, las dos reyertas de taberna y los innumerables actos de vandalismo.

~

Khalíl veló a su amada toda la noche. No podía apartar los ojos de aquel cuerpo inerte que, solo unas horas atrás, estaba tan lleno de vida. Rememoró su primer encuentro. Volvió a ver la sonrisa pícara y a oír la risa cristalina que le habían robado el corazón.

Salmà respetó la pena de su hijo. Cuando el sol despuntó en el horizonte, le acarició el hombro para hacerle saber que había llegado el momento de despedirse. Con las lágrimas enturbiándole la visión, Khalíl se arrodilló ante el cadáver de Luz. Tomando su mano fría, le habló.

—Me diste tu amistad y en los peores momentos de nuestras vidas, cuando solo había oscuridad, fuiste mi sol. Me entregaste tu amor, convirtiéndome en el ser más feliz del mundo. —Tragó saliva antes de seguir—. ¡Adiós, vida mía! Sé que allí donde estés me esperarás. Por eso, cuando la muerte venga a buscarme, sin temor, le sonreiré.

Besó los labios gélidos, la miró por última vez y le tapó el rostro. Apabullado por una pena insondable, vio cómo cubrían de tierra aquel ser que ya no era más que un envoltorio de piel, carne y huesos.

Sumido en un profundo desconsuelo, no se enteró de la conmoción de la partida, con sus gritos, relinchar de caballos y traqueteo de carromatos. En el lento caminar hacia el oeste, no reparó en las llanuras onduladas que se extendían a pérdida de vista. Tampoco sintió curiosidad al atravesar aldeas con castillos, ni al cruzar los viejos puentes de piedra sobre torrenteras.

El día quince de enero de 1571 llegaron al Carpio. De los ochocientos ochenta y cinco cristianos nuevos que salieron de Sorbas, tan solo cuatrocientos setenta y uno llegaron a su destino. Ciento sesenta y cinco habían enfermado y fueron acogidos en distintas poblaciones a lo largo de la ruta, pero muchos más quedaron enterrados en cunetas, fosas y arenales. A los expulsados de Lubrín les sucedió lo mismo: al final, menos de la mitad sobrevivió.

~

El Carpio era una pequeña población situada entre las estribaciones de Sierra Morena y el río Guadalquivir. Al igual que Sorbas y Lubrín, el señorío pertenecía a don Diego López de Haro y

Sotomayor. Para quienes llegaban allí, después de atravesar el mismísimo infierno, la abundancia de agua, sus frondosas arboledas, fértiles vegas y extensos pastos se asemejaban a los jardines del edén.

Cuando el administrador de las fincas del marqués del Carpio, don Lázaro Hilario de Sosa, averiguó de boca de Juan de Alarcón las cuantiosas pérdidas de vida y el pésimo estado de salud de los supervivientes, puso el grito al cielo.

—A don Diego no le va a gustar enterarse de que tan poca gente ha sobrevivido. ¿Qué ha ido mal? —preguntó.

De repente, el capitán se sintió terriblemente cansado y dejó escapar por la nariz el aire retenido en los pulmones.

—Todo, señor, ¡todo!

Los de Lorca permanecieron en el Carpio el tiempo justo para descansar y aprovisionarse. Al día siguiente, torturado por la idea de que entre ellos marchaba el asesino de Luz, Khalíl se acercó a la hilera de soldados que regresaban a la ciudad del Guadalentín. Empezando por Alarcón, escrutó las caras de todos ellos a la espera de una revelación milagrosa.

Cuando los ecos de las pisadas se apagaron, volvió cabizbajo junto a su madre.

Capítulo 53

Febrero de 1571, Lorca, reino de Murcia

Lo hicieron una vez más. Después, él se echó a un lado y se quedó dormido. Ella, sudorosa y muy cumplida, esperó boca arriba a que la respiración de su amante recuperara un ritmo acompasado. Entonces se volvió y, tras besarle la cicatriz del mentón, se quedó un rato contemplando las facciones angulosas de su rostro.

Se levantó. Al agacharse para recoger su camisón del suelo, reparó en sus senos caídos y el vientre flácido. Aun así, retozar con Dídac la hacía sentirse hermosa y deseada. Volvía a vestir las prendas que se habían estado apolillando en un arcón y no le avergonzaba llevar el pelo suelto. Cuando se cruzaban por algún lugar de la tañería, las mejillas se le sonrosaban como si fuera una moza casadera. Al principio creyó poder ganárselo en cuerpo y alma, pero últimamente la rehuía y su entusiasmo en la cama había decaído notablemente.

«Qué tontas nos volvemos las mujeres en cuanto bebemos los vientos por un hombre», pensó.

Entristecida, se pasó la camisola por la cabeza, recogió el pelo en un moño y abrió la puerta de la habitación.

—¡Lo sabía! —exclamó Victorino.

Juana soltó un grito. Cubriéndose la boca con las manos, intentó escapar escaleras abajo, pero su sobrino, que llevaba una hora apostado en el pasillo, la retuvo por el brazo.

—¡Padre! —gritó para que le oyeran en el piso de abajo—. ¡Mira lo que sucede bajo tu techo!

Pedro Cuerda acudió al instante. Su rostro se heló en una expresión de desdén cuando vio al catalán salir de la alcoba de su hermana. Dídac sintió que un rubor escarlata le subía desde el cuello hasta la raíz de los pelos.

—Te acogí cuando no tenías dónde caerte muerto. Te di trabajo, cama, mesa… ¿Así me devuelves el favor? ¿Deshonrando a mi hermana en mi propia casa?

—Ahorraos los reproches. ¡Aquí a nadie se ha mancillado!

—¡Fuera! ¡Fuera de mi vista!

Dídac se dio media vuelta. Mientras Juana rompía a llorar, recogió las pocas cosas de valor que poseía.

—¡Y no se te ocurra volver nunca por aquí, ni para pedir limosna! —vociferó Victorino, con un gesto mezcla de desprecio y superioridad.

Haciendo caso omiso de las voces de sus parientes, la mujer corrió tras el catalán y le imploró que la llevara con él. Pero este no se detuvo. Sabiéndose observado, se obligó a caminar despacio, aunque en cuanto hubo cruzado el portalón un ramalazo de culpabilidad le hizo bajar la vista.

Con veintidós años cumplidos, tomaba el mismo sendero que nueve meses antes, esta vez en sentido inverso. Como entonces, no llevaba consigo más posesiones que lo puesto, pues sus

magros ahorros los había gastado en socorrer a la familia de Khalíl. Se consoló pensando que, de todas formas, habría acabado por abandonar aquel lugar repugnante.

Sin saber por qué, se dirigió al llano de la catástrofe. La vegetación había vuelto a reclamar el paraje, cubriendo las cruces y las huellas de la tragedia. Puso una rodilla en el suelo y rogó por el bienestar de su amigo.

Al levantarse vio que un hombre mayor lo observaba.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí, muchacho?

Dídac reconoció al médico, maese Andrés, y un rayo de esperanza cruzó por su faz.

—Lo mismo que vos, imagino. ¿Tenéis noticias de la gente de Sorbas?

—Solo sé que se los llevaron a un pueblo cerca de Córdoba. —El médico sonrió y lo invitó a compartir el almuerzo con él. Su fama se había extendido por el arrabal y a su consulta llegaban sujetos de toda clase y condición. Maese Andrés le ofreció ayuda para encontrarle una ocupación y prometió avisarle si recibía noticias del Carpio.

Dídac abandonó la casa del médico con la panza llena y los ánimos renovados. Cruzó la puerta de los Santos y se adentró en la ciudad. Caminó perseguido por las voces de los vendedores, los gritos de la chiquillería y el ruido de las caballerías sobre el empedrado. En Lorca existía un puñado de forjas y las había recorrido casi todas en el pasado. En cada ocasión, lo rechazaron. A veces por tener demasiada edad, otras por falta de experiencia. Recordó que le quedaba por visitar la herrería de la cuesta del castillo y hacia allí se encaminó.

Nada más entrar en el local, un ruido ensordecedor y una bocanada de humo con olor a azufre le dieron la bienvenida. De no ser por el resplandor de la fragua, el taller hubiera estado en penumbra.

Un mozo accionaba sin mucho entusiasmo un fuelle enorme mientras otro joven alimentaba el fuego con paletadas de carbón. De las paredes del fondo colgaban martillos, escuadras, tenazas y herramientas para la manipulación de los productos que fabricaban. A todo ello había que añadir el pilón de enfriar las piezas y dos bancos de trabajo situados en medio de la sala.

A pesar de la fina capa de hollín que lo cubría todo, el conjunto desprendía una sensación de orden. El dueño, un gigante rubio, martilleaba un hierro al rojo. Dídac se acercó hasta percibir el calor de las llamas en el rostro.

—Buenos días.

—¡No necesito ayuda! —espetó el herrero sin siquiera darse la vuelta.

—Solo os molestaré un momento.

El martilleo cesó. La mueca de horror de los aprendices le hizo saber que acababa de cometer un error. Cristóbal Imbernón, apodado el Normando, le superaba en una cabeza y cien libras de peso. Los brazos, cruzados por cicatrices, parecían tallados en mármol, y sus puños, martillos dispuestos a machacarlo.

—¿De dónde sales tú?

—Vengo de Cataluña.

El grandullón no pareció complacido por la respuesta.

—Enséñame las manos… ¡Tú no sirves para esto! —sentenció, con un mohín de desagrado.

Dídac quiso contradecirlo, pero el herrero le dio la espalda.

—¡Vuelve a tu tierra!

El catalán entendió que no conseguiría cambiar la opinión de aquel bruto, y se encaminó hacia la salida.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó. Probaría suerte con un talabartero cliente de

Cuerda. Trabajar el cuero no le atraía demasiado, aunque, por otro lado, se trataba de un oficio limpio y bien pagado.

Todavía no había salido de la forja cuando tres individuos cruzaron el portalón. Se echó a un lado, pero el que iba delante lo rozó con el hombro. Llevaba una barba corta al estilo de los soldados de los tercios y un feo surco le cruzaba la mejilla derecha. Sus acompañantes también tenían pinta de militares. Presagió problemas. Sin embargo, en lugar de alejarse lo más rápidamente posible, se quedó allí plantado.

—¡Normando! ¿Dónde están las dagas? —preguntó el de la cicatriz.

El herrero dejó el martillo sobre el yunque, se limpió las manos con el trapo que le colgaba del cinturón y, sin pronunciar una palabra, se puso a rebuscar en un cajón. Al cabo de un rato sacó unos objetos alargados liados en paños de lana. Desenvolvió uno y se lo entregó al de la ceja partida. El sujeto sopesó el arma y probó el filo afeitándose los pelos del brazo.

—¡Vaya mierda! —exclamó. Después soltó un escupitajo.

—¿No os complace mi labor? —preguntó el herrero con voz calmada, sin despegar los ojos del punto exacto donde había aterrizado el esputo.

—Es la peor hoja que he tenido entre mis dedos.

—Siento que lo veáis de esa manera, pero no os preocupéis, ya encontraré comprador.

El herrero extendió la palma para recuperar el puñal.

—¡No tan rápido! Me has hecho perder un tiempo precioso. Por eso, aunque este cuchillo solo sirva para trinchar la comida, me lo llevaré.

—Entonces, tendréis que darme sesenta reales.

—No pienso pagarte ni un maravedí por esta basura.

Cristóbal Imbernón le dedicó una mirada torva al bravucón y siguió impertérrito, con la mano tendida.

Viendo que los desconocidos rodeaban a su maestro, los aprendices se escabulleron por una puerta trasera. Rápido como una víbora, el de la cicatriz se arrojó contra el herrero. Este retrocedió, esquivando de milagro la puñalada, pero otro de los asaltantes le clavó su faca en el costado. El Normando atrapó la muñeca del agresor y le pegó un cabezazo en la cara. Acto seguido, con una velocidad inimaginable para un hombre de su corpulencia, agarró su martillo y, de un rápido giro de muñeca, lo descargó sobre el cráneo del infeliz que lo acometía por la izquierda.

El cabecilla de los matones, que seguía empuñando la daga de la discordia, avanzó decidido a zanjar aquel asunto. El herrero supo que no tendría tiempo de detener la cuchillada y sintió rabia de morir de aquella manera tan absurda.

Entonces, con ruido de huesos rotos, trozos de cerámica volaron por los aires, salpicando la cara del gigante rubio de sangre y agua.

Atónito, Cristóbal Imbernón reparó en Dídac, lívido y con la mano temblorosa aún aferrada al asa del pitorro.

~

—¡No te muevas tanto, Normando! —protestó el boticario.

Dídac sonrió al ver a un individuo tan imponente quejarse como una parturienta.

—Te voy a dejar mejor que nuevo. Este hilo de seda con el que te estoy cosiendo la panza hace milagros. Lo traen de Granada y, aunque no te lo creas, lo cagan unos gusanos.

—¡Ay! Déjate de bichos y presta más atención a lo que haces, barbero del demonio.

—No soy barbero, soy boticario.

—Lo que tú digas.

—Puedes darle gracias a Dios de que la hoja se encontrara con tu correa, si no a estas horas estarías criando malvas.

En efecto, después de atravesar la piel del delantal y el cinturón, la cuchilla apenas le había penetrado una pulgada en la carne.

—A quién tengo que dar las gracias es a este. —Imbernón señaló a Dídac, que permanecía sentado en una esquina con la mano derecha envuelta en un trapo—. Sin él, estaría discutiendo con el diablo el precio de los cerrojos del purgatorio.

El boticario, un hombre orondo que se cubría la calva con un bonete, echó un vistazo a la herida del joven.

—No te preocupes, el corte es superficial. Mi hija está al llegar, ella lo limpiará y sacará los trozos de cerámica que te han quedado bajo la piel.

—Por cierto, catalán —exclamó el Normando, como si acabara de recordar algo—, ¿no andabas buscando trabajo? Conozco un herrero que ha perdido a dos aprendices.

Pero Dídac ya no escuchaba. Toda su atención estaba centrada en la muchacha que acababa de entrar en la botica con un cesto de hierbas apoyado en la cadera. Sus ojos eran del color del cielo en verano.

Capítulo 54

Marzo de 1571, El Carpio, corona de Castilla

El administrador de las fincas del marqués, don Lázaro Hilario de Sosa, mandó registrar los nombres, apellidos, edad, oficio y estado de salud de todos los deportados. Cuidando de no separar las familias, constituyó dos grupos: el primero, formado por labradores y alfareros; el segundo, por los ancianos y los que iban a emplearse como sirvientes. Para evitar tentaciones, no se entregaron mujeres jóvenes a solteros ni clérigos.

El alguacil informó que, por orden del rey, los malos tratos no serían tolerados, y avisó a los patrones de la necesidad de pagar por los servicios y de esforzarse en adoctrinar a los cristianos nuevos en la fe, en especial a los más pequeños. También recordó a los moriscos la prohibición, so pena de muerte, de llevar armas, y la de ausentarse sin permiso del administrador.

Los de Quajalana se alojaron en un edificio de ladrillo que había servido de caballerizas. La comida no escaseaba y, poco a poco, los desterrados fueron recuperando peso.

Khalíl, en cambio, seguía con la piel sobre los huesos, la tez macilenta y los cabellos deslucidos. No estaba enfermo, pero nada conseguía devolverle la ilusión ni distraerlo de las tragedias sufridas. Salmà no tenía mejor aspecto. Con los pómulos marcados bajo unas ojeras profundas, revivía el pasado, pensando de continuo en Yúsuf y sus hijos. El recuerdo de los fallecidos le agravaba la pena, aunque los vivos eran el asidero al que se aferraba para no hundirse en la desesperación.

A pesar de todas las vicisitudes, recalar en el Carpio fue para los granadinos un golpe de suerte: el pueblo era próspero, el clima benigno y las gentes iban a sus ocupaciones sin meterse en la vida de los demás.

Al poco de su llegada se celebró una multitudinaria misa de acción de gracias, en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Unos días después, todos los expulsados participaron en la procesión de las candelas. En agradecimiento por la devoción mostrada, don Diego Lopez de Haro obsequió a toda la población con un gran festejo en el que se sirvieron sardinas asadas, ajo arriero y migas.

El marqués llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de transformar unas parcelas baldías en tierras de regadío, y pensó en los recién llegados para cultivar los nuevos campos. Para ello, primero sería necesario elevar el agua del río con un ingenio mecánico y, para construirlo, trajo de Génova a un experto en obras hidráulicas.

Khalíl y dos alfareros fueron asignados a la construcción de la mampostería del artefacto. Aquella mañana, a Khalíl le habían encargado trasladar al pie de la obra los ladrillos que iban a servir para la cimentación.

Con cada viaje pasaba delante de la carpa bajo la que don Ambrosio Mariano Azaro de San Benito, el experto italiano, dirigía las operaciones. En unos de aquellos trayectos vio cómo el ingeniero cogía el plano del proyecto y, tras hacer con él una pelota, lo arrojaba a lo lejos.

—*Porca miseria! Questo non funzionerà mai!*

Casualmente, la bola fue a caer delante de la carretilla de Khalíl. El genovés le hizo un gesto para que le devolviera el papel.

—¿Mandáis alguna cosa más, señor?

—Repite lo que acabas de decir, *ragazzo*.

—Preguntaba si vuestra merced necesita algo más.

—Tu acento me es familiar. ¿De dónde vienes?

—De un pueblo llamado Sorbas.

—Y eso ¿dónde está?

—Muy lejos.

—¿Cerca de Génova, quizás?

—¡Nooo! Es una villa del reino de Granada.

—Ah, comprendo…

Don Ambrosio alisó las arrugas del papel.

—¿Qué estamos construyendo? —preguntó Khalíl, más confiado al ver que el ingeniero era un hombre afable.

—A decir verdad, no lo sé muy bien. El inventor de esta grúa jura que podrá subir el agua allí arriba. Yo tengo mis dudas.

Khalíl se acercó al dibujo.

—¿Esa es la grúa?

—Sí, el papel lo aguanta todo…

En nuestra aldea usábamos una noria.

—¿Una qué?

—¡Una rueda! Sirve para sacar el agua del pozo.

—Una *ruota*… Mmm, interesante. —El genovés se rascó la nuca y volvió a mirar el plano—. Con una no será suficiente, aunque, si juntamos dos…

Don Ambrosio apoyó ambas manos sobre la mesa y clavó los ojos en su interlocutor.

—¿Cómo era esa noria, *figliolo*?

~

La primavera se acercaba con sus días más largos y sus temperaturas templadas. Aquella tarde de domingo estaba siendo especialmente apacible. Sentados al fresco, los moriscos departían sobre su tema favorito: el regreso al pueblo.

—No perdamos la esperanza, es solo cuestión de tiempo para que nos dejen volver a casa —dijo Plácido, el cuñado de Khalíl—. Allí es donde nos necesitan.

—Mientras siga la guerra, nos quedaremos aquí —replicó Taufíq.

—¿Qué guerra? ¿No ha acabado, ya? —preguntó Plácido.

—¡Claro que no ha terminado! —dijo El Lorquí, uniéndose a la conversación—. Dicen que don Juan de Austria ha salido para la corte. ¿Por qué iba a irse si tuviera la victoria al alcance de la mano? ¿No habéis oído la profecía de Al Fatimí? La cuentan por toda la Alpujarra.

—Qué sabrás tú de lo que dicen por allí… —replicó jovialmente Taufíq.

—Shhh, escuchad. Dice así: una noche de cuarto creciente, verán un rayo de luna introducirse en una cueva de la sierra y, en tocar el suelo de nuestra patria, ese dardo color de leche estallará, convirtiéndose en un espléndido caballo blanco de nombre Almoraique. El único mortal capaz de cabalgarlo será Al Fatimí, un poderoso guerrero al que, por el color de la túnica,

llamarán el caballero verde. Ese magnífico jinete se convertirá en el caudillo invencible del ejército de Alá y dirigirá la batalla definitiva contra los enemigos de la fe verdadera.

Salmà pensó que había oído suficientes necedades y se puso en pie. En ese momento, un grupo de personas apareció por el camino. El Lorquí se levantó. Con la mano a modo de visera, enfocó la mirada en los caminantes.

—¡Alá es el más grande! —gritó y, salió corriendo en dirección a los recién llegados.

De todos los impedidos que se habían quedado en Lorca, aquellas doce personas eran las primeras en llegar al Carpio. Los abrazos y muestras de alegría se convirtieron en lamentos y llantos tan pronto como se averiguaba la suerte de algunos seres queridos.

De Lorca también llegaron noticias. La más relevante era la del asesinato de Abén Aboo a mano de sus generales. Esa información produjo reacciones encontradas entre los moriscos, pues, aunque representaba el final del sueño de un reino moro, también significaba la conclusión de un conflicto que, además del inconcebible derramamiento de sangre, les había arruinado la vida.

Capítulo 55

Julio de 1571, Lorca, reino de Murcia

Dídac se levantó con las primeras luces del alba. Tosió roncamente por culpa del aire cargado de humo y salió a la calle para asearse en una fuente cercana. Nada más retornar al taller, escogió unos leños y los echó en la fragua. Cuando la llama hubo prendido, añadió unas paletadas de carbón y se sentó a mordisquear un pedazo de pan. En cuanto las brasas adquirieron una tonalidad anaranjada, introdujo en ellas las postas de hierro seleccionadas por su maestro la noche anterior.

Cristóbal Imbernón salió del cuchitril que le servía de alcoba, emitió un gruñido a modo de saludo y, tras soltar un escupitajo ennegrecido, se colgó el peto de cuero del cuello. Después de darle un par de vueltas con las tenazas a uno de los trozos de metal, lo afirmó sobre el yunque y se puso a martillearlo. Dídac alcanzó las manetas del fuelle. Mecido por el rítmico tintineo, volvió a pensar en la joven de los ojos azules. No había vuelto a verla y seguía sin conocer su nombre, aunque ahora sabía dónde encontrarla. Rememoró la tersura de su piel, el delicado dibujo de sus cejas, la luminosidad de su mirada…

—¡Por Belcebú!¡Quieres darle al aire con más ánimo!

El catalán obedeció, pero sus pensamientos regresaron enseguida a la botica. Su indiferencia mientras lo curaba le había dado a entender que no se acordaba de él. Aun así, a la mañana siguiente, impulsado por una fuerza irrefrenable, regresó a la tienda, pero después de dudar por más de una hora delante del local volvió a la herrería. Desde entonces esperaba una oportunidad para ver a la mujer a la que, cada noche, antes de dormirse, dedicaba sus últimos pensamientos.

—¡Deja eso! —tronó la voz del herrero—. Acércame otra.

Dídac bajó de la banqueta y, con la mente embotada, agarró el extremo de una de las barras hundidas en la brasa. El grito de su maestro y el ramalazo de dolor le llegaron al mismo tiempo. Imbernón lo llevó en volandas a la tina de templar el acero y le sumergió la mano en el agua.

—¡Vaya! Te imaginaba capaz de cualquier cosa con tal de volver a ver a esa moza, ¡pero esto!

A pesar del intenso dolor, Dídac soltó una carcajada. La fortuna le acababa de hacer un guiño y no desaprovecharía la ocasión.

~

Apenas media hora más tarde, llegaba ante la botica. Se alisó las arrugas de la camisa, se peinó el flequillo con los dedos y empujó la puerta del local. La mujer detrás del mostrador era bajita, regordeta y tenía el pelo gris. De no ser por el fuerte olor a medicinas y las estanterías repletas de jarrones de cerámica, habría creído que se equivocaba de lugar.

—¡Hombre, nuestro forjador en ciernes! —exclamó el boticario desde el umbral de la trastienda—. ¿Qué te trae por aquí?

Le mostró la palma.

—¡Empezamos bien!

Tras examinar la quemadura, el licenciado le pidió a su esposa que limpiara la herida.

—Ahora no puedo. Que lo haga la niña cuando vuelva.

—Bueno, siéntate ahí y espera mientras preparo un ungüento.

Un rato después entró la muchacha de los ojos azules. Se sorprendió al encontrarse con el mozo de mirada triste al que no pensaba ver más.

—Siéntate ahí —le indicó con desgana, una vez su padre le dijo lo que tenía que hacer—. ¿Cómo te has hecho eso?

—Con un hierro candente.

—¿No hubiera sido mejor usar unas tenazas?

—No me di cuenta de que estaba tan caliente. —Dídac sintió ganas de abofetearse.

En ese instante, el padre volvió con la pomada.

—¿Duele? —preguntó ella, al notar que daba un respingo cuando le aplicaba el ungüento.

Dídac negó con la cabeza. Apretando los dientes, simuló una sonrisa y se dedicó a observarla de reojo mientras le vendaba la mano. Quería saber más de ella, pero la cura se acercaba a su fin. Quizás no tendría otra oportunidad de volver a verla.

—¿Cuándo debo regresar?

—No hará falta. En tres días, estarás bien.

—Me quedaría más tranquilo si le echaras un vistazo. Es la derecha… la necesito para trabajar.

Dos iris azules se clavaron en Dídac. El sudor de las axilas le traspasó la tela de la camisa.

—Bueno, pásate dentro de dos días.

—¿Por quién pregunto? —dijo, sorprendiéndose de su propio atrevimiento.

—Da igual. Si no estoy yo, te atenderá mi madre. Se llama Ramona. —La chica sonrió para sus adentros al percibir la mueca de decepción de su paciente.

Dídac hubiera vuelto inmediatamente, pero se obligó a esperar otro día antes de presentarse. Por suerte para él, en esta ocasión también lo atendió la hija del boticario.

—La quemadura evoluciona bien. Te voy a poner un bálsamo sobre las rojeces. Deberás cambiarte la venda a menudo.

—Preferiría venir mañana y que lo hicieras tú…

Dídac oyó que la madre resoplaba detrás del mostrador. Para su alivio, los labios de la joven dibujaron una sonrisa.

—No es necesario, aunque no seré yo quien te diga cómo debes gastar tu dinero.

—¿Cuál es tu nombre?

—Eres de ideas fijas, ¿verdad? —La risa le sonó a cascabeles—. Me llamo Estrella.

A la mañana siguiente, Dídac regresó. La mujer del boticario le explicó que su hija había ido a visitar un enfermo. El día después tampoco la pudo ver. Al tercer intento fallido comprendió que algo extraño sucedía y, a partir de ese momento, dedicó su tiempo libre a espiar las entradas y salidas del establecimiento.

La espera dio frutos. Una tarde vio a la muchacha cruzar la puerta con una canasta de mimbre bajo el brazo.

—Buenos días, Estrella.

La joven se sorprendió al oír su nombre

—¡Hola! ¿Cómo va tu herida?

—Según tu madre está curada. ¿Vas a buscar hierbas? ¿Te importa si te acompaño?

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Te podría llevar la canasta. —Sujetó el asa, pero ella le dio un fuerte tirón.

—¡Puedo yo solita! —exclamó, simulando enfado.

El recorrido por los alrededores de Lorca fue para Dídac como un paseo por el paraíso. Aquella muchacha, dotada de una viveza inusual en una doncella de tan solo dieciocho años, que trepaba a los árboles como un gato y saltaba arroyos con las faldas remangadas, le fascinaba. Estrella, por su lado, sentía curiosidad por aquel joven misterioso y bien parecido cuya compañía no le desagradaba. La parquedad con la que contestaba a las preguntas, los largos silencios entre las respuestas y su acento exótico lo distinguían de los engreídos mozos que la rondaban a diario. Así y todo, no tenía ninguna intención de iniciar una relación amorosa.

Regresaron a la ciudad con la caída del sol. Antes de despedirse, él se atrevió a pedirle una nueva cita.

—¿Por qué quieres volver a verme?

—Para conocernos mejor.

—Entiendo, pero ¿con qué fin?

—Quizás así te des cuenta de que soy tu hombre ideal.

Ella se echó a reír, le tomó la mano herida y le habló como a un niño.

—Mira, me caes bien, pero ahora mismo no quiero ningún compromiso. —La confesión dejó al muchacho tan conmocionado que, apiadándose de él, añadió—. El domingo, después de misa, iré a recoger hierbas. Si estás por ahí, podrías llevarme el canasto.

La puerta de la tienda se abrió de golpe y Ramona apareció en el umbral con los brazos en jarras. Tras dedicarle una mirada asesina al acompañante de su hija, la arrastró al interior del local.

~

El verano llegaba a su fin. Aunque Dídac estaba más enamorado que nunca, seguía sin tener claro cuáles eran los sentimientos de Estrella hacia él. Las jornadas en la fragua se le antojaban eternas. Consumía el tiempo pensando en la última cita y suspirando por la siguiente. Ignoraba que los padres de su amada no iban a tolerar que su única hija se emparejara con un «extranjero muerto de hambre». Tampoco podía imaginarse que la oposición de los progenitores de Estrella tuviera la virtud de tornarlo más atrayente a sus ojos.

Aquella tarde, como cada vez que la veía acercarse, el habitual hormigueo se apoderó de su estómago. En esta ocasión, sin embargo, el cabello alborotado y las mejillas enrojecidas de Estrella anticipaban dificultades.

—¡Me quieren casar con un viejo!

La sangre abandonó las venas de Dídac.

—¿Qué?

—¡Como oyes! Mi padre me ha prometido a un viudo.

Dídac buscó en su mirada una indicación de que se trataba de una broma, pero solo percibió una furia inmensa.

—Comprendo…

Ella lo miró sin ocultar su decepción.

—¿Cómo que comprendes? ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—¿Qué puedo hacer yo?

La muchacha emitió un ruidoso suspiro.

—¡Escapémonos!

—¿Tú y yo?

—Claro, ¿quién si no? —El corazón empezó a acelerársele—. Huyamos a un lugar donde nadie nos conozca.

—¿Eso significa que sientes algo por mí?

—¡Parece mentira!… ¿Por qué crees si no que te he dejado venir conmigo todo ese tiempo? ¿Para llevarme la cesta?

Dídac vio aparecer un brillo acuoso en los ojos de su amada y le acarició la mejilla. Aquel roce inocente le produjo un estremecimiento y un cosquilleo que se extendió por sus nervios. Seguro de llevar el fuego del deseo escrito en la faz, sintió vergüenza. La forma en que ella lo miró le hizo comprender que esperaba algo más.

Venciendo su aprensión, acercó sus labios. Ella abrió los suyos y él la besó como si le fuera la vida en ello.

Saboreando la deliciosa textura de su boca y embriagado por su aroma, creyó perder la cabeza. Rodaron por el suelo. Sus manos, dotadas de vida propia, recorrieron aquel cuerpo tan deseado hasta detenerse en los pechos henchidos. Súbitamente, ella se soltó del abrazo y se arregló el atuendo.

Dídac estaba aturdido. No había habido entre ellos ninguno de los típicos juegos de cortejos, y aquel súbito arrebato de pasión le apabullaba.

—Entonces ¿qué? ¿Nos fugamos?

Hubiera deseado contestar que sí, pero no pudo.

—No, no huiremos.

Estrella resopló y se puso en pie con resolución. Sus ojos azules adquirieron un matiz acerado.

—¡Vaya! Me he equivocado contigo. Pensaba que ibas en serio, pero a la primera dificultad te desinflas.

—Lo que más deseo en el mundo es que seas mi mujer. Aun así, las cosas deben hacerse correctamente.

Reuniendo toda su dignidad para no acabar llorando, se puso a despotricar contra la cobardía de los hombres y el egoísmo de los viejos.

—¡No me entiendes! Voy a hablar con tu padre.

Obligándose a respirar tranquila, volvió a mirarlo a la cara.

—¡No servirá de nada!

—Si resulta como dices, decidiremos qué hacer, pero una cosa te prometo aquí y ahora: ¡a la fuerza no te casan!

~

Unos días más tarde, la madre de Estrella recibió a Dídac con frialdad y lo condujo a la trastienda, donde su marido esperaba parapetado tras un escritorio. Estrella, muy seria, también estaba presente.

—Me dicen que quieres hablar conmigo. —El recién llegado se quitó el sombrero y asintió—. Pues bien, aquí me tienes.

—Gracias por recibirme.

—No me lo agradezcas. Si por mí fuera, esta reunión no tendría lugar.

Ignorando la descortesía, el pretendiente se obligó a hablar pausadamente.

—Amo a su hija con toda el alma y he venido a pediros su mano.

—No te andas por las ramas, jovencito. Comprenderás que, antes de darte mi bendición, quiera averiguar algo sobre ti y tu familia.

—No me queda nadie. Nací en Cataluña y allí están enterrados mis padres.

El boticario arrugó la nariz.

—Dices amar a nuestra hija, pero no solo de amor vive la gente. ¿Cómo vas a cuidar de ella?

—Soy joven, estoy sano y no me asusta el trabajo duro.

El patriarca forzó una sonrisa condescendiente.

—Vaya, vaya, qué propósitos tan hermosos… Pero, veamos, ¿tienes tierras para cultivar?

—Trabajo en una herrería.

—¿Tendrás vivienda, al menos?

—No, pero…

—¿Algunos ahorros en lugar seguro?

—Yo…

—¿Cómo dices?

—Cuarenta reales…

El padre de la muchacha se pasó la mano por la cara.

—¡Ya veo! Solo posees buenas intenciones.

Estrella sabía que el resto de su vida dependía de aquel lance. Dirigió una mirada cariacontecida a cada uno de sus progenitores y tomó la palabra.

—Estoy enormemente agradecida por la vida que me habéis dado. A ti, papá, por enseñarme tu oficio, y aunque por ser mujer nunca podré ejercerlo, lo aprendido a tu lado me será muy útil en el futuro. Mamá, a ti te doy las gracias por haberme ayudado a convertirme en la persona fuerte y segura que soy. Siempre habéis estado ahí protegiéndome, pero los años pasan y para mí el momento de echar a volar ha llegado. —Se volvió hacia su pretendiente con las pupilas brillantes—. Este es el hombre con quien quiero pasar el resto de mi vida.

Dídac percibió un atisbo de ternura en el semblante del padre. Aun así, aquella batalla estaba perdida. El matrimonio con el viudo adinerado ya se había acordado.

Cuando el boticario emitió su respuesta, lo hizo con la voz severa de un juez.

—Hija, tu corazón se deja encandilar. Eres aún joven para conocer los va y los viene de la vida. Es deber de los progenitores asegurar el bienestar de los hijos y, ahora mismo, veo con claridad que tu destino no está al lado de este muchacho.

Dídac sintió que de golpe succionaban todo el aire de la habitación. Pero Estrella no iba a claudicar tan fácilmente.

—Pues lo que yo veo, claro como el agua, es que con vuestra bendición o sin ella él será mi marido.

La réplica le provocó un repentino ataque de tos a su padre.

—¿Qué formas son esas? —exclamó la madre—. ¡Solo queremos lo mejor para ti!

—¿Lo mejor? ¿Lo que más me conviene es desposarme con un anciano decrépito para que podáis aprovecharos de sus rentas?

El padre, ofendido, se levantó para abofetearla, pero Dídac se interpuso.

Petrificado por tal atrevimiento, el boticario no reaccionó. El pretendiente, sin embargo, tuvo la certeza de que jamás le concedería la mano de su hija.

Capítulo 56

Noviembre de 1571, El Carpio, corona de Castilla

Khalíl llegó a lo alto del andamio, dejó el saco de arena que cargaba en el hombro sobre el entarimado y esperó un momento para recuperar el aliento. De los olivares, al otro lado del río, llegaban los cantos y las risas de las mozas que recogían la aceituna. Había pasado un año desde la salida de Sorbas. Aunque la dicha no había vuelto a su corazón, era consciente de que la vida debía seguir su curso.

La construcción de la mal llamada grúa avanzaba a buen ritmo. Las ruedas estaban siendo forjadas en Córdoba según las indicaciones de don Ambrosio. De no ocurrir nada extraordinario, pronto habrían concluido la mampostería.

Khalíl vio que un jinete se detenía junto a la ermita de San Pedro e intercambiaba unas palabras con el párroco. Cuando reconoció al recién llegado, los cabellos se le erizaron en la nuca.

—¡Taufíq, mira a aquel hombre! ¿No te suena su cara?

—¡Maldita sea mi suerte! Es el que se encargaba del aprovisionamiento cuando nos sacaron de Sorbas. Esperemos que no nos traiga mal fario.

~

Tras agradecer las indicaciones del cura, Antón Pareja hizo trotar su caballo en dirección a la casa del marqués del Carpio. A su paso, los labradores detenían su labor y se quitaban el sombrero. Cruzó la cancela de hierro forjado y atravesó un parque de jardines primorosos y parterres de flores. Las mujeres de pañuelos anudados con las que se cruzaba agachaban la cabeza y flexionaban las rodillas al verlo.

Llegó frente a un vistoso palacete de piedra y le entregó las riendas de su caballo al mozo que había acudido a recibirlo. Otro sirviente le introdujo en un salón y fue a anunciar su presencia. El criado regresó al punto y, tras hacerse cargo de su capa y sombrero, lo acompañó a un despacho en el que un sujeto emperifollado lo aguardaba, rígido como un poste.

—Señor Pareja, es un placer conoceros. Sed bienvenido a la casa de don Diego Lopez de Haro y Sotomayor.

—Buenos días. —El escueto saludo y la cara de decepción no pasaron desapercibidos para el administrador.

—El señor marqués hubiera deseado recibir a vuestra merced en persona, pero lamentablemente un asunto capital lo ha retenido en Córdoba.

—Claro.

—Por Dios, tomad asiento y permitid que me presente. Soy Lázaro Hilario de Sosa, apoderado del marqués. Antes de nada, quisiera agradeceros haber atendido nuestra invitación con tal prontitud.

—Bien, pues aquí me tenéis.

—Como os podréis imaginar, don Diego tiene en mucha estima a su señorío almeriense y le duele enormemente el estado de abandono en el que se encuentra. Allí solo quedan algunos clérigos, un puñado de soldados y los cuadrilleros que recorren la sierra en busca de los monfíes embreñados. Aunque eso va a cambiar muy pronto. —Hilario de Sosa bajó la voz—. Su majestad va a ordenar la repoblación de las tierras con cristianos viejos.

—¿Por qué me contáis todo esto?

—Van a nombrar varios altos cargos para ejecutar ese negocio y el señor marqués estima que podríais ser uno de ellos, concretamente el de la zona donde está situado su señorío.

—¿Yo? Pero si don Diego no me conoce…

Una sonrisa lobuna asomó en la faz de Hilario de Sosa. Pareja recordó entonces que el comisario de la saca, Alonso Aviz Venegas, se jactaba a menudo de sus relaciones con caballeros influyentes. Quizá mencionara su nombre en ciertos círculos.

—Evidentemente, existen otros candidatos, y algunos cuentan con poderosos aliados, pero mi señor ejerce gran influencia en la cancillería. Eso sí, al frente del proceso de repoblación va a querer a alguien con especial sensibilidad por, digamos, sus intereses.

Antón Pareja asintió. No era cuestión de rechazar un cargo que, además de una jugosa remuneración, le acercaría a alguien tan prestigioso como el marqués del Carpio.

Lorca, reino de Murcia

Las campanas de Lorca repicaban con frenesí, como si los sacristanes de las parroquias se hubieran vuelto locos al mismo tiempo. Dídac e Imbernón se asomaron a la calle. Unos soldados que bajaban del castillo les explicaron, jubilosos, que en un lugar de las costas griegas llamado Lepanto una escuadra cristiana, mandada por don Juan de Austria, había aniquilado a la flota turca.

La euforia provocada por tal noticia se extendió por la ciudad y el herrero decidió cerrar el taller para unirse a las celebraciones. Su empleado, impermeable al entusiasmo reinante, eligió quedarse en la fragua.

Tras la malograda petición de mano, Dídac andaba desalentado. El escrutinio del boticario le había hecho tomar conciencia de la precariedad de su situación, y el temor de arrastrar a su amada al reguero de desgracias que lo acompañaba como un anatema minaba su determinación. Además, quedaba la duda de la sinceridad de sus sentimientos hacia él. Ciertamente, lo había besado con la pasión de una persona enamorada. Aun así, cabía la posibilidad de que solo buscara escapar del yugo de sus padres. Por culpa de la intensa supervisión a la que era sometida, los encuentros se habían ido espaciando. En la última cita, después de insistir en la idea de la fuga, ella lo trató de cobarde. Desde entonces no se habían vuelto a ver. De eso hacía ya tres semanas.

Ajeno a la animación de la calle, Dídac esparció agua sobre el piso y se puso a barrer. El crepúsculo fue arrojando colores rojizos a través de las ventanas ennegrecidas. Poco a poco, las sombras de los yunques se fueron estirando contra las paredes. Cuando oyó la puerta de entrada chirriar supuso que su maestro estaba de vuelta, pero entonces percibió un aroma a tomillo y

romero flotando en el aire y el corazón empezó a brincarle en el pecho. Así y todo, siguió pasando la escoba sin darse por enterado.

Cuando se dio la vuelta, quiso mostrarse contrariado, quejarse de la falta de noticias, culparla por las noches de insomnio, pero estaba tan hermosa…

—¿Tú tampoco tienes ganas de celebraciones? —Ella negó con la cabeza—. Te he echado mucho de menos,

Estrella le deslizó un dedo sobre los labios. Se puso de puntillas y unió su boca a la suya. Fue un beso largo e intenso. Al igual que la primera vez, Dídac sintió una oleada de fuego recorrerle las venas.

—¡Espera! —Se deshizo del abrazo, atrancó la puerta de la herrería y, tomándola de la mano, la condujo a su camastro.

Agosto de 1572, El Carpio, reino de Castilla

Un año y medio después de su llegada al Carpio, los moriscos habían tenido múltiples oportunidades de demostrar su laboriosidad. Los huertos del marqués rebosaban de vida y los graneros nunca habían estado tan llenos. Al atardecer se veían grupitos de jóvenes paseando por los jardines y parejas pelando la pava bajo la atenta supervisión de madres y abuelas.

Un sobrino de Plácido, prendado de Karíma, la había pedido en matrimonio. Khalíl, en cambio, no mostraba ningún interés en conocer a las jóvenes que, con cualquier excusa, Salmà y Zahra traían a casa. Nada de lo que sucedía a su alrededor le interesaba en demasía. Por las mañanas se encaminaba al trabajo con paso lánguido y se limitaba a contestar con monosílabos o gestos parcos a cualquiera que le dirigiera la palabra. Tampoco se le solía ver en los corros, como el de aquella tarde de finales de agosto en el que los de Quajalana conversaban al fresco.

—¿A que no sabéis a quién han visto en casa del marqués? —soltó El Lorquí, nada más sentarse.

—Déjame pensar un momento —replicó Taufíq—. ¡Ah, sí, ya lo sé! A Al Fatimí y su caballo verde.

—Caballo blanco. El que era verde era el jinete.

—Tienes razón, pero ¿quién es ese misterioso personaje, entonces?

—¡Antón Pareja! El que cuidaba del aprovisionamiento durante la saca. Se ha pasado más de una hora en el palacete hablando con don Lázaro. Quizás estén preparando nuestro regreso a casa.

Luis Almadaque sacudió la cabeza.

—¡No os queréis enterar! ¡No volveremos nunca!

—Eres un aguafiestas, Luis. La esperanza es lo último que se pierde —replicó El Lorquí.

La respuesta a las dudas llegó al día siguiente, cuando Antón Pareja, que había sido nombrado juez de apeo, como llamaban al magistrado que se hallaba a cargo del proceso de repoblación de una zona, se presentó en las antiguas caballerizas y pidió hablar con un representante de los cristianos nuevos. Pareja y Alonso Alfacar pasearon por los jardines del palacete seguidos, desde la distancia, por decenas de ojos esperanzados. Acabado el encuentro, el alfarero reunió a su gente para hacerles saber que la Corona había confiscado sus propiedades y mandado repoblarlas con cristianos viejos.

La noticia era demoledora. Tan injusta decisión arruinaba cualquier esperanza de regresar un día al hogar. Inmediatamente se desataron protestas y los ancianos no pudieron impedir que un grupo de jóvenes, armados con guadañas y horcas, se dirigieran al palacete.

El administrador del marqués había previsto la contingencia y un pelotón de guardias rodeaba el edificio. Los manifestantes expresaron su indignación a gritos. Sin embargo, al anochecer, con el alma ennegrecida, volvieron todos a sus cuchitriles.

Al día siguiente, con los ánimos algo más sosegados, Alonso Alfacar reunió a Taufíq, al panadero Diego Hayón y a un tal Francisco Jiménez que había ejercido de alguacil en Lubrín. Les explicó que el reparto de las fincas a los colonos mantendría los lindes de las antiguas propiedades y que Antón Pareja le había pedido formar una cuadrilla de «conocedores de la tierra» para asesorar el apeo, como llamaban al deslinde, y el repartimiento de las propiedades de los nuevos colonos.

Convencido de que ese viaje podría ser el revulsivo que Khalíl necesitaba para salir de su apatía, Taufíq declinó la oferta y sugirió el nombre del muchacho. Francisco Jiménez propuso pasar a buscar a un hermano suyo, pocero de profesión, que se había quedado en Lorca con una pierna rota. La idea fue bien acogida, pues de esa forma se podrían obtener noticias de los rezagados.

~

A pesar de la insistencia de Taufíq y del alfarero, Khalíl se negó a ser parte de aquel negocio. Faltaba un día para la partida cuando Salmà habló con él.

—Me han dicho que te han ofrecido ir a lo del repartimiento y lo has rechazado.

—Es cierto. No quiero tener nada que ver con ese acto repugnante.

—Sabes que, contigo o sin ti, lo van a hacer de todas formas, ¿verdad? —El hijo encogió los hombros—. Te haría bien salir de aquí por un tiempo. Además, a tu vuelta, podrías contarnos cómo ha quedado todo aquello.

Exasperado, Khalíl soltó un bufido, aunque nada más hacerlo se avergonzó de su acto.

—Disculpadme, madre.

—¿No será que no quieres dejarme sola? Lo último que deseo es ser una carga para ti.

—¡No lo seréis nunca!

—Eres un buen hijo, me siento muy orgullosa de ti y nada de eso va a cambiar, aunque te vayas. Solo escríbeme cuando llegues.

—¿A Sorbas?

—Allí adonde te lleve el destino.

Khalíl parpadeó, desconcertado. Su madre se pasó el lazo con la llave de la casa de Quajalana por la cabeza y se la tendió.

—Úsala como a ti mejor te parezca.

El joven tragó saliva. Cuando sus dedos abrazaron el hierro ennegrecido, las lágrimas de ambos se desbordaron.

Capítulo 57

Septiembre de 1572, Lorca, reino de Murcia

Los «conocedores» cubrieron las cincuenta y cinco leguas que separaban El Carpio de Lorca en diez días. A pesar de su ceguera y de haber cumplido setenta años, Alonso Alfacar caminaba como el que más.

El verano llegaba a su fin, los días eran todavía largos y las temperaturas templadas. Durante el trayecto, apenas llovió y no sucedieron incidentes dignos de relatar. En las fondas en las que se detuvieron a pasar la noche hablaban en castellano entre ellos para evitar suspicacias. Tan solo a las puertas de Lorca les pidieron enseñar los salvoconductos.

Mientras examinaban sus documentos, Khalíl reparó en un cadáver que pendía de la muralla.

—¿Qué ha hecho ese?

—¿El Chato? —exclamó uno de los guardias—¡Vaya pieza! Tuvo la mala suerte de que su capitán lo sorprendiera forzando a una mujer.

Khalíl escudriñó la cara amoratada. Estaba tan hinchada que le resultó irreconocible. Encontraron alojamiento en el arrabal y, antes de la cena, decidieron retirarse a descansar. Khalíl, sin embargo, tenía otros planes.

~

Nada más oler al morisco, los perros de Victorino se pusieron a ladrar furiosamente.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —preguntó el hijo de Cuerda.

—Vengo a ver a Dídac.

—No sé de quien hablas.

—¡Claro que sí! Un catalán… Así, alto…

—Te he dicho que no hay nadie con ese nombre aquí.

—Pero si…

Khalíl dio un paso al frente y los perros se pusieron a dar tirones a las cadenas.

—Como no te vayas, los suelto.

—Está bien… ¿No sabrías dónde podría encontrarlo?

Victorino abrió la cancela y agarró a uno de los animales por el collar. No hizo falta más para que el morisco diera media vuelta y, con los brazos alzados, abandonara aquel lugar apestoso.

~

El médico se alegró mucho de reencontrarse con sus paisanos, aunque el relato del desastroso viaje al Carpio y sus dramáticas consecuencias lo entristecieron en gran manera. Pronto se corrió la voz de que había llegado gente de Córdoba y decenas de coterráneos acudieron, entre ellos el hermano del alguacil de Lubrín, plenamente recuperado de sus lesiones. Se sucedieron los abrazos y gestos de alegría propios del reencuentro, pero también hubo lágrimas y muestras de

tristeza al averiguar la suerte de los parientes menos afortunados. Entre tanto barullo, maese Andrés reparó en que Khalíl no hablaba con nadie.

—¿Qué te pasa, mocetón? Te veo alicaído.

—Pensaba encontrar a alguien…

—¿Uno de los enfermos? ¿Un pariente quizás?

—¡No! Un amigo.

—¿El cristiano que vino a ayudar el día de la riada?

—¡Sí, ese mismo!

El galeno sonrió y alzó el candelabro de hierro que iluminaba la estancia.

—¿Sabes quién lo ha forjado?

Khalíl se levantó de golpe.

—¡No! ¿Dónde lo puedo encontrar?

—Mañana te llevaré con él.

~

Aunque apenas habían pasado dieciocho meses desde la última vez que se vieron, Dídac no reconoció al individuo macilento que acompañaba al médico. Pero, cuando sus miradas se encontraron, soltó las tenazas y, tras limpiarse las manos en el mandil, atrapó a su amigo por los hombros. Khalíl le correspondió apretándole los brazos y lo zarandeó amistosamente.

—Parecemos dos viejos, agarrados el uno al otro para no caer —bromeó Dídac.

Los ojos lánguidos de Khalíl centellearon y en su boca apareció algo parecido a una sonrisa.

—¿Cómo están tus… tu madre? —preguntó Dídac, deshaciendo el abrazo.

—Para su edad y lo que ha sufrido, bien.

—¿Y Luz?

Khalíl se había preparado para la pregunta. Aun así, al oír el nombre un alud de emociones le cayó encima. De golpe volvió a sentir el dolor, la impotencia y la angustia que lo había arrastrado al pozo de cuyo fondo no era capaz de salir.

Dídac se dio cuenta de que algo terrible había sucedido. Miró a maese Andrés buscando una explicación, pero este tenía la vista clavada en el suelo.

—Está… —Carraspeó. Mientras luchaba por no romper a llorar, su pecho empezó a convulsionarse. Hubiera querido ser capaz de explicar lo mucho que la echaba de menos, describir los meses mortificado por un dolor inimaginable, durante los cuales tan solo el ansia infinita de venganza lo había mantenido vivo. Al cabo de un rato, se secó las lágrimas y consiguió hablar—. Dios tenía otros planes para ella.

La puerta de la herrería se abrió y la voz del Normando tronó en la entrada.

—¿Qué pasa aquí?

—Son amigos míos. Hace mucho que no nos veíamos.

—¡Pues más que una fiesta parece un velatorio!

Por la mirada de su empleado, el herrero se dio cuenta de que acababa de meter la pata.

—¡Venga, tómate el día libre! Id a celebrar el reencuentro con una jarra de vino.

Dídac no se hizo de rogar y condujo a los moriscos a una taberna cercana. Una vez allí, el médico murmuró una disculpa y dejó a los jóvenes solos.

Intercambiaron pormenores de lo sucedido durante los últimos meses. Aunque en un primer momento Dídac evitó mencionar su relación con Estrella, dos jarras de vino más tarde acabó

confesando que estaba perdidamente enamorado.

—¡El puto viejo! —exclamó Khalíl al enterarse del desenlace de la petición de mano—. Pues yo me la hubiera llevado.

—Quería solucionar el asunto por las buenas, sobre todo por ella.

—Te entiendo, has cumplido con tu deber, pero ahora no hay otra salida. ¡Tienes que llevártela!

—¿Cómo? No tengo dinero, ni adónde ir.

El morisco se mesó los cabellos.

—Hay una solución —dijo después de rumiar un rato—. Si solicitas una de las fincas que la Corona va a ofrecer en Sorbas, podrías iniciar una nueva vida allí con tu amada.

«Convertirme en repoblador», pensó Dídac. No era mala idea, le permitiría sustraer a Estrella de la voluntad de sus padres y obtener de paso un medio de subsistencia.

—El mayor consuelo para mí y los míos sería que sembraras nuestras tierras y que tus hijos nacieran en la que fue mi casa.

Súbitamente, la idea de construir un futuro sobre los expolios y el sufrimiento de los demás le revolvió el estómago a Dídac.

—Hemos bebido más de la cuenta —exclamó, dando el tema por zanjado.

—Una cosa… —el morisco bajó la voz—. Voy a necesitar tu ayuda para averiguar el paradero del capitán Sánchez.

Dídac imaginó las intenciones de Khalíl. Guardándose su opinión, asintió en silencio.

~

Se quedaron tres días más en Lorca. Así y todo, Khalíl no tuvo oportunidad de conocer a Estrella, pues su padre la mantenía encerrada bajo llave. Llegado el momento de la partida, reiteró el ofrecimiento de sus propiedades.

—Eres tozudo, ¿eh? Te agradezco muchísimo el honor que me haces, pero no puedo aceptar —respondió Dídac.

—Bueno, piénsatelo. Aún tardaremos varias semanas en prepararlo todo. Estate atento a las proclamas.

Dídac sonrió ante la obstinación de su amigo. Un incómodo silencio se instaló entre ambos. Las pupilas de Khalíl brillaron cuando volvió a hablar.

—¿No has pensado nunca que nuestros destinos se cruzaron por alguna razón? —Su amigo sintió que un nudo le cerraba la garganta—. Hasta pronto, hermano. ¡Ah! Y no te atrevas a aparecer por mi pueblo sin tu misteriosa beldad de ojos azules.

~

Antón Pareja y los conocedores se encontraron en Vera. El juez de apeo comisionado para la repoblación venía a acompañado por un escribiente, de nombre Luis Ramírez, cuyo aspecto austero correspondía a la perfección con su oficio.

Después de entrevistar a cada uno de los moriscos para cerciorarse de su conocimiento del castellano, salieron hacia Lubrín. Atravesaron un territorio reconquistado por la naturaleza salvaje. En apenas año y medio la maleza había invadido los caminos y muchas de las aldeas por las que pasaban se habían convertido en ruinas donde anidaban culebras y merodeaban todo tipo

de animales salvajes. Encontrar agua era complicado, pues las acequias se veían cubiertas de vegetación y muchas fuentes estaban secas.

Ante tal desolación, el ánimo de Pareja se fue ensombreciendo. Los repobladores, que en su mayoría procederían de regiones húmedas, iban a necesitar redoblar sus esfuerzos para obtener lo cosechado en su día por los antiguos propietarios. Khalíl, en cambio, se sentía mejor de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

En Lubrín los recibieron algunas ratas envalentonadas y decenas de palomas gorjeando desde los tejados. Ascendieron por la calle de San Sebastián y se encontraron las puertas de la iglesia cerradas. Tampoco hallaron señales de cura o sacristán. Atravesaron una pequeña plaza rodeada de edificios de varias plantas. Francisco Jiménez, que habia sido alguacil de aquella villa, se detuvo ante uno de ellos y se coló por el vano de la puerta, de la que solo quedaba un fragmento podrido. Cuando volvió a salir, Khalíl lo vio limpiarse las lágrimas con la manga de su camisa.

Tres soldados que estaban almorzando en la parte alta del pueblo quedaron muy sorprendidos al ver aparecer a la pequeña comitiva. Pertenecían a la guarnición de Sorbas y solían acercarse una vez por semana a Lubrín, para prevenir que algún bandido se refugiara entre las ruinas. Antón Pareja averiguó que el gobernador del marqués del Carpio estaba en la villa vecina y hacia allí se encaminaron sin demora.

Capítulo 58

Sorbas, reino de Granada

Antón Pareja enseñó sus credenciales a los guardias de la puerta de Sorbas y fue conducido de inmediato ante el gobernador. Los moriscos tuvieron que esperar fuera del pueblo, pero aquellos días de finales de septiembre arrastraban temperaturas propias del verano y pasar la noche al raso no supondría ningún problema.

Khalíl aprovechó la ocasión para acercarse a Quajalana. Los olivos centenarios de la hoya, cargados de unos frutos que nadie recogería, seguían siendo testigos del paso del tiempo. La era, donde en otra época se hubieran amontonado haces de cebada para la trilla, estaba vacía.

Al ver su casa, el corazón se le encogió. Considerables desconchones afeaban la fachada y la maleza se había adueñado del zaguán. En cambio, la techumbre parecía haber aguantado bien el paso del tiempo y la puerta seguía entera. Introdujo la llave en la cerradura y dio una primera vuelta. Recordó a su padre haciéndola girar en sentido contrario. Volvió a oír las voces de los soldados, los llantos de sus vecinos y la lluvia golpeando los tejados. Deslizó su mano sobre la áspera madera, preguntándose si tenía sentido penetrar en una morada que ya no era la suya.

Muy lentamente, cerró el pestillo y se dio la vuelta, dispuesto a abandonar la aldea. Fue en ese momento cuando un golpeteo rítmico le llamó la atención. Se asomó al callejón de Maryam y comprobó, para su asombro, que la vivienda de los Guegali había desaparecido. Un hombre vestido con harapos excavaba los cimientos como si en ello le fuera la vida. Aunque le daba la espalda, reconoció al perturbado que acompañaba cada golpe de pico con una retahíla de maldiciones.

Decidió abandonar el lugar, pero al retroceder pisó una rama seca. Serrano se dio la vuelta.

—¡El tesoro es mío! —gritó el portugués, con voz pastosa—. ¡Toma esto, *filho da puta*!

El fogonazo iluminó, por un instante, el callejón vacío.

~

A la mañana siguiente, el escribano fue a buscar a los conocedores y los llevó a la que fuera casona de Diego El Haduz. Allí se encontraban Antón Pareja, el sacerdote López de Tamarit y el nuevo alcalde, un tal Bernal Brocal. El gobernador y el mayordomo del marqués estaban en la ciudad de Almería resolviendo un pleito con el obispado, por lo que, aparte de los ocho componentes de la guarnición y del sacristán, aquellos eran los únicos habitantes de Sorbas en aquel momento.

Alonso Alfacar, Diego Hayón y Khalíl fueron nombrados seises de la villa, con carácter temporal, en una ceremonia en la que Pareja, en calidad de juez, con poderes reales para el repartimiento, les hizo jurar que obrarían de buena fe y según su mejor entendimiento. Durante siete días, el juez y los conocedores recorrieron las catorce leguas del perímetro de la población marcando las lindes con grandes piedras encaladas.

El siguiente paso fue tomar posesión, en nombre del rey, de todo lo expropiado a los cristianos nuevos. Para ello, Pareja entraba en los edificios y, tomando cualquier objeto, lo mudaba de lugar. Hizo lo mismo alrededor de balsas y bancales, deteniéndose a arrancar una mata, o quebrar tallos de los árboles frutales.

Mientras Pareja realizaba esas acciones simbólicas, el escribano dejaba testimonio en el libro de apeo que lo acompañaba a todos sitios. Después empezaron con el deslinde de las suertes. Cada una debía contener, como mínimo, una vivienda, una fanega de tierra de riego y veinte de secano.

Los conocedores se levantaban al alba. Después de pasar la jornada midiendo bancales y acarreando piedras para amojonarlos, regresaban a la casona donde se hospedaban para disfrutar de una cena ligera y de unas horas de sueño reparador. Aunque privado de vista, la memoria prodigiosa de Alonso Alfacar le permitía localizar las fuentes, almazaras, molinos y cualquier característica relevante de las fincas. Diego Hayón, el panadero, conocía a todos los cabezas de familia del pueblo y era capaz de recitar sus nombres.

En Quajalana formaron siete lotes. Aunque Khalíl no puso reparos en colaborar con el amojonamiento de las tierras, se negó a penetrar en las casas. Serrano, a quien habían acabado expulsando de la milicia, se había gastado el producto de sus rapiñas en adquirir las propiedades que fueran del Rico. Obsesionado por el tesoro, solo abandonaba el solar para ir al pueblo a reponer vino y aguardiente.

Antes de dar su trabajo por concluido, Pareja presentó un borrador al administrador del marqués del Carpio, que pidió algunos cambios favorables para su señor. López de Tamarit también exigió excluir del repartimiento unas fincas, supuestamente propiedad de la parroquia. Como nadie osó llevarles la contraria, Luis de Ramírez registró los cambios y, al día siguiente, se enviaron mensajeros con los bandos de llamamiento a Lorca, Vera y Cartagena, todas ellas poblaciones situadas a menos de dos jornadas a caballo de Sorbas.

Octubre de 1572, Lorca, reino de Murcia

El pregonero vio que los portalones de la parroquia de San Pedro se abrían y, en cuanto los primeros feligreses atravesaron el porche, se puso a golpear la caja. Dídac, que también había estado esperando ese instante, localizó a Estrella entre la multitud, un paso por delante de sus padres. Tenía el rostro ensombrecido y a su vera caminaba un hombre mayor que no le quitaba el ojo de encima. El catalán sintió que algo se retorcía en su vientre. Abandonó la plaza a grandes zancadas, sin prestar atención a la proclama.

—Sepan todos los vecinos de esta ciudad que el señor Antón de Pareja, juez administrador de la Hacienda Real, es venido a la villa de Sorbas, en el reino de Granada, para deslindar, apear y amojonar todas las haciendas que los cristianos nuevos de moro tenían y poseían en dicho término, y que, por orden de su majestad el rey, se manda poblar con cien familias de cristianos viejos, a condición de que no sean naturales del reino de Granada …

Diciembre de 1572, Sorbas, reino de Granada

El invierno acechaba a la vuelta de la esquina. Para desesperación de Antón Pareja, tan solo una decena de aspirantes habían acudido a la llamada del bando de repoblación. Eran campesinos desheredados, soldados tullidos y algunos jóvenes con lo puesto, que casi siempre incumplían los requisitos: estar casados, poseer caballo y arma de fuego. De los escasos cualificados, la mayoría desistieron nada más constatar el estado de abandono de las propiedades o al enterarse de la presencia de bandidos en las sierras de los alrededores.

Tan lamentable situación se repitió en muchas poblaciones del reino de Granada, lo que obligó a la Corona a hermosear la oferta con una significante reducción de impuestos durante los primeros diez años de explotación. Asimismo, se agrandaron los lotes, y, en el caso de Sorbas, las cien suertes quedaron reducidas a la mitad.

Los almendros en flor teñían de blanco las laderas de la sierra de Filabres cuando, atraídos por un segundo edicto, colonos procedentes de las zonas vecinas de Murcia, Jaén y Albacete se presentaron en la villa. Unas semanas más tarde llegaron unas pocas familias de la España húmeda y una pareja del lejano reino de Francia.

A mediados de marzo se podían ver mujeres sentadas en los poyos de las casas, niños jugando en la plaza, mozas con canastos de ropa y hombres altivos subidos en sus briosas jacas.

El día de san José de 1573, todo aquel mundillo se reunió en la plaza Mayor para asistir al reparto de las suertes. Un niño de ocho años, hijo del único colono de la primera ola que había permanecido, fue sacando de una orza los papeles con los nombres de los nuevos repobladores. Al mismo tiempo, Antón Pareja extraía de otro recipiente una ficha con el número del lote correspondiente, y el secretario Luis Ramírez anotaba el resultado.

La esperanza de ver aparecer a Dídac en cualquier momento mantuvo a Khalíl en vilo, pero cuando las propiedades de su familia se adjudicaron a un tal Juan López Morcillo de Linares tomó plena conciencia de la magnitud del drama del que estaba siendo víctima y testigo.

Acabada la ceremonia, se alejó cabizbajo. Todo aquello ya le daba igual. Tan solo deseaba regresar al Carpio. Asió la llave que le colgaba del cuello y se acercó al barranco del Afa, pero cuando iba a tirarla al vacío vio una pareja a caballo subiendo por la cuesta del castillo.

Capítulo 59

Marzo de 1573, Sorbas, reino de Granada

Dídac saltó de la montura y se aprestó a recibir a Khalíl con los brazos abiertos, pero este lo esquivó y, tendiéndole la mano a su compañera, la ayudó a bajar del corcel.

—Todo un caballero. ¡A ver si aprendes!

—Tú debes de ser Estrella.

La aludida puso cara de sorpresa.

—¿Estrella? ¿Qué Estrella?

El morisco soltó la mano como si quemara.

—¡Ay, pobre! —Un aire irónico adornaba los ojos azules—. ¡Sí, soy yo! Y tú debes de ser Khalíl.

El joven confirmó con un cabeceo y se secó el sudor de la frente. Dídac soltó una potente carcajada y le dio un abrazo.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, pero nos costó Dios y ayuda conseguir este viejo rocín desdentado y rescatar mi espada de la casa de empeños. —El catalán vio que su amigo bajaba la cabeza y supo que habían llegado tarde.

—Lo siento, el repartimiento ha concluido…

—Pues yo a Lorca no vuelvo —declaró Estrella.

Khalíl se sintió terriblemente culpable de haber embarcado a su amigo en una aventura inútil.

—Vayamos a hablar con mi maestro —sugirió—. Él sabrá si se puede hacer algo.

~

Tras escuchar el relato de las peripecias de la pareja, el alfarero se quedó un largo rato reflexionando.

—Quizás haya una manera de arreglarlo.

—No tengo dinero —anticipó Dídac—. Me lo he gastado todo en el caballo.

—Tampoco serviría, el juez es un hombre recto. Sin embargo, tengo entendido que uno de los nuevos pobladores está descontento con su finca. Las tierras no son malas, pero el tipo es un malcarado. Tal vez, con un empujoncito…

Al día siguiente, Antón Pareja mandó llamar a Alfacar.

—Alonso, ¡tenemos un problema!

—¡Vaya! Me da mucha pena oírlo, señor juez.

—Pedro de Tauste, el aragonés, se va. Por lo visto, ha averiguado que su propiedad pertenecía a un peligroso renegado que sigue embreñado en la sierra.

—No va a ser fácil encontrar a un sustituto.

El alfarero chascó la lengua, confirmando lo complicado del caso, y se quedó rumiando. Pareja lo vio fruncir los labios varias veces, para luego negar con la cabeza.

—Mmm… Conozco a alguien, aunque…

—¿No es cristiano viejo?

—¡Sí, claro! Cumple con los requisitos, salvo… el del matrimonio.

—¡Entonces, no puede ser! Esa condición es innegociable. Necesitamos gente decidida a quedarse, fundar una familia y levantar el señorío.

—Pues es una lástima, porque su prometida ha venido con él…

~

El veintidós de marzo, en una mañana soleada y con una brisa cargada de aromas primaverales, Estrella y Dídac contrajeron matrimonio en la iglesia parroquial de Santa María de Sorbas. Esa misma tarde, ante el escribano y el juez de apeo, los flamantes esposos tomaron posesión de la finca del Zoca.

Todavía quedaba un problema por resolver, y a ello aplicó Khalíl todo su ingenio.

Juan López Morcillo salió de la casa que había pertenecido a Yúsuf y bajó a la vega. Aunque sus nuevas tierras estaban más alejadas del pueblo que las que le había ofrecido el catalán, su desconfianza natural le había impedido aceptar un trueque tan favorable para él en apariencia.

No llevaría más de media docena de caballones abiertos cuando su azada golpeó una calavera. La desenterró y, sin darle mayor importancia, la lanzó a lo lejos.

A la mañana siguiente, el repoblador se encontró el cráneo blanquecino de nuevo en el bancal. Rascándose el cogote, se puso a dar vueltas sobre sí mismo. Subido a un olivo cercano, Khalíl reprimió una carcajada y lo siguió mientras se llevaba el inquietante objeto a la rambla para enterrarlo en un hoyo.

Apenas había amanecido el tercer día cuando, agazapado en su escondite, el morisco vio llegar a su víctima. Caminaba con paso inseguro y se detuvo al borde del huerto, como si temiera entrar. Entonces dio un respingo y se persignó repetidamente.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué está pasando aquí, Señor? ¡Virgen Santísima, ampárame!

Cuando logró calmarse, López Morcillo fue a por un saco y metió los huesos dentro. Después se alejó monte a través. Pasadas dos horas, llegó a lo más alto de la garganta del Cuervo. El despeñadero, con sus setenta varas de caída libre sobre un cauce cubierto de zarzas, era el lugar ideal para desprenderse de la inquietante carga.

El campesino hizo girar la talega por encima de su cabeza y la lanzó al vacío. Seguro de no volver a ver aquella maldita calavera, dio dos palmadas para sacudirse la suciedad y, satisfecho, regresó a Quajalana.

~

Al día siguiente, Dídac y Estrella fueron a ver a Khalíl.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿Conseguido qué?

—López Morcillo vino a verme anoche. Ha aceptado el trato.

—¿Sí? Pues no sé. Algo le habrá hecho cambiar de opinión. —Khalíl sonrió al recordar la cara de terror del de Linares cuando volvió a encontrar la calavera en medio del huerto. Aún le

dolían los arañazos en brazos y piernas, pero no se arrepentía de haberse descolgado por el barranco. Ahora, el legado de sus antepasados pasaría a una gente decente y respetuosa de la memoria familiar.

—Tengo cita con el escribano esta tarde. Pero antes de ir quisiera recibir tu bendición… —dijo Dídac. Consciente de la trascendencia del momento, clavó la mirada en la de su amigo y, aguantando la respiración, esperó a que hablara.

—Vuestros hijos nacerán en la que fue nuestra casa y cada primavera sembrarás la tierra de mis ancestros. No deseo nada con tanto fervor.

Ambos trataron de sonreír, pero las lágrimas pudieron más.

~

Al día siguiente, el juez de apeo se fue a Lubrín para el repartimiento de aquella villa, dejando a Khalíl libre de ayudar a Dídac a desbrozar las acequias y poner en marcha la noria. Con toda esa actividad recuperó cierto ánimo, y aunque las heridas del vil asesinato de su padre y de la indigna muerte de Luz seguían abiertas, había aprendido a vivir con el dolor. Aun así, cuando por la noche se tendía en el camastro, el futuro volvía a angustiarlo.

Una tarde, después de lograr poner en marcha la noria, llevó a Dídac a su lugar favorito, en lo alto del terrero. Allí, asediados por los aromas de tomillo, le preguntó si había podido averiguar algo con respecto al capitán Sánchez. Al ver a Dídac cabecear, sintió que toda la sangre del cuerpo le subía a la cabeza mientras nervios y músculos se movilizaban con un único fin: matar.

—Estuvo en Lepant —explicó Dídac.

—¡Como si eso importara! Antes de degollarlo, le arrancaré los ojos y les echaré vinagre.

—Eso será cosa fácil, porque no puede moverse. Languidece en su catre, imposibilitado de cintura para abajo desde que una bala turca le partió el espinazo.

Khalíl se imaginó al arrogante oficial en una cama pestilente, defecándose encima. Al momento, sintió que su ira se desinflaba como una vejiga perforada por una cuchillada.

~

Antón Pareja regresó a Sorbas cuando el verano llegaba a su fin y enseguida convocó a los conocedores.

—¿Dónde está el ciego? —preguntó, al no ver a Alonso Alfacar entre ellos.

—Se encuentra indispuesto —contestó Diego Hayón.

—¡Vaya, precisamente ahora! Nuestra misión aquí ha concluido. En nombre de su majestad, quiero agradeceros el trabajo realizado. —Les entregó una bolsa con monedas a cada uno—. Antes del fin de esta semana deberéis regresar al Carpio, los salvoconductos solo serán válidos hasta finales de septiembre.

Aunque esperada, aquella información les cayó como un jarro de agua fría. Tras once meses recorriendo las calles y campos de su juventud, los desterrados habían evitado pensar en el retorno.

En las horas siguientes, el estado de salud de Alfacar empeoró dramáticamente. Khalíl fue testigo de cómo aquel hombre, que en tantas ocasiones había sido un modelo para él, se consumía como una vela. Previendo el fin cercano, tomó la mano del alfarero entre las suyas.

—Maestro, por favor, no nos dejes solos.

En verdad, a Alá pertenecemos y, de hecho, a Él regresamos, pero nadie muere del todo si queda en el recuerdo de los que lo amaron. —La voz llegaba en susurro—. La muerte no es tan terrible, y a mí, Alá sea alabado, me alcanza en la mejor hora.

Las lágrimas empezaron a correr por las mejillas del aprendiz.

—Eres una persona especial, Khalíl. Siempre lo has sido. —Aquellas palabras pillaron al joven desprevenido y no supo qué contestar—. Aunque has pasado tragos muy amargos, todavía tienes mucha vida por delante. Persigue tus propios sueños. No dejes que nadie te lo impida.

Khalíl quiso agradecer aquellas palabras, pero no pudo hablar.

Viendo el fin cerca, el alfarero mobilizó las pocas fuerzas que le quedaban para congraciarse con su dios.

—No hay otro dios sino Alá y Mahoma es su profeta…

Khalíl desvío el rostro, como si el ciego pudiera ver sus lágrimas, pero dándose cuenta de lo absurdo del gesto, volvió a mirar al moribundo.

La vena que hasta entonces le había palpitado bajo la piel del cuello ya no latía.

~

Antes de salir para el Carpio, Khalíl fue a recogerse ante las ruinas del molino de Calderón. Un reflejo metálico le llamó la atención. Resultó ser el canuto de lata que había arrancado de los dedos agarrotados de Dídac el día en que lo ocultó allí.

—¡Vaya! Creía haberlo perdido en el desierto —exclamó su dueño al verlo.

—¿Qué hay dentro?

—Las credenciales de Luca, el muchacho napolitano que huyó conmigo. Él no lo logró…

Khalíl abrió el tubo y extrajo unas hojas amarillentas.

—Está escrito en una lengua bastante parecida al castellano.

—Debe de ser el idioma de su tierra. Esos papeles le iban a permitir embarcarse para las Indias.

—Este es un salvoconducto a nombre de Luca de Sorrento —aclaró Khalíl—. Este otro está escrito en latín, parece un certificado de buena conducta del cura de su pueblo.

—¡Buena conducta! —exclamó Dídac—. No te imaginas cómo se las apañó ese bribón para obtenerlo. —Recordó la sonrisa maliciosa del napolitano—. Sabes que él se parecía un poco a ti… ¿Cómo lo describen en los papeles?

—Veintidós años, cabello negro, altura media, complexión delgada, ojos claros.

Dídac se rascó el cogote con aire pensativo.

—Juré entregar el canuto a su madre, pero a ti te podría abrir las puertas del Nuevo Mundo.

—¡De ninguna manera! No debes incumplir tu juramento.

Estrella examinó el tubo antes de hablar.

—¿Creéis que este trozo de lata le importa a alguien? Además, ¿no os parece extraño que reapareciera precisamente ahora?

—¡Tiene razón! Estos documentos son la llave para tu libertad. En cuanto a mi promesa, ya encontraré la forma de hacer llegar la noticia de lo de Luca a Sorrento.

Le entregó el tubo de hojalata a Khalíl, quien, tras un instante de indecisión, se lo guardó en la faja.

Los dos amigos salieron a la calle. Consciente de la intimidad del momento, Estrella se despidió de un gesto y se metió en la vivienda.

Caminaron un trecho sin pronunciar palabra. Al llegar al límite de la aldea, el hijo de Yúsuf recogió un puñado de tierra, pero cuando iba a guardarla en la faldriquera vaciló un momento y dejó que se le escurriera entre los dedos.

—Seré digno de tu legado. Por lo más sagrado, te lo juro.

Khalíl se sacudió las palmas y agarró a Dídac por los codos.

—¡Lo sé! Aquí nos separamos. Adiós, hermano.

—Que Él te acompañe…

Seguros de no volver a verse, se fundieron en un abrazo.

~

Los conocedores tomaron el camino de Guadix la mañana del día quince de septiembre de 1573. Esperaban cubrir las ochenta leguas que les separaban del Carpio en menos de diez días. Durante el trayecto, Khalíl no dejó de cavilar. Por una parte, deseaba retornar a la comodidad de la vida junto a su madre, pero, por otra, al oír a los repobladores hablar de Nueva España, sus sueños de aventuras se habían reavivado. Por las noches sacaba el canuto y releía los documentos de Luca, aunque no fue hasta llegar a Alcalá la Real cuando tuvo que tomar la decisión más importante de su vida.

Una cruz de piedra marcaba dos direcciones: la primera, la que debían seguir, conducía a Córdoba; la otra, a Sevilla. Diego Hayón se percató de que Khalíl se quedaba rezagado y avisó a los demás para que se detuvieran.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

El joven no respondió. Estaba oyendo a Alonso Alfacar en su lecho de muerte. «Persigue tus propios sueños…». Recordó la mirada de su madre, su voz trémula que le pedía que le escribiera desde allí donde le llevara el destino. Luego escuchó a su propio corazón, sus deseos de libertad, de sentir la brisa del mar en el rostro, y supo lo que debía hacer.

Capítulo 60

Sevilla, corona de Castilla.

Khalíl tardó cinco días en cubrir las cuarenta y tres leguas que mediaban entre Alcalá la Real y Sevilla. Caminó a plena luz del día, persuadido de que la mejor forma de pasar desapercibido era exponiéndose a la vista de todos. En Puente Genil se unió a una familia de titiriteros que, como cada otoño, se desplazaban a la ciudad del Guadalquivir para beneficiarse de la bonanza de la llegada de la flota de Indias. Por comida y la protección del grupo, entregó uno de los cinco ducados que le diera Antón Pareja en pago por su trabajo.

Cuando los artistas divisaron el acueducto que abastecía de agua a Sevilla, aceleraron el paso. Pronto quedaron a la vista las murallas. Detrás de ellas se veía el perfil de la catedral y su alto campanario. Siguieron por la margen izquierda de un riachuelo maloliente que, como un foso medieval, rodeaba la urbe por el este para desembocar en el río más caudaloso que Khalíl hubiera visto jamás.

Tras cruzar el puente que los separaba del arenal, los cómicos decidieron alzar su carpa cerca de la Torre del Oro. Khalíl se despidió de los titiriteros y se dirigió al puerto. Sorteó a chiquillos revoltosos, aguadores y vendedores ambulantes con sus espitas de sardinas, buñuelos y fritangas, cuyo olor impregnaba el aire cálido de la tarde.

Estaba oscureciendo cuando el espectáculo casi irreal de la flota de Nueva España, con sus veinte bajeles coronados por un bosque de mástiles y cordajes, lo dejó atónito.

Los arrogantes guardias de la entrada del embarcadero lo despacharon con las maneras propias de los que creen tener derecho a todo, pero a esas alturas de su vida Khalíl había aprendido a ignorar semejantes muestras de desprecio. Sin más discusión, se dio la vuelta para dirigirse a la puerta de Triana.

Si Lorca le había parecido grande, Sevilla se le reveló inabarcable. Por su puerto transitaban el oro y la plata procedentes del inmenso imperio hispánico, así como infinidad de productos muy valorados en ultramar. Las calles eran un continuo ir y venir de viajeros impacientes por embarcar hacia el nuevo continente repleto de oportunidades. Aquella peculiar atmósfera llena de colorido e impregnada por la fragancia de los cármenes le incitó a caminar con más sosiego, contemplando las fachadas de los caserones y las elaboradas rejas. Se detuvo a refrescarse en una fuente y se quedó observando a los vecinos enzarzados en discusiones sin fin. Entonces recordó que no estaba allí de visita y se metió en el primer figón que encontró.

El lugar apestaba a pescado podrido y vino agrio. Los parroquianos, casi todos marineros de piel arrugada y ropas descoloridas, se lo quedaron mirando, aunque enseguida retomaron sus animadas conversaciones.

—¡Buenas tardes, señor! —El tabernero le correspondió con una elevación de barbilla—. ¿Podríais decirme dónde venden pasajes para las Indias?

—Aquí se viene a beber o a comer, y si no… —El tipo acabó la frase con un inconfundible movimiento de la mano. En ese momento, un mozo, que lo había estado acechando desde su

llegada al local se le acercó.

—Yo sé cómo conseguir lo que buscas. —Khalíl se volvió hacia el desconocido con una ceja levantada—. Queda una plaza en un navío de aviso. Es una embarcación ligera, que tiene prohibido el transporte de mercancía. Aunque, por una suma razonable, aceptan llevar algunos pasajeros.

—¿Qué entiendes por razonable?

—Veinte ducados. —Por la mueca que hizo Khalíl, el buscavidas supo que no disponía de tanto dinero—. Conozco bien al capitán. Si voy contigo te lo dejará por la mitad.

Cuando salieron a la calle, los pedigüeños habían abandonado las esquinas y los tenderos desmontaban sus paradas. Un par de niños harapientos salieron tras ellos, pero, con un solo gesto, el muchacho los ahuyentó. Se adentraron en un barrio de casas bajas, con montones de basura por doquier y enjambres de moscas revoloteando por el aire fétido.

—¡Ya estamos llegando! —anunció el joven al ver que su cliente empezaba a mostrar cierta inquietud—. Allí, pasada aquella placeta…

La sombra salió de un portal, veloz como una rata. Aun así, Khalíl esquivó la cuchilla que buscaba su costado. El brillo metálico volvió a centellear, esta vez delante de su cara. De nuevo, solo encontró el vacío. Por un instante, él y su asaltante se mantuvieron frente a frente, jadeando. En ese momento recibió un golpe en la cabeza y quedó tendido en el suelo.

Aturdido, sintió que unos dedos febriles rebuscaban entre sus ropas. Trató de levantarse, pero todo daba vueltas a su alrededor. Oyó pisadas que se alejaban. Apretando los dientes, logró incorporarse.

Encontró su bolsa tirada sobre un montón de inmundicias. Estaba vacía. Habían abierto el canuto de lata y esparcido los papeles por el suelo mugriento.

~

Durante semanas malvivió como pudo, alimentándose con las sobras de los mercados y mendigando a las puertas de las iglesias. Dormía al raso, tapado con harapos y, a veces, si los otros indigentes no lo impedían, se refugiaba debajo del casco de una de las barcas varadas a la orilla del Guadalquivir. Disponía de mucho tiempo para observar los ires y venires de unos y otros. Con el tiempo, se dio cuenta de que en aquella zona cercana al muelle, con el ingenio y descaro suficiente, podría progresar.

Una mañana se fijó en un mercader que, a pesar de una presencia imponente y de unos productos de buena calidad, no conseguía interesar a los compradores. Averiguó que era natural de la Toscana y no hablaba castellano. Aquel día, con la ayuda del morisco, el comerciante consiguió colocar toda la mercancía, y para celebrarlo lo invitó a comer. Khalíl aceptó trabajar para él a cambio de un pequeño porcentaje sobre las transacciones.

Con el transcurrir de los días, las ventas siguieron aumentando. Así y todo, cuando a finales de abril de 1574 la expedición de Tierra Firme salió para Panamá, todavía no había podido juntar el dinero del pasaje.

En los meses siguientes, el toscano y su ayudante cerraron tratos con mercerías de Ruan, vinos de la Mancha, uvas de Almeria, cueros cordobeses y aceite de Jaén. Cada uno de esos negocios le permitió acumular conocimientos mercantiles, mejorar el dominio del idioma Toscano y, lo que era aún más importante, acercarlo a su sueño.

A finales de septiembre, por los tugurios circuló el rumor de que los galeones estaban a punto de llegar con las bodegas cargadas de oro y plata. Khalíl no esperó más y acudió a la Casa de Contratación, donde expeditaban las autorizaciones para embarcar. Tras varias horas de espera, en una sala atestada de viajeros, le exigieron una escritura de la compra del pasaje. Se puso en contacto entonces con uno de los corredores marítimos y le explicó su deseo de trasladarse al Nuevo Mundo.

—Dependiendo del sitio adonde vayas, te convendrá embarcarte en la flota que sale en agosto para Nombre de Dios o en la que zarpa en abril con destino a Veracruz.

—Quiero salir cuanto antes. El lugar no importa.

—A mí me da igual, pero las autoridades querrán saber adónde te diriges y el motivo de tu viaje.

Khalíl explicó que iba a reunirse con unos familiares y soltó el nombre de un par de ciudades que había oído mencionar en alguna taberna.

El agente entornó los párpados y sacudió la cabeza.

—¡Mira, joven! Aquí viene mucha gente, cada uno con una historia. Yo solo preparo los papeles. La decisión de conceder o no tu cédula la tomará un oficial real. Así que, mientras no consigas probar tu historia, no te molestes en volver.

—¿Cuánto me costará la travesía!

—Eso dependerá del barco y de la categoría del alojamiento.

—¿Cuál sería la opción más económica?

—¿Llevarás tus propios víveres?

—No.

El comisionista inspiró hondo y, de mala gana, consultó una libreta.

—Veamos… Un varón… Mmm… edad… Mmm… ¡Veinticinco ducados! Esto es, unos nueve mil maravedíes. A pagar por adelantado.

—¿Tanto?

—¡Es lo que hay!

—Está bien, regresaré cuando tenga el dinero.

Khalíl pasó el invierno trapicheando en el arenal. A la llegada de la primavera había tejido una trama creíble para su periplo y obtenido, en el mercado negro, documentos que la avalaran. Por fin, a mediados de abril de 1575, se dio aviso de la salida inminente de la flota de Nueva España.

Con el pasaje pagado, ya solo le quedaba una última formalidad antes de subir a bordo: cruzar la aduana sin que detectaran su falsa identidad. El riesgo era muy alto pues la pena por intentar embarcar para Nueva España, un viaje prohibido para los cristianos nuevos, era de galeras hasta la muerte.

Los días previos a la partida transcurrieron con exagerada lentitud. Cada mañana Khalíl se acercaba al amarradero donde los estibadores se afanaban en llenar las bodegas de la Santa María de la Rosa, el bajel de cuatrocientas toneladas en el que iba a cruzar el océano. La última noche no pudo pegar ojo. Con el alba, recogió sus cosas y, mientras la ciudad despertaba, se dirigió al atracadero. La marinería y los pasajeros se fueron congregando en una fila frente a la pasarela del barco.

A media mañana le tocó el turno de embarcar a Khalíl.

—¡A la paz de Dios! —exclamó cuando llegó frente al sargento que revisaba la documentación de los viajeros. El sujeto le dedicó una mirada recelosa y extendió la mano.

—¿Napolitano? —preguntó nada más echar un vistazo a los papeles.

—Y fiel sujeto de su majestad —confirmó Khalíl con decisión.

—Eres muy moreno. ¿Cómo sé yo que tú eres el que pone aquí? ¿No serás moro?

Khalíl estuvo a punto de perder la compostura, pero se rehízo al instante.

—¿Moro? ¡Soy tan cristiano como vos!

—¿Sabes qué les ocurre a los moriscos que tratan de pasar a las Indias?

Khalíl juntó las yemas de los dedos y las agitó de arriba abajo, como había visto hacer al mercader toscano en tantas ocasiones. Pero el soldado no estaba convencido.

—¿Qué oraciones conoces?

—¡Todas! —contestó con aplomo.

—Recítame el paternóster.

Temblando por dentro, aunque sin abandonar la actitud segura, Khalíl fue desgranando la plegaria casi olvidada.

El sargento se cansó pronto de escucharlo y le pidió a uno de los guardias que vigilaban el acceso al barco que se acercara.

—Ve a la taberna donde se reúnen los de los tercios viejos, y si encuentras un veterano que no esté demasiado borracho, tráetelo.

Después, se volvió hacia Khalíl y le ordenó echarse a un lado.

Las campanas de la Giralda tocaban al ángelus cuando el centinela regresó acompañado por un cabo fornido de rostro anguloso, pelo rojizo y espesa barba del mismo color.

El sargento le informó de inmediato acerca de sus dudas.

—Este sujeto pretende ser natural del reino de Nápoles. Pero, sospecho que sus papeles son más falsos que San Judas…

Cuando el cabo pelirrojo se acercó a Khalíl, este mantuvo la vista baja. Aun así, sintió que unos ojos lo taladraban.

—*In che città sei nato?* —El de los tercios lo obligó a mirarlo a la cara.

—*A Sorrento, signore.*

—¿Cuál es el santo patrón de tu pueblo?

Khalíl, sin pestañear, soltó lo primero que se le ocurrió.

—La santa Madonna de la Catena.

El morisco oyó al interrogador inspirar profundamente. Miró hacia la pasarela de acceso a las chalupas, tan cercana e inalcanzable. Los ojos se le humedecieron.

—¡Todo en orden! —dijo entonces el cabo pelirrojo, y le devolvió los documentos al de la aduana.

—Hubiera jurado…

—A veces las cosas no son como parecen, mi sargento.

El tipo anotó de mala gana el nombre de Luca di Sorrento en el manifiesto del barco y le hizo un signo a los guardias para que dejaran vía libre a Khalíl.

Este recogió su talega del suelo. Se disponía a acceder a la pasarela cuando el cabo de los tercios lo retuvo por el hombro.

Khalíl, aterrado, miró el soldado a la cara. Una sonrisa amable se había dibujado en el rostro de Juanillo Calderón.

—Adiós, amigo. Hace unos meses estuve en tu pueblo y me contaron lo que había sucedido. Gracias… ¡Que tengas buenos vientos y que Dios te proteja!

Khalíl tuvo que agarrase a la baranda de la pasarela antes de poder darse la vuelta y subir al

puente de la Santa María de la Rosa.

~

La flota dejó el puerto de Indias despedida por una salva de cañones. En cabeza iba la capitana, detrás los mercantes y, cerrando el convoy, la almiranta. Los buques de guerra esperaban en Sanlúcar de Barrameda para situarse a barlovento de la formación y poder aproximarse rápidamente en caso de ataque.

Decenas de barcazas siguieron a la escuadra mientras se alejaba por el Guadalquivir. Iban repletas de gente que agitaba los brazos para desearle suerte a los navegantes.

Khalíl era de los pocos que no respondieron a la efusiva despedida. Ante sus ojos pasaban retazos de los juegos con Juanillo, la puesta en marcha del molino, la escapada de Dídac, el encuentro con Luz, las tragedias de la ruta, las palabras de su madre… Cuando volvió a abrir los párpados, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Una vez en alta mar, miró la delgada línea gris en la que se había convertido la costa. Atrás quedaba su patria, la tierra de sus ancestros. Ante él, un océano sin fin, una travesía incierta y, al final, una vida nueva.

La nave puso rumbo a poniente y la proa hendió las aguas oscuras. Una ráfaga de viento le salpicó el rostro de espuma salada, llevándose los vestigios de su llanto.

Capítulo 61

Primavera de 1595, Quajalana, reino de Granada

La aldea rebosaba de vigor. La vega había recuperado el verdor de sus mejores tiempos y las alacenas estaban colmadas de orzas llenas de aceite y talegas de harina. Al atardecer, las mujeres bajaban a por agua a la fuente de la rambla, y sus maridos, tras el duro trabajo en las huertas, se detenían sin prisa a conversar con sus vecinos. Sin embargo, no siempre había sido así. Tras la expulsión de los moriscos y los años de abandono, los campos habían quedado yermos. Muchos repobladores, sin más recursos que la fuerza de sus brazos, renunciaron a la desigual lucha contra la sequía, la pobreza y el hambre. Tan solo una decena de familias tuvieron el tesón suficiente para resistir y aprender a manejar los escasos recursos ofrecidos por la naturaleza.

Aquella tarde de verano, sentado junto a su esposa en el zaguán, Dídac trenzaba una pleita de esparto mientras se solazaba con el canto de los gorriones, los vuelos de las golondrinas y las risas de la chiquillería que corría por los callejones. Miró a Estrella de reojo, que, con los párpados cerrados, gozaba del aroma de las flores, y sintió en el corazón ese dulce calorcito en el que había evolucionado la ardiente pasión de la juventud. Después de bendecirlo con cuatro hijos, continuaba siendo, a sus ojos, tan bonita como el primer día. Aunque a él le clareaba la frente y le faltaban algunos dientes, ella seguía luciendo una sonrisa luminosa y una preciosa cabellera negra con retazos plateados. Conocerla había significado un cambio drástico en su existencia. Tras el horror de la guerra, las heridas y el cautiverio, ella se convirtió en el bálsamo contra el pesimismo que le acompañaba desde la muerte de su padre. Habían pasado tanto juntos: la huida de Lorca, la lucha por la subsistencia y las necesidades acuciantes de los primeros tiempos. Muchas noches le asaltaba la duda de merecer tanta dicha y se acostaba con el temor de perder el tesoro que la fortuna le concedía en el último tramo de su vida.

La visión de su primogénito, Gabriel, haciendo trotar a su mula por el camino de Sorbas, lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Padre, en el pueblo me han dado esto para vos! —dijo el muchacho, antes de bajarse de la montura.

—¿Una carta? ¿Para mí?

El lacre estaba roto y la tinta, descolorida. Por las manchas del sobre, la misiva había recorrido muchas leguas. Intentó leer el nombre del remitente, pero, como no fue capaz, se la entregó a Estrella.

—Es de un tal Lucio no sé qué —le explicó el muchacho a su madre.

—¿Lucio? ¡Qué raro! No conozco a nadie con ese nombre.

—¡Luca… Luca di Sorrento! —corrigió la esposa.

—¿Quién es, padre?

Dídac no respondió. Durante los últimos veinte años no había pasado un solo día sin preguntarse si Khalíl seguía vivo y si había logrado cumplir su sueño. La misiva era la respuesta, y no necesitaba saber más.

Deslizó la mirada por las casas blancas, que los últimos rayos de sol hacían refulgir, oyó el zumbido de las abejas y el susurro de las espigas que ondeaban con la brisa. Recordó las palabras del morisco: «Tú sembrarás mi tierra». Entonces, la menor de sus hijas le saltó sobre el regazo y le acarició la mejilla.

—¿Por qué lloras, papá?

Embelesado, miró aquella carita morena e inocente y la apretó contra su pecho.

—No te preocupes, cariño. Es de alegría.

Sobre el autor

Diego Ramos ha desarrollado su carrera como ejecutivo de una multinacional, que le llevó a residir en distintos continentes y a tener responsabilidades de negocio tanto en América como en varios países europeos. A pesar de hablar cinco lenguas, reconoce que con el paso del tiempo se siente cada vez más apegado a sus raíces almerienses.

Curioso por naturaleza, es un apasionado de la historia y en la actualidad se dedica a tiempo completo a la escritura.

Si deseas saber más de él o de su obra, visita la web: diegoramos.net

Antes de que te vayas

Si te ha gustado este libro, te agradeceríamos que hicieras el esfuerzo de dejar tus comentarios en Amazon. Es solo un momento para ti, pero tiene gran importancia para los escritores independientes: gracias a tus palabras muchos otros lectores podrán descubrir *El último morisco*.

En un mundo en el que se publican miles de libros cada día, lo verdaderamente valioso es conseguir la atención del lector. Unas pocas palabras tuyas pueden marcar la diferencia y animar a otros lectores a adquirir el libro.

Y si quieres quieres apoyar al autor, además, ¿por qué no compartes tu opinión en tus redes sociales? Con ello estarás contribuyendo a que este libro sea más conocido. ¡Muchísimas gracias!

Notas

[1] Alá es el más grande.
[2] Alá sea glorificado.
[3] No hay fuerza ni poder excepto en Alá, el Altísimo, el Magnífico.
[4] Por la capa agujerada de fuego del demonio.
[5] Muchacho.
[6] ¡Apunta al chico también!
[7] Payos.
[8] Así llamaban a los gitanos en el siglo XVI.
[9] Date la vuelta sin hacer ninguna locura.
[10] Sí, pero no lo sabes.
[11] Francés.
[12] Atestiguo que no hay otro dios sino Alá.
[13] Atestiguo que Mahoma es el enviado de Alá.
[14] Sierra Nevada.
[15] No hay fuerza ni poder excepto en Dios.